Francia 1968:
¿Una revolución fallida?

Cuadernos de Pasado y Presente / 6
Córdoba

El presente volumen ha sido preparado por José Aricó.

Traductores: María C. Mata, María T. Poyrazián, Miguel Camperchioli y José Aricó.
Tapa: Miguel De Lorenzi
Primera Edición: Marzo de 1968
(c) Ediciones Pasado y Presente
Casilla de Correo 80, Córdoba
Queda hecho el depósito de ley
Impreso en Establecimiento Gráfico La Docta
Humberto 1°. 2028, Córdoba, Argentina
Impresión de tapa: Rotafex

Advertencia

Todo era posible en mayo de 1968. En Francia, para centenares de miles de jóvenes estudiantes, para centenares de miles de militantes obreros, esta afirmación resumía el sentido de la lucha que llevaron palmo a palmo, en una insólita y ardiente reaparición de las fuerzas en lucha por el socialismo, contra el poder gaullista (y no sólo contra el poder gaullista). Todo: la destrucción del sistema capitalista, el poder a los trabajadores. Todo: la revuelta pareció hacer astillas a la administración, a los planes de de Gaulle, a los aparatos sindicales, a las organizaciones políticas, a los organismos de represión. Todo: la espontaneidad de la lucha echaba por tierra antiguas concepciones acerca de la opacidad de la clase obrera, acerca de su reformismo paciente y su pacífica aspiración a un cambio progresivo, conseguido en la mesa de negociación. Parecía también esa espontaneidad, ese viento desatado en las universidades, en las fábricas y en las calles de Francia, echar por tierra la concepción de un movimiento universitario que debe realizar su experiencia sin lazos demasiado estrechos con la clase obrera, sin conexión eficaz con ella, sin posibilidad de aliarse prácticamente y de modo decisivo con el proletariado en acciones de gran envergadura. Todo, en fin: un aliento de libertad frente a la opresión de la institución capitalista y de la institución política del statu quo. Una nueva forma de vida se prefiguraba en las jornadas de Nanterre, en las barricadas, en las noches de discusión en las fábricas tomadas, en las grandes concentraciones de obreros y estudiantes contra el régimen, en el rechazo de los acuerdos de Grenelle, en el silencio asfixiado del PCF y la CGT.

Los materiales que Pasado y Presente ha reunido en este Cuaderno constituyen una parte importante de la reflexión acerca de ese *todo era posible.* ¿Un sueño de anarquistas alemanes? ¿Un sueño de jóvenes obreros ajenos a la tradición de luchas del pueblo francés, un sueño de intelectuales enfebrecidos? La respuesta que provisoriamente puede proponerse, a casi un año de los acontecimientos, es una paradojal negación del "todo era posible entonces": *todavía todo es posible.* En esa respuesta se reconoce la riqueza e importancia de la

conmoción de mayo en Francia, se incorpora su significado para el resto de los países de alto desarrollo industrial en Europa, se toma debida nota de la repercusión que las luchas estudiantiles y la huelga proletaria francesas han tenido en el tercer mundo. El análisis de los acontecimientos se suma a la confianza en las posibilidades de la lucha por el socialismo en el mundo: esa respuesta implica la certeza de que el hombre reanuda a cada instante la construcción de su instrumento de lucha, genera en cada momento de la represión que padece una nueva herramienta: ahí están la contradicción de las clases y la imaginación de los revolucionarios para desasirse de los nudos que tienden las cristalizaciones ideológicas y los burócratas reformistas. En ese *todavía todo es posible* se incluye el reconocimiento de que la lucha de mayo de 1968 en Francia ha puesto dramáticamente sobre el terreno una discusión que nos compromete como latinoamericanos y argentinos: la del partido revolucionario.

A nuestro juicio, el aporte de estos trabajos que prologamos se refiere centralmente a este último problema. El instrumento político de los revolucionarios debe ser —se sabe— una forma concreta de oposición de una vida nueva y mejor a la vida propuesta por el sistema, debe ser una escuela de hombres y un centro de investigación y transformación de la realidad y, también, debe ser una organización crecientemente poderosa y eficaz como para acceder en el momento indicado al poder. Si muchos de los fracasos en que vivimos pueden achacarse a la incorrección de la política y los instrumentos puestos en juego, entonces esta discusión acerca del partido revolucionario reviste una importancia fundamental.

O sea: los acontecimientos de mayo en Francia pueden comprometernos hasta donde alcance nuestra visión y nuestra decisión revolucionarias, y su consecuencia debería ser el enriquecimiento de las luchas parciales en nuestro país, y la profundización de la discusión acerca del instrumento apto para reunir a las fuerzas del cambio social en el camino correcto. Es, si se quiere, una oportunidad y un desafío: "viendo que no se es nada, deseamos devenir; deseando devenir, se vive" (René Daumal).

Pasado y Presente

André Gorz

Un comienzo

Sabemos ahora que la revolución socialista no es imposible en un país de Europa occidental, y quizás en dos o tres. Sabemos también lo que puede ser un proceso revolucionario y qué condiciones, no reunidas durante la insurrección de mayo, son necesarias para su triunfo.

I

El proceso que, de la protesta a la represión y luego a la reacción defensiva contra aquella, condujo a las barricadas del 10 de mayo y luego a la huelga general, presenta ciertas semejanzas con el esquema insurreccional de tipo castrista:

a) La vanguardia no es una organización política que precede, guía y organiza la masa en movimiento; es una minoría en acción que manifiesta por medio de acciones violentas su rechazo radical y total de la sociedad existente, con el fin de provocar un choque psicológico, de revelar la vulnerabilidad y la podredumbre del orden reinante y de llamar, por medio de *acciones ejemplares* más que por consignas, análisis o programas, a la insurrección general.

Las barricadas del 10 de mayo, aunque fueron el resultado de una coincidencia imprevisible de circunstancias, demostraron la eficacia de las acciones de choque, acompañadas de un fuego graneado de llamados insurreccionales y revolucionarios, sobre masas trabajadoras que se sabía que estaban descontentas, aunque desde Duverger hasta Waldeck-Rochet se creyera que se trataba de un descontento puramente "alimenticio" y de reivindicaciones puramente "de consumo"

b) Contrariamente a la tesis, defendida antes por algunos de nosotros, de la necesidad de mediaciones —u objetivos intermedios— para hacer surgir la exigencia revolucionaria de un proceso de luchas inicialmente limitadas en su alcance, el carácter inmediatamente revolucionario y ejemplarmente subversivo de las acciones estudiantiles fue lo que provocó la movilización de la clase obrera.

El desafío a las fuerzas policiales, superiormente armadas y organizadas, la ocupación de las Facultades, del Odeón, la creación de una Universidad paralela y de un poder estudiantil fueron ideas inmediatamente encarnadas en actos ejemplares, y esos actos tuvieron un poder de convicción y de movilización muy superior a los métodos tradicionales de agitación y propaganda. Demostraron prácticamente no sólo la *posibilidad* de trastocar el orden establecido al nivel de una de sus instituciones fundamentales sino que fueron su *negación* positiva.

Mientras que el 13 de mayo las consignas cegetistas, comunistas y federadas eran todavía "aumentad nuestros salarios", "defendamos nuestras cuarenta horas", "gobierno popular", consignas que, en la tradición de "Pompidou, nuestros salarios" apelaban a la "decisión del príncipe" y reclamaban la *concesión* de satisfacciones inmediatas y limitadas, el 15 de mayo, después de la ocupación de las facultades y del Odeón, la ocupación de las fábricas hacía eco a la insurrección estudiantil: la clase obrera tomaba espontáneamente el poder, a su manera, en los lugares de producción. Su acción no tenía otro contenido que en sí misma, es decir, la toma del poder, la negación de las relaciones sociales y de producción capitalistas.

II

A diferencia de la insurrección estudiantil que, con el apoyo de una parte de los profesores, podía tomar el poder en la Universidad y hacerla funcionar contra la lógica de la sociedad ambiente y de su Estado sin que éste fuera mortalmente afectado en sentido inmediato, la sublevación obrera no podía hacer lo mismo, con el apoyo de una parte de los cuadros

directivos sin que ese poder obrero, para convertirse en negación positiva, no atente contra la propiedad capitalista ni se lance a la conquista del Estado. La sublevación obrera no podía ser llevada a cabo con el mismo tipo de acciones espontáneas con que se había conquistado la Universidad, sino que suponía una estrategia política, es decir la existencia de una organización revolucionaria.

a) Si esta organización hubiese existido y hubiese ejercido su influencia en los comités de huelga y de acción locales, habría podido instalar en todas partes centros de poder obrero y popular antes de que el Estado tuviese tiempo de reaccionar, habría podido quebrar los principales resortes del Estado capitalista antes de tener que llevar a cabo y ganar contra él la prueba de fuerza final, habría podido coordinar la apropiación *por la base* de sectores enteros del aparato de producción, de distribución y de administración, animando, en todas aquellas partes donde los trabajadores estuviesen preparados para hacerlo, el pasaje de la ocupación de las fábricas *detenidas* a la puesta en funcionamiento y reorganización interna de las empresas ocupadas, en forma de auto-gestión obrera. Esas "huelgas gestionarias" experimentadas en Francia y en Italia a comienzos de 1950, habrían tenido el mismo efecto de ruptura político-ideológica que la organización de una Universidad paralela.

Sin ser generalizable, ese cambio de sentido de las huelgas era posible en industrias técnicamente avanzadas así como en muchos servicios públicos (correos, transportes, administraciones comunales, radio y televisión). La huelga total de los transportes, sobre todo, habría podido convertirse en la auto-organización de transportes públicos gratuitos por los trabajadores en huelga, prefigurando el nuevo status de un servicio no comercial. La huelga gestionaria de los sectores petroleros, petroquímica, construcción eléctrica, etc., habría prefigurado su necesaria socialización. La organización del abastecimiento de las ciudades por los comités de huelga, en unión con las cooperativas campesinas y los comités locales, habría prefigurado la eliminación de la especulación comercial y la socialización de la distribución. La gestión social de un sector de la economía habría sido la condición de una duración ilimi-

tada de la huelga así como su resultado.

En todas partes, la huelga con ocupación habría podido ir acompañada de una reorganización del trabajo y de los talleres, de la definición de nuevas normas o ritmos de producción, de la abolición de las relaciones jerárquicas, de la transformación de las relaciones entre trabajadores manuales y no manuales, de la depuración de los cuadros despóticos o incompetentes y de la promoción inmediata de nuevos responsables de taller y de empresa, recurriendo a la ayuda de estudiantes, profesores, investigadores, quienes hubieran sido muy útiles para el triunfo de esta experiencia.

Una empresa de liberación y de auto-educación de los trabajadores simultáneamente a una toma del poder parcial por la clase obrera, la ocupación de las empresas y el comienzo de su auto-gestión habrían permitido a la vez satisfacer, por auto-determinación de la base, algunas reivindicaciones de los trabajadores sin esperar el consentimiento de la patronal y del Estado, mantener al país en la huelga sin que falten los productos vitales, rechazar toda negociación con el Estado burgués y la clase patronal y esperar su abdicación, tendiendo con todo esto a la auto-organización del proletariado y de sus aliados, a la formación en todos los niveles de centros de democracia directa y de poder popular y a la elaboración, en todas las escalas y sectores, de los objetivos y métodos de la sociedad post-capitalista.

b) La enumeración de esas posibilidades, reunidas a partir del 15 de mayo, permite medir la falta de preparación ideológica, política y organizativa de los partidos y sindicatos que hacen profesión de guías de la clase obrera. Ninguno de ellos intentó dar a la huelga generalizada y potencialmente revolucionaria perspectivas anticapitalistas y la conciencia tanto de sus posibilidades como de su sentido más profundo. Todo el trabajo de reflexión, de elaboración y de transformación radical llevado a cabo por estudiantes, profesores, arquitectos, médicos, escritores, artistas, cuadros científicos y técnicos, periodistas, se hizo al margen, o sea a pesar del partido de la clase obrera que, durante diez días, se dedicó a asignar a la insurrección universitaria objetivos de reformas inmediatas y limitadas (cf. la presentación en *L'Humanité* de la

"reforma de exámenes" elaborada por profesores comunistas) y a los trabajadores que ocupaban las fábricas objetivos reivindicativos tradicionales, inmediatos y uniformes, negociables con los dirigentes y el gobierno, como si la mayor preocupación del Partido y de la CGT hubiese sido contener el movimiento, impedir una revolución, evitar la caída del régimen y del Estado burgués y remitir toda transformación a una época ulterior donde podría ser decidida, limitada, concertada y ejecutada desde arriba, en frío, por un aparato estatal nuevamente dueño del país. Las direcciones del PCF y de la CGT —esta última con un furor obrerista que rebasaba en la denuncia de toda iniciativa que no proviniese de sí misma, el primitivismo acostumbrado— se han revelado como las principales fuerzas de orden antirrevolucionarias de la sociedad francesa. Tratando de alinearse con la masa y seguirla en lugar de animar sus iniciativas, de dar perspectivas y medios de expresión y de experimentación a su lucha, las organizaciones fueron constantemente precedidas y arrastradas por las acciones surgidas de la base que, rechazando los protocolos del acuerdo del 27 de mayo, evidenciaron el desfasaje entre un proceso abiertamente revolucionario por su amplitud, sus métodos, sus objetivos inmediatos (mil francos de salario básico, semana de cuarenta horas, el poder obrero en las empresas son, en Francia, reivindicaciones incompatibles con el mantenimiento del régimen capitalista) y el escaso diez por ciento de aumento obtenido a través de promesas imprecisas con las cuales la CGT creyó apaciguar a la clase obrera.

III

La gran preocupación de los aparatos del movimiento obrero, a lo largo del período agudo de la crisis, fue de tranquilizar no solamente a los social-demócratas y centristas sino a la propia clase patronal. Desde el 23 de mayo, la dirección de la CGT trató de tomar contacto directamente con el CNPF a fin de tranquilizarlo sobre las intenciones de los dirigentes comunistas y darle garantías concretas respecto a su voluntad, ya públicamente afirmada antes de esa fecha, de negociar con la patronal sobre una base reivindicativa clásica.

El análisis evidente de la dirección comunista era que no convenía comprometer con "imprudencias" ni tampoco con la explotación de una situación revolucionaria, la alianza política y parlamentaria que se había esbozado entre el PCF y la FGDS, que no había que dar a esta última ningún motivo de duda sobre la respetabilidad del PCF, su sentido de la legalidad y del orden, su rechazo de los métodos revolucionarios y de la revolución misma, su legalismo de futuro compañero en un gobierno reformista. Además, los comunistas no podían presentarse como la fuerza política principal del movimiento en curso, ni reivindicar su conducta, su mérito y, después, su beneficio electoral pues si aparecían o se convertían en la fuerza principal de la izquierda, sus futuros compañeros reformistas rechazarían aterrorizados una alianza desigual y aislarían a un PCF ahora inquietante debido a su fuerza demasiado grande.

Así, para tranquilizar a sus futuros compañeros de gobierno burgués, el PCF se colocó a la retaguardia y manejó hasta el 26 de mayo (fecha en la cual Garaudy, en nombre del buró político, hizo una tentativa sin éxito de rectificar la línea), con una brutalidad y una grosería muy staliniana, la injuria y la denuncia en relación a las vanguardias, intelectuales o no. En numerosas ocasiones, el PCF demostró que sabía poner el terror staliniano al servicio de una línea conservadora y, para defenderla, impedir el ejercicio de las libertades de asamblea, de palabra y de prensa, poner estudiantes en manos de la policía (en Lyon), aprobar la decisión (juzgada como desacertada hasta en los medios golistas) del primer policía de Francia de expulsar del país a Cohn-Bendit.

De este modo, para controlar las oportunidades futuras de una política reformista, el PCF rechazó las oportunidades presentes de una revolución socialista. Las rechazó con métodos y en un estilo que no tranquilizarán ni a sus enemigos de siempre ni a sus aliados potenciales.

Actuando en virtud de un análisis elaborado dos años antes que preveía la inserción parlamentaria del PCF en el juego político, la expiración normal de la Quinta República, una transición ordenada a la Sexta, y la asociación de los comunistas a un gobierno de reformas limitadas y progresistas, el

PCF rehusó aprovechar la crisis de mayo. Rehusó creer en la posibilidad de esta crisis (tomando distancias con respecto a la insurrección estudiantil), luego en la realidad de esta crisis (impulsando a las negociaciones con un régimen moribundo), finalmente en sus potencialidades, es decir en la toma revolucionaria del poder por la clase obrera. Esta, inspirada en la victoria de los estudiantes sobre el poder y, en muchos otros lugares, por su propaganda directa, aportaba a las fuerzas socialistas una revolución en bandeja. Al no entrar estos acontecimientos en los esquemas preestablecidos, se rechazó la bandeja para ofrecer a la clase obrera un diez por ciento de aumento nominal de los salarios y la perspectiva de un dudoso triunfo electoral y reformas que postergaban el socialismo hasta las calendas griegas.

IV

El tipo de partido y el tipo de acción capaces de llevar a buen término una crisis revolucionaria fueron definidos, por carencia, en el curso de los acontecimientos de mayo.

a) El partido revolucionario de nuevo tipo no puede limitarse a ser una organización estructurada y centralizada, concebida con el fin de conquistar el aparato de Estado por medio de un proceso legal. Semejante conquista, o será imposible o si no, conseguida por medio de un golpe sorpresivo, implicará riesgos políticos (pérdida de los aliados necesarios para el ejercicio normal de un poder parlamentario) y militares (chantaje de guerra civil) que el partido de tipo clásico rehusará correr en virtud de sus opciones y de su naturaleza misma.

b) La toma del poder sólo puede resultar de un proceso revolucionario que se desarrolle de la periferia hacia el centro. El Estado no puede ser conquistado por confiscación, pacífica o no, de las "palancas de mando" que hayan quedado intactas. Su conquista resultará de su disgregación y de su parálisis consecutivas al surgimiento de poderes populares auto-organizados en las fábricas, las administraciones, los servicios públicos, las comunas, las ciudades, las regiones. La toma del poder a nivel de los centros de decisión y de producción

materialmente al alcance de los trabajadores reagrupados permitirá finalmente quebrar su resistencia, vaciando de su sustancia al Estado burgués. La revolución, hoy como en 1917, se basará, en sus comienzos, en la iniciativa de las masas, en el ejercicio del "doble poder" por los comités de acción (o soviets) de los huelguistas, de los estudiantes, de las comunas.

c) En consecuencia, la acción del partido revolucionario de nuevo tipo se basará no en militantes disciplinados y dirigidos por un aparato central en su actividad cotidiana, sino en animadores locales capaces de juicios y de iniciativas autónomas en función de las condiciones locales, capaces de suscitar y de animar las discusiones en asambleas libres, la auto-organización y la auto-determinación de los ciudadanos reagrupados, la autodecisión de sus condiciones de existencia colectiva.

El aparato central del partido no se torna superfluo, sin embargo, pero su papel se reduce a: coordinar las actividades de los animadores locales gracias a una red de comunicaciones y de información; elaborar perspectivas generales y soluciones de recambio específicas en todos los sectores institucionales, sobre todo en materia de planificación económica socialista; favorecer la constitución de los equipos capaces de formar y poner en funcionamiento las instituciones centrales de la sociedad revolucionaria.

V

Hasta ahora se pensaba que nada es posible sin el partido comunista francés y la CGT. Ahora se sabe que nada es posible con el partido comunista francés y la CGT tal como son. Desgraciadamente la primera afirmación sigue siendo verdadera aunque se imponga la segunda. Por lo tanto, es necesario que el PCF y la CGT cambien, pero seguramente no lo harán por *sí mismos*. Ese cambio sólo podrá producirse por la presión revolucionaria de la base y de los acontecimientos. Pero el reflujo que organizan las direcciones sindicales, tratando de disfrazarlo, ¿no excluye quizás esta eventualidad por largo tiempo?

Sin embargo, si se triunfa contra el golismo, las elecciones

pueden también tener como consecuencia una reiniciación de la ofensiva. Sería absurdo desinteresarse por esta posibilidad, que opondría a adversarios "objetivamente" cómplices, como decían antes los que hoy merecen que se utilice para con ellos ese tipo de argumento. No se trata tampoco de hacerse muchas ilusiones sobre las virtudes de un gobierno surgido de elecciones ganadas por la "izquierda". Una modificación de la mayoría actual parecería justificar la política del PC, lo afirmaría en su voluntad —su sueño, más bien, y prácticamente su rechazo— de no decidir la revolución sino desde arriba, pero, a su vez, la entrada al Parlamento de una mayoría de izquierda obligaría a De Gaulle a combatirla abierta e ilegalmente o a irse; crearía una situación de alcances hoy imprevisibles y daría así a la acción de las vanguardias, y luego de las masas, las oportunidades que los aparatos esclerosados acaban de hacerle perder.

Mientras tanto, el sistema capitalista francés sufrió una ruptura de equilibrio que agudizará durante largo tiempo sus contradicciones, precipitará una sucesión de crisis e intensificará la lucha de clases. El aumento de salarios que acaba de obtener la clase obrera es de tal magnitud que el sistema no podrá absorberlo sobre la base de las estructuras presentes, ni restablecer su equilibrio en un nivel superior. La clase patronal intentará recuperar por todos los medios una gran parte de lo que se vió obligada a conceder. La política económica del régimen se ha vuelto impracticable. Ningún gobierno, aunque fuera "popular", estaría en condiciones el próximo año de hacer funcionar conforme a su lógica interna el capitalismo francés, cuya rigidez y limitación de márgenes de concesión son notorias.

La clase obrera francesa tendrá que cuestionar cada vez más conscientemente un sistema que acaba de liquidar sus limitadas conquistas y en el marco del cual aquéllas no podrán ser salvaguardadas ni, menos aún, ampliadas. Millares de militantes nuevos y jóvenes, más radicales que sus mayores, acaban de surgir y de descubrir su vocación; centenares de miles de trabajadores se han politizado y vislumbrado un campo de posibilidades de una amplitud hasta ahora insospechada. Liquidando en caso de necesidad a sus dirigentes, continua-

rán el combate o lo retomarán en la próxima ocasión. L insurrección frustrada de mayo es sólo un comienzo.

6 de junio de 1968.

André Gorz

Límites y potencialidades del movimiento de mayo

El sufragio, decían Marx y Engels, confiere el derecho de gobernar pero no el poder de hacerlo. Inversamente, para conquistar los sufragios, o para vencer mediante ellos, la oposición debe primero demostrar su capacidad para *tomar* el poder y *ejercerlo* de manera sustancialmente distinta a la de aquellos que hasta entonces lo habían detentado.

Estas verdades recibieron un rotunda confirmación con motivo de la revolución fallida de mayo-junio de 1968. A una izquierda que no supo hacer valer su poder de gobernar cuando el poder debía ser tomado, no se comprende cómo el sufragio habría podido otorgarle una fuerza que no fue capaz de obtener de la sublevación contra el poder capitalista de nueve millones de huelguistas. Era lógico que aquellos partidos que, históricamente, tienen la pretensión de representar a las clases trabajadoras fueran aplastados por la reacción y abandonados por un millón de sus electores, desde el momento que se habían revelado incapaces de dar una solución a la sublevación popular y una alternativa al régimen.

Pero no se trata tanto de buscar las razones de este fracaso y de denunciar a sus responsables, como de esclarecer algunos aspectos fundamentales de la crisis de mayo-junio y de extraer sus enseñanzas para el porvenir.

Precisamente porque esta crisis revolucionaria fue desencadenada por movimientos no organizados y llevada a su culminación gracias a la iniciativa de la base estudiantil y obrera, puede incurrirse en la tentación de plantear el problema de la destrucción del Estado burgués en términos anarco-sindicalistas: confianza en la espontaneidad de las

masas, consideración de la insurrección como la llave maestra para la revolución, prescindencia no sólo de los viejos instrumentos, sino también del trabajo de preparación, elaboración y dirección política de que tales instrumentos se habían mostrado incapaces.

Pero un retorno de este tipo al anarco-sindicalismo, por atrayente que pueda parecer bajo ciertos aspectos, sería en realidad una regresión intelectual y política; y lo que es aún más grave, significaría una incomprensión de la naturaleza del poder burgués y del proceso revolucionario capaz de provocar su caída y llevar a la clase obrera al poder. El problema de la conquista del poder se planteó en mayo pasado y debe continuar siéndolo, así como también el problema del instrumento apto para la conquista del poder, es decir, del partido revolucionario de nuevo tipo. Pero introducir estos problemas y darles una solución no puede consistir en *confiar en el desencadenamiento* a breve plazo de una huelga general insurreccional espontánea, puesto que ello nos llevaría al quietismo revolucionario y a aquella teoría del todo o nada según la cual la revolución debe ser hecha inmediatamente, pues en caso contrario se corre el riesgo de empantanarse en un reformismo subalterno. Y mientras se espera el gran momento, no hay mayor cosa que hacer, salvo agitación y propaganda.

Esto es lo que hoy queremos demostrar una vez más.

I

La huelga general de mayo fue llevada en igual medida contra el poder y contra los aparatos político-sindicales de la clase obrera. No fue prevista, ni preparada, ni entendida, ni canalizada por esos aparatos. Ella reveló la distancia existente entre la masa obrera y sus dirigentes. Estos, en efecto, no conocían la profundidad del descontento obrero, no sabían sus motivos, y con mayor razón eran incapaces de traducir estos motivos en reivindicaciones aptas al mismo tiempo para elevar el grado de conciencia del proletariado, esclarecer el rechazo expreso de los trabajadores de su condición, en el trabajo y en la sociedad, y finalmente para hacer converger

su combatividad hacia objetivos cuya conquista transformara la condición obrera, dislocara *de manera durable* el poder de la burguesía y las bases del sistema.

Esta incapacidad de los aparatos para otorgar a la lucha un conjunto de fines sindicales y políticos, indisolublemente ligados, cuya realización habría puesto en movimiento un proceso revolucionario destinado a superar rápidamente las reivindicaciones iniciales, confirió un aspecto ambiguo, a la vez tradeunionista y virtualmente insurreccional, a la huelga general de mayo. En efecto, al permanecer *indeterminados* los objetivos de la huelga, ésta se presentaba como un rechazo total e indiferenciado del régimen y de la sociedad capitalista; por eso revestía objetivamente un carácter maximalista. Era preciso vencer rápido y de una manera completa, en caso contrario no se conquistaba nada; entre la victoria total y la derrota total no existe un camino intermedio; era el todo o nada.

Este maximalismo objetivo del movimiento daba a la huelga un significado objetivo inmediatamente insurreccional, pero llevaba consigo el germen de su fracaso. La huelga general insurreccional, cuando no es sustituída por una ofensiva política tendiente a dar el golpe de gracia a un adversario debilitado y a producir organismos de coordinación y de poder obrero, con un programa y con soluciones políticas *preparadas a priori*, es más rebelión primitiva que acción revolucionaria. Cuando falta una preparación de ese tipo, el radicalismo del rechazo global inmediato es el reverso de la indeterminación de los objetivos, de la ausencia de estrategia. En la medida en que permanece como "instintivo", o sea espontáneo y no reflexivo, el movimiento pasa fácilmente de la reivindicación revolucionaria maximalista a la reivindicación salarial de tipo puramente tradeunionista; confía a objetivos exclusivamente salariales la tarea de expresar una aspiración revolucionaria, e inversamente. Tal confusión no debe sorprendernos: sea maximalista o puramente tradeunionista, o también las dos cosas a la vez, el movimiento permanece en el plano de las reivindicaciones inmediatas por falta de mediaciones que le permitan organizar su acción en el tiempo y en

el espacio tras un objetivo consciente, en suma, darse una estrategia.

De tal manera, la carencia de los aparatos tradicionales ha condenado al movimiento a no adquirir una conciencia clara de su potencialidad y a no dejar ninguna adquisición política.

II

Es importante no transformar en un signo de originalidad y de fuerza el carácter de arrebato elemental, que era en realidad un síntoma de debilidad profunda del movimiento de mayo. Tampoco es válido, con el pretexto de que el movimiento ha revelado el potencial revolucionario hasta ahora latente de las clases trabajadoras, renegar de todo el trabajo de reflexión política, por otra parte insuficiente, realizado en Europa en los últimos veinte años, respecto a la estructura revolucionaria en las condiciones de capitalismo avanzado, para volver a la teoría del todo o nada, de la "hora X" y del hundimiento inmediato del sistema.

Esto tiene aún más validez por el hecho de que una crisis potencialmente revolucionaria del tipo de la de mayo no puede ser reproducida deliberadamente con mayores probabilidades de victoria revolucionaria. Hasta puede afirmarse que el movimiento de mayo fue posible sólo porque tomó desprevenido al poder burgués y porque al estar privado de organización y de directivas políticas, su significado no fue comprendido al comienzo ni por las mismas masas que eran sus protagonistas. Ellas se desplazaron sorpresivamente por la brecha abierta por los estudiantes, siguiendo el ejemplo de los cuales se aprovecharon de la retirada a la que aquéllos habían obligado al régimen. En aquel momento, el poder se les presenta de pronto a su alcance. Si hubiera existido una fuerza política capaz de tomarlo y decidida a hacerlo, impulsando a la clase obrera a organizar sus propios órganos de control y de poder local, ésta con seguridad la habría seguido. La primera fase de un proceso revolucionario habría sido obtenida por sorpresa; pero sólo la primera fase. La prueba de fuerza que la habría seguido se hubiera desenvuelto en circunstancias excepcionalmente favorables a las clases traba-

jadoras. Estas, dueñas del aparato de producción y de los servicios públicos, habrían impulsado en un primer momento a un gobierno provisorio —necesariamente heterogéneo porque estaría formado por dirigentes no surgidos de una larga lucha revolucionaria— a tomar en sus manos el aparato del Estado, disuadiendo además, gracias a la fuerza de su movilización, a los partidarios de la represión armada. Sin embargo, no es seguro que esto hubiera bastado para evitar la prueba de fuerza basada en las armas. Para que el proceso revolucionario llegara a su término habría sido necesario que la clase obrera, guiada por un partido de vanguardia desarrollado con rapidez durante la lucha, superara el programa concebido por los gobernantes provisorios e impusiera una aceleración y una radicalización de las transformaciones sociales. A esta altura se hubiera dado una segunda prueba de fuerza, que aportaría consigo el riesgo de una guerra civil. Admitiendo que, gracias a la combatividad del movimiento obrero y a la importancia de las posiciones de poder por él conquistadas en el país, la segunda prueba de fuerza fuera exitosa, hubiera sido como la primera la conclusión de un proceso revolucionario al comienzo imprevisto, cuya lógica y riesgos, aún calculados y asumidos por los dirigentes revolucionarios, *no habrían sido inicialmente valorados por la masa.*

Pero sí en cambio debería serlo, y ello desde el comienzo, por un movimiento que se propusiera una *deliberada* reedición de la rebelión de mayo. Por otra parte, los riesgos inherentes a un movimiento de este tipo serán de ahora en adelante mayores, las circunstancias serán menos favorables: la burguesía está alerta, resuelta a la prueba de fuerza armada, y la pequeña burguesía está asustada. Una repetición del levantamiento de mayo presupondría que la clase obrera estuviera subjetivamente preparada para la guerra civil, además de estarlo material y políticamente.

Pero este no es el caso.[1] Una cosa es aceptar el enfrentamiento armado que se presenta *en la prosecución de un movimiento que, a partir de una lucha reivindicativa, se radicaliza como consecuencia de los éxitos obtenidos,* de las posibilidades que descubre sobre la marcha, de las victorias obtenidas sobre el poder burgués. El enfrentamiento armado es

entonces el último momento de una batalla en la que todas sus fases precedentes han sido victoriosas: la clase obrera no va al asalto de la ciudadela burguesa *sino que, por el contrario, defiende las conquistas arrancadas* "pacíficamente" y rechaza el contraataque desde una posición de fuerza. Pero otra cosa es aceptar desde el comienzo y deliberadamente los riesgos de un enfrentamiento insurreccional con un Estado intacto, vigilante y preparado para la batalla. La aceptación de un riesgo tal no es y nunca podrá serlo la característica de la clase obrera, aunque fuera guiada y encuadrada por una vanguardia decidida; sólo una minoría activa puede ser capaz de tal aceptación La lucha frontal de esta minoría contra el Estado no reviste un sentido y un valor paradigmáticos ante los ojos de las masas salvo en circunstancias determinadas, y en particular a condición de que la lucha de la vanguardia se base en un conjunto de objetivos transitorios capaces de explicitar la expectativa popular y de determinar su politización.

III

Llegamos así a las condiciones de posibilidad de una estrategia "guevarista" y a los límites de su validez. La insurrección armada de una minoría activa no tiene aquí por fin inmediato la derrota de las fuerzas de represión, ni la conquista del poder, ni el desencadenamiento de una insurrección general contra él, sino la creación progresiva de las condiciones para una radicalización *política* de las masas. Primer objetivo de la acción armada es obligar al Estado a identificarse abiertamente con la violencia y con las fuerzas de represión sobre las que basa su poder. Pero tal función inicial de la acción insurreccional —puede rastrearse en la lucha estudiantil, justamente porque es *ante todo* el rechazo de un orden visto como autoritario y represivo— tiene una importancia política sólo en la medida en que la corrupción y la arbitrariedad del poder establecido *son ya*, previamente a cualquier insurrección, una evidencia latente para las masas trabajadoras y para una parte importante de la pequeña burguesía: es decir, en la medida en que la descomposición de la sociedad (la putre-

facción moral de la clase dominante, el servilismo del Estado frente a los intereses oligárquicos y extranjeros, su divorcio del interés y la identidad de la nación) se manifiesta, en particular, a través del descrédito de las instituciones, la crisis de la autoridad del Estado, la imposibilidad práctica de fundar el poder constituído sobre cualquier hegemonía ideológica del o de los grupos dominantes. El poder se confunde con el predominio de la fuerza, de la arbitrariedad, de la mentira, del cinismo. Sólo en tales condiciones —que se encontraban reunidas en China y en Cuba, y que actualmente se encuentran en una parte de América latina—, la insurrección armada, en lugar de *coronar* una fase de preparación política (imposible por medios "pacíficos") *constituye en sí tal preparación.*

Los primeros grupos de insurgentes "guevaristas" son rebeldes, provenientes de la pequeña burguesía, que intentan plantear de manera rotunda una reivindicación nacional o moral. Es claro que no pueden detenerse aquí: para seguir adelante deben encontrar una base social para su rebelión, conquistar las clases trabajadoras para el proyecto revolucionario nacido fuera de ellas. La rebelión debe diferenciar métodos y objetivos en función de su nuevo objetivo; y por consiguiente, so pena de un fracaso, está obligada a efectuar el aprendizaje de la lucha revolucionaria.

El terrorismo, por ello, no es un *atajo* que permite sustraerse del trabajo político: es el *punto de partida* de ese trabajo, crea su necesidad y las condiciones. Los insurgentes deben asumir la función de organización política de vanguardia, o en caso contrario serán aislados y disgregados; la guerrilla debe convertirse en una escuela de formación política, forjar los cuadros revolucionarios, elaborar sobre el terreno el programa de transición adaptado al nivel de conciencia de las masas y reelaborarlo continuamente a medida que ese nivel se eleva a través de la lucha.

En consecuencia, contrariamente a las concepciones románticas y maximalistas, el "guevarismo" se diferencia de manera sustancial de la teoría del "todo o nada": no se plantea como objetivo inmediato la conquista del poder por parte de las clases trabajadoras; no persigue un pasaje sin transición al socialismo; no sostiene que la revolución es un todo único,

idealmente acabada aún antes de haber sido hecha, y que reformas transitorias u objetivos intermedios constituyen peligrosas mistificaciones.[2] Por el contrario, el programa del FNL es democrático y no socialista, y no sostiene la necesidad de modelar a Vietnam del Sur a imagen de Vietnam del Norte. El programa del movimiento del 26 de julio en el momento de su victoria en Cuba, no era socialista y ni siquiera explícitamente antimperialista. En ambos casos (así como en China en 1949) se trata de programas de transición: es decir, de un complejo de reformas fundamentales que se proponen como finalidad desencadenar un proceso revolucionario en el curso del cual la autoeducación de las masas (y de los dirigentes) conducirá, a través de la práctica, a la superación de las reformas y de los objetivos iniciales.

La interpretación maximalista del "guevarismo" apareció mucho más tarde, y no tuvo origen en Cuba. Ella tiene como punto de partida una confusión entre la *difusión ideológica* del socialismo cubano y la *estrategia política* a aplicar en sociedades en las cuales deben aún ser creadas las condiciones objetivas de la revolución. Esta confusión, de la que son responsables los revolucionarios que se inspiran en el ejemplo cubano, no es fácil de evitar para militantes que no tienen detrás una tradición nacional de lucha revolucionaria. Pero no por esto es menos dañosa: ella tiende, por ejemplo, a acreditar el mito de que la revolución cubana, tal como se ha formado en nueve años de práctica y de reflexión, puede ser tomada como modelo por un movimiento que todavía no ha realizado la revolución y que sólo proyecta hacerla. En otros términos, tiende a importar una revolución llegada a una fase relativamente avanzada a países que no han realizado todavía su revolución.

Pero si es verdad que una revolución victoriosa puede permitir a las que le siguen en el tiempo evitar algunos errores iniciales y reducir algunas fases transitorias, no es menos cierto que cada revolución debe modelar sus propias fases transitorias y evitar, so pena de las peores desviaciones, quemar etapas. No es la revolución, tal como se presenta en una fase avanzada de su desarrollo, la que puede ser tomada como modelo, sino la estrategia y el método que le permitie-

ron vencer y superar cada una de sus etapas. Es preciso evitar todo espíritu de imitación, porque la existencia misma de un precedente —sobre todo cuando se ha triunfado— modifica la situación de conjunto e impide plantear los problemas del mismo modo en que fueron planteados en un comienzo. El precedente de la revolución cubana, por ejemplo, no solamente ha reforzado la vigilancia del imperialismo y vuelto más graves los riesgos internos que en adelante deberán cubrir los revolucionarios latinoamericanos; también ha revelado cuáles eran (y debían ser) la lógica, el sentido, las fases sucesivas de un proceso revolucionario en América latina. En cierto sentido, ha puesto en guardia también a los otros pueblos sobre el hecho de que la etapa democrática sólo puede constituir un pasaje hacia el socialismo. Obliga a los revolucionarios, en especial si adoptan abiertamente como modelo el precedente cubano, a hacer aceptar a las masas —aún antes de que el proceso revolucionario haya elevado y transformado su conciencia— las etapas sucesivas, *para las cuales las masas no están aún subjetivamente preparadas,* como el sentido y el propósito de la lucha actual.[3] Comporta el riesgo de que una vanguardia sin la suficiente autonomía exija de las masas un grado de preparación y un nivel de conciencia que ellas todavía no pueden tener.

De tal manera, cada precedente revolucionario a la vez que favorece y acelera la toma de conciencia y la formación de las vanguardias, tiende además a hacer más difícil su tarea poniendo en guardia a los adversarios de clase presentes y futuros, pero también a los posibles aliados en el período de transición. En lugar de ser arrastrados por el proceso revolucionario y progresivamente transformados por él, estos últimos están advertidos desde el comienzo de las transformaciones que sobrevendrán, transformaciones todavía extrañas a su experiencia y a sus aspiraciones. La tendencia a la imitación —cualesquiera sean los méritos del modelo y por entusiasmante que éste aparezca ante la vanguardia— contiene siempre un peligro de esquematización y de dogmatismo: tiende a hacer olvidar que las etapas intermedias son esenciales para la educación revolucionaria de las masas y que en materia de educación no existen atajos: en efecto la edu-

cación será consecuencia de una experiencia directa de las masas o no será alcanzada en modo alguno.

En suma, la perspectiva política unificadora de un movimiento revolucionario no puede ser de inmediato la edificación del socialismo y del comunismo, es decir la sociedad posrevolucionaria. Sólo puede ser la transformación revolucionaria de la sociedad actual según un esquema de objetivos intermedios. Con esto, no queremos significar una serie de reformas graduales y predeterminadas, consideradas cada una como un fin en sí, sino la obtención de un complejo de reformas vinculadas entre sí, que correspondan a las aspiraciones de las masas, que desplacen *de modo irreversible* la relación de fuerzas en favor de las clases trabajadoras, que disloquen la sociedad capitalista y exijan el pasaje al socialismo, so pena de una regresión. En otras palabras, los objetivos intermedios cumplen la función de tornar evidente la necesidad del pasaje al socialismo y de prefigurarlo de modo concreto bajo ciertos aspectos, de orientar al proceso revolucionario sin considerar *necesariamente* al socialismo como un objetivo *explícito* a breve plazo. Por consiguiente, no es a las masas a las que debe exigirse preliminarmente una conciencia socialista, sino a las vanguardias. No es a nivel del programa donde el socialismo es planteado como un fin, sino a través de la interconexión y la dinámica política de los objetivos programáticos; a través de métodos de lucha para la obtención de aquellos objetivos, que deben constituir de por sí un aprendizaje y una experiencia de poder obrero; a nivel de la *concepción* del programa que, como articulación coherente de objetivos intermedios y de acciones de masa tendientes a imponerlos, debe ser concebido como *la puesta en movimiento* de un proceso revolucionario destinado a superar todos sus objetivos iniciales. La conciencia socialista de las masas nacerá sólo en el curso de un proceso de este tipo, a condición, claro está, de que exista en los dirigentes como capacidad para definir los objetivos intermedios iniciales factibles de hacer alcanzar al movimiento el *point of no return*, luego los objetivos más avanzados por los cuales ellos deberán ser superados: es decir, a condición de que exista como estrategia.

IV

Sería ilusorio por tanto creer que la próxima crisis social en Francia podrá volver a partir de inmediato del nivel más alto alcanzado en el curso de la crisis de mayo-junio de 1968, que la próxima vez convendrá partir de la huelga general revolucionaria teniendo como objetivo declarado la conquista del poder por parte de la clase obrera. La revolución fallida de mayo no puede ser considerada una preparación política, ni una experiencia formadora. Desde este punto de vista todo, o casi todo, resta aún por hacer.

Del mismo modo sería estúpido reprochar al PCF no haber lanzado a las masas al asalto del Estado, no haber instaurado el poder de la clase obrera, el socialismo. A reproches de este género, dicho partido podrá responder sin embarazo alguno que nada demuestra que las masas estuvieran preparadas para el socialismo. En efecto, sabemos que no lo estaban más que el PCF (o que lo estaban un poco más que éste). Que el régimen golista habría podido ser derrumbado, es bastante probable; que la creación de centros de poder obrero habría podido abatir a partes enteras del sistema capitalista y que la clase obrera, debidamente guiada, habría podido de inmediato impedir al gobierno provisorio restaurar el sistema, es un hecho cierto; pero que el sistema capitalista habría podido ser destruído de un golpe es una tesis insostenible: habría sido necesario para esto un proceso revolucionario mucho más largo y progresivo que las dos o cuatro semanas de huelga virtualmente insurreccional.

Pero lo que es oportuno reprochar al PCF es no haber sabido orientar el proceso revolucionario; no haber sabido canalizar la combatividad de las masas en el sentido de la creación de órganos de poder obrero y popular; no haber sabido actuar como nexo y polo de atracción políticos de los comités obreros y populares que espontáneamente se habían constituído; no haber sabido extraer beneficios del poder de hecho conquistado por la clase obrera en el apogeo de la lucha, para corroer las bases y la autoridad del régimen con la conquista de posiciones de fuerza permanentes. No haber hecho nada para capitalizar, mediante la creación de centros

de poder obrero y de órganos de poder popular el estado de movilización de la clase obrera; no haber hecho nada para elevar al máximo la toma de conciencia revolucionaria y para fijarla, mediante acciones de valor ejemplificador, como punto de referencia para el futuro; haber rechazado como "contraria a los acuerdos" la reivindicación de poder obrero levantada por la CFDT;[4] haber ofrecido al movimiento como única conquista un aumento salarial que, de todas las conquistas, es la que el capitalismo puede reabsorber con mayor facilidad a menos (y no era este el caso) de que el movimiento obrero esté preparado, política y sindicalmente, para impedir tal reabsorción explotando el desequilibrio causado en el sistema por las conquistas salariales; haber rechazado la unión política e ideológica entre la clase obrera, los estudiantes y las vanguardias de las profesiones intelectuales; haber apostado a una victoria electoral que estaba excluída desde el momento mismo en que se dejaba al poder, intacto, como dueño del campo y no se ofrecía a la lucha la perspectiva de posibles reiteraciones futuras, todo esto forma parte de la más completa estupidez burocrática de la que un partido obrero y socialista puede volverse culpable.

En realidad el PCF estaba tan contrariado por el hecho de que el pueblo trabajador hubiera venido a turbar con sus iniciativas de lucha las conversaciones de los aparatos comunistas y federados, que se ha comportado como el Estado de Alemania oriental en el poema satírico de Bertolt Brecht[5] y frente a tan desgraciado contratiempo, en ningún momento trató de obtener una ventaja estratégica para la clase obrera de la posición de fuerza que momentáneamente ocupaba ésta.

Se podrá objetar quizás que la situación no estaba políticamente madura para arrancar el poder de la burguesía y para minar al Estado mediante conquistas capaces de agravar en todos los planos las contradicciones de la sociedad capitalista y de operar en ella como fermentos continuos de su disgregación. La objeción es válida en un único punto: en mayo de 1968 no existía un bloque político capaz de ofrecer una "alternativa" socialista al régimen golista. La alianza entre el PCF y la FGDS no estaba en condiciones de ofrecer una salida coherente y una perspectiva política unificadora, pero si lo

hubiera estado, su contenido habría sido ampliamente superado por el vigor y el radicalismo del movimiento. ¿No es preciso deducir de ello que este tipo de alianza en la cúspide era fundamentalmente inapta para la situación y las posibilidades nuevas que habían surgido? Para un partido revolucionario no era ya el momento de buscar hacia la derecha la alianza con un aparato socialdemócrata privado de una base militante sino en cambio de forzar la mano a aquel aparato iniciando públicamente el diálogo con los animadores de los movimientos surgidos de la base y elaborando con ellos —junto a los comités de huelga, de estudiantes y profesores, comités locales de acción, de médicos, de arquitectos, periodistas, agrónomos, cuadros técnicos y científicos de vanguardia— *con el máximo respeto por la autonomía recíproca,* un conjunto de objetivos intermedios, algunos de los cuales podían comenzar a realizarse inmediatamente a través de la creación de poderes democráticos de base —comités obreros de control, de reorganización, de autogestión de la producción, comités de autogestión de los medios de información, de urbanística, de reforma de la política sanitaria, hospitalaria, de viviendas; comités de los residentes en las grandes unidades, etc.[6]— que se orientarían a las reformas de estructura (comprendida, como es obvio, la del Estado y de las instituciones) a insertar en un programa democrático de transición al socialismo.

El modo de elaboración de tales objetivos y programas, el hecho de que surgirían de *asambleas soberanas* de la base obrera y estudiantil para ser de inmediato elaborados en juntas nacionales de los órganos del poder popular, habría convertido a aquellos objetivos en *irrecusables* por parte de los mismos federados quienes, frente a esa expresión de la soberanía popular, no tendrían otro camino que elegir entre su inserción en el movimiento o su quiebra política. El hecho de que hubieran optado por el primer camino surge claramente de la imprevista reconciliación de Mitterrand con Mendés-France, producida el 29 de mayo. ¿Tal elección habría sido ambigua? ¿Un gobierno provisorio, admitiendo que se hubiera impuesto, dirigido por Mitterrand y Mendés habría "participado del juego" sólo con la esperanza de "recuperar" el movimiento y de dirigirlo dentro de límites tolerables para

el neocapitalismo? Es evidente que sí. ¿Pero no es esto lo que siempre hizo la FGDS en sus negociaciones con el PCF y lo que continuará haciendo si alguna vez gobernara junto con los comunistas? Pero entonces ¿en qué consistía la dificultad? ¿No era en cambio el momento ideal, para un partido de masas revolucionario, para forzar a un aliado reticente, para aceptar su garantía de derecha a un movimiento de masa radical (antes que suministrar una garantía de izquierda a un "programa mínimo común" centrista y negociado en frío), con la certeza de que la autonomía misma de ese movimiento, la iniciativa que él permitía a la base habría aventado las astucias de los "recuperadores" y desbordado su eventual gobierno?

En el ámbito de tal táctica era perfectamente posible al partido de la clase obrera balancear la influencia moderadora de los federados y de algunos aparatos sindicales presentándose como polo de atracción y mediador de todas las fuerzas anticapitalistas. Lo que en esta hipótesis hubiera podido ser el resultado electoral, la experiencia italiana del 19 de mayo pasado nos permite adivinarlo.[7] Estas elecciones, por otra parte, no habrían tenido lugar *sino después* de la caída del régimen golista. En efecto, este régimen no ha dado, ni vencido, ninguna batalla política; simplemente ha llenado el vacío político dejado por la oposición de izquierda. Pudo haber sido borrado —como un sector de la burguesía, creyéndolo definitivamente derrotado, invitaba a hacerlo— si el partido de la clase obrera hubiera sido capaz de ofrecer a la explosión popular una salida política en términos de programa y de gobierno de transición.

Sería presuntuoso querer definir aquí cuáles podrían haber sido los objetivos intermedios de un programa de transición. Al igual que su contenido es importante también el método y el clima de su elaboración, obtenida mediante la participación directa de la base, la única capaz de garantizar el carácter democrático del programa y, a través de la multiplicación de sus órganos de poder popular en los centros de producción y de residencia preparar y armar moralmente a las masas contra toda tentativa de restauración. Una idea semejante, como es evidente, no sólo es incompatible con la

estructura y los métodos actuales del PCF, sino también con la convicción —que sus dirigentes tienen en común con aquel otro stalinista convertido a la socialdemocracia que es Pietro Nenni— que el Estado es un *instrumento neutro* "susceptible de una revolución desde arriba hacia el socialismo"[8]; es decir, que el Estado del capitalismo monopolista, si está en manos de un partido obrero, puede ser utilizado *tal como es* para el pasaje al socialismo. Esta convicción explica, como observa Nicos Poulantzas, la oscilación constante del PCF entre una posición pseudomaximalista —lo que interesa es entrar en la sala de control del Estado; todo lo demás viene solo. Para esto las masas deben dar un mandato a los electos comunistas y, al mismo tiempo, permanecer tranquilas— y una práctica oportunista de derecha, que consiste en pagar el derecho de acceso a las salas de control mediante compromisos, alianzas en el vértice y la defensa demagógica de intereses estrictamente corporativos.

V

Estas observaciones tienen por objeto no tanto formular una crítica gratuita a la dirección del PCF, sino plantear el problema siguiente: ¿con qué tipo de partido revolucionario y mediante qué estrategia un proceso revolucionario de transición al socialismo puede encontrar sus *chances* en un país de capitalismo avanzado? En efecto, que el PCF sea incapaz de asumir las funciones de un partido revolucionario no significa que el problema de la revolución pueda hoy ser considerado a partir de la ausencia de cualquier partido capaz de guiarla y de llevarla a buen puerto: es decir, como un mero producto de movimientos espontáneos. Por el contrario, debemos recordar que la función del partido permanece insustituíble al menos desde cuatro puntos de vista (lo cual no significa necesariamente que las condiciones para la creación de un partido revolucionario estén hoy presentes):

a) *Función de análisis y de elaboraciones teóricas.* El problema de una estrategia de la lucha y de la transformación revolucionaria de la sociedad no puede ni siquiera plantearse en ausencia de un análisis permanentemente al día, según la

evolución y las contradicciones de la sociedad capitalista en todos los niveles, de los conflictos de intereses que minan el bloque en el poder, de los puntos débiles que deben ser atacados para que el frente adversario pueda ser destruído y desacreditado, de las posiciones respectivas de las fuerzas y de los movimientos actualmente o aún sólo potencialmente anticapitalistas, en el interior del proceso de producción, de la posición de la burguesía nacional en el sistema de relaciones del mundo capitalista, de la adecuación o no de las estructuras institucionales, etc.

El hecho de que esta función no sea asumida en la actualidad por ningún partido comporta una doble consecuencia: la actividad de los aparatos políticos se limita en gran parte a maniobras tácticas a corto plazo y a improvisaciones demagógicas, incapaces de sacudir de manera permanente al sistema, en el cual permanecen en conjunto insertos. De aquí se deriva, inversamente, la necesidad para los grupos y los movimientos revolucionarios de colocarse fuera de los partidos y de plantear el probleca de la transformación revolucionaria de la sociedad en términos de lucha insurreccional. Ahora bien, si la lucha insurreccional puede dar lugar a un proceso revolucionario en una sociedad y en un Estado en camino de descomposición, en una sociedad política e ideológicamente integrada logra sólo, en el mejor de los casos, poner de manifiesto los límites de tal integración, sus posibles puntos de ruptura, y poner en crisis las instituciones políticas. Esto ya es bastante, pero es sólo el comienzo, el momento negativo del trabajo político a efectuar.

b) *Función de síntesis ideológica* de las contradicciones y de las reivindicaciones sectoriales, respetando su especificidad y su autonomía. Tal función constituye un todo único con la hegemonía ideológica que el partido revolucionario debe conquistar para poder construir el "bloque" de las fuerzas anticapitalistas que arrancarán el poder al bloque dominante después de haberlo disgregado. Y con el término "bloque" no debe ser entendida una "alianza" entre las clases o los estratos explotados por la burguesía. La debilidad de la alianza de tipo tradicional consiste en que se trata de una yuxtaposición de grupos de intereses y de exigencias sectoriales que se limi-

tan a sumar en su particularidad y a traducir en un catálogo de reivindicaciones, sin que de esta suma surja nunca la crítica de la sociedad existente y la perspectiva unificadora de su superación a través de la lucha común.

La ausencia del partido revolucionario se traduce así en una multiplicidad de reivindicaciones y de luchas tendientes a objetivos parciales, inmanentes al sistema, sin ningún nexo orgánico ni unidad de objetivos. Las fuerzas potencialmente anticapitalistas se empeñan en batallas *paralelas y sucesivas* que, en virtud de una concepción falsa de lo que es "concreto", permanecen totalmente abstractas. Les falta la capacidad teórica de ver, a través de las razones inmediatamente aparentes del descontento, las razones determinantes —es decir, en última instancia las relaciones capitalistas de producción— y oponer a la ideología neocapitalista (a su tipo de racionalidad y a su sistema de valores), una concepción superior de la racionalidad, de la civilización, de la cultura, concepción a cuya luz las reivindicaciones sectoriales son al mismo tiempo iluminadas críticamente en su relatividad, integradas y elevadas a un nivel superior.

Aún desde este aspecto, el radicalismo del movimiento estudiantil constituye un aporte positivo. De golpe se ha colocado fuera del sistema rechazando las imposibilidades objetivas en cuanto son inaceptables a priori y al sistema en cuanto debe ser rechazado en bloque. Y sin embargo, en la medida en que es un movimiento sectorial —y no la vanguardia de una clase— el movimiento estudiantil no dispone de medios para reivindicar la hegemonía ideológica y política con vistas a la edificación de un bloque anticapitalista. El movimiento estudiantil puede colocarse solamente como expresión teórica y práctica, a determinado nivel, de las contradicciones entre las relaciones de producción capitalistas y las fuerzas productivas. En este nivel específico, puede constituir una plaga purulenta en los flancos de la sociedad política y del Estado burgués y gracias al radicalismo de sus acciones y de sus posiciones, mantener a éste en una condición permanente de crisis, testimoniando al mismo tiempo, frente al movimiento obrero, la posibilidad y la necesidad de una radicalización de la lucha en todos los planos.

su contribución a la crisis general del sistema puede de tal manera ser determinante y duradera, a condición no obstante de ser integrada en la estrategia de la lucha de clases como componente específico y autónomo de esa lucha. Pero es precisamente porque esta integración le ha sido negada que el movimiento estudiantil ha intentado siempre colocarse como sustituto de un partido revolucionario y de vanguardia obrera, sin poder evidentemente lograrlo. Abandonado a sí mismo, el movimiento estudiantil no puede superar sus límites sectoriales sino a través de un llamado abstracto a la clase en sí y a la revolución en sí. El movimiento obrero, sin embargo, no puede reprocharle nada salvo si une a la crítica del movimiento estudiantil la autocrítica de las propias desviaciones corporativistas y economistas. Sólo un partido revolucionario que integre todas las dimensiones de la lucha anticapitalista en un proyecto de transformaciones radicales de todos los niveles de la vida social puede lograr que el movimiento estudiantil supere sus límites y que el movimiento obrero asuma la responsabilidad del potencial revolucionario de las luchas estudiantiles.

c) *Función de educación y de dirección política.* El partido tiene la función de personificar la permanencia de la lucha y de los objetivos de lucha aún en período de reflujo. Prefigura al Estado obrero e indica a la clase obrera su capacidad para ser clase dirigente. Personifica la presencia del socialismo en el seno del capitalismo en cuanto negación positiva de éste. Garantiza la supervivencia del movimiento y de la conciencia revolucionaria a través de los períodos en los que la relación de fuerzas impide las batallas de ruptura. Para poder asumir tales funciones, es preciso sin embargo que el partido se presente al mismo tiempo como memoria y como prefiguración de luchas más avanzadas que las posibles en un determinado momento. Ante cada trabajador debe aparecer como garantía de que todo lo que es posible hacer ante cualquier eventualidad para destruir el frente adversario y emancipar a la clase obrera, será hecho. No es que el partido deba dirigir de manera directa cualquier lucha local o sectorial; su función de guía consiste sobre todo en situar cualquier lucha en el ámbito general de la lucha de clases y en explicitar de

qué modo las reivindicaciones inmediatas y locales de los trabajadores superan en realidad su situación particular y sus reivindicaciones locales, articulándose con los objetivos intermedios de una estrategia de la transición y especificando tales objetivos. A este respecto, lejos de erigirse en defensor de una línea política predeterminada, a la cual las luchas sociales deberían estar forzosamente subordinadas, el partido debe aparecer, gracias a su absoluta movilidad, capaz de asumir pero también de *catalizar* las reivindicaciones surgidas de la base, en cuanto tales reivindicaciones remiten a un programa de transformación radical de la sociedad y muestran su necesidad.[9]

Subrayo *catalizar*, porque la función de un programa de transformaciones de estructura no consiste en reflejar de modo pasivo el clima de las reivindicaciones y el nivel de la conciencia obrera en un determinado momento, sino en imprimir un impulso a dichas reivindicaciones profundizando la conciencia que tiene la clase obrera de lo intolerable de su condición, y demostrando qué reivindicaciones muy avanzadas pueden ser satisfechas, y en qué condiciones esto puede ocurrir. Hacer retroceder los límites de lo posible demostrando la posibilidad y las condiciones de posibilidad de transformaciones que parecen inalcanzables (y que, en efecto, no pueden ser duraderas en los límites del sistema), es uno de los medios más seguros para reforzar la combatividad obrera.

Este medio es *también* el programa, sobre todo en la medida en que torna *verosímiles*, gracias a su coherencia, objetivos por los cuales la clase obrera se empeñará sólo si son precisados los instrumentos políticos aptos para lograrlos. El objetivo del salario mensual mínimo de mil francos en la industria automovilística, por ejemplo, era poco factible en mayo de 1968 para muchos obreros ("lo podremos lograr sólo con una elevación del precio y con una intensificación de la explotación"), aunque hubiese surgido de la base. Pero este objetivo que, de por sí, es sospechoso de demagogia y no es en el fondo sino tradeunionismo, se carga de significado revolucionario si es precisado por el conjunto de las reformas de estructuras anticapitalistas que son condición necesaria para su realización efectiva.

¿Cuál es la política económica, social, industrial, cuál es el tipo de planificación y de distribución que permite aumentar de manera sensible los bajos salarios sin aumentar la desocupación, sin inflación, ni reducción de eficacia de la economía en su conjunto? Es este un interrogante típico de la política económica de un período de transición, que cuestiona las relaciones de producción, las relaciones comerciales, la estructura de la población activa, la naturaleza de la enseñanza, las opciones culturales, etc. De aquí deriva su valor educativo. Es este un interrogante al que el programa del partido debe estar en condiciones de responder. Si es incapaz de dar esta respuesta y de traducirla en objetivos de lucha, si no está en condiciones, fortalecido por esta respuesta, de llevar adelante en el plano político y en el de la acción de masas la crítica objetiva de las medidas a través de las cuales el sistema capitalista trata de reabsorber los aumentos salariales que le fueron arrancados, entonces el desaliento y el escepticismo se adueñarán de las masas: es como si éstas hubiesen exigido lo imposible. En síntesis, romper el equilibrio del sistema sin saber explotar y resolver la crisis en beneficio de la clase obrera, significa dejar transformar en derrota las propias victorias.

Así también, sacudir momentáneamente el poder de la burguesía sin ser capaces de arrancarle posiciones de poder a partir de las cuales se pueda continuar la lucha y poner en crisis el poder del Estado burgués, significa en última instancia reforzar la burguesía permitiéndole cerrar la brecha a su placer.

Y esto nos remite a la cuarta función del partido.

d) *Función de toma del poder y de transformación del Estado.* Sería necesario un estudio especial para demostrar de qué manera la centralización administrativa y política del poder ha pesado en la vida política en Francia, impulsando a los movimientos populares a reclamar del poder central la solución de cualquier problema, e impulsando a los partidos políticos a erigirse ante todo en gestores potenciales de un Estado considerado omnipotente. A la centralización estatal en Francia corresponde una deformación en sentido estatista de la ideología y de la vida política en todos los niveles

sociales. La conquista del aparato del Estado es admitida como condición suficiente para cualquier transformación social y política. Las movilizaciones populares son consideradas tanto como protestas tendientes a solicitar la intervención del poder central en beneficio de las categorías menos favorables ("¡Nuestros sueldos, Pompidou!"), que como masa de maniobra con el fin de permitir a los partidos de oposición hacer valer mejor su pretensión de dirigir el Estado.

Esta ideología centralista y estatista constituye uno de los principales obstáculos para el nacimiento y la difusión de una ideología revolucionaria: asigna a la acción de masa una función subordinada, se opone a la educación y a la emancipación de los trabajadores a través de la autodeterminación de los métodos y de los objetivos de lucha y a través de la vida democrática en la base. La debilidad de los partidos políticos franceses, sus relaciones caudillescas con el electorado, el peso de sus notables y de sus burocracias centrales, se explican en gran parte así, y así también se explica la permanencia de las estructuras y de la mentalidad stalinista del PCF.

La deformación centralizadora y burocrática, sin embargo, aunque entre nosotros esté más acentuada no es una característica sola de los partidos franceses. El reforzamiento del poder central, la erosión de los centros de poder periféricos y de las instituciones autónomas y locales, son simplemente inherentes a la dominación del capital monopolista. Es por tanto lógico que todos los partidos que se imponen como vocación la gestión del aparato del Estado y de la sociedad capitalista moderna, pero no se proponen la transformación, calquen su propia estructura sobre la del Estado tal como es. Por el contrario, un partido revolucionario se define por su capacidad de criticar, en la teoría y en la práctica, la naturaleza autoritaria y centralizadora del Estado como expresión de la dominación de la burguesía monopolista. Se define por su capacidad para destruir el mito de la naturaleza necesariamente autoritaria y centralizadora del "Estado industrial", sea capitalista o socialista. Y destruir este mito quiere decir en particular apuntar hacia la soberanía y la iniciativa de la base en todos los campos; hacer del partido el centro por

excelencia del libre debate y de la democracia directa; favorecer la autodeterminación colectiva por parte de los trabajadores de los métodos y de los objetivos de lucha; tender a la conquista de un poder obrero en los lugares de producción, no como fin en sí sino como prefiguración de la autogestión social por parte de los productores soberanos.

El partido revolucionario de nuevo tipo debe definirse al mismo tiempo como capaz de tomar y de ejercer el poder central —capacidad que falta por definición a los movimientos y a los sindicatos— y de destruir en sus raíces la naturaleza autoritaria del poder central. En sus raíces, vale decir a nivel de la división social del trabajo. Si la lucha contra el patrón y contra el Estado burgués no es ya aprendizaje y ejercicio de la soberanía obrera, entonces la emancipación de la clase obrera no resultará ni siquiera de una hipotética conquista del Estado por su partido. La reivindicación salarial, cuando no tiende a cambiar *la vida* obrera (y no sólo las condiciones de vida) —es decir la calidad y la naturaleza de la civilización— y a abatir las barreras de categoría y jerárquicas, no hace avanzar un paso la hegemonía política, ideológica, cultural de la clase obrera de la que depende su emancipación final.

Una clase obrera que no sea soberana en el trabajo no podrá tampoco ser soberana en la sociedad. Una clase obrera que no sea dueña de su destino más directo, es decir de las condiciones y de la organización de la producción, no será tampoco dueña, como clase dirigente, de la organización de la sociedad. Una clase obrera que no ejerza el poder sobre los lugares de trabajo, mediante su dominio sobre los instrumentos de producción, no ejercitará tampoco el poder en la sociedad, aunque sus representantes fuesen dueños del Estado. Una clase obrera que no esté emancipada de la división jerárquica del trabajo en las empresas, no se emancipará tampoco de la división del trabajo aunque fuese abolida la propiedad privada de los medios de producción. El progreso de la lucha por el poder de autodeterminación de los trabajadores sobre los lugares de trabajo contiene más promesas revolucionarias, aunque ciertas empresas permanezcan todavía en manos privadas, que las nacionalizaciones que dejan intacta

la jerarquía despótica de la empresa. Una clase obrera dueña del instrumento de producción y en condiciones de autodeterminar la división técnica del trabajo exigirá necesariamente el poder en el seno de la sociedad y la abolición de la división social del trabajo.

A partir de todos estos puntos de vista, el aporte del movimiento estudiantil es absolutamente positivo: la praxis del debate colectivo, de la democracia directa, de la elaboración en asambleas libres, de la autogestión, del igualitarismo, de la negación absoluta de toda autoridad, etc., se vinculan a la tradición libertaria del mismo movimiento obrero. No es sorprendente que pueda asumir un valor paradigmático frente a este último. Tanto más por cuanto el autoritarismo contra el que se rebela la masa estudiantil refleja de modo mediato, a un nivel particular, la subordinación de todas las esferas de la actividad social a las exigencias del capital monopolista.

El problema que se plantea es por lo tanto el de la construcción de un partido revolucionario cuyas instancias centrales, por su cohesión y su capacidad de elaboración política, prefiguren el poder central del período de transición, sin que la dirección del partido pretenda controlar, dirigir, subordinar a sí mismo las iniciativas y los movimientos que nacen fuera de él y que *son* la circulación revolucionaria. La capacidad hegemónica del partido se medirá en cambio por su capacidad de enriquecerse de los movimientos nacidos fuera de él, de elaborar con ellos una perspectiva común, respetando, no obstante, su autonomía; de convertirse para ellos en el centro de atracción, el polo de referencia doctrinal y la salida política privilegiada.

En otros términos, el partido revolucionario de tipo nuevo no puede imitar hoy el esquema leninista: porque no se encuentra ante un Estado despótico y represivo, sino ante un Estado esencialmente político, que basa la legitimidad de sus acciones represivas sobre su propia capacidad de mediación política entre intereses contradictorios, referidos continuamente a expresiones ideológicas que tornan posible esta mediación. Y no se encuentra ante un impulso anti-represivo homogéneo de las masas populares, sino ante una pluralidad de impulsos, relativamente autónomos en su aspiración anti-

capitalista, que en niveles diferenciados y específicos persiguen la autodeterminación soberana, por parte de los individuos sociales, de las condiciones, de las finalidades y del marco de su actividad social. Es imposible plantear como condición inicial de la conquista frontal del Estado, la unificación preventiva, mediante una dirección única desde arriba, de los distintos impulsos (los de los trabajadores manuales, técnicos, científicos, artísticos, culturales, etc.). Sólo es posible articular entre sí las aspiraciones específicas en función de un horizonte común que los contenga a todos y al mismo tiempo los supere: el horizonte de una sociedad socialista a su vez pluralista y "articulada". Es una sociedad de este tipo la que el partido revolucionario debe prefigurar en sus métodos y en su acción si quiere poder cumplir con su función. Debe *disgregar* el poder del Estado político erigiéndose en órgano de mediación y de síntesis de los centros de poder autónomos que reclaman su existencia en los distintos niveles de la sociedad civil.

Retomaremos luego sobre el problema que consiste en saber si el nacimiento de un partido revolucionario de nuevo tipo presupone la creación de un nuevo partido revolucionario.

VI

Las consideraciones precedentes tendrían sólo un significado contingente si el radicalismo revolucionario de los jóvenes fuera un fenómeno coyuntural, destinado a extinguirse por sí solo: si las categorías y las soluciones gradualistas de la izquierda tradicional debieran permanecer o volvieran a tornarse válidas.

El hecho de que la radicalización de la generación que cuenta hoy menos de 25 años sea un fenómeno mundial; que sus temas sean convergentes en todo el mundo capitalista desarrollado, indica ya el carácter fundamental y no contingente del movimiento. Por otra parte, es necesario tratar de dar una base a esta impresión, buscar las raíces de un movimiento que aparece ligado a un cambio de ritmo y de perspectiva en la historia mundial y que justifica la tesis de la *actualidad*

del socialismo en Europa occidental, de la necesidad de un "pasaje acelerado" al socialismo.

Es necesario ante todo explicar que el predominio del capital se ha tornado inaceptable para la masa estudiantil, cualesquiera sean, por otra parte, las condiciones bajo las cuales se imparte la enseñanza, y cualesquiera sean los niveles de vida y el origen social de aquellos que la reciben. La falta de profesores y la aglomeración de las aulas universitarias; la impersonalidad, el carácter abstracto y la impronta ideológica de los cursos impuestos por los profesores a centenares de oyentes pasivos, permitirían explicar válidamente el descontento, las bataholas y el ausentismo de los estudiantes, pero no explicar esa radicalización de su ambiente, ese rechazo global de la sociedad cuya intensidad (si no su importancia) es igualmente fuerte en los países donde las condiciones de vida y de trabajo de los estudiantes son particularmente insatisfactorias (Francia e Italia) y en aquellos (Suecia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania federal) donde tales condiciones son mejores.

Como la insuficiencia de los salarios y las condiciones intolerables del trabajo no bastan para hacer rebelarse inmediatamente a los obreros contra la clase capitalista y su sistema, así la falta de profesores, de aulas y de alojamientos no bastan para hacer rebelarse a los estudiantes contra la civilización capitalista.

Para comprender su radicalización, es necesario partir, a mi entender, de la rapidez cada vez mayor de las transformaciones técnico-científicas y político-históricas producidas desde hace una década, rapidez por la cual un individuo nacido alrededor de 1950 pasa a encontrarse de golpe en un mundo cuyas determinaciones históricas y éticas son profundamente distintas de las correspondientes a la generación más antigua. Se verifica, si se prefiere decirlo así, *un corte neto entre las generaciones*. Es claro que ello no constituye la causa última, pero se produce a propósito y sobre la base de las transformaciones objetivas que, mientras constituyen realidades inmediatamente determinantes para las generaciones que no han alcanzado todavía los veinticinco años, son determinantes sólo de modo mediato para las generaciones más antiguas que

tratan (o se rehusan a hacerlo) de entenderlas en función de los puntos de referencia superados. Inversamente, las circunstancias que han formado las generaciones de los que hoy tienen más de veinticinco años y determinado su actitud frente al proceso en curso, pertenecen según los más jóvenes a un pasado ya perimido.

El corte neto entre las generaciones no explica por consiguiente la historia, más aún, él es determinado por una cisura histórica que divide los individuos entre los de "antes" y los de "después". Entre los hechos principales que permiten explicar este corte de generaciones, señalemos las transformaciones siguientes:

a) La aceleración de la evolución científica, técnica, económica y cultural trajo como consecuencia entre otras una diferencia acentuada del modo de vida, del grado de información y de formación, del porvenir objetivo de los adolescentes (y de los preadolescentes) y de sus padres.[10] Esto que para ellos es determinante porque se refiere al presente y al porvenir (trátase de técnicas de enseñanzas de la matemática o de las lenguas, por ejemplo, de los objetos de consumo, de la tecnicidad de los instrumentos cotidianos o de la producción ideológica y cultural), permanece para los adolescentes como objeto de estupor o de incomprensión. De aquí el desfasamiento del sistema de referencias de los mayores, con una primera consecuencia que dará un tono y una dimensión particulares a la rebelión adolescente: la crisis de la autoridad de los padres, el carácter caduco de los valores de la "experiencia" adquirida por la edad. La ancianidad en lugar de ser fuente de prestigio, tiene más un valor negativo que positivo: ella significa desfasaje, incapacidad de comprender, ignorancia de los procesos en curso, condicionamiento derivado de los fracasos y de los errores pasados. Esta quiebra objetiva de la autoridad de los mayores es la que determina la posibilidad del rechazo de cualquier autoridad que pretenda apoyarse sobre la ancianidad o la experiencia, y que es interiorizada como rechazo de la autoridad de los padres, de los maestros o de las instituciones.

Así definida en términos generales y abstractos, la crisis de la autoridad y el rechazo de los mayores no serían sufi-

cientes, como es obvio, para fundar un movimiento de radicalización *política*, si el corte entre las generaciones no fuera a su vez sobredeterminado por un clivaje de las perspectivas históricas y por una crisis de la estructura social. Pero inversamente, este clivaje y esta crisis no podrían por sí solos motivar un radicalismo tan explosivo si la generación de los que tienen menos de veinticinco años, aún antes de alcanzar una plena conciencia de su propia posición social e histórica, no hubiera vivido la quiebra de las relaciones de autoridad en sus relaciones con sus padres y con los mayores.

b) Las generaciones de los que tienen más de treinta años han sido formadas por una serie de derrotas y por la experiencia del miedo. Derrota del frente popular; miedo de la guerra; derrota militar y/o económica durante y después de la guerra; miedo del comunismo y de la URSS; miedo de los Estados Unidos y de una conflagración nuclear; derrota del eurocentrismo que hasta 1948 había dominado las ideologías (incluídas las marxistas); derrota de los imperios coloniales; satelización de Europa, etc.

El fracaso de los *más viejos* golpearía quizás menos si la moral que ellos se han formado en el período 1930-1960 no contrastara tan decididamente con la moral revolucionaria de los pueblos considerados atrasados: era la moral pusilánime de aquellos que sobrevivían, tratando de conservar en particular una adquisición de la que se mostraban insatisfechos en general. Ella exaltaba las virtudes del compromiso, de la moderación, del rechazo de los grandes riesgos, complementaria de la ausencia de grandes *principios*, del retroceso temeroso ante el *más* fuerte. Consideraba a la violencia (fascista o revolucionaria) como el mayor de los males, execraba los extremismos y, en nombre de la defensa del confort y de la seguridad, ponía en el vértice de su escala de valores el realismo de la conservación. La coexistencia pacífica y un prudente reformismo eran considerados las únicas alternativas razonables en política.

En aquel mismo período la revolución china, como la cubana y vietnamita, señalaban la victoria de la intransigencia revolucionaria y de la moral *heroica*, la fragilidad y la vulnerabilidad de las civilizaciones basadas en la potencia

técnica e industrial. Europa se transformaba en una provincia marginada de la lucha decisiva de los años venideros. La contradicción dominante, motor de la historia mundial, era aquella entre imperialismo y antimperialismo.

El rechazo de la autoridad y de la sociedad constituída encuentra su justificación histórica, su fuente de inspiración ideológica y sus armas políticas en la importancia de las revoluciones antimperialistas, pasadas y futuras. La incomprensión de las formaciones y de los dirigentes de la "izquierda histórica" de la lucha liberadora de los pueblos oprimidos profundiza la crisis de su autoridad y torna legítimo el desprecio que siente por ellos la nueva generación.

c) Estas determinaciones del corte entre las generaciones no bastarían aún para crear un nuevo radicalismo revolucionario de masa si no coincidieran con la nueva aspereza que asume para los jóvenes la contradicción fundamental de las sociedades capitalistas: la existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Para un joven, cualquiera sea su formación, integrarse en la sociedad burguesa es hoy prácticamente imposible en la gran mayoría de los casos, lo que explica el total descrédito de la ideología y del orden burgueses —y ello por tres razones:

— El adolescente que comienza o termina su aprendizaje profesional o sus estudios superiores no es admitido por la sociedad como una fuerza de trabajo socialmente deseada. Cualesquiera sean la naturaleza y el nivel de su formación, esta tiene muchas probabilidades de no servirle a nadie: los empleos son raros y la mayoría de las veces no tienen relación alguna con el nivel cultural alcanzado por el candidato. Dado que no se lo reclama ni es valorizado por la sociedad, el trabajo de formación es visto por quienes lo realizan como una victoria ante todo gratuita sobre las resistencias opuestas por la sociedad: para entrar en una facultad o en una escuela profesional, es preciso aplicar la astucia, luchar contra las trabas administrativas y eliminar a los condiscípulos potenciales. Los estudios no son un derecho reconocido por la sociedad, sino un privilegio acordado por ésta de mala gana, un lujo que el estudiante se concede a expensas de aquella

sociedad y del que durante todo el año lamentará su costo social. El adolescente es por ello tachado desde el comienzo como un elemento supernumerario. La generación de los que tienen menos de veinticinco años carga sobre sus espaldas, más que cualquier otro, los costos de la crisis de crecimiento y de la crisis de los mecanismos de acumulación de la sociedad capitalista.

— Esta última es declaradamente incapaz de definir una política de formación tal como para satisfacer por una parte las exigencias contradictorias de la evolución técnica, y por la otra la perpetuación de relaciones sociales jerarquizadas, y finalmente el completo desarrollo individual.

Es claro que la rapidez de la evolución técnica hace difícil la previsión, tanto cuantitativa como cualitativa, de las necesidades de mano de obra. Más que en el pasado, existe la probabilidad de que el oficio aprendido sea desvalorizado por las transformaciones técnicas y que quienes lo aprendieron vean obligados a una reconversión o de otro modo a un c clasamiento. Pero existe también la probabilidad de que en ámbito de un mismo oficio los conocimientos adquiridos s superados en el curso de un año cualquiera y deban ser renovados por cursos de recalificación o mejor por una continua puesta al día.

Frente a tal situación, la política lógica sería la de ampliar y prolongar la formación de base, correr el riesgo de ver a los conocimientos superados asegurando a los adolescentes una formación polivalente, que ponga el acento no sobre la acumulación de los conocimientos especializados y fragmentarios, sino sobre el desarrollo de la capacidad de aprender por sí solos.

Una política de este tipo acarrea no obstante riesgos evidentes para las relaciones sociales capitalistas: el joven trabajador educado en la polivalencia y en la autonomía profesional difícilmente aceptará el sistema de órdenes casi militares y la disciplina casi penitenciaria de la empresa capitalista. De allí la tendencia de la patronal a acelerar la rotación de una mano de obra estrictamente especializada, antes que a elevar su nivel de formación (y necesariamente modificar de modo radical la organización y la división del trabajo). Trabajadores for-

mados apresuradamente son empleados según las necesidades *inmediatas* de la industria; cuando tales necesidades cambian, son tomados otros más jóvenes, formados también apresuradamente en función de las nuevas exigencias y que a su vez serán liquidados... La política de la *usura moral* acelerada es válida en materia de mano de obra como en materia de productos de consumo.

Ella repercute sobre varias generaciones: la de aquellos que tienen más de cuarenta años, que se encuentran prematuramente envejecidos o "consumidos" por la política patronal; la de los individuos que tienen menos de veinticinco años, que están destinados a un envejecimiento prematuro. Pero golpea también de modo indistinto a las más variadas categorías profesionales: obreros calificados, técnicos, cuadros científicos y técnicos de nivel inferior, ingenieros afectados a la producción y al estudio. En sustancia, el problema de la formación —y el problema a él vinculado de las salidas, o sea del sentido del desarrollo económico, social y cultural— suministra un terreno óptimo para crear la unidad sindical y política de estratos hasta aquí distintos de la clase obrera y para favorecer la integración a ésta, en una perspectiva socialista, de los trabajadores técnicos e intelectuales.

— A pesar de sus esfuerzos, la política de la clase patronal se muestra incapaz de adecuar el nivel de formación de los trabajadores a las tareas subalternas a las que los destina. Y ello por la simple razón de que, por una parte, el nivel de formación *social* se eleva bajo la influencia de las adquisiciones culturales, cualquiera sea, por lo demás, el nivel de formación *escolar;* y, por otra parte, el nivel de los conocimientos requeridos en un porcentaje cada vez mayor de empleados impide prácticamente conferir a los jóvenes trabajadores las competencias necesarias, limitando al mismo tiempo su horizonte y sus exigencias culturales y profesionales las tareas de ejecución especializada que les son reclamadas El nivel de formación recibido es de tal manera demasiado bajo para permitir una autonomía real, pero no es y no puede serlo tan bajo como para no estar acompañado de la conciencia de su *limitación arbitraria* y de la *posibilidad* de una iniciativa, de una responsabilidad de un poder mayor de l

trabajadores en el proceso de producción social.

De tal manera, el joven trabajador y los estudiantes son al mismo tiempo frustrados por el subempleo de sus reales capacidades y por la conciencia de las capacidades posibles que la sociedad les niega. Esta sociedad avara y culturalmente malthusiana se muestra incapaz de integrar en sus estructuras autoritarias y jerárquicas la fuerza de trabajo potencial de los jóvenes. No deja de temblar frente al riesgo de desintegración de sus estructuras, riesgo oculto en la formación de un número "demasiado elevado" de jóvenes trabajadores calificados a los que no tiene nada que ofrecer: ni trabajo calificado, ni trabajo simplemente en cantidad suficiente, ni fines históricos, ni ninguna clase de perspectiva salvo la de desempeñar una precaria tarea ejecutiva: de ganar la vida tristemente, conservando la nostalgia del hombre que habría podido ser.

De aquí el cuestionamiento, *inmediato y global*, por los jóvenes, de la sociedad capitalista, con su racionalidad avara y su culto del rendimiento a nivel de la empresa, donde se ahorra hasta las monedas, mientras cifras muy elevadas son derrochadas a nivel de la economía global, sin que sea posible distinguir la finalidad humana de una eficiencia técnica puesta al servicio del desorden general.

Estas contradicciones no podrán ser ni reabsorbidas ni atenuadas por el sistema en los años venideros. Lo que ha sido cuestionado es el valor y el ordenamiento de la cultura: medida en términos de ganancia capitalista y de eficiencia del sistema, es inútil y hasta directamente nociva; no lleva a nada (en términos de carreras o de privilegios), es inutilizable en el proceso de producción tal como está organizado, amenaza la división social del trabajo. Es necesario o fabricar zombies industrializando la enseñanza, o subvertir el sistema y plantear el problema del desarrollo cultural sobre bases radicalmente nuevas.

Esta es la base objetiva del nuevo radicalismo revolucionario. Tacharlo de aventurerista y de irresponsable significa no afrontar el problema. La verdadera irresponsabilidad consiste en proponerse una explicación reductiva hacia abajo diciendo: "En el fondo, estos jóvenes se rebelan contra si

desclasamiento. Hijos de burgueses y de pequeño-burgueses, estudian para conquistar privilegios o para elevarse en la jerarquía social. Pero son demasiado numerosos, no existen puestos suficientes para tantos privilegiados. Deben limitarse entonces a lo que les toca".

Esta interpretación, particularmente difundida en Alemania federal y en Gran Bretaña, se basa en los viejos resentimientos de la clase obrera hacia los intelectuales y los estudiantes, en cuanto castas privilegiadas y ociosas. De este resentimiento primitivo se ha hecho cómplice el movimiento obrero francés, cuando ha rechazado considerar la base material de la revolución estudiantil para soldar a los estudiantes a la clase obrera y proponer a unos y otros un modelo de civilización y de desarrollo capaz de suprimir las barreras entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, y capaz de generalizar el derecho a la cultura *en cuanto* deja de conferir privilegios, *puesto que* es reconocida la misma dignidad para el trabajo manual y para el intelectual y cada uno es periódicamente llamado a desempeñar uno u otro (como ocurre en China y Cuba).

El movimiento obrero europeo tiene la suerte inmerecida de que los estudiantes en los distintos niveles, y los jóvenes trabajadores, en lugar de plantear el problema en el ámbito del sistema, en términos de categoría y de cantidad —de número de puestos de trabajo, de tasa de incremento, de créditos públicos, de niveles salariales— lo plantean yendo directamente a las raíces: se radicalizan a la izquierda, aspirando a la supresión de las divisiones de clase y de la cultura de *élite*, y al advenimiento de una cultura universal (revolucionaria), en lugar de radicalizarse a la derecha reivindicando privilegios y el rechazo de la proletarización. El movimiento obrero, primero con indiferencia, luego con desconfianza, sostiene que ellos *deberían* rebelarse hacia la derecha y que, si no lo hacen, es por motivos accidentales que no son de fiar.

Espero haber demostrado lo contrario. En efecto, si los estudiantes se radicalizaran a la izquierda, rechazando una cultura de élite y *malthusiana* y al mismo tiempo rechazando la tecnocratización de la universidad y la sociedad burguesa, esto significa que a la derecha no existe ninguna solución:

los estudiantes son extrapolados por la lógica irrefutable del malthusianismo cultural de la burguesía. Si se aceptan los criterios de eficiencia y de ganancia del capitalismo, si se acepta el postulado burgués según el cual los estudios superiores deben dar el derecho a privilegios sociales y económicos, o de otra manera constituyen una pérdida de tiempo, *entonces es verdad* que es preciso limitar con medidas draconianas el acceso a los estudios superiores: reservar la Universidad para las futuras élites dirigentes, derivar la masa de los adolescentes hacia escuelas especializadas de mediocre calidad.

Si, por el contrario, como lo exige el movimiento estudiantil, los estudios superiores deben ser accesibles a todos, entonces es preciso renunciar a cualquier privilegio en el ámbito de la sociedad burguesa; es preciso rechazar los criterios capitalistas de la eficiencia y de la ganancia, la división social del trabajo, las jerarquías de todo tipo; es preciso querer la cultura por sí misma, independientemente de su utilidad. Pero al mismo tiempo es necesario querer un nuevo tipo de cultura, un nuevo tipo de sociedad, una nueva escala de valores. Si la vanguardia estudiantil, que expresa estas exigencias, es seguida por las masas, ello significa que no se trata de elecciones gratuitamente extremistas, sino de una necesidad dialéctica que la masa vive antes de expresarla.

Para la ideología revolucionaria y socialista, el problema de la cultura en cuanto fuente de producción y producto de la exigencia de liberación radical aparece así como el problema central. ¿Este problema no ha sido resuelto en los países socialistas de Europa? ¿Se encuentra en la base del fermento actual en Checoeslovaquia y, en menor medida, en Polonia y la Unión Soviética? ¿No puede ser resuelto mediante la trasposición mecánica de los modelos chinos y cubanos? Y bien, es hora ya de que las fuerzas socialistas inventen los principios fundamentales de un modelo original. Los partidos, después de todo, existen para esto, pues de lo contrario no sirven para nada.

VII

Una de las grandes adquisiciones del movimiento de mayo-

junio consiste en el hecho de que por primera vez desde hace 35 años el problema de la revolución y del pasaje al socialismo ha sido planteado en un país capitalista avanzado en función de necesidades y de criterios totalmente extraños a los esquemas que, desde el VII Congreso del Komintern, dominan la política y la ideología de los partidos comunistas. Por primera vez fuerzas revolucionarias todavía en embrión permitieron entrever en la acción de masas la perspectiva de un socialismo "rico" extraño al modelo staliniano o post-staliniano, que desde hace cuarenta años ha sido el punto de referencia casi obligado para los partidos marxistas.

Del mismo modo hoy se ha planteado en Francia el problema de la organización de un nuevo partido revolucionario, capaz de asumir los objetivos arriba indicados y de definir un modelo de democracia socialista conforme a las exigencias naturales y de liberación individual y colectiva de los trabajadores de un país desarrollado. Además, en un período más o menos largo, el problema de la creación de una nueva Internacional que reagrupe a los movimientos revolucionarios autónomos de los países capitalistas avanzados y del Tercer mundo, podría ser evitado sólo en el caso en que lo que aún resta de la III Internacional dejara de estar dominado por tendencias autoritarias y reformistas y se abriese a la diversidad de corrientes revolucionarias existentes en el mundo.[11]

Una evolución del PCF, si se produjera algún día, no nacerá de un impulso desde la base del partido, cuyo aparato sabe precaverse bastante bien, mediante las depuraciones y los manejos administrativos, de los cuestionamientos internos. La evolución del PCF estará determinada sobre todo por una fuerte presión externa, capaz de desbordar al partido en todos los planos, comprendido el de la acción de masas, y de reunir a los militantes revolucionarios en su mayor parte no organizados que han surgido en mayo-junio.

Poco importa que las formaciones revolucionarias en proceso de constitución o de desarrollo no sean todavía creaciones políticas durables y coherentes, dotadas de capacidad hegemónica. Todo grupo de acción y de reflexión es actualmente el crisol del futuro partido. Lo que cuenta por el momento es suministrar un marco dentro del cual puedan formar-

se políticamente, encontrarse, intercambiar las propias experiencias todos aquellos que han aprendido que la revolución puede devenir posible y que debe surgir de la iniciativa de base, de la instauración de poderes populares directos, de acciones de ruptura que sirvan de ejemplo situadas desde el comienzo fuera de la lógica del sistema y dotadas de una eficacia en gran medida superior a la de los tradicionales medios de propaganda y de organización centralista.

El partido nuevo nacerá del desarrollo y de la coordinación de estos núcleos porque existe necesidad de él. Y existe la necesidad porque en ausencia de un grupo de síntesis que facilite las ligazones nacionales e internacionales, que prefigure el poder revolucionario y encarne su posibilidad, que asegure la traducción en poder político y en capacidad de gobierno de una clase obrera que se convierta en dueña de los medios de producción, las posibilidades de batir al Estado burgués son débiles, si no directamente nulas. El partido nuevo, sin embargo, no deberá extraer su fuerza de la organización y del encuadramiento militante, sino:

a) de la calidad de su inserción en los centros de producción y de su capacidad de concebir estratégicamente el ejercicio del doble poder, y en particular a nivel de los *trusts*, de las ramas y de los sectores vitales;

b) de la presencia a su cabeza de hombres indiscutidos por los revolucionarios de todas las tendencias, dotados de autoridad moral, de la competencia y de la confianza política necesarias para proclamar en el momento oportuno el gobierno provisorio de la Revolución, convocar los estados generales de los comités de poder popular y definir, en espera de la construcción del Estado revolucionario, medidas preventivas (económicas, monetarias, administrativas, militares) que aseguren, provisoriamente, un mínimo de organización central y un máximo de seguridad contra el sabotaje y el retorno violento del adversario.

En la hipótesis del retorno de una situación pre-insurreccional generalizada, la preexistencia de este esbozo de estructura será indispensable para la victoria. Las situaciones insurreccionales espontáneas, en una economía evolucionada compleja, no pueden ser prolongadas, más allá del tiempo

necesario para la creación y la organización de una vanguardia revolucionaria de masa y de una fuerza política capaz de conducir al movimiento a la toma del poder. Una vez que la insurrección ha llegado a su apogeo, su suerte se juega en pocos días. Si estos días no son aprovechados para desarticular el Estado burgués, neutralizar su dispositivo y crear órganos de poder popular, la partida estará perdida hasta una próxima ocasión, que amenaza no presentarse tan rápidamente. Es por esto que se revela como indispensable la existencia de una vanguardia y de un esbozo de dirección política, pronta a explotar una situación revolucionaria.

Sabemos hoy que la sociedad capitalista evolucionada es vulnerable, que está carcomida por contradicciones que pueden explotar en crisis revolucionarias, que la carencia de los partidos tradicionales consiste en no estar preparados ideológica, política y organizativamente para aprovecharse de esta crisis, que la característica de una organización revolucionaria es la de estar lista para hacer la revolución sin preaviso. No debe excluirse que el levantamiento de mayo se reproduzca hoy o mañana, aquí o en otra parte, en cuanto las posibilidades de éxito, bajo ciertas condiciones, se han evidenciado claramente, demostrando así que el Estado burgués está hoy profundamente resquebrajado.

Es imposible, sin embargo, apuntar únicamente al retorno, *improbable a breve plazo*, de una insurrección espontánea: las situaciones insurreccionales así como no pueden ser prolongadas indefinidamente, tampoco pueden ser reproducidas a voluntad. La capacidad de explotar *una situación revolucionaria* en el momento en que se presenta es una de las hipótesis que una organización revolucionaria debe prepararse a afrontar. La otra hipótesis es la de un largo proceso que deberá ser utilizado para un trabajo de preparación política en profundidad y de acciones de ruptura parciales, escalonadas en el tiempo. Este trabajo y estas acciones comprenden la organización continua, por parte de las minorías activas –de las que el SDS en Alemania ha dado un primer ejemplo–, de acciones revolucionarias simbólicas y ejemplares, que son el medio mejor para difundir las ideas revolucionarias, destruir el miedo y el respeto a la "autoridad", revelar los límites, las

contradicciones insolubles, los desequilibrios, la naturaleza represiva y lo absurdo del sistema social existente, y suscitar el desprecio hacia él. Pero estas acciones no deben ser confundidas con la insurrección, ellas no podrán dar cuenta del sistema social. Su función es la de mantenerlo sacudido por focos de crisis que destruyan su confianza política. Ellas son un aspecto particular del trabajo de preparación política, lo presuponen, pero deben ser estimuladas y exigen ser permanentemente incrementadas.

(12 de julio de 1968).

Ernest Mandel

Las enseñanzas de mayo 1968

El ascenso revolucionario de mayo de 1968 constituye un gran arsenal de experiencias sociales. El inventario de esas experiencias no es completo, ya que lo que caracterizó a dicho ascenso es precisamente la irrupción en la escena histórica de la energía creadora de las masas, que multiplicó las formas de acción, las iniciativas, las innovaciones audaces de la lucha por el socialismo. Sólo aprovechando este arsenal, partiendo de estas adquisiciones, el movimiento obrero y revolucionario podrá armarse eficazmente para llevar a cabo la tarea cuya posibilidad y necesidad nos confirmaran los acontecimientos de mayo: la victoria de la revolución socialista en los países altamente industrializados de Europa occidental.

Desde hace años se lleva a cabo un debate muy interesante sobre la definición de una nueva estrategia socialista en Europa.[1] Los acontecimientos de mayo resolvieron una serie de cuestiones-claves planteadas por ese debate y promovieron otras. Obligaron a los que se mantenían alejados del debate a participar en él, aunque sea falseando los datos del problema. Es necesario ahora reconsiderar los temas principales de la discusión y examinarlos a la luz de la experiencia de mayo.

I. NEO-CAPITALISMO Y POSIBILIDADES OBJETIVAS DE ACCIONES REVOLUCIONARIAS DEL PROLETARIADO OCCIDENTAL

Contrariamente a los mitos de la burguesía, retomados por la social-democracia y también por ciertos autores que se dicen marxistas, el ascenso revolucionario de mayo de 1968 demostró que el neo-capitalismo es incapaz de atenuar las contradic-

ciones económicas y sociales inherentes al sistema, hasta el punto de imposibilitar toda acción de masas de alcance objetivamente revolucionario.

Las luchas de mayo son el resultado directo de esas contradicciones del neo-capitalismo.

Sería incomprensible semejante irrupción violenta de luchas de masas, una huelga general de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas, la extensión del movimiento a múltiples sectores periféricos del proletariado y de las clases medias (tanto "antiguas" como "nuevas") si no existiese un descontento profundo e irreprimible en los trabajadores, provocado por la realidad cotidiana de la existencia proletaria. Aquellos que se deslumbraron con el aumento del nivel de vida durante los últimos quince años no comprendieron que precisamente en los períodos de aumento de las fuerzas productivas (de "expansión económica" acelerada) es cuando el proletariado adquiere necesidades nuevas y la distancia entre las necesidades y el poder adquisitivo disponible se hace mayor.[2] Tampoco comprendieron que a medida que se eleva el nivel de vida, de calificación técnica y de cultura de los trabajadores, la ausencia de igualdad y de libertad sociales en los lugares de trabajo, la alienación acentuada en el proceso de producción deben pesar sobre el proletariado en forma más brutal e insoportable.

La capacidad del neo-capitalismo de atenuar en alguna medida la amplitud de las fluctuaciones económicas, la ausencia de una crisis económica catastrófica del tipo de la de 1929, ocultaban a la vista de muchos observadores su impotencia para evitar retrocesos. Una serie de tendencias inherentes al régimen figuran entre las causas profundas de la explosión de mayo: las contradicciones que debilitaron el largo período de expansión que el sistema conoció en Occidente luego de la terminación de la Segunda guerra mundial (en los Estados Unidos desde el comienzo de dicha guerra), la oposición irreductible entre la necesidad de asegurar la expansión a costa de la inflación y la necesidad de mantener un sistema monetario internacional relativamente estable al precio de una deflación periódica, la evolución cada vez más neta hacia una recesión generalizada en el mundo occidental, etc. Pién-

sese en los efectos del "plan de estabilización", en la reaparición de las huelgas masivas (sobre todo la huelga de los jóvenes). Piénsese también en los efectos de la crisis estructural sufrida por ciertos sectores (astilleros navales de Nantes y de Saint Nazaire), en la radicalización de los trabajadores de ciertas regiones.

Por otra parte, es significativo el hecho de que la crisis de 1968 no se haya producido en un país de estructuras "envejecidas", en el que predomina un "laissez faire" arcaico sino por el contrario en el país-tipo del neo-capitalismo, en aquél cuyo "plan" era citado como el ejemplo más exitoso del neo-capitalismo, el que dispone del sector nacionalizado más dinámico cuya "independencia" relativa con relación al sector privado sugería también a algunos su definición como "sector capitalista de Estado". La impotencia que ese neo-capitalismo ha demostrado poseer para contener a la larga las contradicciones sociales adquiere aquí una importancia cada vez más universal.

El papel de detonador desempeñado por el movimiento estudiantil es el producto directo de la incapacidad del neo-capitalismo para satisfacer en cualquier nivel las necesidades de la masa de jóvenes atraídos hacia la Universidad debido tanto a la elevación del nivel de vida medio como a las necesidades de reproducción ampliada de una mano de obra cada vez más calificada, resultante de la tercera revolución industrial. Esta incapacidad se manifiesta al nivel de la infraestructura material (construcciones, laboratorios, alojamientos, restaurantes, becas, pre-salarios), al nivel de la estructura autoritaria de la Universidad, al nivel del contenido de la enseñanza universitaria, al nivel de la "orientación" para egresados y para aquellos a quienes el sistema obliga a interrumpir los estudios universitarios. La crisis de la Universidad burguesa, que es la causa inmediata de la explosión de mayo de 1968, debe ser comprendida como un aspecto de la crisis del neo-capitalismo y de la sociedad burguesa en su conjunto.

Finalmente, la rigidez creciente del sistema, que ha contribuído en gran medida a exacerbar las contradicciones socio-económicas (precisamente en la medida en que las reprimió

durante un período relativamente largo) está también directamente ligada a la evolución de la economía neo-capitalista.[3] En muchas oportunidades hemos subrayado que las tendencias a la programación económica, a la "globalización" de los problemas económicos y de las reivindicaciones sociales, no resultan sólo de proyectos específicos de tal o cual fracción de la burguesía sino de necesidades inherentes a la economía capitalista de nuestra época. La aceleración de la innovación tecnológica, la reducción del ciclo de reproducción del capital fijo obligan a la gran burguesía a calcular de manera cada vez más precisa, con muchos años de adelanto, las amortizaciones y las inversiones a efectuar por medio del auto-financiamiento. Al decir programación de las amortizaciones y de las inversiones quiero decir también programación de los costos, y por lo tanto de los "costos de la mano de obra". Este es el origen de la "política de ingresos", de la "economía concertada" y de otras argucias que tienden simplemente a suprimir la posibilidad de modificar por medio de la acción reivindicativa "normal" el reparto de la renta nacional deseada por el gran capital.

Pero esta parálisis creciente del sindicalismo tradicional no suprime ni el funcionamiento de las leyes del mercado ni el descontento creciente de las masas. Con el tiempo, tiende a hacer más explosivas las luchas obreras, ya que el proletariado se esforzará por recuperar en algunas semanas lo que tiene la sensación de haber perdido durante muchos años. Las huelgas, aún y sobre todo si son espaciadas, tienden a tornarse más violentas y comienzan como huelgas "salvajes".[4] La única posibilidad de que dispone el gran capital para evitar dicha evolución, que es muy peligrosa para él, es la de pasar del Estado fuerte a la dictadura abierta, del tipo de la griega o de la española. Pero aún en esta eventualidad —irrealizable sin una grave derrota y una grave desmoralización *previas* de las masas trabajadoras— una represión mayor de las contradicciones socio-económicas no puede dejar de reproducir a la larga situaciones todavía más explosivas y amenazadoras para el capitalismo, como lo demuestra la reciente evolución producida en España.

II. TIPOLOGIA DE LA REVOLUCION EN UN PAIS IMPERIALISTA

Para saber si es posible una revolución socialista en Europa occidental, a pesar de todas las "conquistas", del neo-capitalismo y de la "sociedad de consumo de masas", tanto los críticos de derecha como los de "izquierda" se referían generalmente a los modelos de 1918 (revolución alemana) o de 1944-45 (revolución yugoeslava victoriosa, revoluciones francesa e italiana frustradas en condiciones análogas a las de 1918 en Alemania), o sea a la guerrilla. Para unos, en ausencia definitiva de una catástrofe económica y militar, era perfectamente utópico esperar otra cosa que no fuesen reacciones reformistas del proletariado. Para otros, la posibilidad de nuevas explosiones revolucionarias por parte de los trabajadores estaba ligada a la reaparición de crisis de tipo catastrófico. En resumen, para unos la revolución se había vuelto definitivamente imposible; para otros, estaba relegada hasta el momento, profundamente mítico, de un "nuevo 1929".

"Hemos demostrado anteriormente que el neo-capitalismo de ningún modo suprime los motivos de descontento entre los trabajadores, y que el desencadenamiento de luchas fundamentales sigue siendo posible, y hasta inevitable, en nuestra época. Pero esas luchas, ¿pueden tomar una forma revolucionaria en el seno de una "sociedad de bienestar"? ¿No están condenadas a quedar limitadas por objetivos reformistas mientras se desarrollen en un clima de prosperidad más o menos general?...

"Para responder a esta objeción, hay que circunscribir de manera más precisa su objeto. Si lo que se quiere decir es que no se repetirán más, en el clima económico actual de Europa, revoluciones como la alemana de 1918 o como la revolución yugoeslava de 1941-45, evidentemente se emite un truísmo. Pero ese truísmo lo admitimos al comienzo e inclusive en nuestra hipótesis preliminar. La cuestión es la siguiente: ¿el trastocamiento del capitalismo sólo puede operarse bajo formas de ese tipo, necesariamente limitadas a circunstancias "catastróficas"? No lo creo. Pienso que hay un "modelo histórico" diferente al cual podemos referirnos: el de la huelga general de junio de 1936 (y en menor medida, la huelga

general belga de 1960-61, que habría podido crear una situación análoga a la de junio de 1936).

"Es completamente posible que en el clima económico general, que es el del "neo-capitalismo próspero" o de la "sociedad de consumo de masas", los trabajadores se radicalicen progresivamente debido a una sucesión de crisis sociales (tentativas de imponer la política de ingresos o el bloqueo salarial), políticas (tentativas de limitar la libertad de acción del movimiento sindical y de imponer un "Estado fuerte"), económicas (recesiones, o bruscas crisis monetarias, etc.) y también militares (por ejemplo, reacciones muy amplias contra agresiones imperialistas, contra el mantenimiento de la alianza con el imperialismo internacional, contra el empleo de armas nucleares tácticas en las "guerras locales", etc.); que esos mismos trabajadores radicalizados desencadenen luchas cada vez más grandes durante las cuales comiencen a unir objetivos del programa de reformas de estructura anticapitalistas con reivindicaciones inmediatas; que esta ola de lucha desemboque en una huelga general que subvierta al gobierno y cree una situación de dualidad de poder."[5]

Espero se me excuse por esta cita tan extensa. Con ella he querido demostrar que el tipo de crisis revolucionaria que estalló en mayo de 1968 pudo ser previsto en líneas generales, que de ningún modo debía ser considerada como improbable o excepcional, y que las organizaciones socialistas y comunistas podrían haberse preparado perfectamente desde hace años para este tipo de revolución, si sus dirigentes lo hubieran querido y hubiesen comprendido las contradicciones fundamentales del neo-capitalismo.

Este tipo de explosión era más previsible aún si se tiene en cuenta que en dos oportunidades hubo preanuncios: en diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica y en junio-julio de 1965 en Grecia. Después de los acontecimientos de mayo de 1968, es indudable que las probables crisis revolucionarias en Occidente se producirán de la siguiente forma: una huelga de masas que desborde los objetivos reivindicativos y los marcos institucionales "normales" de la sociedad y del Estado capitalistas (a menos que sobrevenga una modificación radical de la situación económica o una guerra mund[illegible]

En relación al debate desarrollado en el movimiento socialista internacional sobre las grandes líneas de una estrategia anticapitalista en Europa, los acontecimientos de mayo aportan además algunas precisiones suplementarias que completan el esquema de tipología de la revolución socialista en Europa occidental que habíamos previsto en 1965.

En primer lugar, cuando las contradicciones del neo-capitalismo largo tiempo reprimidas estallan en acciones de masa de carácter explosivo, la huelga de masas, la huelga general, tiende a superar la forma de la "huelga pacífica que se desarrolla en una calma perfecta", para combinar diversas formas de acción, entre las cuales merecen mención especial la ocupación de las fábricas, la aparición de piquetes cada vez más masivos e intransigentes, reacciones inmediatas a toda represión violenta, manifestaciones callejeras que se transforman en escaramuzas y contactos permanentes con las fuerzas de represión, incluyendo hasta la reaparición de barricadas.

Para ocultar los orígenes *espontáneos e inevitables* de esta radicalización de las formas de acción y acreditar la tesis odiosa de los "provocadores izquierdistas" que habrían conspirado para crear "incidentes violentos" al servicio del golismo,[6] los reformistas y neo-reformistas de toda clase están obligados a silenciar el hecho de que manifestaciones semejantes se produjeron ya durante la huelga general belga en 1960-61 (barricadas callejeras en el Hainaut, ataque a la estación de los Guillemins en Lieja), que en este sentido los jóvenes obreros habían pasado a la acción masivamente durante las huelgas de Le Mans, Caen, Mulhouse, Besancon y otras partes, en Francia en 1967, que la radicalización de la juventud obrera fue acompañada de la reaparición de formas de acción análoga en Italia (Trieste, Turin) y aún en Alemania occidental.

En resumen, a menos que se sustente la tesis ridícula de Pompidou de una "conspiración internacional", hay que reconocer que el giro de la lucha de masas fue un giro espontáneo, causado por factores objetivos que hay que develar, en lugar de incriminar ya sea el carácter pequeño-burgués de los estudiantes, la "falta de madurez política" de la juventud, o el papel de legendarios provocadores.

Además, no es difícil comprender las razones por las cuales toda radicalización de la lucha de clases debía desembocar rápidamente en la confrontación violenta con las fuerzas de represión. Desde hace dos decenios asistimos en Europa a un reforzamiento continuo del aparato de represión y disposiciones legales diversas obstaculizan la acción de huelga y las manifestaciones obreras. Si en un período "normal" los trabajadores no tienen la posibilidad de rebelarse contra esas disposiciones represivas, no ocurre lo mismo durante una huelga de masas, que los torna bruscamente conscientes del inmenso poder que implica su acción colectiva. Rápida y espontáneamente, comprenden que "el orden" es un orden burgués que tiende a ahogar la lucha de emancipación del proletariado. Toman conciencia de que esta lucha no puede superar un nivel determinado sin enfrentarse cada vez más directamente con los "guardianes" de este "orden"; y que esta lucha de emancipación será eternamente inútil si los trabajadores continúan respetando las reglas del juego concebidas por sus enemigos para frustrar su rebelión.

El hecho de que sólo una mayoría de jóvenes trabajadores hayan sido los protagonistas de esas nuevas fuerzas de lucha, durante el tiempo que permanecieron embrionarias, el hecho de que es en la juventud obrera donde las barricadas de los estudiantes provocaron más reflejos de identificación; el hecho de que en Flins y en Peugot-Sochaux fueron también y siempre jóvenes los que reaccionaron en forma más neta ante las provocaciones de las fuerzas represivas, no invalida en absoluto el análisis precedente. En todo ascenso revolucionario, siempre es una minoría relativamente reducida la que experimenta nuevas formas de acción radicalizadas. En lugar de ironizar sobre la "teoría anarquista de las minorías activas", los dirigentes del PCF harían bien en releer a Lenin al respecto.[7] Además, precisamente sobre los jóvenes incide menos que sobre las generaciones adultas el peso de los fracasos y de las decepciones del pasado, el peso de la formación ideológica que resulta de una propaganda incesante en favor de las "vías pacifistas y parlamentarias".

Los acontecimientos de mayo demuestran igualmente que la idea de un largo período de dualidad de poder, la idea de

una conquista y de una institucionalización *graduales* del control obrero o de toda reforma de estructura anticapitalista, está basada en una concepción ilusoria de la lucha de clases exacerbada en período pre-revolucionario y revolucionario.

Nunca se destruirá el poder de la burguesía con una sucesión de pequeñas conquistas; si no hay cambio brusco y brutal de las relaciones de fuerza, el capital encuentra y encontrará siempre los medios de integrarlas en el funcionamiento del sistema. Y cuando hay cambio radical de las relaciones de fuerza, el movimiento de las masas se orienta espontáneamente hacia un quebrantamiento fundamental del poder burgués. La dualidad del poder refleja una situación en la cual la conquista del poder ya es objetivamente posible debido al debilitamiento de la burguesía pero donde la falta de preparación política de las masas, la preponderancia de las tendencias reformistas y semi-reformistas en su seno, detienen momentáneamente su acción en un cierto nivel.

Los acontecimientos de mayo confirman la ley de todas las revoluciones: cuando fuerzas sociales tan grandes entran en acción, cuando lo que está en juego es tan importante, cuando el más mínimo error, la menor iniciativa de una parte o de la otra puede modificar radicalmente el sentido de los acontecimientos en el transcurso de algunas horas, es totalmente ilusorio pretender "congelar" ese equilibrio extremadamente inestable durante varios años. La burguesía está obligada a tratar de reconquistar *casi* inmediatamente lo que las masas le arrancaron en el dominio del poder. Las masas, si no ceden ante el adversario, están obligadas a ampliar casi inmediatamente sus conquistas. Así ha ocurrido en todas las revoluciones y así seguirá ocurriendo.[8]

III. EL PROBLEMA ESTRATEGICO CENTRAL

Toda la debilidad, toda la impotencia de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero enfrentadas con los problemas planteados por los posibles ascensos revolucionarios en Europa occidental, se evidencia en la forma en que Waldek-Rochet, el secretario general del PCF, resume el dilema que, según él, agitó al proletariado francés en mayo de 1968:

"En realidad la elección posible en mayo era la siguiente:

a) Actuar de manera que la huelga permita satisfacer las reivindicaciones esenciales de los trabajadores y proseguir, a la vez, en el plano político, la acción con vistas a cambios democráticos necesarios en el marco de la legalidad. Esta era la posición de nuestro partido.

b) O lanzarse decididamente a la prueba de fuerza, es decir ir a la insurrección, incluyendo la lucha armada, con el objeto de derrocar el poder por la fuerza. Esta fue la posición aventurerista de ciertos grupos ultra-izquierdistas. Pero como las fuerzas militares y represivas se encontraban del lado del poder establecido y como la inmensa masa del pueblo era absolutamente hostil a semejante aventura, es evidente que comprometerse en este camino significaba simplemente conducir a los trabajadores a la masacre y promover el aplastamiento de la clase obrera y de su vanguardia, el partido comunista.

Y bien, no caímos en la trampa, pues éste era el verdadero *plan del poder golista.*

En efecto, el cálculo del poder era simple: frente a una crisis provocada por su propia política antisocial y anti-democrática, se utilizaba esa crisis para dar un golpe decisivo y duradero a la clase obrera, a nuestro partido y a todo el movimiento democrático."[10]

En otros términos: o había que limitar los objetivos de la huelga general de diez millones de trabajadores[11] a reivindicaciones inmediatas, es decir a una fracción solamente del programa mínimo, o bien había que lanzarse inmediatamente a la insurrección armada para la conquista revolucionaria del poder. Se trataba de una cosa u otra, del todo o nada. Puesto que no se estaba preparado para la insurección inmediata, había que ir hacia nuevos acuerdos Matignon. Por lo tanto, hay que sacar la conclusión de que ya que nunca se estará listo para una insurrección inmediata al comienzo de una huelga general —sobre todo si se continúa educando a las masas y a su propio partido en el "respeto de la legalidad"— *nunca* se conducirán otras luchas que no sean aquellas ligadas a reivindicaciones inmediatas.

¿Es posible imaginar una actitud más alejada del marxismo,

para no hablar del leninismo?

Cuando el poder de la burguesía es estable y fuerte, sería absurdo lanzarse a una acción revolucionaria que tenga como meta el trastocamiento inmediato del poder, ya que se iría hacia una derrota segura. ¿Pero cómo se pasará de ese poder fuerte y estable hacia un poder debilitado, quebrantado, disgregado? ¿Por medio de un salto milagroso? ¿Una modificación radical de las relaciones de fuerza no exige golpes decisivos de timón? ¿Esos golpes de timón no originan un proceso de debilitamiento progresivo de la burguesía? El deber elemental de un partido que se dice de la clase obrera —y además de la revolución socialista— ¿no es de impulsar al máximo este proceso? ¿Puede conseguirse ésto excluyendo de ex-profeso toda lucha que no sea la de las reivindicaciones inmediatas... durante todo el tiempo en que la situación no esté madura para la insurrección armada inmediata, victoria garantida contra recibo?

¿Una huelga de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas no representa un debilitamiento considerable del poder del capital? ¿No es necesario concentrar todos los esfuerzos en la tentativa de agrandar la brecha, de retener lo ganado, de hacer que el capital no pueda restablecer rápidamente las relaciones de fuerza a su favor? ¿Hay otro medio de conseguirlo que no sea arrancado al capital poderes de hecho, en la fábrica, en los barrios, en la calle, es decir pasando de la lucha por las reivindicaciones inmediatas a la lucha por las reformas de estructuras anticapitalistas, por las reivindicaciones transitorias? Absteniéndose deliberadamente de luchar por tales objetivos, encerrándose deliberadamente en luchas por las reivindicaciones inmediatas, ¿no se crean todas las condiciones propicias para un restablecimiento de las relaciones de fuerzas a favor de la burguesía, para una nueva y brusca inversión de las tendencias?

Toda la historia del capitalismo evidencia su capacidad para ceder ante las reivindicaciones materiales cuando su poder está amenazado. Sabe perfectamente que si conserva su poder podrá en parte recuperar lo que ha cedido (por medio del alza de los precios, los impuestos, la desocupación, etc.), digerirlo en parte con el acrecentamiento de la produc-

tividad. En otras palabras, toda burguesía enervada y atemorizada por una huelga de amplitud excepcional, pero que sigue en posesión del poder del Estado, tenderá a pasar a la contraofensiva y a la represión cuando el movimiento de masa retroceda. La historia del movimiento obrero lo demuestra: un partido inmerso en el dilema de Waldeck Rochet no hará nunca la revolución y va con seguridad hacia la derrota.[12]

Rehusando a *comprometerse en el proceso* que conduce de la lucha por las reivindicaciones inmediatas a la lucha por el poder, a través de la lucha por las reivindicaciones transitorias y la creación de órganos de dualidad del poder, los reformistas y neo-reformistas estuvieron siempre condenados a considerar toda acción revolucionaria como una "provocación" que debilita las masas y "refuerza a la reacción". Esa fue la cantinela de la social-democracia alemana en 1919, 1920, 1923, 1930-33. Por culpa de los "aventureros izquierdistas, anarquistas, putchistas, espartaquistas, bolcheviques" (en esa época no se decía todavía trotskistas) la burguesía obtuvo la mayoría en la Asamblea constituyente de Weimar, pues sus "acciones violentas" habían "espantado al pueblo", gemían los Scheidemann en 1919. Si el nazismo pudo reforzarse fue por culpa de los comunistas pues la amenaza de la revolución hizo vacilar a las clases medias en el campo de la contrarrevolución, repitieron en 1930-1933.

Es significativo que hasta el Kautsky de 1918 comprendía que frente a poderosas huelgas de masas, el movimiento obrero no podía limitarse a formas de acción y de organización tradicionales (sindicatos y elecciones), sino que debía pasar a formas de organización superiores, es decir a la constitución de comités elegidos por los trabajadores, de tipo soviético. Aún así Lenin no había dejado de fustigar las vacilaciones, las contradicciones y el eclecticismo del Kaustky de 1918. Cómo se hubiera opuesto a la argumentación de Waldeck-Rochet que dice: "ya que no estamos preparados para organizar inmediatamente la insurrección armada, victoriosa, mejor es no espantar a la burguesía y limitarse a reclamar aumentos de salarios y a aceptar las elecciones", en el momen-'os en que Francia cuenta con el mayor número de huelguis-

tas de su historia, cuando los obreros ocupan las fábricas, cuando el sindicato de la policía anuncia que no hará más represión, cuando el Banco de Francia no puede imprimir más billetes por falta de obreros dispuestos a trabajar, cuando —el signo más evidente del resquebrajamiento del poder burgués— sectores también periféricos como los arquitectos, los ciclistas, los asistentes de las hospitales y los escribanos "cuestionaban" el régimen.

La discusión sobre el "vacío de poder", planteada de esta manera metafísica, evidentemente no tiene salida. Pero Waldeck-Rochet, que retoma por su cuenta la tesis golista del "complot" (según su versión, los autores son los golistas!) y que remplaza así el análisis de la lucha de clases con el recurso a la demonología, debería recordar que el poder que, según él, quería a cualquier precio atraer a la clase obréra a la "trampa" de la "prueba de fuerza", ha puesto todo su esfuerzo en llegar a acuerdos con los dirigentes sindicales y negociar la terminación de la huelga a cambio de concesiones materiales muy sustanciales.

Si verdaderamente la intención del golismo hubiera sido la de provocar una prueba de fuerza, su vía de acción ya estaba trazada: rechazar el diálogo con los sindicatos mientras las fábricas estuviesen ocupadas. La prueba de fuerza hubiera sido inevitable en el término de algunas semanas. Se cuidó muy bien de hacer semejante locura, y con razón. Tenía una estimación más correcta de la relación de fuerzas *y de su deterioro constante desde el punto de vista de la burguesía* que la que Waldeck-Rochet nos presenta ahora. Es decir, buscaba no la prueba de fuerza sino el fin de la huelga, tan rápido como fuese posible, y a cualquier precio. O sea que toda la tesis de la "trampa" es sólo un mito que tiene por objeto desviar la atención de los verdaderos problemas.[13] Si, por otra parte, se trata de un "plan" de de Gaulle, el del 30 de mayo es muy claro: detener las huelgas tan rápido como sea posible, y luego marchar hacia elecciones. ¿Cuál fue la reacción del PCF? ¿No cayó en esta "trampa" al punto de reprochar a los huelguistas "el ayudar a que el régimen vaya a las elecciones"? ¿Y cuál fue el resultado?

Por eso toda la casuística desarrollada para saber si el poder estaba realmente vacante en mayo y si de Gaulle había "manifestado su intención de retirarse y dejar su lugar" revela los mismos métodos de pensamiento que sustituyen con la referencia al complot, a las trampas y a los "proovcadores", el análisis serio de las fuerzas sociales presentes y de la dinámica de sus relaciones recíprocas.

El "vacío del poder" no es un regalo que se recibe de la historia. Esperarlo pasivamente, o en medio de campañas electorales, significa resignarse a no hacer nunca la experiencia. El "vacío de poder" es sólo el punto final de todo un proceso de deterioro de la relación de fuerzas para la clase dominante. El mismo Kerensky no manifestaba ninguna "intención de retirarse y dejar su lugar" algunas horas antes de la insurrección de octubre. Lo esencial no es comprometerse en debates escolásticos sobre la definición de un real "vacío de poder". Lo esencial es intervenir en la lucha de las masas de manera de acelerar sin cesar ese deterioro de la relación de fuerzas del capital. Además, la estrategia que tiende a arrancar a la burguesía poderes de hecho, la propaganda incansable en pro de la revolución, aún si las condiciones para ella no están todavía "completamente" maduras, constituye su condición necesaria.

El problema estratégico central es el de eliminar el dilema: "o bien huelgas puramente reivindicativas, seguidas de elecciones (es decir *business as usual*) o bien la insurrección armada, y a condición de que la victoria esté garantizada de antemano". Es necesario comprender que huelgas generales como la de diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica y la de mayo de 1968 —sobre todo si ligadas a ellas aparecen nuevas formas de lucha radicales de las masas— pueden y deben desembocar en algo más que aumentos de salarios, aún si los preparativos para una insurrección armada no están listos. Esas huelgas pueden y deben culminar en la conquista por las masas de nuevos poderes reales, de poderes de control y de veto que creen una dualidad de poder, lleven la lucha de clases a su nivel más alto y más exacerbado y hagan de ese modo madurar las condiciones para una toma revolucionaria del poder.

IV. ESPONTANEIDAD DE LAS MASAS, DUALIDAD DE PODER Y ORGANIZACION REVOLUCIONARIA

Admitamos que los estudiantes realmente tenían intenciones revolucionarias en mayo de 1968; pero la inmensa mayoría de los trabajadores, ¿no se limitaron a aceptar el carácter reivindicativo que los dirigentes sindicales dieron a la huelga? De este modo se hacen eco del análisis del PCF, Duverger, Jean Dru y otros.

Es muy difícil saber lo que la masa de los trabajadores pensó realmente durante las jornadas de mayo porque no se le dio oportunidad de expresarlo. Pero sin embargo hubiera sido fácil descubrir sus preocupaciones si realmente se hubiera tenido deseos de conocerlas. Habría bastado con reunir a los trabajadores en asambleas generales en las empresas, dejarlos hablar largamente, decidir que las fábricas fueran ocupadas por toda la masa obrera, hacer reinar allí la democracia obrera más amplia, reunirlos para cada acontecimiento de la huelga; en resumen, crear en el marco de esta huelga general ese tipo de comités elegidos de huelgas, con delegados revocables en cualquier momento, ese tipo de discusión y debate permanente bajo el ojo crítico de las masas que es el de los soviets, preconizados para tales huelgas no sólo por Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, sino también por el Kaustky de 1918. Los dirigentes oficiales del movimiento obrero francés están mucho más acá que ese Kautsky.[15]

El hecho de que los dirigentes sindicales se esforzaran por evitar a cualquier precio esas ocupaciones masivas y esas confrontaciones de ideas, que quisieran por todos los medios impedir el acceso a las fábricas a los portavoces revolucionarios de los estudiantes, indica que no estaban tan seguros de las reacciones de los trabajadores. El hecho de que los trabajadores convocados para ratificar el "protocolo de Grenelle" lo rechazaron por una mayoría aplastante, constituye otro índice de la voluntad institutiva de las masas de superar la fase de un movimiento puramente reivindicativo.

Además, es posible plantearse la siguiente pregunta: si todo lo que los trabajadores deseaban era verdaderamente un aumento importante de los salarios, ¿por qué se compro-

tieron tan espontáneamente en la ocupación de fábricas? Los trabajadores franceses participaron de numerosos movimientos en pro de aumentos de los salarios en el curso de los últimos veinte años, pero nunca esos movimientos tuvieron una amplitud comparable a la de mayo de 1968, nunca las formas de acción se asemejaron a las de mayo de 1968. Ocupando las fábricas, volcándose en las calles por decenas y algunas veces por centenas de miles, izando banderas rojas sobre las empresas, lanzando por todas partes consignas como "diez años ya es suficiente", "las fábricas a los obreros", "poder obrero", "el poder a los trabajadores", la masa de los huelguistas expresaba aspiraciones que superaban de lejos las reivindicaciones puramente salariales.[16]

Pero hay una prueba más convincente aún de que los trabajadores querían, ellos también, ir más allá de una simple campaña rutinaria "por los salarios y mejores elecciones". Dicha prueba es su comportamiento en todas las oportunidades donde hubo ocasión de expresarse libremente, cuando la pantalla burocrática fue quebrantada y destruída, cuando en las fábricas se produjeron ocupaciones de masas, cuando se pudieron desarrollar iniciativas a partir de la base. Es imposible hacer el inventario completo de esas experiencias, pero ya hay una lista impresionante:

— en la fábrica C.S.F. de Brest, los trabajadores decidieron proseguir el trabajo pero produjeron lo que ellos estimaban importante, sobre todo "walkie-talkies" que ayudaban a los huelguistas a defenderse contra la opresión;

— en Nantes, el comité de huelga trataba de controlar la circulación hacia y desde la ciudad, distribuyendo permisos para circular y bloqueando con barricadas los accesos a la ciudad. Además, parece que el mismo comité también emitió bonos aceptados como moneda por ciertos comerciantes y agricultores;

— en Caen, el comité de huelga prohibió todo acceso a la ciudad durante veinticuatro horas;

— en las fábricas Rhode-Poulenc, en Vitry, los huelguistas decidieron establecer relaciones de intercambio directas con agricultores, trataron de extender la experiencia a otras empresas y discutieron el pasaje a la "huelga activa" (es decir a la

reiniciación del trabajo por su propia cuenta y según sus propios planes), llegando a la conclusión de que era preferible postergar esta experiencia hasta el momento en que algunas otras empresas la acompañaran en esta vía;[17]

— en la fábrica de cemento de Mureauz, los obreros votaron en Asamblea general la revocación del director y rechazaron la proposición patronal de realizar una nueva votación. El director en cuestión fue entonces enviado a una sucursal de esa fábrica donde, en solidaridad con los compañeros de Mureaux, los trabajadores desencadenaron inmediatamente una huelga, la primera en la historia de esa fábrica.

— en la fábrica Wonder, en Saint-Ouen, los huelguistas eligieron un comité de huelga en asamblea general, y para manifestar su reprobación por la orientación reformista de la CGT, hicieron barricadas en la fábrica y prohibieron el acceso a los responsables sindicales;

— en Saclay, los trabajadores del centro de energía nuclear requisaron el material de la fábrica para proseguir la huelga;

— en los astilleros navales de Rouen, los trabajadores tomaron bajo su protección a jóvenes que vendían literatura revolucionaria y prohibieron el acceso a la fábrica a los C.R.S. que los perseguían y trataban de detenerlos;

— en varias imprentas parisienses, los trabajadores impusieron la modificación de un titular (*Le Figaro*) o se negaron a imprimir un diario (*La Nation*) cuando el contenido era directamente contrario a la huelga;

— en Paris, el C.L.E.O.P. (Comité de relaciones estudiantes-obreros-campesinos) organizó cargamentos de abastecimientos provistos por las cooperativas agrícolas, que distribuyeron los productos en las fábricas o los vendieron a precio de costo (pollos a ochenta centavos, huevos a once centavos, por ejemplo). Serge Mallet señala acciones similares en el Oeste de Francia;

— en Peugeot, en Sochaux, los trabajadores construyeron barricadas contra la intrusión de los C.R.S. y los expulsaron victoriosamente de la fábrica;

— en las fábricas Citroen, en Paris, se realizó una primera tentativa, modesta y embrionaria, de requisar camiones para abastecer a los huelguistas;

—el caso más elocuente quizás sea el de los astilleros del Atlántico, en Saint-Nazaire, donde los trabajadores ocuparon la empresa negándose *durante diez días* a redactar una lista de reivindicaciones inmediatas, a pesar de la presión constante del aparato sindical. [18]

Cuando esta lista se complete, ¿cómo se podrá dudar de que ella expresa la tendencia espontánea de la clase obrera a tomar en sus manos su propio destino y de reorganizar la sociedad según sus convicciones y su ideal? ¿Estas son manifestaciones de una huelga puramente reivindicativa, de una huelga "cualquiera" o de una huelga cuya amplitud y lógica empujaban a las propias masas a desbordar las reivindicaciones inmediatas?[19]

A este análisis se ha opuesto el resultado de las elecciones legislativas y el apoyo a de Gaulle que refleja. Pero se trata de análisis muy teñidos de cretinismo parlamentario, de ignorancia fingida de lo que representan las elecciones en una democracia *burguesa.*

En primer lugar, la izquierda obtuvo el 41 % de los votos y los golistas obtuvieron el 44 %. Pero si se tiene en cuenta el gran número de trabajadores que esta vez se abstuvieron por disconformidad ante la política de las grandes organizaciones obreras pero que estaban disponibles para la acción; si se tiene en cuenta a los centenares de miles de jóvenes que estuvieron en la vanguardia del movimiento de mayo pero que están privados del derecho de voto por un sistema electoral antidemocrático —y por el rechazo a actualizar las listas electorales, rechazo que privó de su derecho de voto a aquellos que acababan de cumplir su mayoría de edad— se puede presumir sin exageraciones que aún después de la inmensa decepción del 30 de mayo, las fuerzas de la izquierda y del golismo se equilibraban en el seno del pueblo francés.

Además, este equilibrio sucedía a una maniobra victoriosa del golismo y a un fracaso táctico lamentable de la izquierda, que había aceptado las reglas del juego prescriptas por el enemigo de clase: encuadrar la huelga en una base puramente reivindicativa, aceptar de hecho la represión contra la extrema izquierda y remitirse a las elecciones para resolver las cuestiones vitales planteadas por los acontecimientos de mayo.

¿Puede acaso dudarse un solo momento que si la iniciativa se hubiera mantenido del lado de la izquierda, si ésta hubiera podido aprovechar el enorme capital de combatividad, de entusiasmo y generosidad acumulado durante las cuatro semanas de mayo para imponer el control obrero, comités de fábricas y de barrios democráticamente elegidos, local y regionalmente federados y confederados en escala nacional, piquetes de huelga armados imprentas puestas a disposición del pueblo —además de la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas— en ese caso el 45% de la nación francesa que la izquierda representa, a pesar de todo, en la tarde del 23 de junio, se habría convertido en el espacio de algunos días en más del 50 %?

Toda la historia contemporánea prueba que si el "miedo a la guerra civil" es un móvil de opción política para las clases medias y los "sectores fluctuantes de electores", la inclinación a pasarse al campo del más fuerte, la tentación de saltar al carro que marcha hacia la victoria, la atracción de la iniciativa más resuelta y enérgica pesan en la balanza de modo decisivo.[20] En ese sentido, de Gaulle había ganado la batalla, no por asemejarse al "partido del miedo" sino adelantándose rápidamente a sus adversarios políticos marcados por la vacilación, la rutina, el inmovilismo y el espíritu de capitulación.

Con frecuencia se ha objetado a la estrategia de las reformas de estructura anticapitalistas, a la estrategia del programa de transición que preconizamos, que sólo es eficaz si es aplicada por las grandes organizaciones obreras, sindicales y políticas. Sin el dique que sólo esas organizaciones son capaces de erigir contra la infiltración permanente de la ideología burguesa y pequeño burguesa en el seno de la clase obrera, esta última estaría actualmente condenada a limitarse a luchas reivindicativas. La experiencia de mayo invalidó totalmente ese diagnóstico pesimista.

Es evidente que la existencia de sindicatos y partidos de masas no integrados en el régimen capitalista, educando sin cesar a los trabajadores en un espíritu de desafío y negación global con respecto a ese régimen sería un triunfo enorme para acelerar la maduración de la conciencia de clase revolucionaria en el seno de los trabajadores, aún cuando esos sindicatos y esos partidos no sean instrumentos adecuados

para la conquista del poder. Pero la experiencia de mayo demostró que en ausencia de una vanguardia revolucionaria de masas, esta toma de conciencia termina por irrumpir en el seno del proletariado, porque está alimentada por toda la experiencia práctica de las contradicciones neo-capitalistas que los trabajadores acumulan cotidianamente, a lo largo de años.

La espontaneidad es la forma embrionaria de la organización, decía Lenin. La experiencia de mayo de 1968 permite precisar de dos formas la actualidad de este pensamiento. La espontaneidad obrera nunca es una espontaneidad pura; dentro de las empresas actúan los fermentos de los grupos de vanguardia —en algunos casos un solo militante revolucionario de talla— cuya tenacidad y paciencia son precisamente recompensadas en esos momentos de fiebre social llevada al paroxismo. La espontaneidad obrera desemboca en la organización de vanguardia más grande porque en el espacio de algunas semanas, millares de trabajadores han comprendido la posibilidad de la revolución socialista en Francia. Han comprendido que deben organizarse para este fin y tejen cuidadosamente los lazos con los estudiantes, con los intelectuales, con los grupos revolucionarios de vanguardia que dan poco a poco su forma al futuro partido revolucionario de masas del proletariado francés, del que la JCR aparece ya como el núcleo más sólido y dinámico.

No somos admiradores ingenuos de la espontaneidad obrera pura y simple. Aún si esta es revalorizada ante el conservadorismo de los aparatos burocráticos,[21] choca con límites manifiestos ante un aparato del Estado y una maquinaria de represión altamente especializados y centralizados. En ninguna parte todavía la clase obrera derrocó espontáneamente al régimen capitalista y al Estado burgués en un territorio nacional y sin duda no ocurrirá nunca. También la extensión de órganos de dualidad de poder sobre todo un país de las dimensiones de Francia es, si no imposible, al menos muy difícil debido a la ausencia de una vanguardia ya suficientemente implantada en las empresas para poder generalizar rápidamente las iniciativas de los trabajadores de algunas fábricas-piloto.

Por otra parte, no tiene ningún sentido exagerar la amplitud de la iniciativa espontánea de las masas trabajadoras en mayo de 1968. Esta estuvo en todas partes siempre presente *en potencia* pero devino real sólo en un cierto número de casos muy limitados, tanto a nivel del desencadenamiento de las ocupaciones de fábricas como en el de las iniciativas de dualidad de poder mencionadas anteriormente. Los estudiantes en acción escaparon en su vasta mayoría a los esfuerzos de canalización hacia vías reformistas pero los trabajadores, una vez más, se dejaron canalizar en su mayoría. No hay que quejarse por ello, la responsabilidad incumbe a los aparatos burocráticos que se esforzaron durante años en ahogar todo espíritu crítico, toda manifestación de oposición con respecto a la orientación reformista y neo-reformista, todo resto de democracia obrera. La victoria política golista de junio de 1968 es el precio que el movimiento obrero paga por esas relaciones todavía no subvertidas entre la vanguardia y la masa en el seno del proletariado francés.

Pero si los acontecimientos de mayo permitieron registrar una vez más la ausencia de una dirección revolucionaria adecuada y las consecuencias inevitables que de allí se desprenden para el éxito del ascenso revolucionario, la experiencia permite también entrever –por primera vez en Occidente desde hace treinta años– las dimensiones reales del problema y los caminos hacia su solución. Lo que impidió en mayo que se efectuara una primera apertura decisiva hacia la dualidad de poder –para que Francia conozca, salvando las distancias, su febrero de 1917– fue la falta de una organización revolucionaria tan numerosa en las empresas como ya lo era en las universidades. En ese momento preciso, núcleos reducidos de obreros, articulados, armados de un programa y de un análisis político correctos y capaces de hacerse oír habrían bastado para impedir la dispersión de los huelguistas, para imponer en las principales fábricas del país la ocupación de masas y la elección democrática de los comités de huelga. No hubieran promovido, por cierto, ni la insurrección ni la toma del poder pero se habría escrito una página decisiva en la historia de Francia y de Europa. Todos

los que creen que el socialismo es posible y necesario deben tratar de que la próxima vez sea realmente escrita.

V. PARTICIPACION, AUTOGESTION, CONTROL OBRERO

Para conquistar el poder, es necesario una vanguardia revolucionaria que haya convencido a la mayoría de los asalariados de la imposibilidad de llegar al socialismo por el camino parlamentario, que sea capaz de movilizar bajo su bandera a la mayoría del proletariado. Si el PCF hubiera sido un partido revolucionario —es decir, si hubiera educado a los trabajadores en ese espíritu aún en los períodos en que la revolución no estaba a la orden del día, aún en las fases contrarrevolucionarias como lo dice Lenin— entonces, en abstracto, esta toma del poder hubiese sido posible en mayo de 1968 y todo habría sido muy diferente de lo que en realidad ocurrió.

Dado que el PCF no es un partido revolucionario, y que ninguno de los grupos de vanguardia dispone todavía de una audiencia suficiente en la clase obrera, los sucesos de mayo no podían culminar con la toma del poder. Pero una huelga general con ocupación de fábricas puede y debe culminar con la conquista de reformas de estructura anticapitalistas, con la realización de reivindicaciones transitorias, es decir con la creación de una dualidad de poder, de un poder de hecho de las masas, opuesto al poder legal del capital. Para la realización de una dualidad de poder, no es indispensable un partido revolucionario de masas; basta con un poderoso impulso espontáneo de los trabajadores, estimulado, enriquecido y parcialmente coordinado por una vanguardia revolucionaria organizada, todavía demasiado débil para disputar directamente la dirección del movimiento obrero a los aparatos tradicionales, pero ya lo suficientemente fuerte como para desbordarla en la práctica.

Esta vanguardia organizada no es todavía un partido, es un partido en gestación, el núcleo de un futuro partido. Y si los problemas de construcción de ese partido se ubican, en general, en marcos análogos a los esbozados por Lenin en *¿Qué hacer?*, su solución debe ser enriquecida por sesenta años de experiencia y por la incorporación de todas las parti-

cularidades que caracterizan en la actualidad al proletariado, a los estudiantes y a los otros sectores explotados de los países imperialistas.

Hay que tener en cuenta que históricamente esta tentativa será la tercera –habiendo fracasado la de la SFIO y la del PCF– y que los fracasos del pasado inculcan a los trabajadores y a los estudiantes una desconfianza pronunciada, y justificada, con respecto a todas las tentativas de manipulación, a todo dogmatismo esquemático, todo esfuerzo por *sustituir* los objetivos que las masas se dan a sí mismas con objetivos teleguiados. Por el contrario, la capacidad de apoyar y de ampliar todo movimiento parcial con objetivos justos, de mostrarse el mejor organizador de todos esos combates parciales y sectoriales, es lo que da al militante revolucionario (y a su organización) la autoridad necesaria para integrarlos en una acción anticapitalista de conjunto.

Ya se ha denunciado lo suficiente el carácter mistificador del movimiento golista de la "participación" para que sea necesario tratarlo ampliamente aquí. Mientras subsista la propiedad privada de los grandes medios de producción, la irregularidad de las inversiones provocará inevitablemente fluctuaciones cíclicas de la actividad económica, o sea la desocupación. Mientras la producción sea esencialmente una producción para la ganancia, no tenderá a satisfacer ante todo las necesidades de los hombres sino que se orientará hacia los sectores que producen mayor ganancia ("manipulando" además la demanda). Mientras que en la empresa, el capitalista y su director conserven el derecho de dirigir a los hombres y a las máquinas –y desde de Gaulle a Couve de Murville, todos los sostenedores del régimen han aclarado que no piensan ni discutir ese poder– el trabajador permanecerá alienado en el proceso de producción.

Sumando esas tres características del régimen capitalista, se obtiene la imagen de una sociedad en la cual subsisten los rasgos fundamentales de la condición proletaria. Subsiste la inseguridad de la existencia. Subsiste la alientación del productor, mientras que la del consumidor irá en aumento. La venta de la fuerza de trabajo tendrá por resultado, como antes, la aparición de una plusvalía y la acumulación de un capital,

propiedad de una clase distinta que aquella que la produjo con su trabajo.[22] Una "participación" en esos límites equivale, en suma, a una tentativa de acentuar la alienación, de conseguir que los trabajadores pierdan la conciencia de ser explotados sin suprimir su explotación. Los proletarios tendrán el derecho de ser consultados para saber cuántos de ellos serán despedidos. ¡Feliz el ave que participa en la elección de los procedimientos por los cuales será desplumada!

La demistificación de todo el palabrerío sobre la "participación" no basta, sin embargo. No es casual que esta demagogia haya surgido en el momento de la crisis de mayo. Expresa, por parte del régimen, una toma de conciencia de la agudeza de las contradicciones sociales en la Francia neocapitalista, un presentimiento de su carácter explosivo durante todo un período histórico. ¿Cómo explicar, si no, que importantes fuerzas del gran capital se vean obligadas a utilizar argumentos que pudieron economizar aún en 1936 y en 1944-45? Hay un sorprendente paralelo entre la social-democracia alemana combatiendo a Spartacus, los consejos obreros y de soldados, en enero de 1919, bajo la consigna "la socialización está en marcha" y de Gaulle, tratando de contener la revolución que asciende desde abajo insinuando que se apresta a realizar una revolución desde arriba, en medio del orden y de la tranquilidad, por cierto.

La explosión de mayo planteó súbitamente, ante toda la sociedad francesa, el problema social de nuestra época en los países imperialistas. ¿Quién dirigirá las máquinas? ¿Quién decidirá las inversiones, su orientación, su localización? ¿Quién determinará el ritmo del trabajo? ¿Quién elegirá el muestrario de productos a fabricar? ¿Quién establecerá la prioridad en el empleo de los recursos productivos de que dispone la sociedad? A pesar de la tentativa de conducir la huelga general a un problema de retribución de la fuerza de trabajo, la realidad económica y social obliga y obligará a todo el mundo a discutir el problema fundamental, tal como lo formuló Marx: no sólo aumentos de salarios sino supresión del asalariado.

Los socialistas revolucionarios no podrán menos que regocijarse. Este giro de los acontecimientos confirma lo que ellos

proclaman desde hace años, o sea que la lógica de la economía neo-capitalista y de las luchas de clases ampliadas desplazará cada vez más el centro de gravedad de los debates y de la acción de los problemas de reparto del ingreso nacional hacia los problemas del mantenimiento o de la destrucción de las estructuras capitalistas en la empresa, en la economía y en toda la sociedad burguesa.

Durante la crisis de mayo, la consigna de "autogestión" fue lanzada desde varias partes. En tanto que consigna de propaganda general, no hay nada que decir de ella, a condición, por cierto, que se remplace "autogestión de las empresas" por "autogestión de los trabajadores" y que se precise que ésta implica el advenimiento de una planificación democrática-centralista de las inversiones y algunas garantías suplementarias. Si no, el "productor desproletarizado" corre el riesgo de encontrarse rico como antes y quizás convertido en un desocupado al día siguiente.[23]

Pero en tanto que objetivo inmediato de acción, fuera de las situaciones pre-insurreccionales en las cuales se plantea la destrucción inmediata del régimen capitalista, esa consigna encierra una peligrosa confusión sobre todo por la forma en que fue utilizada algunas veces por dirigentes de la CFDT. La autogestión de los trabajadores presupone el trastocamiento del poder del capital en las empresas, en la sociedad y desde el punto de vista del poder político. Mientras ese poder subsista, es sólo una utopía el querer transferir el poder de decisión a los trabajadores, fábrica por fábrica (como si las decisiones estratégicas de la economía capitalista contemporánea fueran tomados a este nivel y no al nivel de la banca, los truts, los monopolios y del Estado). Es además una utopía reaccionaria, pues tendería, si pudiere lograr un comienzo de institucionalización, a transformar los centros colectivos de obreros en cooperativas de producción, obligadas a sostener la competencia con las empresas capitalistas sometiéndose a las leyes de la economía capitalista y a los imperativos de la ganancia. Por un rodeo se llegaría al mismo resultado al que tiende la "participación" golista: quitar a los trabajadores la conciencia de ser explotados, sin suprimir las causas esenciales de su explotación.

La respuesta inmediata que tanto los acontecimientos de mayo como el análisis socio-económico del neo-capitalismo sugieren al problema del replanteo de los marcos capitalistas de la empresa y de la economía no puede ser ni la de la "participación" (colaboración de clase abierta) ni la de la "autogestión" (integración indirecta en la economía capitalista), sino la del *control obrero*. El control obrero es para los trabajadores el equivalente exacto de lo que el cuestionamiento total representa para los estudiantes.

El control obrero es la afirmación de los trabajadores de su oposición a que la patronal disponga libremente de los medios de producción y de la fuerza de trabajo. La lucha por el control obrero es la lucha por un derecho de veto de los representantes libremente elegidos por los trabajadores y revocables en todo momento sobre los empleos y los despidos, sobre las cadencias, sobre la introducción de nuevas fabricaciones, sobre el mantenimiento de la supresión de toda fabricación dada y evidentemente sobre el cierre de las empresas. Es el rechazo a discutir con la patronal o el gobierno en su conjunto sobre el reparto de la renta nacional, mientras los trabajadores no hayan adquirido la posibilidad de descubrir la forma en que los capitalistas mienten cuando hablan de los precios y de las ganancias. Es, en otros términos, la apertura de los libros de cuentas patronales y el cálculo por parte de los trabajadores de los verdaderos precios de costo y de los verdaderos márgenes de utilidades.

El control obrero no debe ser concebido como un esquema concluído que la vanguardia trata de colocar sobre el desenvolvimiento real de la lucha de clases. La lucha por el control obrero —con la cual se identifica en gran parte la estrategia de las reformas de estructura anticapitalistas, la lucha por el programa de transición —debe por el contrario reflejar todos los cambios de las preocupaciones inmediatas de las masas, surgir y resurgir constantemente de la realidad cotidiana vivida por los trabajadores, las amas de casa, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios.

¿El aumento de los salarios obtenido en mayo de 1968 implica "necesariamente" un alza de los precios de costo? ¿Hasta qué punto? ¿El alza de los precios de detalle resulta

realmente de esta alza de las remuneraciones?[25] ¿La patronal trata de "recuperar las pérdidas causadas por las huelgas" acelerando las cadencias, es decir tratando de restablecer su tasa de ganancia mediante el crecimiento de la plusvalía relativa? ¿Quién fue responsable de la hemorragia de reservas de cambio sufrida por Francia en el espacio de algunos días? No son, sin embargo, los trabajadores ni tampoco los "grupúsculos izquierdistas" los que transfirieron millares de francos a Suiza y a otras partes. A partir de esos problemas y de problemas análogos suscitados por la realidad cotidiana, la agitación por el control obrero podrá ser constantemente ampliada, actualizada, perfeccionada.

El objetivo no es crear nuevas instituciones en el marco del régimen capitalista. El objetivo es elevar el nivel de conciencia de las masas, su combatividad, su capacidad de responder con firmeza a cada medida reaccionaria de la patronal y del gobierno, de cuestionar no con frases sino con la acción el funcionamiento del régimen capitalista. Sólo así se afirmará la insolencia revolucionaria de las masas, su resolución a destruir el "orden" y la "autoridad" capitalistas para crear un orden superior, el orden socialista de mañana, en el respeto más absoluto por la democracia de los trabajadores. En la medida en que se generalice la lucha por el control obrero, en que se amplifique sin cesar la prueba de fuerza con la patronal y la toma de conciencia revolucionaria de las masas que de allí resulte, en que surjan de todas partes organismos de dualidad de poder, el pasaje de la "ocupación pasiva" a la "ocupación activa", es decir la puesta en marcha de la economía bajo la gestión de los trabajadores toma un sentido no simbólico sino real, el peligro de "institucionalización" de fábricas autoadministradas en el marco del régimen capitalista desaparece y un congreso de comités elegidos por los trabajadores puede tomar a su cargo la organización económica del nuevo poder y al mismo tiempo encarar el nuevo poder en el plano político. Los acontecimientos de mayo tuvieron el mérito histórico de demostrar que la lucha por ese control obrero, que el nacimiento de la dualidad de poder, trasfondos mismos de las contradicciones neo-capitalistas y de la iniciativa creadora de las masas, es posible y necesaria para

toda la Europa capitalista. Una etapa ulterior será testigo de la expansión, es decir actualizará la apertura hacia el socialismo, hacia la desalienación del hombre. Esto es sólo un comienzo, continuemos el combate.
(20 de julio de 1968).

Antonio Lettieri - Paolo Santi

Golismo y sindicatos

Los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia, las causas, la dinámica y las conclusiones de estos hechos que permanecerán indudablemente como un momento esencial, y quizás de cambio, en el movimiento obrero de Europa occidental, no pueden ser explicados y comprendidos si no son colocados en el proceso histórico que los ha precedido y condicionado. Es claro que afirmando esto queremos negar aquel carácter de inmediatez, de incendio, de contagio que, implícita o explícitamente, se ha atribuído con frecuencia a la "revolución" de mayo. La historia de los acontecimientos comienza, es cierto, con la protesta estudiantil contra los abusos del autoritarismo y de la policía, pero su esencia, su importancia deriva del hecho de que después de la huelga general del 13 de mayo de solidaridad con los estudiantes, y cuando el gobierno vacilaba, imprevistamente, miles, luego centenares de miles, y finalmente millones de trabajadores se lanzaron a la huelga, primero espontáneamente y luego impulsados por los sindicatos, iniciándose así la más grande lucha obrera de la postguerra.

La dramaticidad de los sucesos de mayo reside, paralelamente, en la incapacidad de los sindicatos y de las organizaciones políticas de la izquierda para guiar este movimiento hacia un objetivo a la vez posible y avanzado: la caída del régimen, la instauración de relaciones de fuerza nuevas en favor de la clase trabajadora en las fábricas y en la sociedad. Ahora bien, así como la expansión del movimiento de huelga no puede ser interpretada como un hecho de "contagio", tampoco la desalentadora conclusión de este imponente enfrenta-

miento de clase no puede ser atribuída a la "traición" o a una imprevista "caída" en la estrategia y en la táctica por parte de las direcciones políticas y sindicales de la izquierda. El PCF y la CGT, que fueron las fuerzas principales de dirección —con una Federación y una Force Ouvriere que no pueden ser incluídas entre las fuerzas de izquierda y que, en todo caso, tienen un papel secundario, y con su PSU dividido permanentemente entre un alma "revolucionaria" y otra *mendesista*—, han aplicado a los acontecimientos la estrategia y la táctica que habían elaborado y practicado en el curso de los últimos años. Sin embargo, una y otra eran del todo inadecuadas para la importancia de los hechos y ni la izquierda —ni por otra parte la CFDT, cuyo peso sindical no puede ser menospreciado, y que al calor de los hechos se ha mostrado desprovista de una política realmente alternativa—, han sido capaces de rectificar la línea en el curso de los acontecimientos y adecuarla a ellos.

De todos modos, los presupuestos de la revolución de mayo y de su fracaso deben ser rastreados en la historia del capitalismo francés, de sus relaciones con el movimiento obrero en el curso del decenio golista y en el tipo de respuesta dada por las fuerzas políticas y sindicales del movimiento obrero. Los presupuestos se habían acumulado uno después del otro: en mayo se desarrolla la última escena grandiosa de un drama cuyos primeros actos comenzaron mucho antes y que había ya presentado sus personajes y, en escala reducida, los episodios que volveremos a encontrar en mayo. Además, en mayo descendieron al campo de batalla los estudiantes y con ellos, lo que no es poco contar, otros grupos sociales cuyo ingreso en la lucha indica a qué altura había llegado la crisis golista.

De esta historia que precede y explica los acontecimientos de mayo y su extensión nos proponemos examinar sólo algunos aspectos: las características del desarrollo neo-capitalista francés, la *especificidad* de su dirección política, las relaciones entre régimen y sindicatos y entre éstos y el movimiento. Tomamos como punto de partida 1963 que se presenta, a nuestro entender, como un año de cambio para la perspectiva económica, política y sindical de la Francia capitalista. En efecto, 1963 es el año de la huelga de mineros —la más larga

y dura de las huelgas desarrolladas hasta ese entonces—, el año del despertar obrero. Pero es también el año de apertura de una política más compleja y sobre todo más dura del régimen frente a los sindicatos, de la ley anti-huelga en el sector público, y de la Conferencia triangular sobre la política de ingresos. Es el año del plan de estabilización y de elaboración de los criterios que inspirarán el V Plan de desarrollo.

Se puede decir que en 1963 se entra en la segunda fase del golismo que, liquidados los problemas mayores heredados de la IV República —de las dificultades financieras a la guerra de Argelia— afronta la tarea de una remodelación de la estructura económica y social que debería garantizar a Francia la obtención de una posición nueva a nivel internacional y suplir, mediante la acentuación del momento tecnocrático y por tanto autoritario, las contradicciones del desarrollo capitalista y las debilidades del proceso francés en particular. En cuanto a las contradicciones sociales, el régimen trata de superarlas oscilando en la práctica entre el paternalismo (cada vez menos vivo) y el autoritarismo (cada vez más fuerte), y pasando del participacionismo obrero al rechazo del papel de intermediación autónoma del sindicato. El resultado de esta política será una brecha cada vez más profunda entre el régimen y la clase obrera.

LA HUELGA DE LOS MINEROS Y LA RESPUESTA GOLISTA

El año 1963 había comenzado en un clima de aguda tensión social que desembocaría el 1 de marzo en la huelga de los mineros. Es necesario decir que los sindicatos habían hecho todo lo posible para evitar la huelga. La CGT en los dos primeros meses del año había logrado imponer una forma de agitación basada en la reducción de la producción. Pero el gobierno, de quien dependía la solución del conflicto, había optado por la línea dura. De Gaulle había doblegado a los generales de la OAS, reducido a los partidos a una sombra de sí mismos, no tenía ahora ninguna intención no digamos de ceder, sino ni siquiera de reconocer en los sindicatos un interlocutor con el que era necesario tratar. Además, los sindicatos

estaban divididos. La CGT basaba todo en la unidad de acción con la FO, el sindicato socialdemócrata, y los dirigentes de esta central desde hacía 15 años no aceptaban sentarse a la misma mesa con los dirigentes de la CGT. El tercer sindicato, la CFTC, el sindicato cristiano, que desconfesionalizado se convertirá en noviembre de 1964 en la actual CFDT, tenía un cierto peso entre los mineros, pero sus relaciones con la CGT eran todo lo contrario de unitarias. Quizás el gobierno, o al menos una parte de él, esperaba la prueba de fuerza como una ocasión para demostrar su resolución y, en el fondo, para dar una lección a los sindicatos que levantaban cabeza. Cuando comenzó la huelga a ultranza, el gobierno proclamó la movilización de los mineros: en otras palabras o retornaban al trabajo o irían a prisión. Pero el gobierno se había equivocado en sus cálculos. Los mineros continuaron la huelga durante 35 días, burlándose de la movilización y obligaron al gobierno a conceder las reivindicaciones salariales exigidas (un aumento del 11% en el curso del año).

Pero la huelga de mineros, si por un lado había demostrado que la clase obrera era capaz de resistir al régimen, por otro había demostrado la incapacidad de los sindicatos para extender el movimiento y superar la fase defensiva. La huelga permaneció sustancialmente aislada. El gobierno salió de la prueba sorprendido de la combatividad de los mineros, pero también convencido de que se trataba de un episodio sectorial y de que en definitiva habría sido posible doblegar a los sindicatos a la lógica autoritaria del régimen. La huelga había terminado en la primera semana de abril, a fines de julio se promulgaba una nueva ley que limitaba el derecho de huelga en los servicios públicos mediante la introducción de un preaviso obligatorio de 5 días, vetaba determinadas formas de huelga escalonada, sancionaba la pérdida de las retribuciones correspondientes a toda la jornada de trabajo, aunque el período de huelga hubiera sido más breve.

En el curso del mismo año se comienza a discutir la política de ingresos. Para el sector privado es convocada la Conferencia de los Ingresos presidida por Massé, comisario general del plan. En lo que respecta a los sectores públicos, se prepara el llamado "procedimiento Toutée". Uno y otro con-

tribuirán a esclarecer el tipo de relación que el régimen buscaba con los sindicatos, y arrojarán luz sobre los acontecimientos futuros. Con el procedimiento Toutée, que será aplicado a partir de 1964, el gobierno pone en aplicación la política de ingresos en el sector público; el poder de negociación resulta destruído casi por completo. Según el nuevo procedimiento, la fijación de los aumentos retributivos corresponde a comisiones mixtas (ministerios responsables de cada empresa nacionalizada y sindicatos). En una primera fase la comisión debe constatar el aumento retributivo verificado en el curso del año precedente en cada empresa y presentar un informe al gobierno. En la segunda fase, el gobierno decide, sobre la base de los criterios de política de ingresos por él mismo fijada, los porcentajes de aumento salarial que corresponden a cada empresa. En la tercera fase, vuelven a entrar en escena los sindicatos a los que les corresponde la tarea de distribuir el aumento global fijado por el gobierno entre las diversas categorías de personal de cada empresa. El sindicato oscila así entre una función técnico-notarial en la primera fase y una de administración delegada de las sumas obtenidas en la tercera.

GOLISMO Y REORGANIZACION CAPITALISTA

Plan de estabilización, elaboración del V Plan, aplicación de la política de ingresos, son todos momentos que caracterizan en otoño de 1963 la nueva fase de la economía y de la política económica del régimen.

Cuando de Gaulle había tomado el poder en 1958 había encontrado un país económicamente desequilibrado. No debe olvidarse el esfuerzo de las dos guerras: primero la de Indochina, luego la de Argelia. Y entre tanto Francia ingresaba en el Mercado Común donde encontraba dos países, Alemania federal e Italia, que presentaban la dinámica más alta de desarrollo (junto a Japón, no obstante mucho más atrasado) del mundo capitalista y en los que las industrias fundamentales estaban fuertemente concentradas. En Francia dominaba en cambio una economía de empresas medianas habituadas a explotar los mercados reservados de ultrama-

de la Unión francaise; los sectores dinámicos (siderurgia, automóviles, química) estaban relativamente desconcentrados.

Los compromisos en Argelia y el desafío del MEC plantean a Francia problemas agudos de reorganización que la clase dirigente golista deberá resolver haciendo pagar su precio, sin ninguna concesión, a la clase obrera. El golismo, por otra parte, es el régimen que representa el gran capitalismo francés, pero no en los términos banales y más conocidos en Italia de una subordinación del Gobierno a las decisiones más fuertes. El régimen lleva adelante un proyecto hegemónico de reorganización capitalista que puede entrar en contradicción con los mismos intereses de la parte más tradicional de la patronal. Representa las exigencias de desarrollo del capitalismo francés desde un punto de vista histórico general. Liquidada la cuestión argelina en 1962, de Gaulle asigna objetivos cada vez más ambiciosos al capitalismo francés: un objetivo de *liderazgo* (o de co-liderazgo conjuntamente con Alemania federal) en Europa occidental; de allí la ambición de sustraer a Francia de la tutela política, económica, tecnológica y militar de los Estados Unidos.

Estos proyectos no permiten tregua alguna en el plano social. La política de estabilización lanzada en otoño de 1963 tiende a comprimir los consumos internos, a frenar los precios, a contener los salarios, mientras que a diferencia de cuanto ocurrirá en Italia, bajo el impulso deflacionista que se inicia en el mismo período, se tiende decididamente a la expansión de las inversiones, a los nuevos sectores productivos de vanguardia, a la concentración de los sectores tradicionales. Los técnicos franceses no pueden limitarse por tanto a un plan provisorio de estabilización a corto plazo: ellos tienden a inscribir los objetivos de la política inmediata en una estrategia de vasto alcance.

LOS SINDICATOS Y LA POLITICA DE INGRESOS

Los objetivos contenidos en la política de estabilización debían ser también los del V Plan, que entraría en función en 1965. Para ello era necesario encontrar los instrumentos que

pudieran asegurar la realización de estos objetivos no sólo durante un breve período, sino por cinco años. Resurge así la propuesta de una política de ingresos que impida la participación de los sindicatos y que, en todo caso, suministre los parámetros para la dinámica salarial a largo plazo. Se ha dicho que la política de ingresos renace, porque los primeros pasos, pronto abandonados, los había dado ya un año antes, entre fines de 1960 y comienzos de 1961, cuando el por entonces primer ministro Debré había indicado como límite máximo para los aumentos salariales el 4% anual. Todo esto sorprendió mucho, porque nunca se había visto en Francia a un primer ministro escribir al Presidente de la organización de industriales franceses para indicarle cuánto debía aumentar los salarios. Pero a pesar de la gran discusión que había surgido, la propuesta quedó como letra muerta y los salarios aumentaron a un ritmo por lo menos del doble del indicado por Debré.

Esta vez el gobierno, o una parte de él (no puede olvidarse las distintas almas que se enfrentan y se fusionan en los gobiernos golistas: desde la liberal conservadora tradicional a la tecnocrática y a la "social") apunta más lejos. Pompidou encarga a Massé convocar una conferencia con todas las organizaciones sindicales y todos los representantes de los grupos sociales sobre la política de ingresos y, al mismo tiempo, pide a Toutée, miembro del Consejo de Estado, suministrarle un estudio sobre los procedimientos para regular la dinámica salarial en el sector público, a cuyas conclusiones ya hicimos mención. En resumen, desde el comienzo el gobierno se mueve sobre dos carriles: por un lado busca el acuerdo con los sindicatos (siguiendo la práctica de todos los países que habían instaurado una política de ingresos), por la otra prepara los instrumentos que le permitan imponer una política salarial determinada a sus propios dependientes.

Pocos meses bastarán para demostrar que los sindicatos, malgrado la "buena" voluntad de algunas Confederaciones, no podrán aceptar las propuestas del gobierno, y reacias se mostrarán también las organizaciones empresarias. Desde aquel momento toda política "contratada" será abandonada y será el Estado quien se encargará —a veces tomando la ini-

ciativa, a veces siguiendo las exigencias de la patronal— de hacer aplicar las indicaciones contenidas en el Plan. El "neocapitalismo" golista mostrará un rostro cada vez más autoritario, pero no por esto de viejo cuño, y desilusionará aún hasta aquellos que lo habían visto con buenos ojos. Déscamps, secretario general de la CFDT, debía mostrarse desencantado de que el hombre de la lucha contra los nazis, el hombre de la descolonización en Argelia, no fuera también el del progreso social. Tanto más que, como se verá, su organización, al menos al comienzo, no se había mostrado inflexible ante las propuestas de un política de ingresos.

En realidad, en la Conferencia de ingresos (octubre de 1963-enero de 1964) la división no pasará sólo entre sindicatos por un lado y gobierno y patronal por el otro, sino también en el interior de cada uno de estos dos encuadramientos. En el interior del gobierno, o mejor de los hombres políticos y de los técnicos de la administración, existe alguna diferencia entre un Massé, que quiere obtener la colaboración de los sindicatos, como la había buscado y teorizado un tiempo antes Calandon, y un Pompidou que parece apuntar, desde el comienzo, al control de los salarios públicos y a un mayor rigor frente a los sindicatos. Ni falta tampoco la tradicional corriente liberal, personificada por Rueff, que frente al fracaso sustancial del IV Plan, reivindica el puro y simple abandono de la política de programación y el retorno a los mecanismo del mercado.

También el frente sindical está dividido. La CGT es decididamente hostil y uno de sus secretarios, Henri Krasucki declara que con la política de ingresos se quiere "reforzar la presión sobre los salarios para intentar resolver a expensas de los trabajadores las dificultades económicas de las que ellos no son responsables y que derivan, en realidad, de la política de los grandes grupos capitalistas y del poder mismo" (*Le Peuple*, 1 de febrero de 1964). En lugar de la política de ingresos, justamente definida como política de salarios, se reclama el control de las ganancias, el aumento de los salarios y del SMIG (salario mínimo interprofesional garantizado) en particular, la cesación de la práctica de fijar unilateralmente los salarios del sector público, el mejoramiento de

la gestión de la Seguridad social y el abandono de toda tentativa de limitarla, al mismo tiempo que es privilegiado el principio de la "libre discusión contractual con exclusión de la intervención del Estado" y se exige "la conclusión de verdaderos contratos colectivos que garanticen salarios reales y no ficticios".

Force Ouvriere asume también ella una posición desfavorable, mientras que la tercera gran organización de los trabajadores, la hoy denominada CFDT y que por entonces se llamada CFTC, adopta una posición más favorable. Ella rechaza toda política de ingresos limitada únicamente a los salarios y subraya que la política de ingresos "requiere una extensión del poder contractual de las organizaciones sindicales en materia de contratos colectivos y de acuerdos salariales"; declara que no es posible vincular al sindicato por el sólo hecho de estar presente en esta o aquella comisión encargada de emitir opiniones: pero, en sustancia, al menos una parte de ella está dispuesta a colaborar y a participar en una política de ingresos, con estas comisiones, si entre los objetivos del gobierno está también el de elevar los salarios más bajos, reducir las diferencias zonales, y si se pondrán en práctica aquellos instrumentos capaces de suministrar mejores indicadores para el control de los precios y de las ganancias. En sustancia, mientras para la CGT una política de ingresos es inconcebible e impracticable en un régimen capitalista, para la CFTC una política de ingresos es posible y aceptable sólo si se efectúan reformas de estructuras importantes y si la participación de las organizaciones sindicales en la política económica es real y no sólo formal, sólo si un "verdadero procedimiento contractual" sustituye a "un procedimiento concertado" (*Note remise par la CFTC sur le sens de la participation a la Conference des Revenus*, 10 de enero de 1964).

En realidad, todas estas posiciones más o menos bien ensambladas sobre la planificación al igual que sobre la política de ingresos prescinden, en la práctica, del hecho de que la actitud de una organización sindical de los trabajadores tiene una validez propia, un peso, sólo en cuanto es el resultado, el punto de llegada de una política sindical firmemente

radicada entre los trabajadores. Las organizaciones sindicales francesas, en cambio, son demasiado débiles por el número de sus inscriptos y débiles también, lo que es mucho más grave, por su política reivindicativa. Como consecuencia, las posiciones adoptadas sobre política económica no eran el punto de llegada de una línea que partía de la fábrica y llegaba a los grandes temas económicos, sino que era sobre todo el resultado de una actitud política externa a la vida cotidiana de las organizaciones mismas, externa a la lógica sindical concreta o, en la mejor de las hipótesis, era superpuesta a ella.

Esta observación vale para la CGT que, como hemos visto, considera aceptable una política de ingresos sólo "si se tratara de una sociedad distinta de la nuestra", que hace derivar su propia oposición de una actitud de crítica global a la sociedad sin que exista en realidad, y por razones que no dependen sólo de sus culpas, un fuerte movimiento desde la base capaz de rechazar de hecho y no sólo de palabra las estructuras capitalistas. Y vale aún más para la CFDT que con su consigna de la programación contratada, sustenta el mítico sueño de una sociedad que de poder a los trabajadores, que supere —¿pero cómo?— al capitalismo, sin caer en los aspectos negativos así considerados por la CFDT, de las sociedades socialistas. En ambos casos, se tiene la impresión de que se intenta escapar a la debilidad que caracteriza el movimiento sindical francés en el plano contractual y reivindicativo mediante la propuesta de sociedades distintas de la existente, sin advertir que un sindicato privado de un poder conquistado, y no recibido como una gracia, en las fábricas, en los lugares de trabajo, etc., no es más un sindicato sino un grupo de presión, pero con el agravante de tener una fuerza bastante débil.

Es significativo al respecto que las más grandes organizaciones sindicales francesas hayan acordado tan poca atención al problema de las condiciones de trabajo en la fábrica. La batalla por el sindicato en la empresa, conducida por otra parte bastante esporádicamente y hasta hace muy poco tiempo sólo por la CFDT, se limita casi exclusivamente a la conquista del derecho de organizar —y de obtener su reconocimiento— la sección sindical de empresa y, más generalmente, a lo

que en Italia son denominados los derechos sindicales, mientras que parecen tener un peso menor los poderes de contratación. Las raíces de este estado de cosas son distintas para la CGT y para la CFDT: la primera tiene el temor, no sin razones, de que la contratación de las condiciones de trabajo (ritmos, calificaciones, ambiente, personal, etc.) puede tener como consecuencia exponer el sindicato a las críticas de los trabajadores, llevar al sindicato a colaborar con la dirección en la fijación de normas no aceptables, en suma, a "enchalecarlo". La CFDT, más que a los problemas de la organización del trabajo, más que a las condiciones bajo las cuales es erogada la fuerza de trabajo, tiende a la coparticipación en la gestión de la empresa, a la necesidad de su reforma y a la contratación de la planificación económica a nivel nacional.

El resultado práctico de esta actitud es que las batallas conducidas por las organizaciones sindicales raramente tienen como centro los problemas relativos a las condiciones de trabajo. Y sin embargo, en los últimos años los ritmos de trabajo se han intensificado, el problema de un sistema justo de calificaciones se ha agravado en un país donde masas crecientes de jóvenes reciben una instrucción profesional superior y que pueden trabajar sólo aceptando tareas de obreros comunes. Las luchas de los próximos años, como se verá, demuestran que estos problemas tienen un peso enorme en la formación de una conciencia de lucha y no parece que puedan ser resueltos sólo a través de la contratación del precio de la fuerza de trabajo, sólo mediante mayores salarios, o planteando míticas exigencias de reforma de la empresa. Se puede afirmar que la CGT y la CFDT se han apartado de estos temas —de Force Ouvriere no vale la pena hablar, porque está excluída de cualquier problema—, una porque mira demasiado hacia abajo, la otra porque apunta demasiado hacia arriba: pero, concretamente, las dos organizaciones dejan este espacio enorme al arbitrio patronal, sin lograr descubrir cuál es el verdadero contenido de las acciones en las empresas, sin elaborar un sólido fundamento de lo que debería ser la política de los sindicatos en un país capitalista moderno.

Debemos señalar para no ser malentendidos que la laguna

de la estrategia del sindicalismo francés encuentra explicaciones válidas en la situación del país. La permanencia de sectores no dinámicos (desde el minero a una gran parte de la industria), el bloqueo de los salarios, el rechazo de la patronal a contratar y la política de programación, explican cómo el sindicalismo francés puso su atención sobre todo en determinados temas, en primer lugar el de los salarios. El camino escogido por el régimen golista fue el de imponer, con instrumentos directos e indirectos, límites precisos a la dinámica salarial justamente para proceder, en los años que van de 1964 a 1968, a un esfuerzo que quería ser poderoso por modificar la economía francesa, con el objeto de hacerla más fuerte ante la concurrencia internacional. Se puede afirmar que en la posguerra ningún país actuó con tanta coherencia y decisión para alcanzar los objetivos planteados por el plan y que en ningún país la intervención estatal ha sido tan decisiva. Si los resultados no siempre correspondieron a las intenciones, esto no debe hacernos perder de vista la dureza conque se tendió a ello. Los años del V Plan son los de la política antinorteamericana del general de Gaulle, los años de una batalla que no se libra sólo con una política exterior distinta, sino también con una política capaz de poner en condiciones a la economía francesa de tratar desde posiciones menos desfavorables con la industria estadounidense. No olvidemos que 1964 se cierra con el traspaso de la Bull a la General Electric y que este hecho reforzará en el gobierno sus propósitos de consolidar la industria francesa y lo conducirá a favorecer, mucho más que antes, las concentraciones, a adoptar algunos instrumentos que deben hacer más seguro el logro de los objetivos del plan, a predisponer medidas para elevar las inversiones y el autofinanciamiento. Como consecuencia de todo esto, el esfuerzo mayor deberá recaer sobre las espaldas de los trabajadores.

El informe que Massé había presentado al gobierno, después de la Conferencia de los ingresos, contiene dos propuestas de notable importancia. Se decide que cada cinco años el Plan fije las orientaciones para la evolución de las grandes masas de los ingresos y que en el balance de cada año estén ontenidas las indicaciones que, a partir de la coyuntura,

hagan más precisas las orientaciones a largo plazo. El informe Massé, junto al informe Toutée del que ya hablamos, ponen las bases de lo que en Francia es denominada "política indicativa de los ingresos", aunque esta política en el sector público tendrá más carácter coercitivo que indicativo. De todos modos, es rechazado todo modelo que convierta a las partes en copartícipes en la elaboración de los objetivos en materia de política de ingresos —como se trata de hacer en otros países, Gran Bretaña y Holanda por ejemplo— y las organizaciones sindicales, después de haber sido escuchadas, pierden todo poder: la planificación tecnocrática es cada vez más una planificación autoritaria.

AUTORITARISMO Y SINDICATOS

El carácter tecnocrático del plan y el autoritarismo que caracteriza las relaciones con las partes sociales nos ayuda a comprender la especificidad del régimen golista. El combina las experiencias autoritarias del capitalismo contemporáneo con una filosofía del poder cuyas raíces se asientan muy lejos en un estatismo a lo Luis XIV antes que napoleónico. Esta combinación entre autoritarismo antiguo y moderno que se encarna en la V República diferencia el régimen político francés del típico de las sociedades neocapitalistas. En los otros países europeos, los años sesenta son los del ascenso socialdemócrata: del centroizquierda en Italia, de la gran coalición en Alemania, del gobierno laborista en Gran Bretaña. El desarrollo capitalista de estos países está acompañado políticamente con un llamado a la responsabilidad de gobierno a los partidos socialdemócratas, cuyos fines son los mismos del neocapitalismo pero cuyas raíces se hunden históricamente en la clase obrera con la que conservan en general relaciones estrechas. Con el llamado al gobierno de la socialdemocracia el neocapitalismo tiende a ampliar su base popular. En el fondo, la programación capitalista, la política de ingresos corresponden más que a una particularidad francesa, al modelo político-económico de desarrollo de todo el capitalismo europeo. Pero la apertura hacia la socialdemocracia, y por tanto hacia la clase obrera o a una parte de ella, que se

verifica en los países europeos, si no cambia las características de fondo del sistema y de la explotación de las clases trabajadoras, *tiende a crear un sistema* de amortiguadores de los impulsos para el enfrentamiento de clase. Nunca como en estos años se concedió tanto poder aparente a los sindicatos en los países de Europa occidental. Poder aparente a través de sus representantes, directos o indirectos, en el gobierno por intermedio de los partidos socialdemócratas; presencia en todos los organismos de programación, de política de ingresos, etc. El neocapitalismo está en búsqueda de una paz social contratada. Los sindicatos se convierten en interlocutores fundamentales del gobierno y de la patronal. Se apunta al reforzamiento del sindicato, a su institucionalización, para hacerlo responsable de los trabajadores ante el gobierno.

En Francia el ejercicio del poder sigue un camino distinto. El poder del Ejecutivo es todo, de manera explícita e intransigente; se coloca como expresión de la "voluntad general". Define un proyecto de desarrollo de la sociedad y exige a las partes sociales conformarse con él, sin que les sea reconocida ninguna autonomía. La paz social es impuesta, no contratada. El vaciamiento de los sindicatos, de todo poder efectivo, contribuye en una primera fase a paralizar el rechazo obrero, pero al mismo tiempo prepara el enfrentamiento frontal. El V Plan, para cuya definición fueron llamados los sindicatos, es rechazado por las tres Confederaciones. Falta cualquier otra posibilidad de mediación política con el régimen y en ningún otro país europeo la ruptura entre gobierno y sindicatos se muestra tan profunda.

Los objetivos del V Plan en materia de política de ingresos son por lo demás bastante claros. Es previsto un aumento, a precios constantes, del 2,8 % para cada año de los salarios de los trabajadores que no cambian de calificación, mientras que el aumento que comprende el desplazamiento "categorial" no debe superar el 3,3 % anual. El objetivo del plan es el de favorecer una tasa más elevada de autofinanciamiento y de ganancias, como lo muestra claramente el hecho de que se tienda a obtener un aumento de la productividad superior al de los salarios. Pompidou había sido explícito en 1963 cuando afirmó que con la política de ingresos "no se quiere

impedir a una industria aumentar sus propios márgenes de ganancia". Se descontaba una oscilación de los precios del 1,5 - 2 % anual y por consiguiente, se preveía un aumento de los salarios nominales de aproximadamente el 5 %, contra el 8-10 % de los años precedentes. La realidad se encargará de demostrar que los incrementos en los precios serán superiores y que el aumento del poder de compra de los trabajadores será netamente inferior al indicado por el plan. El poder de compra de un obrero parisino con dos hijos, por ejemplo, aumentó en el bienio 1964-65 en un 4 %, con un incremento medio anual inferior al famoso 3,3 %. Para los dependientes públicos, por otra parte, existe casi un congelamiento de las retribuciones.

En resumen, el gobierno ha logrado desde 1964 a 1966 alcanzar y superar los objetivos que se había planteado en materia de dinámica salarial. Para ello ha sido ayudado por el comportamiento de la patronal y de la misma estructura de la economía francesa que es, y lo era sobre todo hasta 1966, menos concentrada que la de los demás países y en la cual tenían menos fuerza los mecanismos que tienden a hacer aumentar las diferencias de productividad, de ganancias, y por tanto, de salarios entre empresa y empresa. La posibilidad de que automáticamente se pusiera en movimiento la espiral "salarios-salarios" era por tanto menos fuerte. Téngase en cuenta, además, la rigidez con la que el gobierno ha dirigido la política salarial en el sector público, muy extendido en Francia, y de su utilización como punto de referencia para las empresas privadas. Y recuérdese finalmente que habían sido preparados instrumentos aptos para controlar indirectamente las empresas privadas y que si estos controles no siempre dieron resultados satisfactorios en otros campos, en el salarial hicieron un buen papel.

ESTRATEGIA SINDICAL Y LUCHAS OBRERAS

Una vez examinados los elementos esenciales de la estrategia del gobierno en materia de política de ingresos y habiendo haber mencionado los elementos estructurales que facilitaron su éxito, debemos preguntarnos qué estrategia le opusieron

BIBLIOTECA

los sindicatos. No intentaremos este examen a través del análisis de los documentos sindicales, sino sobre todo deteniéndonos en la acción por ellos desplegada.

Hemos visto que en el empleo público y en los sectores productivos controlados por el gobierno, la dinámica retributiva está ligada estrechamente a los parámetros de la política de ingresos. En las empresas privadas, los aumentos son concedidos, en la práctica, dentro de los límites fijados por el plan. Otra característica de la situación sindical francesa es dada por el hecho de que los aumentos son concedidos pero casi nunca negociados. Los sindicatos logran muy difícilmente entablar tratativas a nivel nacional o de empresa. La industria mecánica, por ejemplo, no tiene un contrato nacional, pero un centenar de contratos locales y los últimos acuerdos de cierta importancia firmados a nivel de empresa en este sector fundamental, son los de la Renault sobre la cuarta semana de vacaciones, que se remontan a 1962. Por lo demás los contratos existentes se limitan casi exclusivamente a lo mínimo. Tienen por tanto poca incidencia sobre los salarios reales y contienen muy poco en materia de condiciones de trabajo.

En 1964 los sindicatos intentan reaccionar contra el bloqueo negociado impuesto al sector público y nacionalizado. La táctica es la de las huelgas nacionales de 24 horas, en las que cada categoría y cada organización sindical participa con sus propias reivindicaciones. El espíritu unitario y el éxito de las huelgas revela la vastedad del descontento. El 18 de marzo de 1964, cinco millones de trabajadores públicos y de las empresas nacionalizadas efectúan un paro de 24 horas. Es una respuesta al plan de estabilización. En París, 250.000 trabajadores desfilan en manifestación y los sindicatos pueden alegrarse de este resurgimiento físico de la clase obrera: hacía muchos años que no se veían manifestaciones tan vastas. Pero desde el punto de vista sindical son manifestaciones sin resultados. Huelgas de este tipo permanecen sustancialmente aisladas: no existe continuidad en el movimiento reivindicativo. El gobierno podrá soportar una o dos de estas huelgas cada año sin modificar su propia política.

En los sindicatos el debate en torno a la táctica queda abierto: ¿luchas generales o luchas parciales? En teoría, tanto

la CGT como la CFDT sostienen la exigencia de combinar los dos momentos. En la realidad, la táctica que prevalece es la de las grandes manifestaciones, la táctica del "tous ensemble", o, como se expresará un delegado en el congreso de la CGT de 1965, "una lucha de clase contra clase", manifestaciones de masa que incorporan a todo el país en un enfrentamiento global con el gobierno y la patronal. Pero es precisamente este tipo de respuesta general, que al mismo tiempo aparece como genérica y privada de continuidad, la que no logrará sacudir la intransigencia del gobierno y de los empresarios.

Esto no significa que los salarios sean bloqueados, sino que el ritmo de incremento es en general bajo y resultado de decisiones unilaterales del gobierno y de la patronal. Por lo demás, los destajos, los premios (que tienen siempre un carácter anti-huelga), las calificaciones, ritmos, etc. son unilateralmente manejados por las direcciones de las empresas. En todos los niveles los sindicatos son golpeados así en sus funciones fundamentales y ante todo en la de negociación. En la primavera de 1965, Bergeron, secretario general de FO —el sindicato siempre disponible para cualquier tratativa separada con el gobierno y con la patronal y visceralmente hostil, a pesar de todas las invitaciones de la CGT, a la unidad de acción sindical— escribe lo siguiente: "Encontramos siempre en el sector privado los porcentajes de aumento fijados por el gobierno en el sector público o nacionalizado [...] y los patrones son muy felices de aprovechar la ocasión ofrecida por el gobierno para oponerse a las reivindicaciones de los sindicatos".

Esta concepción autoritaria y paternalista del gobierno, que corresponde, como hemos visto, a una determinada concepción de la planificación y del poder, a la negación de la autonomía y de la función de aquellos cuerpos intermedios cuya función mediadora el neocapitalismo tiene a desarrollar en otros países, es precisamente la que prepara paso a paso el enfrentamiento directo entre patrones y gobierno por un lado y trabajadores por el otro.

En la primavera de 1965, tres años antes del mayo que sacudirá a Francia, se pueden observar los primeros indicios del

enfrentamiento. Hay huelgas en Peugeot (Sochaux), en Berliet, en Nantes, y en la Bull. Las razones son diversas: reducción del horario de trabajo (Peugeot), que en Francia es como término medio de 46-47 horas semanales, aumentos salariales (Berliet), oposición a los despidos (Nantes y Bull). En todas partes la reacción patronal es dura e intransigente. Se despiden los activistas sindicales, se responde con el cierre. El gobierno está siempre detrás de los patrones, los estimula a permanecer intransigentes. La reacción de los trabajadores es igualmente combativa: en la Peugeot las agitaciones duran un mes. En general, se expanden y engloban a ciudades enteras. Los obreros se enfrentan casi siempre con la policía. Los sindicatos reencuentran en la base, bajo el impulso de los trabajadores, la unidad que no logran realizar a nivel central. Pero los resultados son casi siempre desalentadores: frecuentemente, cuando los obreros retornan a la fábrica, después de algunas concesiones, retoman espontáneamente la acción.

¿Cuáles son las causas del fracaso sustancial de las luchas reivindicativas? No puede olvidarse la solidez del bloque gobierno-patrones, pero por otra parte es la misma acción sindical la que aparece privada de una estrategia de lucha. Las agitaciones a nivel de empresa permanecen casi siempre aisladas y entre las luchas generales y las luchas de empresa no existe ninguna continuidad. Las grandes jornadas de lucha y de agitación que se producen un par de veces al año tienen una vida separada y efímera respecto de las luchas en las distintas empresas. Por un lado, parece que los sindicatos temen desarrollar las luchas articuladas, ya porque están divididos o ya porque consideran insuficientes las perspectivas de los resultados. Por otro lado, las acciones generales, que se hacen más fuertes después de los acuerdos de unidad de acción entre la CGT y la CFDT de enero de 1966, plantean reivindicaciones de carácter demasiado general para ser incisivas. A la patronal los sindicatos le exigen la apertura de tratativas a nivel central para la reducción del horario de trabajo a 40 horas, el aumento de los salarios, la estipulación de los contratos nacionales de categorías, el reconocimiento del sindicato en la empresa, el aumento de la indemnización por desocupación. La confederación patro-

nal responde que es incompetente para tratar centralmente estos problemas. Así, las grandes manifestaciones de 24 horas tienden más a lograr una unidad política que sindical, no obstante que los sindicatos, y la CFDT en particular, recalquen siempre las connotaciones puramente sindicales del movimiento. Asistimos así al doble fenómeno de un despertar cada vez más acentuado de la clase obrera y a la impotencia sustancial del sindicato para hacer valer su función contractual y defender las condiciones de vida y de trabajo en las fábricas. En la clase obrera se abre paso el sentimiento, a veces confuso, a veces explícito, de que es necesaria una lucha frontal, pero que esa lucha no puede darse a través de las huelgas de 24 horas.

El *gap**, para adoptar este término de moda, entre el régimen y la clase obrera es cada vez mayor. Pero existe también un *gap* entre trabajadores y sindicatos, consecuencia de las derrotas de estos años, de la impotencia contra el gobierno, de la carencia de una estrategia capaz de recrear la confianza de la clase obrera en sí misma y de conducirla hacia éxitos significativos. Ya en la primavera de 1965, frente a los cierres patronales, hay quien piensa que es preciso volver a la lucha a ultranza, que es preciso responder con la ocupación como en 1936. "Será necesario que uno de estos días —dice un obrero de Berliet, según *Le Monde*— seamos nosotros los que ocupemos las fábricas: entonces mostraremos nuestra fuerza y nuestra decisión. Cuanto antes lo hagamos, mejor será". Tres años después Berliet será una de las primeras fábricas ocupadas.

El movimiento de lucha se refuerza de año en año. El 17 de mayo de 1966 una huelga de carácter nacional señala la culminación de las manifestaciones obreras bajo la V República, antes de los acontecimientos de mayo. Pero ellas permanecen como un testimonio político de la ruptura entre régimen y trabajadores: los resultados sindicales son pobres. Aunque en las plataformas sindicales se afirma la adopción de una táctica compleja en la cual los movimientos parciales

* *Gap*: en inglés, foso, desfasaje, distanciamiento (N. del T.)

se deben soldar con el movimiento general (véanse los documentos de los congresos de la CGT y de la CFDT), entre unos y otros sigue existiendo una brecha profunda.

LA PREHISTORIA DE MAYO

En los últimos días de 1966 se desata la primera de una serie de luchas a nivel de empresa que hoy podemos considerar como la prehistoria inmediata de los acontecimientos de mayo. El 23 de diciembre de 1966 comienza en Burdeos la lucha de los talleres de Dassault, constructor de aviones y hombre muy próximo a de Gaulle.

Huelga en la Dassault. La agitación comienza de manera casi "espontánea" y los trabajadores asumen plenamente el control de acuerdo con los sindicatos. Las reivindicaciones tienen un carácter clásico. Los trabajadores exigen la equiparación salarial con París (reivindicación muy sentida en Francia), lo cual significa un aumento del 15 %, o sea de medio franco por hora; se reclama además el salario mensual garantizado, otra reivindicación típica. La agitación es llevada de modo articulado con paros escalonados y demuestra de inmediato decisión y madurez táctica. Dassault subestima por completo la voluntad de lucha de los trabajadores y después de cinco semanas de lucha adopta el camino de la fuerza: cierra los talleres (2 de febrero de 1967).

Pero la acción sigue. Dassault cede sobre la cuestión de salarios: se dispone reducir al 5 % la diferencia con París, pero el reintegro al trabajo debe preceder la tratativa sindical y los trabajadores serán readmitidos sobre la base individual (un centenar de ellos deberán pagar con su despido). El trabajo y las tratativas (en París) comienzan en cambio simultáneamente y los trabajadores no ceden ante ninguna presión: mantienen firme la reivindicación de la paridad salarial y rechazan cualquier despido. Mientras los sindicatos tratan en París, los obreros mantienen un pleno control del conflicto, reuniéndose sistemáticamente en asambleas y discutiendo las distintas propuestas de la patronal que son rechazadas hasta la obtención casi completa de las reivindicaciones planteadas. Es la primera victoria a nivel de empresa después de muchos

años. La lucha ha durado tres meses. Su característica principal es el elevado nivel de participación de los trabajadores en la gestión de la lucha y en las tratativas, en síntesis la unidad que se ha gestado entre los trabajadores y los sindicatos. Estos últimos no aparecieron nunca aislados sino siempre como expresión de los trabajadores. En ciertas condiciones, la patronal puede por tanto ser batida: es esta la lección que ofrece Dassault.

Rhodiaceta. A fines de febrero, 3.000 trabajadores entran en huelga en los establecimientos de la Rhodiaceta de Besançon, una fábrica de fibras textiles y artificiales vinculada al trust de la química Rhone-Poulenc. Se había producido una reducción del horario de trabajo y los trabajadores exigían una integración salarial. El conflicto alcanza rápidamente niveles de extrema aspereza. La dirección trata de destruir la huelga, los trabajadores responden levantando barricadas frente a la fábrica. En la segunda semana la huelga se amplía a los demás establecimientos de la Rhodiaceta y paraliza 14.000 trabajadores. París se interesa en el caso y el Ministro de Asuntos sociales interviene en la tratativa, impuesta por los trabajadores mientras la huelga está en plena duración. Después de dos semanas la lucha concluye con un éxito parcial: la integración salarial por la reducción del horario de trabajo es concedida pero no los aumentos que habían sido exigidos. Si en la lucha en la Dassault la característica estaba dada por la capacidad de autodeterminación de los trabajadores y por el vínculo estrecho entre ellos y los sindicatos, Rhodiaceta demuestra que la lucha asume ahora características explosivas (las barricadas, el director detenido por los huelguistas, etc.), la capacidad de generalizar el movimiento, por lo menos a nivel de empresa.

Berliet. La huelga estaba terminando en Rhodiaceta cuando la agitación comenzó en Berliet, fábrica de automotores. Una parte del establecimiento es ocupada y también aquí interviene la policía: los enfrentamientos son muy duros. Después de dos días la patronal cierra la empresa y se producen repetidos choques entre trabajadores y policías. Las tratativas en París con la mediación ministerial permiten lograr un aumento del 3,8 %. Un hecho significativo es que la agitación co

después de la firma del acuerdo, revelando el descontento de los trabajadores por lo obtenido a través de la gestión sindical.

Saint-Nazaire. Es la huelga más larga y dura de la primavera de 1967 y prosigue más de dos meses. Se inicia el 1 de marzo y participan 3.000 obreros metalúrgicos de la región, sobre un total de 12.000 trabajadores del sector. Los obreros en huelga pertenecen a las *Chantiers de l'Atlantique* (donde están ocupados 10.000 trabajadores) y a la Sud Aviation (2.000 ocupados). Las reivindicaciones giran una vez más alrededor de la nivelación salarial con París, con respecto a la cual tienen una quita zonal del 16 %, la incorporación de una parte del premio (que, como siempre, tiene un explícito carácter discriminatorio) en la paga base. En la tercera semana de huelga, los patrones recurren al cierre. Quedan así sin trabajo cerca de 9.000 obreros: es evidente la tentativa de dividir a los trabajadores. Pero la maniobra no obtiene éxito. En efecto, los obreros se vinculan a la lucha, reivindicando un salario básico igual para todos. La lucha se desarrolla y se extiende. El 30 de marzo, a iniciativa de los sindicatos, se produce una manifestación intercategorial de solidaridad, el 11 de abril una huelga general, el 27 de abril entra en huelga durante 24 horas toda la región. Es una lucha dura y ejemplar. Los trabajadores se reúnen semanalmente en asamblea y deciden la táctica a seguir: las organizaciones sindicales, aunque ligadas al movimiento, no tienen ninguna carta en blanco para actuar. El movimiento ya no está aislado como había ocurrido en los años anteriores, sino que se vincula, se generaliza. La patronal ofrece un aumento del 7,8 % para 1967: es un ofrecimiento importante, pero los trabajadores lo rechazan. Las raíces de mayo de 1968 se hacen cada vez más consistentes.

EL GOBIERNO VUELVE A ATACAR

En el mes de agosto, cuando la mitad de Francia está de vacaciones, el gobierno ajusta nuevamente las riendas: las prestaciones de la Seguridad Social son limitadas, los precios de los servicios públicos aumentan, nuevas medidas favo-

recen la concentración de las empresas. La única medida que el gobierno logra imaginar para contrabalancear este estrechamiento es la participación de los trabajadores en las utilidades, medida sin consecuencia y sin resultados, ni siquiera psicológicos.

Los decretos sobre la Seguridad Social constituyen el acto más grave del gobierno. Su objetivo es doble: por un lado se tiende a obtener una reducción del costo de la Seguridad Social, por el otro se quiere eliminar el control de los sindicatos. Si en un comienzo los sindicatos tenían la mayoría en los Consejos de administración, ahora son reducidos a paridad con los empresarios y el comportamiento de la FO —que votará a favor de la representación patronal en las elecciones para la presidencia de la Caja de jubilaciones, a cambio del voto obtenido de los empresarios en las elecciones de los presidentes de la Caja de enfermedades— y de la Confederación de los cuadros (CGC) creará un frente que pondrá en minoría la CGT y la CFDT. La política golista de reducir la influencia de los sindicatos resulta reforzada por estos decretos.

Pero, además de esto, los decretos sirven a los fines de aliviar el presupuesto del Estado. Son creadas Cajas nacionales separadas —para enfermedades, jubilaciones y salarios familiares— y cada Caja tiene la obligación de nivelar su presupuesto. A la más importante de estas Cajas, aquella para enfermedades, se le permite imponer, si lo considera necesario, el mismo vínculo a cada Caja local, por medio de medidas especiales tendientes a restaurar su propio equilibrio financiero. Simultáneamente, el trabajador enfermo debe contribuir a una parte de los gastos de visitas médicas y medicinas, al mismo tiempo que se le reduce la indemnización diaria que percibía durante el período de enfermedad.

Como resultado, el presupuesto del Estado reduce su contribución a la Seguridad Social en 4.000 millones de francos, mientras aumentan sus entradas a consecuencia del aumento de las tarifas ferroviarias, del gas, la energía eléctrica y los transportes de la zona parisina. Mientras el nivel de vida del trabajador francés es golpeado duramente, el gobierno dispone de fondos mayores para llevar adelante su propia política, la de guía y sostén del capitalismo francés. Además, son adop-

tadas nuevas disposiciones para favorecer el reforzamiento del capital francés frente a la concurrencia europea y estadounidense. Siempre en agosto son acordadas nuevas franquicias a las empresas que proceden a fusiones mientras son reducidas las cargas para las empresas que prosiguen con su reconversión.

Frente a estas medidas concretas, el decreto que prevé la participación de los trabajadores en el desarrollo de las empresas es muy poca cosa. Con él, como se declara explícitamente en el preámbulo, se quiere favorecer la instauración de nuevas relaciones entre los trabajadores, representados por sus sindicatos, y los empresarios. Esto se vincula en la práctica a las tesis sostenidas por de Gaulle desde 1948, cuando afirmó que los trabajadores debían participar en los beneficios de las empresas y los sindicatos debían comportarse de manera de favorecer un mejoramiento de la productividad. Pero si en esa época el patronato francés tenía miedo y se había opuesto a las propuestas de de Gaulle, frente a estas nuevas decisiones la Bolsa reaccionará favorablemente: el hecho es que los sindicatos son débiles y no serán por cierto estos decretos los que contribuirán a reforzarlos, mientras que la participación es tan limitada como para no preocupar a nadie. En resumen, pareciera que este decreto apunta más a provocar el aumento del autofinanciamiento, a través de una serie de medidas contenidas en él, que a permitir la participación de los trabajadores en las utilidades. Estos últimos, por lo demás, reciben un nuevo golpe cuando un decreto de fines de setiembre aumenta las contribuciones a cargo de los dependientes para la Seguridad Social.

¿Cómo es posible que el gobierno lleve adelante este ataque a las condiciones de vida de los trabajadores justo en el momento en que éstos habían mostrado en la primavera de 1966 una combatividad en ascenso? El hecho es que la situación económica francesa atraviesa un momento delicado y sólo parece realizarse una parte de los ambiciosos proyectos de de Gaulle. Desde comienzos de año, por ejemplo, la producción está estancada (y sólo ascenderá en los últimos meses de 1967) y, como veremos de inmediato, aumenta la desocupación. Es verdad que las inversiones productivas están

en ascenso desde 1966, pero el ritmo es todavía bajo y su nivel no permite a la industria francesa alcanzar todos los objetivos planteados por el V Plan. En particular, las exigencias del Estado se hacen más fuertes: la política de "desafío" a los Estados Unidos, la crisis monetaria internacional, el mayor compromiso en una política exterior que proteja la industria francesa, etc., son otras tantas razones que impulsan al gobierno a reducir sus compromisos sociales y lo obligan a descargar sobre las espaldas de los trabajadores los costos de su política. El objetivo del plan es siempre el de "fundar sobre bases sólidas la capacidad competitiva" de la economía francesa y no deja mucho espacio al desarrollo social.

Al mismo tiempo, a partir de 1966, comenzaba a lograr algún éxito otro de los objetivos del V Plan, que era el de constituir "un pequeño número de empresas o de grupos de dimensiones internacionales, capaces de enfrentar a los grupos extranjeros en los sectores donde se establezca la concurrencia". Aún con lentitud y retrasos —y, sobre todo, sin que estas modificaciones afecten sustancialmente al sector agrícola y al terciario, todavía demasiado atrasados, verdaderas rémoras de la economía francesa— el número de las fusiones registradas va en aumento: 1.085 en 1964, 1.299 en 1965 y 1.410 en 1966. Comienzan a fusionarse hasta empresas de gran magnitud: en diciembre de 1965 le había tocado el turno a Thomson-Houston y a Totchkiss-Brand, del sector electromecánico, en febrero de 1966 se habían fusionado Usinor y Lorraine-Escaut del sector siderúrgico, luego habían seguido las fusiones entre la Compagnie Générale d'Electricité y la Société Générale d'Entreprise, entre la Banque National pour le Crédit a l'Industrie y el Comptoir National d'Escompte, entre Pechiney y Tréfimetaux, etc. En todos los casos, al igual que en la última fusión recordada relativa al sector del aluminio y de los metales no ferrosos, la sociedad que nacía estaba en primer lugar en Europa o en el Mercado Común. Y todo esto no era simplemente el resultado de las tendencias espontáneas de la economía sino también el resultado de los instrumentos que el gobierno había puesto en funcionamiento: planes sectoriales, contratos sobre programa, etc.

Pero precisamente en el mismo período, y no sin razones, la desocupación estaba en aumento. A fines de 1966, las demandas de trabajo insatisfechas eran 156.500 y ascendían a 225.000 a fines de 1967. Resultan afectadas sobre todo algunas regiones: el Norte, Lorena, la región de París. etc. Son en general las zonas donde era más sensible la tendencia a las concentraciones. Y quienes sufren en primer término el aumento de la desocupación son los jóvenes. Toda la situación social se iba deteriorando: seguían en pie muchos problemas de vieja data y los pasos adelante que se habían dado suscitaban nuevos problemas, mientras que en el conjunto se manifestaba claramente la dificultad de perseguir metas tan ambiciosas como las planteadas por el gobierno. La única solución que éste parecía encontrar era aumentar los costos del proceso de renovación sostenidos por los trabajadores. ¿Pero, cuánto habría durado?

Al igual que la primavera, el otoño de 1967 es cálido en Francia. Pero aún más que la primavera, demostrará la debidad de la estrategia sindical. El mes de octubre se abre con una semana de acción promovida por la CGT y la CFDT. Serán luchas parciales, fragmentarias y débiles alternadas con manifestaciones y recolección de firmas en peticiones contra el gobierno. El 19 de octubre la CGT y la CFDT proclaman una huelga en los transportes de la zona de París y entre los telegrafistas postales. Luego, se producen los choques del 26 de octubre en Le Mans, en la Renault sobre todo, y en Mulhouse, obreros, jóvenes en primera fila, se enfrentan con la policía y en Mulhouse estallan en pedazos los vidrios de la prefectura. Las reivindicaciones son las habituales: salarios, protestas contra los decretos sobre la Seguridad Social, desempleo, aquí y allí los reclamos de contratos nacionales por categoría. Son exigencias justas, pero son probablemente reivindicaciones defensivas, que llegan siempre con retraso en una situación que se agrava continuamente . Al mismo tiempo, en los últimos meses de 1967 la unidad sindical no aparece muy sólida. Dejando a un lado a la FO, que se limita a dividir con la patronal los presidentes de las Cajas nacionales de la Seguridad Social, también la CFDT rehusa, por distintas razones, participar en algunas huelgas con la CGT. En los ferrocarri-

les la huelga del 17-20 de noviembre será proclamada sólo por la CGT y lo mismo ocurrirá con algunos sectores en ocasión de la huelga del 13 de diciembre (no obstante, en la mayor parte de las empresas nacionalizadas afectadas al movimiento está presente también la CFDT). Esta última huelga tiene un resultado menos feliz que su análoga del 17 de mayo, ya sea porque la unidad de acción entre los sindicatos resulta más débil, ya sea porque la participación es menor aún en los lugares donde la huelga fue declarada conjuntamente por ambas organizaciones. Sin embargo, la combatividad es alta como lo demuestran las luchas de empresas del mes de octubre, la reiniciación de huelgas en la Rhodiaceta y las luchas que seguirán. Se puede adelantar la explicación de que no sólo se había ampliado la brecha entre la clase obrera y el gobierno sino que ulteriormente se había aflojado la vinculación entre clase obrera y sindicatos.

El año concluye con una situación de aparente reflujo y, sobre todo, de incertidumbre. El mundo sindical parece más interesado en la construcción de una "alternativa democrática" que en la elaboración de una estrategia sindical, con una salida política que se impone cada vez más, y las polémicas entre la CGT y la CFDT se centran sobre el problema de las relaciones con los partidos. Por su lado, la CGT se preocupa, y justamente, del aislamiento en que se encuentra y quiere salir a toda costa de esta situación mediante los encuentros con los representantes de los partidos, el diálogo con la CFDT y, como siempre, con la FO. Pero esta voluntad de reconocimiento, de estar representada en todos los niveles, de poder finalmente firmar acuerdos con una patronal que siempre la ha rechazado, le jugará una mala pasada cuando en febrero de 1968 será logrado el acuerdo entre patrones y sindicatos sobre la desocupación parcial. En aquella ocasión la CGT, admitida por primera vez después de veinte años en tratativas al máximo nivel, firmará un acuerdo que fija el establecimiento de una indemnización, a cargo de los dadores de trabajo y suplementaria de la entregada por el Estado, en caso de reducción del horario de trabajo. Pero, como escribe en una carta a *Le Monde* (2 de marzo de 1968) el delegado general de la unión de los industriales del vestido, "los diri-

gentes del CNPF (la organización patronal privada) han iniciado las tratativas con las confederaciones apoyados por aquellas industriales que por lo general no han sido afectadas por la desocupación parcial; la mayoría de los sectores que sufren realmente alguna forma de desocupación parcial han reclamado expresamente ser excluídos del campo de aplicación de los acuerdos alcanzados". La CFDT da un golpe de efecto: cuando la delegación de la secretaría que había llevado adelante las tratativas propone a su propia organización la firma del acuerdo, encuentra casualmente convocado el Consejo confederal que invalida lo actuado y obliga a uno de sus secretarios, Laurent Lucas, a declarar, en el momento de la firma del acuerdo, que "la CFDT se siente obligada a hacer saber que ella no puede firmar un acuerdo interprofesional que excluye de su campo de aplicación a los trabajadores de las industrias mayormente golpeadas por la desocupación parcial". La CGT no advierte esta diferenciación entre base y vértice, entre trabajadores y sindicatos y, como ya se dijo, firmó. Sin embargo, en el mes de enero ya se habían producido los sucesos de Caen.

LAS HUELGAS DE CAEN: LA PRUEBA GENERAL

A comienzos de 1968 se produce en Caen una especie de prueba general, a escala reducida, de lo que ocurrirá con los acontecimientos de mayo. La huelga comenzó en la Saviem del grupo Renault. No debe ser considerado una casualidad que las huelgas partan con tanta frecuencia del sector de mecánica y en particular de la industria automotriz. La Saviem en Caen es una fábrica con cerca de 5.000 trabajadores. Se trata en su mayoría de obreros muy jóvenes que, por lo general. tienen un diploma profesional (CAP), pero para ser ocupados es mejor que ni hablen de él: su puesto está en la cadena de montaje. Una entrevista con un joven obrero de 22 años de la Saviem, publicada por *France-Soir*, expresa con eficacia el estado de frustración del que son víctimas los jóvenes. "Antes del servicio militar, seguí un curso de escuela profesional donde obtuve el diploma (CAP). Pero en la Saviem, como en las otras fábricas instaladas en Caen, no

hay lugar sino para los obreros comunes. Es la cadena todo el día, un trabajo que embrutece y no ofrece ninguna posibilidad de mejoramiento. Sólo fábricas de montaje se instalan en Caen: para trabajar, según la propia capacidad, es preciso irse a París. Pero por razones de alojamiento y por motivos familiares no siempre es posible". Cuando se le pregunta qué piensa, Gérard responde: "no tengo nada que esperar" (*France-Soir*, 30 de enero de 1968).

El origen del descontento tiene, por consiguiente, raíces profundas. Se refiere a toda la relación con la fábrica (no se trata sólo del problema salarial) y en general a la relación de los jóvenes obreros con la sociedad. En la Saviem fueron concedidos en los últimos años aumentos salariales del 5-6 % anuales, pero para 1968 la dirección anunció que no se acordarían nuevos aumentos. A esto se agregó una reducción del horario de trabajo que redujo las ganancias efectivas en los últimos meses.

Es este el contexto en el cual, el 19 de enero, en el curso de una gran asamblea promovida unitariamente por los sindicatos, se lanzó la consigna de la huelga ilimitada. Reivindicaciones: un aumento de salarios del 6 % como en el año anterior y extensión a la Saviem de los acuerdos vigentes en la Renault sobre garantías salariales en caso de reducción de las horas de trabajo. En Caen, como en tantas otras situaciones, nos encontramos frente a una aparente desproporción entre las reivindicaciones declaradas y los instrumentos de lucha. Una huelga por tiempo ilimitado puede acarrear una pérdida de salario por muchas semanas, como ocurrió en Dassault, cierre de la empresa, piquetes, choques con la policía, barricadas como en la Rhodiaceta. Y todo ello para un aumento de salario que puede ser absorbido de entrada por las ganancias perdidas en el curso de la huelga. La verdad es que la reivindicación salarial es con frecuencia el símbolo de un descontento y de una protesta mucho más generales que a nivel colectivo no logran concretarse en una consigna distinta que la del aumento de salarios. Sólo una interpretación de este tipo nos permite restituir una dimensión racional a estas luchas sociales. Y podría explicar también la extrema contagiosidad de este movimiento: cuando en Caen entra en

huelga la Saviem, ese mismo día la huelga se extiende a otra fábrica: la Sonormel (sector electrónico).

Otra característica de las luchas sindicales en Francia es que están dirigidas siempre contra los patrones y a la vez contra el gobierno. Cada huelga, como ya hemos visto, da lugar a manifestaciones en el centro de la ciudad; y no hay manifestación que no desemboque en la prefectura. La unidad patrones-gobierno es sentida profundamente. En cierto sentido, las reivindicaciones están dirigidas al poder político, que representa en su conjunto el sistema, antes que a la patronal del caso. Y este es un fenómeno que debería ser profundizado. Se trata siempre de un elemento que desempeñará un gran papel en la crisis de mayo-junio.

Las huelgas de Caen, como dijimos, reproducen a escala reducida una lógica que volveremos a encontrar en mayo. Huelga que se extiende de una fábrica a otra (Sonormel, Jaeger, Moulinex, Radiotechnique, etc.), piquetes, manifestaciones con enfrentamientos con la policía, decenas de heridos y de trabajadores arrestados. La dirección de la Saviem trata de dividir el movimiento mediante la amenaza de reducir el premio enviándole una carta personal a cada trabajador y proponiendo simultáneamente un aumento de salarios del 2 %. Después de una semana, una parte de los trabajadores retorna al trabajo. El 2 de febrero, 1.500 huelguistas se reúnen en asamblea, convocados por los sindicatos. Se vota sobre la continuación o no de la huelga. En la votación toman parte sólo 800 trabajadores y 500 se pronuncian por la continuación. Pero los sindicatos, teniendo en cuenta las abstensiones, deciden el retorno al trabajo. El 5 de febrero los trabajadores vuelven a la fábrica. Los frutos de la huelga han sido escasos. La desproporción entre la intensidad de la lucha y los sacrificios que ha significado, por un lado, y los resultados por el otro, es enorme. La misma relación sindicatos-trabajadores ha salido bastante deteriorada de la lucha. Una prueba de ello se evidencia el día mismo de reiniciación de las tareas: a las 14 horas más de 200 trabajadores bloquean aún la producción, esta vez sin ninguna consulta con los sindicatos, y manifiestan en el interior de la fábrica destruyendo cajones

y máscaras. Los paros se repiten todavía en los días siguientes y la dirección amenaza con el cierre. Esto ocurría el 10 de febrero. Tres meses después la lucha se reiniciará en el marco de las huelgas que sacudieron toda Francia.

Los periodistas que siguieron las agitaciones en Caen habían recogido en sus comentarios algunos elementos importantes: la dificultad de las relaciones entre sindicatos y movimiento, por una parte, la profundidad de la fractura entre clase obrera y régimen, por la otra, y finalmente la carencia de mediación de los sindicatos.

France-Soir del 30 de enero escribe: "...los dirigentes sindicales están ellos mismos sorprendidos... Las manifestaciones del viernes (que habían dado lugar a una noche de duros choques con la policía) han revelado entre los jóvenes obreros una especie de frenesí desesperado, que parecía difícil aquietar con una posible victoria de la acción sindical a nivel local". Joanine Roy, redactora de *Le Monde*, escribe que los acontecimientos de Caen no son episodios aislados: "...no pasa día sin que en algún lugar, en Burdeos o en Angers, en Lyon o en Nantes, en Bretaña o en Lorena, se produzcan manifestaciones que expresan la inquietud de los trabajadores afectados o amenazados por la desocupación y golpeados en sus niveles de vida... Sería aventurado afirmar que las organizaciones sindicales preparan deliberadamente una *escalation*, pero es cierto que se está evidenciando un malestar social profundo y diferente en sus motivaciones". (*Le Monde*, 28-29 de enero de 1968).

Y Jean Lacouture observa, siempre en *Le Monde* (7 de febrero de 1968) no sin lucidez: "La *semana violenta* de Caen ha sido testimonio del potencial obrero de la zona y una advertencia para los notables y el poder... Ella ha mostrado también el peligro que corre un régimen al comprimir sistemáticamente el papel de las intermediaciones políticas dejando frente a frente a la masa y a los polizontes". Algunos meses después los hechos debían dar la razón a estos periodistas más agudos que tantos hombres de gobierno y más atentos a los humores de los obreros que muchos sindicalistas.

MAYO-JUNIO: EL MOVIMIENTO REBASA A LOS SINDICATOS. ELEMENTOS DE REFLEXION PARA TODO EL SINDICALISMO EUROPEO

Este análisis, aunque sumario, nos permite realizar algunas breves consideraciones.

Los hechos de mayo significaron, a pesar de la conclusión, un golpe serio a la línea "dura" golista en sus relaciones con la clase obrera. Si el camino socialdemócrata se está deteriorando cada vez más por la propia incapacidad de conciliar las exigencias autoritarias ínsitas en el neocapitalismo con la tentativa de conquistar el consenso de la clase obrera, el camino francés, el camino golista, se ha mostrado incapaz de imponer a la clase obrera el autoritarismo viejo y nuevo que lo caracteriza. La predeterminación de la dinámica salarial, la negación de toda facultad de negociación al sindicato, la fijación unilateral por parte de la patronal de las condiciones de trabajo, etc., lograron durante un largo tiempo algún éxito pero fueron también la causa de la lucha más importante que la clase obrera occidental haya realizado en la posguerra.

Los acontecimientos de mayo-junio fueron originados inmediatamente por la represión del gobierno del movimiento estudiantil y uno de los elementos más importantes en esos acontecimientos fue la entrada en escena de grupos y fuerzas sociales no pertenecientes al proletariado. Las raíces del comportamiento de la clase obrera, no obstante, se asientan en la brecha abierta en el curso de los últimos años entre el régimen, por un lado, la clase obrera y los sindicatos, por el otro. Desde hace por lo menos tres años, para no remontarnos a la lucha de los mineros de 1963, las luchas en las empresas habían adquirido el carácter de enfrentamiento sin cuartel, huelgas que duraban semanas y a veces meses, que incorporaban a ciudades enteras, cierres, ocupaciones de fábricas, batallas con la policía, etc.

Durante años los sindicatos fueron objeto del ataque del régimen que quería "volverlos a la razón", reubicarlos, como había hecho ya con los partidos. La política autoritaria del golismo, las especificidades que lo distinguieron de la socialdemocracia, han reducido el papel de los sindicatos dentro de márgenes cada vez más estrechos. Bien o mal, los sindicatos

CGT y CFDT han suministrado con sus activistas de fábrica una serie de puntos de referencia para la resistencia obrera. Cuando la marea asciende, cuando el descontento de los trabajadores estalla, las carencias de la estrategia y de la táctica sindical se ponen en evidencia, pero son casi siempre los dirigentes de base de la CGT, y también de la CFDT, los primeros en ser despedidos, los primeros en ser golpeados por las represalias.

Además, las reivindicaciones planteadas en el curso de las luchas de los últimos años, o por lo menos asumidas por los sindicatos, tienen siempre un carácter defensivo y tradicional: igualación salarial con París, aumentos salariales, rechazo de los despidos, etc. Y ello mientras la aspereza de las luchas mostraba una radical, aunque no explícita, voluntad de rechazo más amplia (de la organización de la fábrica y del poder autoritario) que no podía ser expresada sólo con estas reivindicaciones, aunque fueran justas y aunque la política del gobierno les asignara una importancia realmente grande. De ahí entonces que cuando en mayo los sindicatos sean finalmente llamados a negociar, estos límites aparecerán dramáticamente y tanto la CGT como la CFDT presentarán sustancialmente el conjunto de reivindicaciones que las dos Confederaciones habían elaborado en el acuerdo del 1 de enero de 1966. Hasta la CFDT, que afirma sin embargo su propia voluntad de obtener reformas que sean consecuencia de un verdadero reconocimiento de los derechos sindicales, "no precisa sus reivindicaciones a propósito de estas reformas, ya sea porque no tiene preparado ningún texto definitivo, ya sea porque no considera que existan aún todas las condiciones políticas" (*Le Monde*, 25 de mayo de 1968).

El retraso de los sindicatos, tanto en el plano táctico como en el de los objetivos, respecto al potencial de lucha que ya existía en la clase obrera y respecto a los nuevos problemas que suscita el capitalismo, debe ser considerado como la premisa de la ruptura que se verifica entre trabajadores y sindicatos. Los sindicatos franceses durante años habían pedido en vano a la Confederación patronal tratar acerca de salarios mínimos, premios, horario de trabajo, acerca de los derechos sindicales y, más recientemente, habían

suscitado el problema de la modificación de los decretos gubernamentales sobre la Seguridad Social. Cuando el 25 de mayo comienzan las tratativas —promovidas por Pompidou, bajo la ola revolucionaria que sacude a Francia— los sindicatos consideran haber alcanzado, de un golpe, el objetivo tan vana y largamente perseguido. Es decir, consideran poder recuperar su poder de negociación, poder escapar del ghetto en el que los había encerrado el régimen. Esto parece mucho y, desde cierto punto de vista, es ya mucho: un resultado extraordinario en presencia de circunstancias extraordinarias. Pero entre la plataforma reivindicativa y las dimensiones actuales del movimiento la distancia es, sin embargo, incolmable: si las reivindicaciones de las distintas empresas son, sobre todo el comienzo, "tradicionales", la dureza de la lucha, el rechazo de los acuerdos, etc., demuestran que los trabajadores querían, a veces confusamente pero lo querían, otra cosa. El rechazo de los acuerdos de Rue de Grenelle ilumina súbitamente todo lo ocurrido en mayo y en los años precedentes.

A esta altura se plantean algunos problemas que nos interesan directamente y que están presentes también en Italia, aunque en Francia asuman una dimensión mayor. Si los acuerdos firmados por los sindicatos hubieran sido aceptados se habría podido concluir que no sólo era válida la plataforma de los sindicatos, sino que era válido el rechazo a politizar su acción, o cuanto menos que esta autolimitación correspondía a las características del movimiento. Pero el comportamiento de la clase obrera, aún de aquella ligada a los sindicatos —como los trabajadores de la Renault de Billancourt— revela la dramática debilidad de una línea, sostenida sobre todo por la CGT, que fractura la unidad entre momento político y momento sindical. En el momento en que el movimiento rechaza la dicotomía entre acción "sindical" y acción "política", la estrategia de las organizaciones sindicales y de los partidos revela irremediablemente su crisis y se demuestra imposible. La lucha es, en un comienzo, generalizada, pero luego se disgrega inevitablemente en una serie de tratativas por empresas que aislan y debilitan los puntos de mayor resis-

tencia: los sindicatos apuntan a la conclusión y dejan de lado la fase política, reducida ahora a fase electoral.

El problema parece particularmente importante para nosotros, italianos. La larga, y aún no concluída, batalla por la autonomía del sindicato no puede significar ni que el sindicato asume la tarea de guía política, rebasando a los partidos, ni que deben ser predeterminados los respectivos campos de acción de los partidos y de los sindicatos. La experiencia francesa nos muestra cómo en ciertas circunstancias, después de diez años en los que la ruptura entre la clase obrera y el régimen no había hecho otra cosa que agravarse, el sindicato no podía dejar de asumir como dato real, sindical y político a la vez, la voluntad de derribar al régimen, es decir que en términos sindicales significaba el rechazo a tratar con el gobierno, al menos hasta que se hubiese demostrado la imposibilidad de satisfacer esta exigencia, presente aunque confusamente en el movimiento, por la incapacidad de los partidos para realizar una alternativa.

El otro aspecto del problema no es menos serio y concierne también él a todo el sindicalismo de Europa occidental. Una vez abiertas las tratativas con el gobierno Pompidou o, supongamos, con un gobierno guiado por Mendés-France o con un gobierno democrático popular con la participación de los comunistas, y diremos tanto más en estos dos últimos casos, ¿era posible mantener el viejo esquema reivindicativo basado sustancialmente en el aumento del poder adquisitivo? Y entonces, ¿a quién correspondía la lucha para una transformación de las relaciones en el interior de la empresa, para dar nuevas libertades sindicales que significaran nuevos poderes a los trabajadores en relación a la empresa, que se tradujeran en el control colectivo no sólo sobre el precio de venta de la fuerza de trabajo. sino también sobre las formas de su erogación? Si consideramos lo dicho en las páginas precedentes se puede extraer la conclusión de que los sindicatos estaban habituados a pensar en términos de movilización por objetivos más o menos tradicionales, mientras que se dedicaba poca atención a los temas del poder de los trabajadores. Esta temática ha estado ciertamente presente en Italia. Pero si se puede afirmar que una parte del sindicalismo italiano ha

comprendido la importancia del poder del sindicato en el lugar de trabajo —como poder de autogestión de la fuerza de trabajo y *no* como mistificada reforma de la empresa— no podemos por cierto decir que hemos individualizado las soluciones y que hemos aprehendido los nexos existentes, y que en ciertas ocasiones se manifiestan con toda su fuerza, entre poder en la empresa y poder en la sociedad.

La cuestión es importante porque Francia parece demostrar a todo el movimiento sindical de los países capitalistas cómo las dificultades con las que se enfrenta el sindicato no consisten sólo en promover un movimiento con vista a ciertos objetivos, sino también en individualizar aquellos objetivos que en cada momento se revelan como indispensables para un movimiento que, en determinadas circunstancias, crece y se agiganta. Si esta relación objetivos-movimiento es descuidada, si los primeros están atrasados respecto del segundo, el vínculo entre trabajadores y sindicatos se destruye, o se revela destruído, y el movimiento mismo está condenado a la derrota. La relación trabajadores-sindicato, la única tabla de salvación contra la integración de este último en el sistema, no se define de una vez para siempre, sino que es construída y reconstruída en cada momento en la congruencia entre movimiento y objetivos. Esta es también una enseñanza que nos viene de Francia y que es plenamente válida también entre nosotros. Debemos darnos cuenta que dar una respuesta a todo esto significa también encontrar un eslabón importante de una estrategia para el socialismo.

Gilles Martinet

1905 en Francia

La noche del 24 de mayo, un periodista preguntaba irónicamente a uno de los principales animadores del movimiento estudiantil "si no creía estar en octubre de 1917". La respuesta fue la siguiente: "Realmente estamos tan sólo en 1905".

No sonriamos ante esta respuesta. Todas las revoluciones han sido realizadas por jóvenes y todas han necesitado un pasado. Los hombres de 1793 evocaban continuamente los ejemplos de la antigüedad; sin embargo, la semejanza de la Francia de aquel entonces con la república romana no era mayor que la de la Francia actual con la Rusia de los zares.

1905 representa una situación que ya es revolucionaria pero que todavía no posee todas las condiciones para el logro de un éxito decisivo. El régimen por derrocar no ha agotado aún todos sus recursos y las fuerzas que podrían derribarlo no están todavía suficientemente preparadas para llevar a cabo su tarea. Se asiste entonces a una especie de "prueba general". En este sentido, el paralelo con 1905 es absolutamente pertinente.

La crisis que sacudió a Francia durante el mes de mayo cuestiona, al mismo tiempo, la organización económica de una sociedad industrial desarrollada, el sistema educativo que dicha sociedad ha recibido ya confeccionado y el régimen político que se ha dejado imponer. De ahí el carácter complejo de la crisis y la multiplicidad de sus aspectos. Se observan la desocupación y la inseguridad en el trabajo, los salarios mensuales inferiores a 500 francos, las malas condiciones de trabajo, el aspecto arcaico de las "gestiones de las empresas", el aumento prodigioso del número de estudiantes, la crisis

del sistema educativo, la masa de los fracasos universitarios, la creación de una sub-inteligencia, la sobrevivencia del "mandarinato" en el campo de la docencia y de la medicina, la insolencia de la tecnocracia golista, el rechazo del diálogo y la explotación abusiva de los medios de información. Todos estos fenómenos originan diversas reacciones frecuentemente contradictorias.

A pesar de ello existe un elemento común que se encuentra en todos los momentos y en todos los niveles de la lucha: el rechazo de los sistemas tradicionales de imposición, gestión y administración y, ligada a este rechazo, la aspiración más o menos clara o más o menos confusa en otros casos, que alienta todo individuo, de ser parte activa en la organización de su trabajo y en la determinación de su porvenir. El movimiento de mayo está dirigido contra el absolutismo patronal, el autoritarismo del Estado y, por supuesto, contra el feudalismo universitario. Es cierto que resulta difícil incluir en el mismo plano todos estos fenómenos, pero el movimiento, o por lo menos los jóvenes que lo animaban, demostraron cierta tendencia a confundirlos. Ello explica por qué el ejemplo de los estudiantes resultó tan contagioso y por qué los acontecimientos asumieron una forma revolucionaria.

La legalidad se deja rápidamente de lado y durante muchas semanas el gobierno será incapaz de restablecerla. Las manifestaciones se llevan a cabo sin autorización. Los edificios públicos son entregados a los estudiantes. Se alzan barricadas en las calles de París. Las huelgas se desencadenan sin preaviso. Millares de empresas son ocupadas por los obreros. En la mitad de los departamentos los prefectos, aislados en sus residencias, pierden el control. En París, los ministros conducen individualmente los negocios: uno abandona sin discutir lo que otro rechaza con obstinación.

Así, llega el día en que el movimiento se ha extendido y el gobierno se halla paralizado de tal modo que, para millones de franceses, el derrocamiento del régimen es ya solamente una cuestión de horas. Ese día es el miércoles 29 de mayo de 1968.

De haber existido un mínimo proyecto de insurrección, ese miércoles hubiera sido precisamente el momento en que el

poder hubiese debido cambiar de mano. Pero en realidad, no existía ni un proyecto ni una verdadera posibilidad de insurrección. El problema del poder se planteaba de distinto modo.

Tres episodios dominaron la jornada del 29. Resulta útil examinarlos detalladamente porque constituyen una explicación de toda la crisis de mayo.

La inseguridad golista

Primer episodio: de Gaulle anula la reunión del Consejo de ministros que debía realizarse por la mañana y parte de improviso con destino desconocido. El gesto representa un recurso teatral y, al mismo tiempo, una inseguridad, por no decir un cierto temor.

La puesta en escena es de tipo militar. Está destinada a la oposición y no al ejército. De Gaulle sabe cómo comportarse respecto a los sentimientos de los oficiales. Ellos están dispuestos a cumplir las misiones llamadas de "tercera categoría" (protección de los edificios públicos, control de los centros vitales, etc.); no están decididos a intervenir contra los manifestantes y los huelguistas. El ejército no quiere asumir más una función política. Hasta que no sea constreñido a hacer uso de las armas obedecerá al poder legal: a de Gaulle si permanece, y si de Gaulle se va, a Monnerville.

El general no tiene necesidad de trasladarse a Baden-Baden para aprender todo esto. Pero no ignora que, haciéndolo, suscita preocupaciones en el terreno de la oposición. Sospecharán que ha firmado un acuerdo con los jefes militares; es lo que quiere. El colmo es que, algunos días después, la izquierda creerá conocer el contenido de tal acuerdo. ¿No han sido puestos en libertad Salan y Godard? ¿Bidault no ha regresado a Francia? Ahora parece seguro que nada de esto se trató en Baden-Baden; los generales, con excepción de Massu, no estaban realmente preocupados por la suerte de los ex-jefes de la OAS. La operación Salan fue esencialmente electoral (recuperar los votos de la extrema derecha) y no fue decidida el 29 de mayo.

Por el contrario, el 29 de mayo de Gaulle experimentaba la

necesidad de intimidar a los comunistas. En efecto, su comportamiento lo preocupaba desde hacía dos días. Hasta el lunes 27 de mayo había tenido la máxima fe en su moderación y cordura. "Constituyen, decía a cuantos estaban cerca suyo, la única fuerza respetable en Francia". Había entendido qué querían los comunistas: la conclusión de acuerdos sociales comparables por su importancia a los acuerdos de Matignon de 1936. Estaba decidido a aceptar no por bondad, sino porque según él, no existían otros medios para poner término al movimiento más poderoso de huelgas que el país había conocido.

Las instrucciones que recibió Pompidou hicieron posible, luego de cuarenta y ocho horas de negociación, la redacción de un protocolo que establecía el aumento garantido del 35 % de salario mínimo interprofesional, un aumento del 7 % sobre todos los salarios a partir del 1º de junio y del 10 % a partir del 1º de octubre, la recuperación de las jornadas de huelga con la entrega inmediata de un anticipo del 50 %, la promesa por parte del gobierno de reiniciar, apenas fuese posible, la discusión sobre la previsión social y de presentar un proyecto de ley conteniendo una reglamentación del derecho sindical.

De Gaulle y los miembros del gobierno estaban convencidos que la CGT, cuyos delegados condujeron prácticamente las discusiones, habían convencido a los trabajadores a aceptar aquel proyecto de acuerdo. Grande fue su sorpresa cuando, en las primeras horas de la tarde del 27 (el protocolo había sido aprobado esa misma mañana a las 7,15 horas) tuvieron conocimiento que los obreros de la Renault, de la Citroen, de la Sud-Aviation, de la Berliet, de la Rhodiaceta, de la SNEGMA y poco después los de todas las fábricas ocupadas, se negaban a reanudar las tareas. ¿Era que los dirigentes comunistas de la CGT habían perdido el control del movimiento? ¿Qué harían entonces para retomarlo? se preguntaban con cierta preocupación tanto en el Elíseo como en el palacio Matignon.

El éxito de la manifestación convocada aquella misma tarde en el estadio de Charlety por la UNEF, obliga a los comunistas a actuar sin demora. Cincuenta o sesenta mil personas

participan en la demostración: estudiantes y profesores en su mayoría pero también un buen número de obreros. La CGT es atacada violentamente. André Barjonet, ex responsable de los servicios económicos de la organización, declara: "La situación en que nos encontramos es verdaderamente revolucionaria; hoy, todo es posible". Y Mendés-France se encuentra en la tribuna junto a los oradores.

En la mañana siguiente, 28 de mayo, se ejerce una nueva presión sobre el partido comunista. Esta vez proviene de François Mitterand que ofrece una conferencia de prensa en el hotel Continental. También él ha comprendido el significado de la manifestación de Charlety. Propone la constitución de un gobierno provisorio o gobierno de transición, cuya dirección podría ser confiada a Mendés-France (ya que Mitterrand continúa siendo candidato a la presidencia de la República). La Federación de Izquierda, que hasta ese momento se contentaba con aprobar todo lo que se había hecho, señala entonces el camino de la ilegalidad. Es cierto que Mitterrand tuvo la precaución de considerar la hipótesis del fracaso del referéndum, previsto entonces para el 16 de junio y, por lo tanto, la dimisión del general de Gaulle. Pero aún en este caso sería necesario violar la constitución para separar de su cargo a Pompidou e instaurar un nuevo poder antes de convocar a elecciones.

Los dirigentes comunistas no pueden quedarse atrás. Deben tomar la iniciativa. Por ello la CGT anuncia su intención de organizar una gran manifestación popular para el miércoles 29 de mayo.

El juego comunista

Llegamos al segundo episodio de la jornada, ese episodio temido por de Gaulle y Pompidou. De hecho, no caben dudas que cientos de miles de personas participarán en la manifestación. Si los habitantes de Charlety se unen a la marcha ésta puede tomar un cariz imprevisible. La estación St. Lazare, lugar en que debía producirse el desplazamiento está sólo a mil ochocientos metros del Elíseo; los manifestantes pueden abrigar la intención de llegar hasta allí. Por primera vez desde

el comienzo de los acontecimientos, la policía será quizás obligada a abrir fuego. Esta hipótesis no asusta a Pompidou que está dispuesto a todo para permanecer en el poder. Pero de Gaulle vacila. Tiene setenta y siete años y el pensamiento fijo en la imagen histórica que el mundo conservará de él; no quiere terminar su carrera bañado en sangre.

Por lo tanto es mejor que de Gaulle no esté en el Elíseo el 29. Pero, por otra parte, es necesario que los organizadores de la manifestación sepan que el gobierno, si es preciso, está decidido a recurrir al ejército. Voceros fidedignos hacen saber a los principales líderes de la izquierda que en torno a París se efectúan concentraciones de tropas. Para respaldar esta información, el gobierno ha ordenado a las unidades de medios blindados de Saint Germain y Rambouillet, que en ese momento efectuaban maniobras en los campos de Mailly y Sissone, volver a sus respectivos cuarteles siguiendo los itinerarios más largos y visibles.

Los dirigentes comunistas, sin embargo, no necesitan de estas advertencias para atenerse a la línea de acción establecida desde el comienzo del movimiento, según la cual se excluye cualquier episodio insurreccional. No creen en el carácter revolucionario de la crisis: ven especialmente los aspectos reivindicativos y creen que todo puede concluir con una "gran victoria obrera" que sea un preludio al futuro ascenso electoral del partido.

El movimiento estudiantil los tomó desprevenidos. Su primera reacción fue la de denunciarlo. Apenas han comenzado a aflojar su posición ("Decimos sin reticencia, escribe Garaudy en *L'Humanité* del 15 de mayo, que este brusco cambio es un signo positivo"), cuando el comienzo de la agitación en las fábricas los pone nuevamente en guardia. Esta agitación se localiza especialmente en las regiones occidentales del país y es provocada por jóvenes obreros que desde hace un tiempo impugnan la política, demasiado prudente según ellos, de la CGT. Los jóvenes que organizan la huelga en la fábrica de la Sud Aviation en Bouguenais y en la Renault de Cléon parecen hermanos de los que en enero y febrero se enfrentaron violentamente con los CRS en Caen y Le Mans.

Es innegable que los sucesos del Barrio latino funcionaron a modo de "detonante", pero también es cierto que la explosión no se hubiera producido si el ambiente no hubiese sido tan receptivo. Los jóvenes que al salir de las escuelas profesionales no encuentran un puesto adecuado a su calificación, que están sometidos a normas disciplinarias superadas y amenazados por la desocupación, pueden sentirse tentados a eludir sus problemas, pero también pueden ser empujados a la acción. En las regiones en que la izquierda es relativamente débil pero en las que, desde hace un tiempo, se entrecruzan las influencias anarco-sindicalistas, trostkistas y revolucionarias cristianas, se forma una minoría pronta a desencadenar desórdenes.

Es justamente esto lo que preocupa a los responsables de la CGT, quienes reaccionan como era lógico suponer: para recuperar el control del movimiento, todavía esporádico, le otorgan alcance nacional y establecen alrededor de las fábricas un verdadero "cordón sanitario" destinado a evitar el contagio del izquierdismo estudiantil.

Cuando el sábado 25 de mayo comienza en la rue de Grenelle el enfrentamiento decisivo entre los sindicatos, la patronal y el gobierno, los dirigentes comunistas creen tener nuevamente la situación en sus manos. Los acuerdos suscriptos no los satisfacen plenamente, pero al menos representan éxito indiscutible a sus ojos, y es cierto que, desde 1936, los sindicatos no habían obtenido jamás un resultado semejante.

Los sondeos efectuados el día domingo por la CGT en un cierto número de empresas, ponen de manifiesto una temperatura elevada. Los dirigentes de las grandes centrales se reaniman: habían temido que el movimiento cediera a comienzos de la semana y que el gobierno y la patronal se sintiesen entonces tentados a prolongar las negociaciones. Es claro que no comprenden que esta situación puede llevar a los trabajadores a rechazar un acuerdo que responde sólo muy parcialmente a sus esperanzas. De haberlo comprendido no hubieran aprobado el protocolo y no hubiesen pedido a los huelguistas la ratificación del mismo.

Sin embargo, la lección de esta dura desaprobación, no tiene por objeto los fines sociales del movimiento tanto como

las consignas políticas que es oportuno formular en tal momento. Los dirigentes de la CGT no han creído jamás en las "reivindicaciones cualitativas" de las cuales hablan la CFDT, los estudiantes, el PSU y algunos círculos de la Federación. Estando ligados al sector más tradicional y ciertamente más viejo de la clase obrera, no están capacitados para comprender los movimientos que impulsan los jóvenes y los "nuevos estratos" de trabajadores. La autogestión es para ellos una fórmula carente de sentido, el control obrero un señuelo para palomas y la participación una forma de integración al "capitalismo monopolista de Estado". Por lo tanto, la CGT tratará de mejorar, mediante nuevas negociaciones, las ventajas "cuantitativas" ya obtenidas. Para ellos es esencial que, cualquiera sea el desenlace político de la crisis, los trabajadores no tengan la sensación de haber luchado en vano. Luego de establecer esto, reconocen la existencia de otros problemas a los cuales, sin embargo, consideran de competencia del partido. Este debe aprovechar los acontecimientos para conducir a la Federación a retomar la discusión del programa común y para dar lugar, junto con los comunistas, a una gran campaña en favor de un "gobierno popular y de unión democrática". Es lo que Waldeck-Rochet propone en una carta dirigida a Mitterrand el 27 de mayo.

¿Pero de qué modo puede favorecerse el ascenso al poder del "gobierno popular"? La posición del partido comunista no se presta a equívocos: dando, dice el partido, "pleno significado a las consignas de disolución de la Asamblea Nacional y nuevas elecciones". La única vía considerada es, justamente, la vía del parlamentarismo.

La manifestación que el gobierno había temido comienza a las 15 horas y terminas a las 20. Es poderosa, disciplinada, alegre. La muchedumbre grita a voz de cuello: "Que renuncie de Gaulle" y "gobierno popular", pero se disuelve sin dificultad. Algunos miles de estudiantes participan en la marcha; la mayor parte de los manifestantes de Charlety está ausente.

Este es el resultado de una sorprendente decisión de la UNEF. Había tratado de arrastrar a la CGT a nuevas manifestaciones populares y lo consiguió; había intentado obligar-

la a tener en cuenta nuevamente al movimiento estudiantil y los representantes de la CGT pidieron oficialmente a la UNEF su participación en la demostración del 29. Pero la invitación, que hubiese tenido que satisfacer a la UNEF, fue declinada. El pretexto aducido –la CGT aún no había tomado posición alguna contra la expulsión de Cohn-Bendit– resulta fútil si se piensa en la importancia de la jornada y en el papel que hubiesen podido cumplir los jóvenes que representan la "punta de lanza" del movimiento. Por solidaridad con los estudiantes, la CFDT y la Federación de la instrucción nacional se niegan, a su vez, a tomar parte en la manifestación que, por consiguiente, estará totalmente controlada por el servicio de orden comunista.

La postura de la UNEF puede explicarse de dos maneras. Primeramente, considerando el carácter apasionado de las polémicas que, durante tres semanas, enfrentan a los comunistas con los grupos revolucionarios de la universidad, y en segundo lugar, recordando el descontento que provoca la perspectiva de un gobierno con Mendés-France entre los estudiantes del PSU quienes, como es sabido, constituyen la mayoría dentro del cuerpo directivo de la UNEF. A la consigna "gobierno popular", los estudiantes no quieren oponer otra: "gobierno provisorio". Temen que, debido a tal fórmula, los hombres de la izquierda tradicional recuperen un puesto que el movimiento les había hecho perder.

El episodio del "gobierno de transición"

En el mismo momento en que la marcha de la CGT recorre las calles de París, Mendés-France y los líderes de la Federación se reúnen en la casa del diputado Georges Dayan, en la rue de Rivoli. Es el tercer episodio de la jornada.

La idea del "gobierno de transición", que constituye el eje de su discusión, no es nueva. Ya había sido lanzada en septiembre de 1961 durante el drama de Argelia. Partiendo de la hipótesis que el general de Gaulle no consiguiese superar la resistencia de la OAS y poner fin a la guerra, Mendés-France consideraba que la oposición debía declararse dispuesta a formar un "gobierno de transición". La misión

de tal gobierno hubiera sido la de restablecer la paz, restaurar la libertad y convocar a nuevas elecciones.

Mendés-France nunca había respondido claramente a la pregunta "cómo piensa llegar al poder". En realidad, ya desde 1958 pensaba que el gobierno no podría evadirse de la maldición que, desde la monarquía de julio al gobierno de Vichy, pasando por el Segundo Imperio, había afectado a todos los regímenes autoritarios franceses. "Este tipo de régimen, le agradaba repetir, no puede tener un fin pacífico. No se logrará la tranquilidad después de las elecciones normales. No sé cómo se desencadenará la crisis final: en ocasión de una tensión internacional, de una serie de huelgas o de una insurrección popular, pero sé que se producirá una crisis y que es necesario estar listos para afrontarla. No existirá, entonces, una solución diferente a la de 1848, de 1871 y de 1944: será necesario constituir un gobierno provisorio. Prefiero llamarlo gobierno de transición". No era el Mendés-France técnico, el Mendés-France estadista, al expresarse de ese modo, sino el Mendés-France "viejo republino", personaje que la mayoría del público no sabía ver, pero que necesitaba conocer para entender su rechazo de 1958 y luego su adhesión al PSU.

La iniciativa de 1961 no tuvo éxito. La ocasión había sido mal elegida: en el momento en que Mendés-France formulaba su proposición, de Gaulle efectuaba su cambio de política respecto a la cuestión de Argelia. Sin embargo la idea no fue abandonada por completo. En 1965 el PSU la retoma en su programa y la vuelve a proponer, además de retomarla, a propósito de las elecciones de 1967.

La crisis de mayo la convierte nuevamente en una idea de actualidad. Así como diez años antes la insurrección argelina había sido sofocada con la consigna "gobierno de unión nacional" transformada rápidamente en "de Gaulle al poder", así el movimiento de mayo conducía a la perspectiva de un "gobierno provisorio" presidido por Mendés-France.

Un mes antes sólo se podía hablar de un gobierno PC-FGDS, pero tal fórmula cambiaba ahora totalmente de significado. Antes de los acontecimientos de mayo, la Federación

de la izquierda pudo pretender la dirección de un gobierno semejante. Luego de esos acontecimientos cualquiera puede comprender que la Federación no tenía la solidez necesaria para asumir tal dirección. Sus líderes se mostraban llenos de buena voluntad, es cierto, no habían hecho nada de malo, salvo algún discurso mediocre en la Asamblea Nacional. Simplemente habían olvidado determinar una política y tomar la iniciativa. Entre el centro de decisiones formado por el partido comunista y por la CGT, y el polo de agitación constituído por el movimiento estudiantil, el PSU y una parte de la CGDT, la Federación no tenía ninguna relevancia. Para la opinión pública, un gobierno PC-FGDS se convertía automáticamente en un gobierno de predominio comunista. Pero, en el país, no existía una mayoría que permitiese aceptar un gobierno semejante.

Esta es la situación que coloca en primera línea a Mendés France. Es considerado un hombre enérgico, capaz de enjuiciar a los enemigos, pero también de imponerse a los aliados. Se lo considera uno de los más importantes expertos franceses en el campo económico. Y finalmente pertenece al PSU, es decir, al partido que se halla ligado a la avanzada del movimiento. A partir del 19 de mayo, la minoría del partido unida en la asociación "Poder socialista", lanza públicamente la idea de formación de un gobierno de transición "según el procedimiento propuesto hace algunos años por Mendés-France".

Es obvio que la operación tiene un amplio margen de ambigüedad. El régimen continúa debilitándose y pronto se verá a una parte del centro y a algunos sectores patronales volverse hacia Mendés-France. Dentro de la FGDS son los radicales quienes piden que se inicien los contactos. En *Le Monde*, la primera "tribuna libre" que llamará a Mendés-France al poder, aparece la firma de Fabre-Luce. Esto explica la desconfianza de los comunistas y de los estudiantes revolucionarios.

Existe un modo de eliminar esta ambigüedad: consiste en precisar el programa y la composición del eventual gobierno provisorio, y en discutir con Mendés-France en persona. Y, en efecto, en la semana que va del 20 al 26 de mayo se establecen los contactos. La tarde del 26 se reúnen en la casa

de un médico de París los miembros de la dirección nacional del PSU, un cierto número de sindicalistas, el vicepresidente de la UNEF Jacques Sauvageot, Pierre Mendés-France y el autor del presente artículo. Estamos en vísperas de la manifestación en el estadio Charlety, a setenta y dos horas de la jornada decisiva del 29 de mayo. Es el momento de tomar las decisiones.

Las contradicciones del PSU

La discusión es amistosa, pero de inmediato se ponen en evidencia divergencias profundas, difícilmente superables. Una parte, probablemente la mayoría, de quienes están reunidos esa tarde ven los acontecimientos a través del prisma del Barrio latino. Se asiste a una revolución, dicen, no es necesario desviarla hacia soluciones políticas tradicionales. Para referir fielmente su estado de ánimo, demos la palabra a Jacques Sauvageot, que en el libro colectivo *La révolte étudiante*[1] ha retomado las consideraciones esbozadas por él la noche entre el 26 y el 27 de mayo.

> La población, dice, es víctima de una cierta angustia. En este momento quiere considerar con claridad problemas simples. Se le proponen paliativos, tales como Mitterand o Mendés-France y se pregunta cuál será más eficaz. Pero lo grave es que la población se organiza a nivel de empresa, ciudadano, universitario (...). La población y los trabajadores necesitan seguridad. Entonces, es necesario proponerles no otro gobierno sino un poder eficaz de los trabajadores en las empresas. Deben decidir ellos. Todavía no están totalmente organizados, pero cuando lo estén el problema estará resuelto. Mirad los comités de acción de los barrios, en los que se discute, se organiza (...). No se habla más de "soviet", porque es una palabra pasada de moda; pero en la práctica se trata justamente de eso, con la autogestión de los comités.

A la mayor parte de los sindicalistas que asisten a la reunión este lenguaje les parece irreal. La situación en las fábri-

1 *La révolte étudiante. Les animateurs.* Ed. du Seuil, París 1968.

cas, dicen, es muy distinta de la que existe en la universidad. Es cierto que se han efectuado reivindicaciones de poder, pero en un nivel todavía elemental, y los comités de los que habla Sauvageot son prácticamente desconocidos. La necesidad de encontrar una solución política a la crisis se hace sentir en ese momento, no es necesario dejar gangrenar la situación. Michel Rocard trata de centrar la discusión sobre la cuestión del gobierno provisorio y, por una vez, "remamos" en la misma dirección. No debemos permitir que el movimiento caiga en un *impasse*: es menester abrir una brecha, hacer posible una transición. Lo que importa, si se pretende consolidar y desarrollar las posiciones de poder ya conquistadas, es que la iniciativa parta del movimiento mismo y no del tradicional estado mayor. Pero es claro que será necesario asegurarse el apoyo de la Federación y, obtenido este, el apoyo del partido comunista (que no adherirá a esta solución si antes no se consigue la aprobación de toda la izquierda no comunista).

Pierre Mendés-France hace sólo una breve exposición. Se halla evidentemente desalentado por el tono de ciertos participantes: se limita a decir que el gobierno provisorio debe ser un gobierno integrado por toda la izquierda. No hace referencia a la solicitud de encuentro que le dirigieran los federados. La reunión se disuelve sin haberse tomado decisión alguna.

Al día siguiente circulan diversos documentos. El más interesante es el dirigido por Michel Rocard a un cierto número de personalidades, entre ellas André Jeanson, presidente de la CFDT, Robert Buron, Jacques Monod, Maurice Duverger, André Barjonet, etc... No se trata de una apelación a Mendés-France —fórmula juzgada demasiado golista— sino de una extensa declaración que debía haber sido firmada por Mendés-France y por un centenar de otros personajes. Es el último recurso puesto en práctica por el PSU para conciliar las viejas y las nuevas tendencias, el contraplan y los soviets, Mendés-France y Cohn-Bendit. Pero los platillos de la balanza ya no están en equilibrio. Se limita a decir que será necesario tomar "medidas conservadoras en el plano monetario y financiero", pero sin precisar cuáles. En compensación, se

insiste acerca de las funciones de los comités populares que deben ser capaces de "restablecer el movimiento de la economía y de la vida pública, sustituyendo a las instituciones oficiales paralizadas e inseguras".

Este documento no será discutido. Ni Mendés-France ni la CFDT desean entrar en conflicto con la dirección del PSU, pero consideran que su ala izquierda le lleva demasiado lejos. Por otra parte, la declaración formulada por Mitterrand durante la mañana del 28, modifica los datos del problema. El presidente de la Federación, quien no ignora que su popularidad personal está en baja, ha abierto una brecha. Mendés France no puede desconocer el gesto y de este modo el día 29 se produce el encuentro.

El serio problema tratado durante este encuentro, es, naturalmente, la postura de los comunistas. Ellos no comparten la fórmula del gobierno de transición y son hostiles a Mendés France como presidente. ¿Será posible superar tal resistencia? Los federados no pueden garantizarlo; sin embargo estiman que el apoyo prestado por ellos a la operación, como el que se propone dar la CFDT y el reagrupamiento de los jóvenes agricultores, hará reflexionar a los comunistas. Por lo tanto es necesario comenzar a manifestar tal solidaridad.

Tal es el sentido de la declaración pública que hará Mendés France. Esta se refiere a la "extensa conversación de trabajo" mantenida con los dirigentes de la FGDS. "Hemos examinado, dice, todas las hipótesis constatando, sin sorpresa, que cualesquiera sean los acontecimientos de los próximos días, nuestra respuesta conduce *siempre* a la creación de un gobierno de transición (...) Todos nosotros hemos comprendido que este gobierno de transición debe encontrar, a través de la crisis actual, una vía coherente para garantizar las necesarias reformas de estructura. Pero este gobierno no tendría ningún sentido si no obtuviese la confianza de todos los que han manifestado su oposición al régimen, y es evidente que las fuerzas vivas de la nación deben encontrarse unidas para reconstruir mañana, como ha dicho Mitterrand, sin excepciones y sin limitaciones".

De este modo, la declaración se encuentra bajo el signo de un cercamiento entre la Federación y Mendés France. Se pre-

vén nuevos encuentros del resto de las facciones "para lograr un completo acuerdo". Los dirigentes del PSU que asisten como testigos mudos a la lectura de esta declaración, no disimulan la desilusión y el descontento que experimentan. Su partido no ha sido ni siquiera mencionado y no se ha recordado la manifestación de Charlety. La solución propuesta, si bien extraparlamentaria y anticonstitucional, parece estar inspirada más por una preocupación de legitimidad republicana (opuesta a la legitimidad golista) que por una voluntad revolucionaria. El estilo que reviste la efímera reconciliación Mendés France-Mitterrand, acelerará la ruptura entre Mendés France y el ala avanzada del "movimiento", del cual el PSU hace suyas las tesis de manera más completa.

¿Era posible el poder?

Durante toda la jornada del 29 de mayo la izquierda reclamó el poder pero lo hizo aisladamente y sin ligar esta reivindicación a la preparación de una acción decisiva. El gobierno superó un momento pleno de dificultades; helo aquí, tranquilizado. Una noche y una mañana más de expectativa y se desencadenará la contraofensiva.

Millares de militantes, millares de izquierdistas consideran que nuevamente se ha perdido una ocasión histórica. "Teníamos el poder al alcance de las manos y no lo hemos tomado". Pero, ¿realmente se podía tomar el poder? Es evidente que se impone reflexionar sobre una pregunta de este tipo.

Al respecto, pueden darse dos respuestas. La primera es una respuesta realista, que tiene en cuenta lo que los marxistas llaman los factores subjetivos de una situación. La segunda es hipotética y se basa sobre datos objetivos de esa misma situación.

El 29 de mayo, por encima de lo que sucedió los demás días, la decisión dependía del partido comunista y de la CGT. Pues bien, ¿es posible imaginar que estas dos organizaciones procedieran de modo distinto al que lo hicieron? Es difícil imaginar a Waldeck Rochet y Georges Séguy dirigir a las manifestaciones hacia el Elíseo y asumir de improviso el riesgo de un enfrentamiento cuidadosamente evitado hasta ese mo-

mento. Ni Mendés-France, ni Mitterrand, ni Mollet inducían a hacerlo. En cuanto a los líderes del movimiento estudiantil, creían tan poco en la posibilidad de arrastrar al partido comunista por este camino, que la mayor parte se abstiene de participar en la manifestación.

Desde el comienzo de los acontecimientos, los animadores del ala avanzada del "movimiento" estaban persuadidos que la política del partido comunista hacía imposible un triunfo revolucionario. Por ello trataron, antes que nada, de conducir las acciones "ejemplares" y provocar una "toma de conciencia" en el mayor número posible de estudiantes y trabajadores. No se preocuparon por los resultados inmediatos; vivían en 1905, es decir, el momento de la "prueba general" de la revolución, no de la revolución misma, y pensaban solamente en lo que sucedería tres meses... o tres años más tarde. Este es el comportamiento que asumirá durante muchos días la dirección del PSU y que, en efecto, será el adoptado por ella después del 29 de mayo.

Pero suponiendo que la organización de la izquierda francesa hubiese sido distinta, que hubiese contado con otros dirigentes y hubiese seguido otra política, ¿qué hubiese ocurrido? Llegamos así a la respuesta hipotética, la cual nos conduce a examinar los datos de una estrategia que hubiera permitido a la izquierda tomar el poder sin recurrir para ello a una operación de insurrección. Hipotética en la medida que ninguno de los integrantes de la izquierda estaba en condiciones de considerar una operación de este tipo.

Un *putsch* militar se puede improvisar. Una insurrección popular requiere una larga preparación. En tal preparación, los factores técnicos (organización de los grupos llamados de autodefensa, armamento de los mismos, etc...) son, a largo plazo, los menos importantes; los esenciales son los factores políticos, y entre estos últimos, la neutralización y la conquista de una parte de las fuerzas enemigas son factores determinantes. "Los nueve décimos del trabajo militante del partido, escribía Trotsky a propósito de la preparación de una insurrección, consisten en disgregar al ejército enemigo, en minarlo desde su interior; sólo una décima parte consiste en reunir las fuerzas revolucionarias". Basta recordar, a la luz de esta

cita, las preocupaciones que hasta entonces había tenido la izquierda, toda la izquierda francesa, para medir el abismo que la separaba de la idea de insurrección.

En su gran mayoría, los oficiales que comandaban las unidades reagrupadas en divisiones, esperaban no tener que intervenir en los acontecimientos, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a combatir en contra del gobierno y, en ninguna unidad, existía una organización de soldados listos a empujar a sus compañeros de armas a una acción ofensiva.

A pesar de esto, ciertos revolucionarios de mayo no estaban convencidos de la imposibilidad de apoderarse del poder por medio de la fuerza. Según ellos, las demostraciones callejeras podían ser suficientes para obtener un resultado decisivo. Se les oía decir: "Si el 13 de mayo, fecha de la primera manifestación importante, o el 29 de mayo, fecha de la última manifestación, algunos cientos de miles de personas hubiesen marchado sobre los principales ministerios, la policía hubiera estado descolocada y no hubiera osado disparar. No se trataba de tomar las armas, sino tan sólo de demostrar una mayor decisión y energía". Consideraciones de este tipo son solamente infantilismos.

En el camino de la violencia hay un punto que no puede superarse sin grandísimos riesgos. Y estos riesgos no pueden correrse sino luego de una preparación metódica, política, técnica y militar de la insurrección. Esta preparación no implica que se llegue automáticamente a un enfrentamiento armado. Puede, por el contrario, constituir una simple disuación. Pero si el gobierno sabe que sus adversarios no poseen los medios suficientes para afrontar la situación que tratan de determinar, los castigará duramente.

Es cierto que no por ello los manifestantes están obligados a huir ante las cargas de la policía y que su combatividad puede modificar una situación política: el ejemplo de los campesinos bretones era ya bastante significativo, el de los estudiantes de París lo fue todavía más. Una parte de la juventud obrera que no creía más en la eficacia de las "jornadas nacionales" de huelga y de las grandes marchas pacíficas fue empujada y alentada por la acción de los estudiantes y por los resultados de esta acción, es decir, por la victori-

ocupación de la universidad. El partido comunista se desacreditó al hablar, a propósito de ello, de "provocaciones" y "espíritu aventurero". Pero la noche entre el 24 y el 25 de mayo (manifestación de la estación de Lyon y segunda noche de barricadas), los estudiantes de París pudieron reconocer los límites de un enfrentamiento de ese tipo. Existen objetivos que no se pueden alcanzar tan sólo con el coraje y con los adoquines de las calles. Privada de un objetivo aparente como estaba, pero no carente de peligro, su acción comenzó a tornarse impopular. Porque una regla importante en materia de luchas civiles es que cualquier acción ofensiva debe aparecer a los ojos de la población (que por lo demás es siempre hostil a la violencia) como una acción defensiva.

La vanguardia estudiantil estaba animada por un espíritu terriblemente ofensivo, pero no hubiese logrado desencadenar un movimiento de tanto alcance si la policía no hubiese penetrado en la Sorbona, si las facultades no hubiesen sido ocupadas, si los grupos estudiantiles no hubiesen sido atacados con tal brutalidad. Incluso la primera noche de barricadas fue considerada una acción defensiva. Por otra parte, el gobierno comprendió perfectamente la lección de los hechos. A partir del 13 de mayo deja de tomar la iniciativa en las acciones callejeras. No reacciona frente a la ocupación de las fábricas, no trata de reconquistar las facultades ocupadas ni el teatro Odeón. Espera que la corriente revolucionaria se agote o que la mayoría de la población se aliene con manifestaciones que aparecerán entonces como meras aventuras. Seguidamente colocará toda su campaña electoral bajo el signo del "rechazo" de la violencia, de la "resistencia" a las empresas revolucionarias, de la "defensa" de la república.

Esto significa que bien pronto la lucha se transfirió a otro terreno. Debido a que los huelguistas tenían en sus manos la parte esencial de los servicios públicos y la mayor parte de las fábricas, era necesario que se preparasen a hacerlas funcionar sin el gobierno y sin la patronal. Es cierto que esto comportaba inmensas dificultades y que el objetivo podía lograrse sólo limitadamente. Pero era suficiente que cualquier sector se pusiese en marcha para obligar al gobierno a reaccionar con brutalidad (y por lo tanto a aparecer nuevamente

n posición de ataque) o bien a efectuar otra retirada.

Durante esta fase de tensiones, era necesario presentar siempre al país una solución política y pacífica, y tal solución no podía ser otra que la constitución de un gobierno provisorio encargado de realizar las reformas más urgentes y de preparar las elecciones. El problema era solamente el siguiente: ¿bajo qué gobierno y con qué sistema se hubiese llevado a cabo? En circunstancias como ésta, la parte todavía indecisa del electorado no puede votar sino por el vencedor. ¿Cuántos de aquéllos que el 23 y el 30 de junio pusieron en las urnas una boleta golista hubieran reclamado, de haber cambiado el viento, medallas conmemorativas de la revolución?

En suma, es la estrategia de un 13 de mayo de 1958 al revés. Con la diferencia fundamental de que el móvil de la acción no es un ejército argelino listo para marchar sobre París, sino un movimiento de huelga que amenaza con transformarse en un movimiento de gestión y que, por lo tanto, bloquea las negociaciones.

Repetimos que es una estrategia hipotética, porque las fuerzas más potentes de la oposición —es decir del partido comunista y la CGT— no estaban dispuestas a ponerla en práctica; no una estrategia utópica, sin embargo, porque sus diversos elementos se manifestaron en el curso de la crisis y fueron formulados por varios sindicalistas y militantes políticos. ¿Hubiera conducido a la victoria? Pudo haber ocurrido, pero no era seguro.

Así como en 1958 la debilidad de los líderes de la IV república fue un elemento determinante de la victoria golista, del mismo modo la capacidad de resistencia del gobierno jugó un importante papel en la crisis de 1968. Tal capacidad de resistencia fue sacudida intermitentemente. Entre el 27 y el 29 de mayo un viento de pánico sopló en los ambientes gubernamentales. Pero ninguno de los representantes de la izquierda podía explotar la situación. La operación Mendés France había sido lanzada con demasiado atraso y en malas condiciones. Le faltaban la mayor parte de los elementos que hubiesen podido asegurarle el éxito: voluntad de los sindicatos de dar una nueva orientación a la huelga, apoyo del partido comunista y del ala avanzada del "movimiento". Pero

aún contando con todos esos elementos, restaba iniciar un "proceso" al cual, de un modo u otro, con una abdicación o un consentimiento, el general de Gaulle se hubiese presentado. Por lo tanto, todo dependía del cansancio o de la decisión del general y también, en grado no despreciable, de la tenacidad de su primer ministro.

Al examinar de este modo todos los elementos de la situación de mayo-junio de 1968, nos vemos obligados a pensar que las posibilidades de éxito de la izquierda, o con mayor exactitud del socialismo, eran escasos, y no como muchos juzgan aún hoy, considerables. Era necesario reunir demasiados "si" para tener éxito. Y, por lo tanto, hemos descripto tal éxito como una transición realista, "tranquilizadora" pero indiscutiblemente ambigua. Las soluciones propuestas por los comunistas (obtener una mayoría electoral de izquierda dejando sin embargo a Pompidou dueño del campo) y por los grupos extremistas (dar el poder a comités populares que habrían reunido apenas algunas decenas de miles de personas en toda Francia) eran simplemente absurdas.

Queda en pie el hecho que se ha manifestado un movimiento de carácter revolucionario en un país aparentemente dominado por las preocupaciones de la sociedad de consumo, en el cual sólo aparecían como viables políticas reformistas. ¿Ha sido ésta una formidable pero episódica crisis de crecimiento? ¿Un fenómeno aberrante que resulta de una coyuntura excepcional? ¿La última forma de retomar viejas ideas y viejos sueños de los cuales esta nación ha sido portadora durante tanto tiempo?

¿O ha sido, en cambio, la manifestación de un fenómeno histórico destinado a extenderse más allá de las fronteras francesas? ¿El comienzo de una revolución que, por primera vez en la historia, sería una síntesis de socialismo y libertad?

No existe hoy, en realidad, un estudio más apasionante que el del movimiento de mayo.

André Barjonet

El sindicalismo puesto a prueba

Falta poco tiempo para que se cumplan doscientos años desde que Siéyes, a comienzos de la gran Revolución francesa, formulara la famosa pregunta: "¿Qué es el Tercer Estado? Nada. ¿Qué es lo que quiere ser? Algo". Un siglo más tarde, la Internacional proclama: "Nosotros no somos nada, queremos ser todo".

Esta voluntad de "ser", es decir, de existir plenamente en cuanto persona humana libre y adulta, constituye la característica fundamental de la revolución de mayo de 1968 en Francia, revolución cuya derrota es sólo aparente y que señala el comienzo del siglo XXI.

El drama de las organizaciones sindicales francesas —y sobre todo de la CGT como así también de la FO— y de los partidos tradicionales de izquierda (PCF y FGDS) es no haber comprendido claramente este aspecto esencial del problema, atendiendo a las *reivindicaciones cuantitativas* allí donde existía, antes que nada, un rechazo *cualitativo*. En otras palabras y en términos filosóficos, los aparatos directivos tradicionales de los sindicatos y de la izquierda siempre han planteado exclusivamente y con prioridad el problema del "tener". mientras que, para las masas, surgía el problema del "ser" con una fuerza sin precedentes.

Entendámonos bien. Se trata aquí de una distinción filosófica, mientras que en la realidad concreta ambos problemas se hallan necesariamente ligados. Además es evidente que, dentro de un régimen capitalista, es imposible ser alguien sin antes poseer algo. En algunas páginas inolvidables de *El capital* Karl Marx ha puesto de manifiesto el increíble

poder del oro —es decir del tener por excelencia— que permite a quien lo posee no sólo adquirir lo que aún no tiene, sino también transformarse en lo que realmente no es.

En un campo más cotidiano, los marxistas y todos los socialistas saben, desde hace mucho tiempo, que es ilusorio hablar de libertad o de dignidad humana a quien muere de hambre, del mismo modo que es criminal hablar de cultura a quien no sabe leer.

Por este motivo no niego, de ningún modo, que las reivindicaciones económicas cuantitativas de la clase obrera y aún de los estudiantes hayan jugado un papel muy importante en las grandes luchas de mayo de 1968. Nadie puede negar que los estudiantes reclamaban un mayor número de facultades modernas y mejor equipadas, y también mayor cantidad de mejores profesores; nadie intenta negar la evidencia de los bajos salarios y el deseo de los obreros, empleados y funcionarios de obtener un aumento sensible en sus ingresos y, al mismo tiempo, de conseguir una reducción del número semanal de horas de trabajo (la más elevada del mundo capitalista). Desde este punto de vista, las organizaciones sindicales —y la CGT especialmente— tienen absoluta razón de conducir la lucha con el objeto de lograr esas reivindicaciones cuantitativas y concretas de la masa trabajadora.

Sin embargo es un *hecho* —un hecho real, histórico, indiscutible— que el movimiento de mayo comenzó y se desarrolló haciendo hincapié no sobre las reivindicaciones cuantitativas, *sino sobre una voluntad global de oposición*, que cuestionaba el conjunto de las instituciones y la sociedad misma. En lo que se refiere a los estudiantes, se trata de cosas muy evidentes y es inútil insistir sobre ellas. Todos saben hoy que los estudiantes franceses —como los de la mayoría de los países capitalistas y aún socialistas— cuestionan no sólo las estructuras generalmente anquilosadas de las Universidades y los métodos de enseñanza paternalistas y superados, sino también el contenido y los fines de tal enseñanza, y la naturaleza misma de la "cultura" que proporciona la Universidad.

Este es el sentido de algunas leyendas, aparentemente escandalosas, escritas sobre los muros de la vieja Sorbona, como por ejemplo: "destrucción de la Universidad".

Por el contrario, para quien considera a la clase obrera, los sucesos generalmente son menos conocidos y a menudo se cree todavía que la lucha de los trabajadores estuvo motivada únicamente por reivindicaciones económicas y cuantitativas.

Esto equivale a olvidar lo que sucedió en la primera fábrica ocupada: la Sud-Aviation de Nantes. A partir del 14 de mayo, los obreros de esta fábrica —luego de haber incomunicado al director en su oficina— escribieron sobre los muros del establecimiento: "Ayer esclavos. Hoy libres". Y aún más, que "un aumento masivo de los salarios sin el cambio de las estructuras económicas y políticas" significaría "un aumento del costo de la vida y el retorno a la miseria luego de algunos meses".

Bajo formas diversas, más o menos claras según las localidades y la estructura profesional, sucedió lo mismo en la mayoría de los grandes establecimientos. En todos lados, los trabajadores —y especialmente los jóvenes trabajadores— lanzaron la consigna de la "autogestión" (a menudo confundida por otra parte con la "cogestión") y del "poder obrero".

Naturalmente, es muy fácil ridiculizar estas consignas y ver en ellas sólo "fórmulas vacías", con el pretexto de que no podría existir un poder obrero en la empresa mientras se trate de una empresa capitalista.

Aún cuando a veces estas consignas hayan sido formuladas orpemente, revelaban la profunda y fundamental aspiración le millones de trabajadores a una vida no sólo mejor, sino liferente, a una vida más responsable.

A la luz de un análisis más cuidadoso, el argumento conorme el cual es absurdo hablar de "poder obrero" en un égimen capitalista resulta inspirado por la política del "todo i nada" más que por un análisis científico: quiérase o no, la mpresa capitalista de 1968 se parece muy poco a la de 1908 i aún a la de 1936. Conquistas como la de los delegados de ersonal, la de los comités de higiene y seguridad, la de los omités de establecimientos, la del derecho sindical, la de la asignación para educación, etc., hubieran sido inconcebibles no sólo para los patrones sino también para los mismos obreros del siglo pasado. No existe, por lo tanto, ninguna razón válida para no ir más allá dentro de este campo y para abste-

nerse de imponer, si no exactamente "el" poder obrero en la empresa, por lo menos "los" poderes obreros de cuestionamiento y control, que sin abolir el régimen capitalista constituirían, sin embargo, una etapa sumamente importante en el camino de la emancipación de los trabajadores. No existe, por ejemplo, ninguna razón válida (aún en un régimen capitalista) que obligue a los trabajadores a discutir solamente el aumento de los salarios sin discutir también el sistema de salarios, lo que les permitiría hacer oír su voz en la elaboración de una verdadera política de ingresos. No existe tampoco ninguna razón válida que obligue a los trabajadores a desconocer la naturaleza y fines de las nuevas inversiones de las empresas, lo que les permitiría hacer escuchar su voz en la elaboración de un plan económico, social y cultural cuyo contenido sería finalmente democrático.

Imponiendo estas nuevas conquistas, la clase obrera no estaría más "integrada" al régimen capitalista de lo que ha estado hasta ahora imponiendo la seguridad social, el seguro contra desocupación, la prolongación de la escolaridad o los acuerdos colectivos.

Por el contrario, es el viejo temor de que estas nuevas reformas hagan el juego al poder golista y le permitan proclamarse revolucionario proponiendo la "participación" como tercera posición entre el comunismo y el capitalismo. No es necesario engañarse: la "participación" golista es una farsa, pero es también el homenaje del vicio a la virtud. Lanzando este "slogan", de Gaulle ha canalizado el profundo deseo de los trabajadores franceses de participar por fin en su propio destino. Paradojalmente, el ataque golista contra la libertad democrática en general y el Parlamento en particular, no tiene sentido como tal para numerosos trabajadores, porque ellos no tienen suficientes intermediarios, ya sean diputados o consejeros generales o comunales...

En las condiciones actuales, un buen método para quebrantar la agresión golista y totalitaria no es hacer una batalla de retaguardia en nombre de principios abstractos y envejecidos, sino ponerla en aprietos, proponiendo medidas y reformas tales que sólo podrá realizar pagando el precio de un riesgo muy elevado.

Según la expresión de Gorz, el "socialismo es difícil". Lo mismo puede aplicarse a la lucha por la instauración del socialismo. En la época del capitalismo monopolista de Estado, la clase dirigente dispone de medios de acción sin precedentes. Los progresos de la contabilidad económica nacional, de la programación en valores, de la econometría, de la investigación operativa y presupuestaria, permiten al Estado burgués controlar estrictamente los mecanismos económicos y reparar rápidamente los eventuales errores.

Frente a tal situación no es propio limitarse a denunciar la acción de los "grandes monopolios" (*sic*) y a concebir la renovación de la izquierda a través de la simple alianza con formaciones políticas cuya base social es sustancialmente la de los "notables" de fines del siglo XIX y que, como tales, se encuentran siempre en un callejón sin salida en el país.

Por el contrario, es necesario trabajar, no por la unión de todos los "descontentos" (¡dejemos esto a los Poujade!), sino por la unión de todos aquellos que rechazan resueltamente la sociedad, la civilización y la cultura actuales. Contrariamente a ciertas insinuaciones, no se trata de sustituir la lucha de clases con el cuestionamiento! Hoy como ayer la lucha de clases es el motor de la historia. Pero la lucha de clases es un hecho permanente y general del régimen capitalista; por lo tanto, en la medida en que condiciona todo el conjunto de los procesos históricos, ella no arroja una luz particular sobre este o aquel acontecimiento preciso. En este sentido es infinitamente valioso el concepto de "sobre-determinación" introducido por Althusser. La revolución de mayo de 1968, nacida sobre la base de la realidad de las clases y de la lucha de clases, ha estado sobre-determinada por el deseo general de oposición, resultante de una explosión casi fisiológica de rebelión de las masas frente a las consecuencias del trabajo alienado.

Del mismo modo, el análisis de Mao Tse-tung sobre el papel de las contradicciones y sobre la mutación de la esfera de acción de las contradicciones, permite comprender cómo una contradicción secundaria como la de los estudiantes y la Universidad tradicional ha podido, durante un cierto tiempo,

tener preponderancia sobre la contradicción principal entre capital y trabajo.

Todo esto, en definitiva, para decir que la acción política exige, de aquí en adelante, una formación científica que la mayoría de los profesionales de la política parece no poseer. A la política empírica, oportunista y sagaz, es necesario oponer una acción revolucionaria consecuente, que tenga en cuenta absolutamente todas las recientes adquisiciones en materia económica y sociológica. Y sobre todo, ¡que no se nos acuse de "tecnocratismo"! Porque el salvataje operado *in extremis* por de Gaulle es, en buena medida, la victoria de los jóvenes tecnócratas capitalistas sobre los viejos dirigentes, entre quienes una cierta *routine* podía ocupar el puesto de genio político mientras nadie osara confundir las reglas del juego.

Pero, evidentemente, no se trata ya de un "juego". Paradojalmente han sido los jóvenes quienes, no habiendo querido jugar más, han sacudido tan profundamente a la sociedad francesa, que mayo de 1968 señala el comienzo de una transformación tan total que nadie puede todavía medir todo su alcance.

Apéndice

Manuel Bridier

El PSU frente a la crisis*

¡Un mes de luchas, un mes de esperanzas y todo ha terminado con una campaña electoral!

Somos muchos —jóvenes y viejos— quienes experimentamos hoy una profunda desilusión y amargura ante el fracaso de una revolución. Ello no se debe a que seamos románticos o exaltados, a que prefiramos los gases lacrimógenos y la fraternidad de las barricadas a los artificios de las lides electorales, sino a que pensamos —hoy más que nunca— que la victoria estuvo al alcance de la mano, que se pudo derrocar al poder golista y, al mismo tiempo, dar un golpe decisivo al régimen capitalista.

Debe tenerse en cuenta que las elecciones generales, aún pudiendo representar la continuación de la misma batalla con otros medios, implican, sin embargo, un cierto reflujo del movimiento revolucionario, un retorno a la práctica del reformismo tradicional, es decir, la renuncia a una transformación radical de las estructuras de la sociedad para limitarse, en el mejor de los casos, a un cambio de dirección en el ámbito de las instituciones.

No se trata de lamentar las ocasiones perdidas. En cambio, nos parece fundamental reflexionar ahora sobre los sucesos de mayo de 1968 para evitar que mañana las mismas causas produzcan los mismos efectos y destruyan las fuerzas jóvenes de este país y, en general, las fuerzas de todos aquellos que desean realmente acabar con el viejo régimen y las viejas burocracias, de todos aquellos que desean realmente otro régimen, otra sociedad.

Consecuentemente, pensamos que es necesario responder a las siguientes preguntas:

—los acontecimientos de mayo de 1968, ¿permitían o no el

8 de Junio de 1968.

ascenso a una posible transformación radical de la sociedad francesa?

—si permitían tal acceso, ¿por qué fracasó la revolución?

—¿qué conclusiones deben extraer, en este momento y para el futuro, aquellos para quienes el socialismo no es una fórmula de congreso o la coartada de su perdida juventud, sino la promesa de nuestra generación, la única esperanza de nuestro tiempo?

I. LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

El hecho que el movimiento haya comenzado en Nanterre y no en Aubervillier, en las facultades antes que en las fábricas, pudo sorprender, es cierto, a los militantes obreros, para quienes resultaba difícil descubrir, más allá de las reivindicaciones particulares de los estudiantes y de sus formas particulares de acción —que se trataba de presentar como un entretenimiento de "niños bien"— sus propias aspiraciones.

Sin embargo, se trataba de una consecuencia inevitable de la evolución misma del complejo de la sociedad y de la universidad. El capitalismo moderno necesita constantemente una mayor cantidad de investigadores, técnicos y hombres de ciencia. La universidad de hoy ya no es una academia destinada al cultivo espiritual de algunos hijos de familias, o a la formación de los "importantes funcionarios" del Estado, sino una empresa encaminada a la fabricación masiva de los cuadros medios de la producción. Si bien dentro de ella es siempre escaso el número de hijos de obreros y campesinos, los herederos de las grandes dinastías burguesas están entremezclados con los hijos de empleados, funcionarios, integrantes de los cuadros subalternos y de toda la pequeña burguesía semiproletaria.

Los integrantes de este grupo advirtieron siempre con gran lucidez el carácter absurdo de su condición —víctimas de la explotación capitalista y al mismo tiempo condenados a convertirse en sus futuras fuerzas auxiliares. Rechazando los métodos de selección y los contenidos mismos de la enseñanza, reivindicando la libertad de crítica, de discusión y organización en la universidad, exigiendo el derecho de veto sobre las decisiones concernientes a ellos, los estudiantes cuestionaban la estructura misma de la sociedad industrial en la medida que rechazaban el rol policíaco,

de CRS de la cultura y de la organización laboral que les estaba reservado.

El hecho de que esta oposición haya estado acompañada por una cierta confusión, debida a la diversidad de organizaciones y tesis, no sólo era inevitable sino necesario. No podía intentarse oponer un dogmatismo a otro, una sociedad vigorosa y acabada a una sociedad en decadencia, sino que debía tratarse de inventar, mediante la acción, las nuevas estructuras de la universidad y de la economía.

Este es el motivo por el cual los más lúcidos, los más avanzados entre los militantes estudiantiles buscaron sistemáticamente entablar el diálogo con los militantes obreros a quienes proporcionaban, al mismo tiempo, aquello de que habían carecido las revoluciones precedentes: el aporte de su técnica y de sus conocimientos a la construcción del socialismo.

El rechazo al diálogo por parte de la organización política más importante de la clase obrera —el partido comunista francés— constituye el drama histórico de mayo de 1968.

Al respecto es necesario releer lo que Georges Marchais, miembro del Buró político del partido comunista, escribió en *L'Humanité* el 3 de mayo, el mismo día que Grappin clausuró la facultad de Nanterre, el día que los estudiantes parisinos soportaron las cachiporras de la policía en la primera noche revolucionaria del Barrio Latino: "maoístas, trotskistas, anarquistas, [...] unificados en lo que llamamos el movimiento del 22 de marzo, dirigidos por el anarquista alemán Cohn-Bendit [...] no satisfechos con la agitación que producen en el ambiente estudiantil —agitación que va en contra de la masa de los estudiantes y favorece las provocaciones fascistas— he aquí que estos pseudo revolucionarios alientan la pretensión de dar una lección al movimiento obrero [...] y se los encuentra cada vez más a la entrada de las empresas [...]. Estos falsos revolucionarios deben ser desenmascarados ya que, objetivamente, sirven a los intereses del poder golista y de los grandes monopolios capitalistas".

Y añadía Georges Marchais: "Estas tesis y la actividad de estos 'revolucionarios' podrían provocar risa [...]". En realidad, es su artículo el que produce risa; basta pensar que esta "actividad" se halla en el origen del movimiento de huelgas más poderoso, de la mayor ola de luchas reivindicativas después de 1936. Pero no

quedan ganas de reír si se piensa que con discursos de este tipo se trató de aislar a los estudiantes y de frenar, hasta que se desmoronara, su movimiento revolucionario.

La misma tarde, mientras se llevaba a cabo sin incidentes una asamblea en el patio de la Sorbona, el Rector de la Universidad de París, Roche, "de acuerdo con sus superiores" —es decir el gobierno— hizo ocupar el edificio por la policía.

Varias docenas de responsables sindicales —estudiantes y profesores— fueron arrestados. Este error —o sobre todo esta grosera subestimación del coraje y de la combatividad de los jóvenes— fue la chispa decisiva. Ante el estupor de las autoridades, acostumbradas a ser obedecidas, los estudiantes no cedieron.

Mientras sus dirigentes estaban en manos de la policía, atacaron espontáneamente las camionetas y los choques se prolongaron durante muchas horas. La represión alcanzó súbitamente el más alto nivel de violencia: el primer día hubo varias decenas de heridos y varios centenares de arrestados.

Al día siguiente, Georges Bouvard escribía en *L'Humanité*: "¿Cómo calificar a aquellos que, con su irresponsable comportamiento y su violencia han provocado esta situación?"

Pero él no se refería al rector Roche ni a Fouchet ni a los CRS; se refería justamente a los estudiantes, como se advierte más adelante en su artículo: "Ahora, la gran masa de estudiantes [...] ha podido medir las graves consecuencias a las que inevitablemente conduce el aventurerismo político aún cuando se lo disimule bajo frases pseudo-revolucionarias".

Frente a esto, cuán moderada resulta la declaración dada el 1 de mayo por los Estudiantes Socialistas unificados en la que se denunciaba "la postura de los militantes comunistas (estudiantes y profesores de Nanterre) que han intentado oponerse al movimiento"! Fue necesario esperar muchos días para conocer las primeras declaraciones de "solidaridad" del Partido comunista con los estudiantes y profesores, el primer llamado a "estrechar las cadenas unitarias [...] por una universidad moderna y democrática".

Es cierto que en el ínterin el movimiento había alcanzado tal magnitud que ya no era posible ignorarlo.

El lunes 6 y el martes 7 de mayo miles de manifestantes chocaron con las fuerzas de represión. Ya no se trataba sólo de la

universidad. Como señalaba el comité nacional del PSU el 6 de mayo:

> La amplitud de la rebelión estudiantil, el apoyo que recibe de parte de numerosos estudiantes secundarios, investigadores y profesores, el eco que encuentra en toda la población, son la prueba de que quienes tienen en sus manos la tarea de crear el porvenir de este país no esperan nada más de un régimen que, para ellos, pertenece ya al pasado.

Mientras el Partido Comunista mantenía aún su actitud de apoyo sólo en lo referente a la represión y a la reforma universitaria, mientras las otras tendencias de la izquierda tradicional estaban todavía alejadas de manera radical, se veía ya claramente que el movimiento estudiantil planteaba el problema del régimen y que no era posible aislarlo. Sobre este tema, los jóvenes del PSU difundieron el 8 de mayo un comunicado con la consigna *"la Universidad para los estudiantes, las fábricas para los obreros"* y el PSU decidió convocar a todos los militantes y simpatizantes a participar en la manifestación organizada por la UNEF para el viernes 10 de mayo, una de las fechas importantes de este mes.

II. LOS TRABAJADORES EN LA LUCHA

En efecto, la manifestación del 10 de mayo señala un momento decisivo, por el creciente número de participantes ajenos al mundo estudiantil, sobre todo jóvenes trabajadores, y por la violencia excepcional de los choques con la policía. Los hechos son conocidos: el desarrollo pacífico de la marcha hasta el centro del Barrio Latino; las tratativas mantenidas por la noche con las autoridades universitarias sobre tres condiciones exigidas por los estudiantes (liberación de los detenidos, fin de las persecusiones y evacuación de las fuerzas de represión del Barrio Latino) y finalmente, a las dos de la madrugada, el ataque contra las barricadas levantadas por los estudiantes para liberar simbólicamente su barrio, cercando de este modo a la Sorbona, aún ocupada por los policías.

¡Sesenta barricadas! ¡Quinientos heridos! El coraje y la disciplina de los manifestantes, la violencia de la policía, suscitaron un vasto movimiento de simpatía en todo el país.

Esa misma tarde la población llevó provisiones a los defensores de las barricadas del Barrio Latino, bebidas calientes, elementos para resguardarse, medicinas. El movimiento se extendió a las provincias. Los jóvenes trabajadores comenzaron a reconocer en la relación de los estudiantes el eco de su propia rebelión. Un sondeo de la opinión pública permitió constatar que la mayoría de los franceses aprobaba a los estudiantes —situación excepcional en Europa, que podría haber tenido consecuencias considerables si luego no se hubieran realizado tantos esfuerzos para aislar nuevamente a un movimiento en el que algunos veían una competencia peligrosa.

A pesar del retroceso efectuado por Pompidou, de regreso de Kaboul el día 11 —puso en libertad a los detenidos y prometió al mismo tiempo la amnistía y la reapertura de las facultades— el movimiento de solidaridad de los estudiantes y los trabajadores organizó la marcha del 13 de mayo, que reunió en París a casi un millón de participantes.

Todas las contradicciones de la crisis se pusieron en evidencia en esta manifestación. Los estudiantes ya no estaban solos. Había miles y miles de jóvenes que ridiculizaron a los dirigentes del Partido Comunista de quienes tomaron como consignas los insultos dirigidos por ellos en los días precedentes: "Somos un grupúsculo", "una decena de exaltados" y algunos días más tarde: "Somos todos judíos alemanes".

Pero, más significativa fue la diferencia entre las consignas oficiales, escritas a partir de las fórmulas redactadas por los dirigentes políticos, y las espontáneas consignas de las masas. En las primeras se hablaba de "universidad democrática" y de "gobierno de la izquierda"; en las otras se afirmaba la exigencia de un "gobierno popular" y del "poder a los trabajadores". En los días subsiguientes pudo confirmarse que esta diferencia no era solamente una diferencia de vocabulario.

En ese momento, en la tarde del 13 de mayo de 1968, las cosas eran muy claras. Se hablaba de recuperación, pero si algunos pretendían tomar el tren en marcha, su intención no era la de integrarse en el movimiento sino la de apoderarse de su dirección, sobre todo del freno de emergencia. Es necesario haber visto la disolución de esta manifestación y los esfuerzos realizados por los integrantes del servicio de orden comunista para impedir a los obreros que se dirigieran al Campo de Marte o que discutieran

con los estudiantes, para comprender hasta qué punto la burocracia dirigente del partido temía la confrontación con tesis diferentes a las suyas, el rechazo de su línea por parte de los militantes de base.

Frente a los estudiantes, esa burocracia repetía instintivamente el comportamiento de un Gomulka con respecto a los estudiantes de Varsovia o las reticencias de la dirección soviética frente a la evolución del socialismo en Checoeslovaquia.

Durante una asamblea realizada la misma tarde por el PSU, nuestro partido invitó a los militantes estudiantiles, entre ellos a Daniel Cohn-Bendit, hacer uso de la palabra con toda libertad. El PSU no trataba de apropiarse de todas las tesis —por otra parte muy diversas— de los estudiantes sublevados, sino de poner de manifiesto una cierta tendencia democrática y de recíproco respeto, válida en el interior del movimiento revolucionario tanto como en la sociedad por construir.

Que tal democracia interna y tal respeto, frente a las diferentes posiciones fuesen compatibles con la firmeza de los objetivos y la eficacia de la lucha, era lo que el movimiento quería demostrar.

El 14 de mayo, siguiendo el ejemplo de los estudiantes que habían ocupado la Sorbona la tarde anterior para establecer las primeras comisiones de la universidad crítica, los obreros de la Sud-Aviation de Nantes y de la Renault de Rouen ocuparon sus fábricas. Los primeros secuestraron al director.

En uno y otro caso, el movimiento se originó a partir de la base, especialmente de los jóvenes. Eso prueba que la tentativa de extender un cordón sanitario entre los estudiantes y los obreros no tuvo éxito, que la juventud obrera se reconoció en la lucha de los estudiantes e intentó ocupar su propio puesto en la acción común.

El buró político del Partido Comunista francés no tenía en esos momentos nada más urgente que hacer, que poner "en guardia a los obreros y a los estudiantes contra toda consigna aventurera" que podría "dar al poder golista el pretexto para consolidar su tambaleante dominio".

Al día siguiente se declaró la huelga en otros establecimientos —Billancourt, Berliet, Rhodiaceta— y este movimiento se extendió día a día hasta paralizar completamente la economía nacional, comprometiendo a nueve millones de huelguistas en la lucha.

Luego de haber denunciado durante más de ocho días "el carácter aventurero de la acción estudiantil" —sin el cual no se hubiera producido ninguna de estas huelgas— los responsables políticos y sindicales de la organización comunista se esforzaron por canalizar un movimiento que no habían podido impedir, tratando de reducirlo, *contra toda evidencia*, al nivel de simples reivindicaciones.

Sin embargo, después del regreso del general de Gaulle de Rumania, el 18 de mayo, luego de su injurioso discurso sobre la "*chienlit*" —es decir, de modo más simple, sobre el rechazo del orden capitalista que él encarna— para la mayoría de los franceses y no solamente para la vanguardia militante, resultaba claro comprender que de allí en adelante quedaba plateado el problema del poder. El problema del poder estudiantil en la universidad, del poder campesino en la agricultura, del poder obrero en la empresa pero, en realidad, también el del poder central del Estado, sin el cual las demás conquistas se reducirían a la nada.

Sobre este punto el comité nacional del PSU se expresó claramente a través del comunicado del 20 de mayo:

> Existe una sola condición para solucionar rápidamente la crisis actual: traducir a la realidad política los objetivos básicos del movimiento. Todos temen que un intento de represión policial desencadene la explosión. Pero existe otro riesgo, el de hacer desviar el movimiento de sus reales fines [...]
>
> Si se renuncia a las reformas de estructura exigidas por el reconocimiento del poder organizado de los trabajadores dentro de la empresa y de los estudiantes dentro de la universidad; si se renuncia a la definición de las modalidades según las cuales estas fuerzas ejercitarán un control sobre la gestión; si se canaliza la irritación popular hacia reivindicaciones puramente materiales para lograr una falsa reparación gubernamental, es de temer que los estudiantes, los obreros y los campesinos, engañados una vez más, se disgusten verdaderamente. Quiérase o no, la crisis de la sociedad capitalista moderna y de su sistema de gobierno ha comenzado.

Es necesario señalar que no se trataba del punto de vista de algunos intelectuales, de la opinión aislada de un pequeño parti-

do activo pero minoritario, sino que. por el contrario, era la convicción esencial de la mayoría de los estudiantes y trabajadores a quienes comenzaban a unirse las campesinos especialmente en la zona oeste.

A esta voluntad de poder que se traslucía en los hechos con las ocupaciones de las fábricas y con la discusión democrática de estudiantes y profesores en la universidad autónoma, el poder oficial respondía con impotentes amenazas o con inútiles hechos de violencia.

El secretario general de la CGT, Georges Séguy daba a conocer diariamente una nueva advertencia, señalaba todos los días una nueva provocación. Definía la autogestión obrera reivindicada por la CFDT como una "fórmula gastada". Proclamaba su voluntad de "montar guardia respecto a las reivindicaciones" y denunciaba "toda consigna que entrañase el riesgo de desnaturalizar el carácter reivindicativo y democrático de la lucha". Finalmente, manifestaba su desprecio por los *grupúsculos* llegando a igualar su lenguaje con el de la policía, recordando, el mismo día que la UNEF exhortaba a reaccionar en contra de las medidas referentes a Cohn-Bendit,

> las advertencias formuladas por la CGT aún antes que el Primer Ministro hubiese hecho alusión a la participación de dicho individuo (sic) en una organización internacional.

Por lo tanto toda argumentación de los dirigentes comunistas se resolvía oponiendo las "reivindicaciones" a los problemas de estructura, presentando las cosas como si allí hubiesen existido dos grupos, por una parte los buenos defensores de los intereses materiales de la clase obrera y por otra, los falsos ideólogos pequeño-burgueses cuyas reivindicaciones de poder sólo enmascaraban su desprecio por las cuestiones salariales, las pensiones o las horas de trabajo. ¿Es necesario señalar que no era éste el conflicto real? Algunos querían limitar el movimiento sólo a las reivindicaciones materiales. Los otros, veían en la conquista del poder la prolongación natural y la única garantía seria de las reivindicaciones obtenidas.

¿Es menester añadir que la estrategia puramente reivindicativa tenía también por efecto —y por fin— aislar al movimiento estudiantil que estaba en el origen mismo de toda la crisis y abandonarlo en manos de la represión policial?

III. LA CUESTIÓN DEL PODER

Una vez más fue la vigorosa resistencia estudiantil a las provocaciones del gobierno lo que dio nuevo impulso y nueva perspectiva a la acción. Y fue el apoyo político otorgado a la resistencia estudiantil, la forma y el contenido de este apoyo, los que una vez más se convirtieron en el criterio válido para distinguir las fuerzas de transformación social de aquéllas que es necesario definir como elementos conservadores del movimiento obrero.

Hacía falta no haber entendido nada respecto a las exigencias de los estudiantes, hacía falta haber perdido el sentido de la más elemental solidaridad para no comprender todo el significado de la cuestión Cohn-Bendit. Contrariamente a la imagen construída por la prensa, Daniel Cohn-Bendit no fue el jefe del movimiento estudiantil por la simple razón que este movimiento no necesitaba un "jefe", sino que era uno de los militantes más escuchados. La prohibición de regresar a Francia emitida por el Ministerio del Interior era una provocación deliberada a la cual los estudiantes debían responder por tres razones: porque esta primera medida jurídica llevaba visiblemente en sí misma el fin de medir su fuerza de reacción con miras a las preparación de represiones más severas; porque resultaba simplemente inconcebible abandonar a un compañero en la lucha y finalmente y sobre todo porque la causa de la decisión ministerial —la nacionalidad alemana de Cohn-Bendit— no podía ni debía tener sentido alguno para un movimiento revolucionario que reivindicaba los mismos derechos para todos los estudiantes y todos los trabajadores, cualquiera fuese su lugar de origen.

El 23 de mayo se realizó espontáneamente una manifestación y la UNEF organizó una más importante para el 24 de mayo en la Estación de Lyon.

El Partido Comunista y la CGT pidieron a sus afiliados que se abstuviesen de participar en la misma.

El PSU invitó a los trabajadores a participar en masa especificando las razones de fondo que motivaban tal invitación:

> Una manifestación semejante reviste un importante significado político desde el momento en que se ha demostrado a través del debate y el voto sobre la moción de censura, la inexistencia de una solución parlamentaria y se presenta

el riesgo de una disgregación del movimiento popular en reivindicaciones que no tienen relación con sus ambiciones y dimensiones.

En estas condiciones, existe el grave peligro que el gobierno y los grupos patronales aprovechen una división entre las luchas mantenidas por los estudiantes y las mantenidas por los obreros y campesinos. Por el contrario, su acción conjunta constituye la originalidad del movimiento y la condición de su éxito.

Entonces la CGT, que desde hacía días se esforzaba, como lo había hecho el 13 de mayo, para impedir todo contacto en el interior de las fábricas entre los estudiantes y los obreros, lanzó a su vez una convocatoria para una manifestación a realizarse el 24 de mayo a distinta hora y con objetivos diferentes a la de la UNEF. Ni una palabra sobre los estudiantes, ni una palabra sobre Cohn-Bendit, nada más que reivindicaciones; la voluntad de separar la acción estudiantil de la acción obrera era evidente.

A pesar de todas estas precauciones, la manifestación del 24 de mayo fue una gran demostración de unidad. Por primera vez, exceptuando la marcha del 13 de mayo, se hallaban presentes tantos trabajadores como estudiantes. No solamente sindicalistas de la CFDT y de algunos sindicatos FO, sino también numerosos militantes de la CGT que se unieron a la manifestación de la UNEF y del SNE Sup. después de disolverse su concentración.

Aún había gran cantidad de manifestantes sobre las barricadas cuando las provocaciones policiales de la Rue de Lyon transformaron una vez más en campo de batalla lo que originalmente y en las intenciones de sus organizadores había sido una manifestación pacífica.

Ciertamente no fue casual que el recrudecimiento de la violencia policial coincidiera con el discurso del general de Gaulle, con el anuncio irrisorio de un referéndum y con el comienzo de las negociaciones de Grenelle entre el gobierno, los sindicatos y la patronal.

Era evidente la maniobra de división e intimidación. En la misma tarde del 24 de mayo nuestro partido la analizaba en los términos siguientes:

A la cólera de los estudiantes, de los obreros y de los campesinos en lucha en todo el país por las reivindicaciones ma-

> teriales y por la conquista real del poder sin la cual estas reivindicaciones serían una ilusión, el régimen golista da [...] una respuesta perfectamente clara [...] por boca del general de Gaulle y con las cachiporras de los policías. Por un lado, frases gastadas y vagas promesas, junto con el anuncio de un plesbiscito [...] por otra parte la represión policial [...] con la esperanza de amedrentar a la opinión pública y de aislar la vanguardia de la masa trabajadora. Esta maniobra no debe lograr sus fines [...]. El gobierno y el jefe del Estado están desacreditados [...]. Sólo el derrocamiento del régimen golista y la instauración de un poder al servicio de los trabajadores puede satisfacer las aspiraciones del pueblo francés [...].

Muchos observadores extranjeros, muchos periodistas, pensaron que se había llegado a la situación decisiva.

La cuestión del poder que para las fuerzas del movimiento tuvo, desde el primer momento, prioridad sobre las demás cuestiones, era planteada por el mismo de Gaulle. De allí en adelante, ya no era posible refugiarse detrás de programas puramente reivindicativos. Desde ese momento, tanto Waldeck-Rochet, como Francois Mitterrand y hasta el mismo Giscard d'Estaing, comenzaron a plantear la cuestión únicamente en términos de crisis política.

Es cierto que para la derecha se trataba solamente de un problema de gobierno dentro del cuadro del régimen golista, pero la izquierda estaba muy lejos de hallarse unida para dar una respuesta al gobierno.

Los partidos tradicionales, PCF y FGDS se preparaban para responder "no", mientras que los comités de acción popular, donde se hallaban todas las tendencias del movimiento popular de base, rechazaban el principio mismo del referéndum y afirmaban que no se llevaría a cabo.

La misma ambigüedad se manifestó a propósito del gobierno para el PSU y los comités populares sólo podía tratarse de un gobierno de transición hacia el socialismo en ruptura con la Constitución de 1958; para el Partido Comunista, en cambio, se trataba de un gobierno de unión democrática con el espíritu de la plataforma común PC-FGDS y dentro de los cuadros institucionales.

La polémica, aparentemente teórica, entre el PCF y el PSU respecto a "la alternativa socialista" o "la alternativa democrática", tomaba un significado muy concreto.

Cuando la UNEF y el SNE-Sup., desafiando las amenazas de Pompidou, convocaron a una gran manifestación para el lunes 27 de mayo, el Partido Comunista francés publicó un comunicado que es el documento más desconcertante de toda la crisis:

> Una maniobra de gran amplitud se desarrolla a espaldas de los trabajadores —declara el PCF—, algunos hombres políticos y representantes sindicales, avalan ciertos movimientos uno de cuyos explícitos objetivos es el de protestar contra las negociaciones entre los sindicatos, la patronal y el poder [...].

Este comienzo es un admirable ejemplo de los sistemas stalinistas de denuncia. Contiene, dentro de la misma frase, las ambiguas propuestas del gobierno provisorio y las tesis del gobierno de transición hacia el socialismo defendido por los comités populares y por el PSU. A continuación, el mismo texto afirma que esta "maniobra de gran amplitud" tiende a constituir un gobierno sin la participación de los comunistas para abandonar las reivindicaciones de los trabajadores y para poner en práctica una política exterior favorable a los Estados Unidos.

Esta vez, se trata de una mentira sistemática. En lo que concierne a los comunistas, jamás ningún militante serio ha considerado posible la existencia de un gobierno popular sin su participación o, más aún, que no esté bajo su dirección exclusiva.

Respecto a las reivindicaciones, un texto del 26 de mayo del PSU, pone de manifiesto el punto de vista de todo el movimiento:

> [...] gracias a la acción estudiantil y al poderoso movimiento de huelgas provocado por ella, las confederaciones sindicales obreras tienen, en este momento, una gran posibilidad de obtener, mediante un acuerdo con la patronal y el gobierno, importantes ventajas materiales y sindicales [...] pero la amplitud y la rapidez con que se produciría este resultado, crearían una situación de inflación en caso de faltar las necesarias reformas de estructura [...]. Estos problemas, planteados de este modo, no serán solucionados mediante las actuales negociaciones [...]. Por lo tanto, la cuestión del

régimen permanece abierta.

En cuanto a la política exterior, el PCF, que aceptaba gustosamente el silencio de la FGDS sobre el Tratado del Atlántico, no podía ignorar la posición antiimperialista de los comités populares, a menudo herederos de los comités de lucha contra la agresión norteamericana en Vietnam, ni el programa internacional del PSU: denuncia del Tratado del Atlántico, apoyo a los pueblos en lucha contra la dominación extranjera, oposición de una Europa socialista a la Europa de los monopolios. A través de esta deformación sistemática de los hechos, de esta sistemática calumnia a sus compañeros en la acción común contra el régimen, los dirigentes del PCF trataban, en realidad, de desembarazarse de una línea de oposición cuyos efectos se manifestaban hasta en sus propias filas. El comunicado del Buró político terminaba como una verdadera declaración de guerra:

> Invitamos a abstenerse de participar en el movimiento organizado por la UNEF para el día 27 de mayo [...]. El PCF denuncia esta iniciativa e invita a las masas populares a no apoyarla.

LA VICTORIA AL ALCANCE DE LA MANO

Las masas populares respondieron esa misma mañana acogiendo con gran frialdad el protocolo elaborado a la noche en la rue de Grenelle entre las confederaciones sindicales, la patronal y el Gobierno. La unión de los sindicatos CFDT de la región parisina y numerosos sindicatos FO anunciaron su participación en la manifestación de la UNEF que debía terminar con una gran asamblea en el estadio Charléty. La CGT, por el contrario, acató la prohibición comunista y, para tener la seguridad de que sus militantes no asistirían a Charléty improvisó, a la misma hora, otras doce asambleas en la región parisina; el número de las reuniones locales tenía un fin claro: evitar cualquier confrontación.

A pesar de estos esfuerzos la asamblea de Charléty no fue solamente un gran éxito parisino sino que fue la consagración de una nueva corriente política a escala nacional. Allí estaban representadas todas las tendencias del movimiento. Los militantes de la FO, de la CFDT y de la FEN estaban junto a los numerosos

afiliados a la CGT que asistieron contrariando los dictámenes de su central.

Los afiliados al PSU estaban presentes, pero también estaban todos los integrantes de aquellos *grupúsculos* contra los cuales Georges Marchais intentó dirigir el odio de los trabajadores comunistas y que, por nuestra cuenta, reconocemos como buenos militantes, con quienes estamos en desacuerdo respecto a muchos asuntos, pero que saben mantener su puesto en la lucha tanto como en la libre discusión. El gran éxito de Charléty no fue nada más que la espectacular expresión de un poderoso movimiento de base. Los comités de acción se constituían a nivel local y se establecían contactos entre los estudiantes y los comités de huelga.

El mismo PCF dio la impresión de lanzarse a la acción (la octava columna de *L'Humanité* llevaba por título "La renuncia de de Gaulle") y la CGT organizó grandes manifestaciones para el 29 de mayo en las cuales la consigna "gobierno popular" prevaleció sobre los temas reivindicativos de la víspera.

Estas manifestaciones movilizaron cientos de miles de trabajadores.

También en este día el general de Gaulle dejó con toda prisa París para efectuar una consulta con sus "fieles" residentes en Alemania.

El Comité nacional del PSU proclamó:

> La victoria está al alcance de la mano; de Gaulle y su régimen tambalean.
>
> En el curso de los próximos días es necesario liquidar los últimos bastiones del golismo y oponerse a toda tentativa de salvación del régimen.
>
> Esta victoria, que aún ayer parecía imposible, es obra de los estudiantes, originada en las barricadas y de los trabajadores, patrones en sus fábricas.
>
> En este momento, el centro de las preocupaciones de la izquierda es la creación de las estructuras de gobierno provisorio.

¿Esta actitud, significaba quizás sustituir la realidad por los propios deseos?

Hoy, a la luz de los sucesivos acontecimientos, sería fácil creer eso. Pero, ¿cuál era la situación en esos momentos? Todas las

fábricas ocupadas, un movimiento estudiantil en pleno auge, un poder sin capacidad de reacción, una opinión pública favorable o desorientada. Como decía en Charléty nuestro compañero Barjonet: ¿cuándo entonces una situación es revolucionaria si no lo es cuando nueve millones de huelguistas ocupan las fábricas y el aparato estatal se encuentra paralizado?

Sí, la victoria estaba al alcance de la mano. La represión policial no había logrado reducir a los estudiantes, salidos a la calle por millares. ¿Qué hubiese podido hacer entonces contra cientos de miles, contra millones de trabajadores?

La ocupación de los edificios públicos, la conquista del poder a nivel de colectividades locales y regionales, la proclamación de un gobierno provisorio con un preciso programa de transición hacia el socialismo eran cosas posibles. Ni las fuerzas policiales, profundamente sacudidas por los excesos de algunos elementos y por la desaprobación a medias del Primer Ministro, ni el ejército —compuesto entonces esencialmente por tropas del contingente— hubieran podido o querido oponerse a un movimiento semejante.

Por otra parte, ¿cómo hubiesen podido hacerlo?, ¿atacando las fábricas?, ¿poniendo en marcha las locomotoras? A lo sumo hubiesen podido tomar alguna importante oficina de la administración política, convertida desde aquel momento en el envoltorio vacío y en el símbolo ridículo de un poder realmente abolido.

¡Se agitó el espectro de la guerra civil! Pero, por el contrario, la iniciativa de las fuerzas populares podía imposibilitarla demostrando que los estudiantes y los obreros no sólo eran capaces de ocupar los puestos de trabajo y de paralizar los engranajes del Estado y de la economía, sino también de ponerlos en movimiento y de dirigirlos, dejando de lado a los patrones y a sus representantes políticos.

Hoy, la situación es más alarmante.

Privando al movimiento de perspectiva política, negándose a aprovechar la situación en el momento en que estaba madura, aplazando la continuación revolucionaria de la economía, se ha dado tiempo a las fuerzas reaccionarias y conservadoras para reafirmarse, para utilizar el miedo al desorden y para formar sus propios comités de guerra civil bajo el nombre de comités de "acción cívica".

En este sentido sería infantil atribuir una virtud mágica al dis-

curso pronunciado el 30 de mayo por el general de Gaulle: la disolución de la Asamblea, el mantenimiento de Georges Pompidou en su cargo y el anuncio de próximas elecciones mientras en el país no se había producido ningún cambio, constituían un importante hecho político —decisivo— sólo en la medida en que los dirigentes de la izquierda tradicional intentaban utilizar esta ocasión para liberarse de un movimiento que les preocupaba tanto como el régimen.

De un día para otro se dejó de lado la exigencia de un gobierno popular. Se volvió entonces sobre las posiciones del primer día: las reivindicaciones materiales por una parte, y por otra la vuelta a las combinaciones electorales.

No deja de ser interesante constatar con cuánto cuidado se trató de desnaturalizar la posición del PSU. Algunos minutos después de difundirse el discurso del general de Gaulle, nuestro secretario nacional, Michel Rocard, se pronunció sobre tres puntos específicos. Antes que nada denunciaba el carácter amenazador e ilegal del llamado a los grupos de acción cívica y esperaba una respuesta popular al respecto:

> [...] el general de Gaulle quiere el choque. Define a los prefectos como comisarios de la República y llama a la acción cívica. Se sabe que dentro de estas palabras se esconden los grupos armados de la Rue de Solferino [...] frente a esta provocación, las fuerzas populares no pueden hacer otra cosa sino proseguir su lucha contra el régimen [...] tomar inmediatamente todas las medidas necesarias, en las empresas y en las diferentes zonas, para oponerse a las tentativas de intimidación de los grupos de asalto golista [...] y organizar inmensas manifestaciones populares [...].

Al mismo tiempo nosotros respondíamos al llamado electoral demostrando que no teníamos miedo al sufragio universal:

> El PSU piensa, en efecto, que es necesario dar la palabra al pueblo lo antes posible. Ello implica que el conjunto de las fuerzas de izquierda, cualesquiera sean sus formas de organización, debe ponerse inmediatamente de acuerdo para presentar una sola candidatura en cada circunscripción [...].

Y añadíamos esta aclaración esencial:

> [...] el régimen nos ha dado la prueba de su incapacidad para crear las condiciones necesarias para una consulta popular que comporte las garantías indispensables. No tendrán ningún sentido las elecciones bajo las amenazas de la policía y de los maleantes de la UNR. Sólo un gobierno de transición, que realice los objetivos de los estudiantes y los trabajadores, será capaz de dar la palabra al pueblo en el menor tiempo posible y en las mejores condiciones.

Como por arte de magia, este último párrafo no apareció en la mayoría de los comunicados, lo que equivalía a suprimir la diferencia profunda entre la posición del PSU (elecciones sí, pero con un gobierno popular) y la de la izquierda tradicional (elecciones organizadas por de Gaulle).

La negación a organizar una respuesta masiva (la UNEF haría por su cuenta una manifestación el primero de junio) dio a los golistas la ocasión de contraatacar. El discurso pronunciado por el general de Gaulle había apuntado hábilmente al viejo temor al comunismo. Denunciando al partido comunista como el principal organizador del "desorden", de Gaulle no podía ignorar que decía la mentira histórica más grande de toda su carrera, pero éste era el argumento que le permitía movilizar en torno a sí a una burguesía atemorizada, para la cual el PCF de Waldeck-Rochet sigue siendo aún el heredero del partido bolchevique. Así, mientras los dirigentes de la izquierda condescendiente se interesaban por las circunscripciones, el mítico temor a la revolución comunista reunía en los Campos Elíseos al partido del miedo.

A partir de ese momento el movimiento de huelgas podía proseguir, podía continuar la lucha de base: no existía ya una perspectiva política inmediata. La batalla de mayo de 1968 estaba virtualmente terminada.

V. ¿Qué hacer ahora?

En estas pocas páginas no hemos pretendido escribir la historia de esta batalla. Será necesario hacerlo mañana, teniendo en cuenta todos los hechos, todos los testimonios de todas las fábri-

cas y regiones. Esta primera reflexión se limita a la consideración de los elementos de que disponemos hoy, a comienzos del mes de junio.

Por esta razón sólo hemos hecho referencia, a través de nuestros ejemplos, a lo ocurrido en París. Evidentemente, ello no quiere decir que en otros lados no se hayan verificado acontecimientos tan importantes y significativos como éstos. Nuestros compañeros de provincia darán su contribución respecto a este punto para un estudio más completo.

Además hemos hablado mucho acerca del PSU. Con esto no queremos exagerar el papel cumplido por nuestra organización, cuyo principal mérito seguirá siendo el de haber asumido la propia responsabilidad en un gran movimiento popular, respetando la democracia interna y tratando de analizar el significado político de cada una de sus etapas.

Por otra parte, hemos dirigido especialmente nuestra crítica contra el Partido Comunista francés. La razón es simple. El gobierno, la derecha, el régimen, son enemigos a los que no debemos criticar sino combatir. Giscard o Lecanuet, no nosotros, deben decir si Pompidou ha hecho una buena o mala política desde el punto de vista de la burguesía. Por el contrario, las posiciones políticas del PCF conciernen a los trabajadores y están sujetas a una crítica democrática en el seno de las fuerzas populares, precisamente porque el PCF mismo es una parte importante dentro de ellas. En cuanto a la FGDS, hemos hablado poco de ella debido a que no jugó un papel significativo en estos movimientos, ni en las fábricas, ni en la universidad.

A pesar de las inevitables lagunas, nos parece que es posible extraer del análisis que hemos realizado una primera conclusión política. A nuestro parecer, es claro que el movimiento de mayo podía desembocar en una victoria revolucionaria, con la condición de que las perspectivas políticas hubiesen sido delineadas nítidamente y que la acción de los trabajadores hubiese alcanzado el mismo nivel de combatividad que la de los estudiantes. Del mismo modo, resulta fácil advertir que el PCF no dejó en ningún momento de frenar el movimiento y de dirigirlo a objetivos más modestos.

Durante estos días se ha repetido con mucha frecuencia la frase de Lenin sobre la "repetición de consignas revolucionarias sin relación con las circunstancias objetivas [...]", pero ¿qué decir

de las repeticiones de consejos de prudencia y de desmovilización "sin relación con las circunstancias objetivas"?

Si en los primeros días era posible explicar la posición del PCF a partir de una subestimación del movimiento y del temor al aislamiento de la vanguardia obrera, el argumento ya no era válido a partir de mediados de mayo. Por lo tanto, es preciso individualizar las razones de fondo por las cuales la dirección del PCF no quiso que el movimiento de mayo culminara con una victoria a la altura de sus objetivos.

La primera razón debe buscarse en la repugnancia que experimenta la dirección comunista hacia todos los movimientos que ella no dirige, sobre todo si estos movimientos tienen bases populares. Además, si bien aprecia la alianza con políticos burgueses que pueden ponerse sin ambigüedad a su derecha y cuyo lenguaje, al ser escuchado por los trabajadores, no implica ningún riesgo, no tolera fácilmente una oposición de izquierda. Aún cuando los métodos hayan sido más moderados, los insultos dirigidos en 1968 contra los *grupúsculos*, son de la misma naturaleza que la liquidación física de los anarquistas y *poumistas* hace treinta años en Barcelona.

Pero existe una explicación más profunda, basada en la diferencia de objetivos a largo plazo.

Algunos han ironizado sobre la consigna del "poder" lanzada por el movimiento de mayo. En lo que nos concierne —y esta fue también la posición de la UNEF respecto a la Universidad— nunca pensamos que tales reivindicaciones tuviesen un fin en sí mismas.

El problema de las posiciones políticas no debe plantearse a nivel de la base sino también en un nivel central, si no se quiere correr el riesgo de reducir a la nada aquello que la base está capacitada para obtener. Dar a cada uno la posibilidad de dirigir los propios asuntos equivale a destruir el estado jacobino, centralizado y autoritario; otorgar un poder real a las comunas, a los departamentos y a las regiones significa colocar la decisión central sobre la pirámide de los comités populares locales, departamentales, regionales donde los trabajadores podrán expresar su propia voluntad y ejercitar un control y una presión permanentes sobre sus mandatarios.

Sobre este punto, es necesario dejarlo bien en claro, existe una

mportante diferencia con nuestros compañeros comunistas. Es ierto que ellos quieren, como nosotros, la abolición del capitaismo, es decir la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Pero no concebimos del mismo modo la sociedad que debemos construir. Nosotros no queremos un socialismo burocrático, centralizador, heredero de la tradición jacobina y de la práctica stalinista. El poder del Estado no será popular cuando los compañeros ministros se proclamen a sí mismos al servicio del pueblo, sino cuando el pueblo mismo posea los medios para discutir sus propios asuntos, para participar efectivamente en su conducción, y para ejercitar eficazmente su control.

Al plantear concretamente estos problemas, el movimiento de mayo no cuestionaba solamente el sistema capitalista sino también una cierta concepción de las relaciones humanas, de la jerarquía, del centralismo estatal del cual la sociedad soviética ofrece otro modelo. La victoria de este movimiento hubiese significado la instauración de nuevas relaciones, fundadas sobre el papel que desempeñarían los comités populares, las comisiones de empresa, las asambleas locales y regionales, en una palabra, sobre una amplia descentralización democrática. Un ejemplo semejante hubiese tenido inmensa repercusión en toda Europa, incluyendo los países socialistas, en donde hubiese reforzado considerablemente la corriente de oposición hacia las burocracias dirigentes, la corriente de liberalización respecto al modelo soviético.

Es esto, precisamente, lo que no quiso la dirección comunista. El modelo de sociedad que le es propio la conduce naturalmente a preferir la vía legal y parlamentaria, cuyo objetivo no es el de destruir el Estado burocrático para dar vida a una democracia popular en el verdadero sentido de la palabra, sino de apoderarse de este Estado y utilizarlo. Y, sin embargo, aún esta solución es totalmente quimérica, debido a la separación de las fuerzas vivas del movimiento revolucionario. Por lo tanto no queda sino la práctica reformista, socialdemocrática, que en realidad renuncia a la conquista del poder y sólo puede conseguir ventajas inmediatas para la clase obrera sin quebrantar las raíces profundas de su explotación, es decir, sin cuestionar las estructuras de la vieja sociedad, los valores de la vieja civilización.

Un examen objetivo de los acontecimientos del último mes lleva a comprobar que esta posición del Partido Comunista francés

ha sido uno de los principales obstáculos para el desarrollo y la victoria del movimiento de mayo; además es menester precisar que esta responsabilidad no se limita a las posturas que asumió durante los sucesos, sino que depende en mayor grado de su orientación general, del mito renunciante de la vía parlamentaria al socialismo.

Pero el salvataje del régimen no es más que una dilación provisoria. Ni este gobierno ni sus eventuales sucesores dentro del cuadro del mismo régimen, pueden resolver las contradicciones de una sociedad de la cual ellos son expresión. El Estado y los propietarios se esfuerzan por quitar a los obreros, mediante la inflación, aquello que debieron concederles a cambio del abandono de los objetivos a largo plazo. En su "conversación" con el "periodista" Michel Droit, el general de Gaulle se ha jactado con todo cinismo. El espera que los trabajadores estén disgustados con la acción revolucionaria constatando el carácter "aparente" de las ventajas obtenidas. Nosotros, por el contrario, esperamos que esta apariencia permita demostrar a un mayor número de obreros, de empleados, de campesinos, que no se obtiene nada fundamental si no se derroca al mismo régimen.

Lo que convierte insoportables para las empresas las reivindicaciones de los trabajadores no son las leyes de la economía en general, sino las leyes de la economía capitalista, es decir, la búsqueda de la ganancia. Los problemas serían diferentes dentro de una economía planificada en función de las necesidades sociales. Por lo tanto es la ganancia —y en consecuencia la propiedad capitalista de los medios de producción— lo que es preciso combatir si se desea atacar las causas y no sólo los efectos de la crisis actual.

Pero la crisis económica es inevitable. La llama de mayo de 1968 no está apagada; renacerá mañana reforzada por la prueba y la experiencia de un semifracaso. Por ello, no hay actualmente tarea más importante que la de crear las condiciones necesarias para que el movimiento no se desmorone una vez más.

De todos modos las cosas no serán más como antes. En la universidad y en algunas empresas, los estudiantes y los trabajadores han sacudido de modo irreversible las viejas estructuras burocráticas. Es importante que se defiendan las posiciones de poder o de rechazo que ellos han conquistado. Es importante que se utilicen para nuevas conquistas, para una nueva ofensiva contra el

poder central. Es importante que se conserven las estructuras originales que el movimiento se ha dado en la acción. Es importante que se adapten a las nuevas exigencias de una acción a más largo plazo, de una explicación política más profunda.

Cualquiera sea el gobierno de mañana, cualesquiera sean los resultados de la consulta electoral, el porvenir no dependerá de una mayoría parlamentaria o de un equipo ministerial, sino de la relación de fuerzas en las empresas y en general en la sociedad. Dependerá, en gran parte, de la capacidad de los trabajadores comunistas y de los demás militantes de la CGT para imponer en sus organizaciones una línea conforme a las aspiraciones de la base. Dependerá de la organización y del desarrollo de un movimiento revolucionario, en el cual la convergencia de los objetivos no debe excluir la diversidad, garantía de la libertad y del respeto del hombre en la sociedad que queremos construir.

Pensamos que nuestro partido puede cumplir un papel positivo en este movimiento. Pensamos que los acontecimientos han mostrado la necesidad de un partido socialista auténtico, profundamente arraigado en la sociedad y en las fábricas. Pensamos que las posiciones que hemos defendido eran justas y que un partido más poderoso hubiese permitido darles mayor eficacia.

Esta es la razón por la cual tratamos de consagrar todos nuestros esfuerzos al desarrollo de estas tendencias, al desarrollo de nuestro partido. Una amplia campaña de clarificación, de la cual las elecciones no son más que un aspecto, permitirá hacer comprender nuestras posiciones y llevar adelante públicamente amistosas discusiones con nuestros compañeros de la izquierda.

La izquierda entera debe obstruir el paso a la contraofensiva golista. Debe organizar la defensa contra la delación, la provocación y la violencia de los llamados "comités de acción cívica". Pero la unidad necesaria contra la amenaza no debe ser un pretexto para eludir los problemas. A fin de que mañana sea posible la victoria, es preciso que las responsabilidades sean claras, es preciso que se refuerce la línea surgida del movimiento de mayo de 1968.

Nosotros hacemos un llamado a todos aquellos que quieren participar en esta tarea, a sostener la acción del Partido Socialista Unificado y a estrechar las filas.

Mesa redonda en Radio Luxemburgo *

DEFINICIÓN DE LAS TENDENCIAS DE LOS TRES MOVIMIENTOS

A.G.: Me encuentro aquí en calidad de representante de uno de los sindicatos de la Federación de Educación Nacional, cuyos integrantes tienen las opiniones más diversas. Nuestro sindicato no representa una fracción ligada a una de las grandes familias políticas francesas. Las actitudes definidas que ha debido asumir en estos últimos días se deben a las circunstancias. En un primer momento, los profesores han analizado el sentido del movimiento en el plano sindical y luego en su significado más amplio. Saben que las causas profundas de la inquietud estudiantil exigen soluciones. La desocupación para quien termina su carrera en la facultad de letras o en el campo de la investigación científica pone de manifiesto la necesidad de una reforma universitaria y, consecuentemente, de una reforma de la sociedad, en la medida que ésta no pueed crear por sí sola un ritmo armonioso. Mantenemos la misma batalla que los estudiantes, es cierto que con algunas divergencias, pero no hasta el punto de romper el acuerdo respecto a la conducción de las acciones.

El SNE-Sup contaba antes de los acontecimientos con 6.700 afiliados, de los cuales 1.200 son profesores y asistentes, es decir, que una tercera parte de los mismos son universitarios.

J.S.: En lo que respecta a los estudiantes, su división en distintas tendencias es más acentuada que entre los docentes. La UNEF no es el único sindicato estudiantil, por cuanto el gobierno ha

* 17 de mayo de 1968.

creído oportuno crear una organización rival. Decimos que la UNEF es el sindicato de los estudiantes progresistas y revolucionarios. Aún dentro de la UNEF existen varias tendencias, pero actualmente se ha producido un reagrupamiento en la acción a partir de las propuestas del Comité directivo de la UNEF.

Es difícil conocer el número exacto de nuestros afiliados, pero teniendo en cuenta los miembros presentes en las asambleas generales, creemos agrupar cerca de 70.000 estudiantes.

O.G.: El *Movimiento 22 de marzo* constituye una pequeña minoría dentro de la UNEF. El movimiento se formó a partir de una crítica de los "grupúsculos". Habíamos comprobado la esterilidad de las divergencias verbales frente a la posibilidad de la acción común. No organizábamos nada juntos. Durante la famosa noche del 22 de marzo tratamos de definir los posibles límites de una participación de todos los "grupúsculos" en una misma acción política: el rechazo de la universidad. En un origen integrábamos varias tendencias. Poco a poco, los miembros de los "grupúsculos" se nuclearon en un movimiento más radical: el 22 *de marzo*. Todavía no se ha logrado la cohesión, pero el movimiento está vivo.

J.S.: Quiero subrayar que para nosotros, el número de nuestros afiliados importa mucho menos que el número de personas que siguen nuestra línea. Si nuestros afiliados son 70.000, la cantidad de personas que nos siguen supera ampliamente esa cifra y los acontecimientos se han encargado de probarlo. Así, aún antes de los sucesos, constatamos que más de la mitad de los estudiantes se reconocían dentro de la UNEF.

¿CUÁL ES LA UNIVERSIDAD IDEAL QUE DEBE SUSTITUIR A LA QUE QUIEREN "DESTRUIR"?

O.C.: No creemos que sea posible definir una universidad ideal. Es a través de *la crítica* de lo ya existente que llegaremos a definir las características del ideal universitario. Sabemos que la universidad no es una entidad aislada dentro del complejo de la sociedad en que vivimos sino que está estrechamente ligada al mismo. No se puede, por lo tanto, cambiar la universidad sin cambiar la sociedad a la cual corresponde. Es posible poner en práctica mejores formas de funcionamiento de la universidad

dentro de esta sociedad; de tal modo nos encontraremos sólo frente a una universidad más funcional pero no ideal.

J.S.: La fórmula "universidad ideal" no es correcta. De todas la discusiones actuales surgen propuestas muy concretas sobre varias cuestiones: los exámenes por ejemplo, o —en un sector más importante— la estructura de las escuelas superiores. Por lo tanto, el problema no consiste en reflexionar sobre una base utópica sino en reflexionar en función de una situación práctica, de un análisis crítico y de elaborar propuestas en base a esta situación.

Los estudiantes formulan dos tipos de propuestas: las que tienen en cuenta las obligaciones de fin de año (los exámenes y la continuación de las clases); es necesario resolver concretamente estos problemas. Y, por otra parte, las propuestas que consideran problemas más generales que por el momento no pueden alcanzar la solución ideal: ¿Qué función debe cumplir la enseñanza? ¿Cuál debe ser el contenido de los estudios? Los estudiantes tratan de sentar las bases de una nueva universidad reuniéndose, pero no se pueden pretender soluciones inmediatas porque recién estamos en los comienzos de esta fase constructiva (lo que no se ha hecho en diez años no puede hacerse en pocos días) y porque, sobre todo, cualquier solución decisiva de los problemas de la universidad pasa a través de la discusión en el ambiente universitario.

A.G.: Desde hace algún tiempo hemos emprendido un análisis crítico de la universidad y precisamente el objetivo de nuestro último congreso fue la tentativa de modificar una cierta práctica universitaria. En él adelantamos algunos temas capaces de apresurar las soluciones: la crítica a la vieja estructura de las facultades que representa un verdadero obstáculo, de la cual surgían la propuesta de creación de departamentos interdisciplinarios, la constatación de la falta de posibilidades para los estudiantes eliminados durante el curso de los estudios, la proposición de estructuras diversificadas capaces de suministrar una formación profesional, la reivindicación de una mayor autonomía para los institutos de instrucción superior, la modificación de los procedimientos de nombramiento de los docentes superiores, la reivindicación de comisiones compuestas por docentes y estudiantes.

Después de dos años, todo esto no ha encontrado aún la menor respuesta.

Nos encontramos frente a un doble obstáculo: por un lado, algunos "mandarines" que se oponían a la modificación de la universidad y por otro el gobierno, que trataba de racionalizar un sistema sin modificarlo. Creemos que el debate actual es muy importante y por ello planteamos nuevamente todas estas discusiones. Pero vamos más lejos aún: nuestros egresados se encuentran actualmente en una situación insostenible, sin posibilidades dentro de la sociedad. Por otra parte, hemos comprobado que los estudiantes salidos de la universidad que entran a formar parte de los cuadros —cuando eso es posible— se encuentran de tal modo integrados dentro del sistema social que no lo rechazan más.

O.C.: No somos un movimiento sindical. No nos preocupamos solamente de los problemas propios de la universidad sino también de los problemas de la sociedad. A partir de un análisis político sereno y meditado, hemos llegado a la conclusión de que el único cambio interesante es el cambio revolucionario, capaz de incidir en la sociedad. Desde el momento en que estamos en la universidad combatimos dentro de ella, pero sabemos que todo está estrechamente ligado. Nuestra crítica de la universidad no puede dejar de desembocar en una crítica de la sociedad; de aquí la necesidad de extender nuestra acción y de superar los límites de la universidad.

J.S.: Creo que el hecho de que la acción desarrollada actualmente se manifieste en todo momento como una acción política no se debe tan sólo a los sucesos de la semana pasada. La intervención de la policía, el comportamiento de los ministros de Educación Nacional y del Interior motivaron el planteo de los problemas en términos políticos. En el desarrollo de cualquier sistema económico actual, la instrucción asume el papel principal; quiérase o no, cualquier objetivo avanzado desemboca en la política. Pero yo me diferencio de Castro respecto a que dentro de la UNEF la batalla política se desarrolla junto a una cierta política universitaria; es cierto que la lucha no se limita al sector universitario, pero para nosotros, los miembros de la UNEF, tiene

prioridad la acción en la universidad porque luchamos dentro de ella.

A.G.: Si en otra ocasión propusimos soluciones que no tuvieron respuesta, actualmente creemos encontrarnos en una situación de fuerza. Por otra parte, la experiencia de veinte o treinta años de lucha del movimiento obrero o sindical en Francia, demuestra que si se abandona una situación de fuerza no se obtiene nada a través de las tratativas. En lo concerniente a lo que sucede dentro de la universidad, hay ciertas acciones que son irreversibles, tales como la presencia de estudiantes y profesores en las barricadas y la participación de los estudiantes en la elaboración de nuevas estructuras universitarias.

Quizás vayamos demasiado lejos, pero jamás hemos obtenido nada empleando otros medios.

EL PROBLEMA DE LOS EXÁMENES

A.G.: Respecto a los exámenes existen dos problemas. Un problema a largo plazo, con el cual queremos cuestionar radicalmente el sistema de exámenes; ellos no corresponden al valor real de los candidatos y falsean el sistema universitario fundado únicamente sobre la preparación para estos exámenes y sobre la adquisición de conocimientos o de métodos de pensamiento. Por otra parte existe un problema más inmediato, el de conseguir la terminación de este año académico de modo que no se pierda totalmente. Para ello pedimos un aplazamiento de los exámenes.

Cuando, en nombre de los profesores, he tomado la tarea de decir a los estudiantes que en ningún caso serían perjudicados, que se encontraría un modo de realizar el control de los conocimientos que permitiría por este año —a título provisorio— la obtención de los diplomas, creo no haber sido desmentido. Pero nosotros queremos que esta estructura transitoria constituya desde ya, un comienzo de la estructura definitiva.

J.S.: Respecto a los exámenes tenemos una posición de principio que siempre ha sido muy clara: estamos en contra del sistema de exámenes porque hemos podido comprobar que ellos son un medio de selección y de segregación social. Las comisiones ya

están considerando un sistema para el control de los conocimientos y de los contenidos y método de aprendizaje de los conocimientos. Para este año no podemos poner en una situación de desventaja a los militantes del movimiento respecto a los demás. Corresponde a los estudiantes, dentro de las diversas disciplinas, encontrar el modo según el cual deberán llevarse a cabo los exámenes.

Por otra parte consideramos positivas las declaraciones de autonomía hechas actualmente por la universidad, aún cuando esto podría constituir una posibilidad para que el gobierno instaure lo que él desea: un sistema universitario de competencia entre ellas. Queremos evitar este peligro y con tal propósito precisaremos nuestros objetivos respecto a esta cuestión. Para nosotros, la autonomía es importante porque permite que se lleven a cabo realmente las decisiones de los estudiantes y profesores. Solicitamos: 1) que los estudiantes discutan el procedimiento y los métodos de obtención de los diplomas; 2) que se cambie el contenido de los exámenes; no queremos ya las tradicionales disertaciones sino sobre todo un trabajo de discusión por grupos; 3) que los estudiantes participen en la votación y decisión final.

¿CON QUÉ SOCIEDAD QUIEREN USTEDES SUSTITUIR LA SOCIEDAD QUE RECHAZAN? ¿CON LA SOCIEDAD SOCIALISTA?

O.C.: En lo que nos concierne, el movimiento estudiantil no nos interesa. El problema esencial es el de situarse en una perspectiva crítica hacia la sociedad en que vivimos. Todas las posiciones que tienden a justificar esta sociedad no nos interesan. Nuestro punto de vista es el del rechazo de la sociedad y del poder. No se trata de transformar las relaciones de producción, sino de transformar la noción misma de trabajo económico. Por lo tanto se trata de una revolución.

En los países del Este se ha sustituido la burocracia del poder burgués con la burocracia del partido comunista establecido como líder de la clase obrera; en tales países, el problema del poder no ha sido resuelto sino que se lo ha dejado de lado. Pues bien, dentro de una parte del *Movimiento 22 de marzo* (otra tendencia no está de acuerdo en esto) queremos someter a discusión no

a aquellos que detentan el poder sino la idea misma de un poder, de una jerarquía, de una dirección.

J.S.: Soy muy prudente respecto a este problema. ¿Qué significa la reivindicación genérica de una "sociedad socialista" teniendo en cuenta las críticas que podemos formular a los socialismos existentes? No se debe tratar de llevar delante una nueva fórmula para sustituir una fórmula vieja. Es necesario tener presente la realidad, que no es una fórmula sino que se construye, que se crea progresivamente. Queremos una sociedad diferente, donde no exista más la explotación de los trabajadores y creemos que serán los trabajadores en lucha quienes creen esta sociedad.

A.G.: Cuando lleguemos a decir que deseamos una sociedad socialista, teniendo en cuenta de qué modo ha sido explotado este término, no habremos hecho grandes progresos. El movimiento se encuentra sólo avanzado.

¿A QUÉ MOVIMIENTO POLÍTICO ESTÁN LIGADOS?

A.G.: Durante la guerra de Argelia milité en el PSU, del cual hace ya tres años que me he separado. Personalmente, en este momento, como la mayor parte de los miembros del comité directivo de mi sindicato, salvo una o dos excepciones, no estamos ligados a ninguna organización política.

J.S.: Son muchos los estudiantes que militan en partidos políticos. Pero el movimiento que se ha desarrollado en estos días se ha formado más allá de las discursiones políticas y del juego parlamentario. Todas las actuales discusiones mantenidas en la Asamblea Nacional han pasado desapercibidas a los ojos de los estudiantes.

O.C.: Creemos que no hay nada más saludable que la crítica y la autocrítica. Como *Movimiento 22 de marzo* nos hemos planteado los siguientes problemas: el movimiento obrero conoció una derrota en 1922 y las promesas del marxismo y del leninismo no fueron mantenidas. Hemos extraído tres conclusiones: que la organización es incapaz de poner en práctica su teoría, que la

misma teoría debe ser reconsiderada y que la sociedad en que se producen estos movimientos revolucionarios es una sociedad transformada. Hasta que no se realicen estas críticas no existen nuevas perspectivas posibles.

¿CUÁLES SON SUS RELACIONES CON EL PARTIDO COMUNISTA?

A.G.: Como sindicato, no deberíamos mantener mayores relaciones con una organización política que con otra. Hemos entablado discusiones con el Partido Comunista cuando elaboró un proyecto para la reforma democrática de la educación: en aquella ocasión dijimos lo que pensábamos al respecto y lo publicamos en nuestra revista. Por el contrario, dentro de nuestro sindicato tenemos relación con militantes comunistas, que son bastantes numerosos, pero los consideramos como militantes sindicales y no como militantes del PC.

A nivel de la dirección de nuestro sindicato, y también en la universidad, hemos estado muy preocupados por las posiciones asumidas por el PC al comienzo de esta crisis. Pero nos negamos a caer en un anticomunismo carente de sentido. El PC asume las posiciones que cree oportunas y reconocemos su derecho de ser lo que es. Pero, a cambio de esto, le pedimos que reconozca a los sindicalistas el derecho de ser sindicalistas, a los anarquistas el de ser anarquistas, a los trotskistas el de ser trotskistas y de reconocerse como tales. Es la única reivindicación a formular en una confrontación con el PC.

O.C.: El PC francés es un partido que posee una gran lógica y que determina una estrategia que no es la nuestra. Se discute con él sin estar de acuerdo, pero el PC representa una fuerza que debe tenerse en cuenta. Nos colocamos a la izquierda del PC francés; creemos que dentro de la sociedad capitalista francesa están dadas las condiciones para que se produzca una revolución violenta.

El PC tiene una posición difícil frente a nosotros: ha condenado a los militantes del *Movimiento 22 de marzo* como provocadores y anarquistas; luego, teniendo en cuenta que la crisis estudiantil era general, se ha visto obligado a reconocer nuestros aspectos positivos; además, en este momento el problema no es el de los

estudiantes sino el de la clase obrera. Creemos que las fuerzas organizadoras no son las más adecuadas para conducir la lucha. Nosotros somos más duros, más revolucionarios que los dirigentes comunistas. Por ello queremos que el PC nos reconozca como interlocutores válidos, como una fuerza política que merece considerarse y no como provocadores.

J.S.: La posición del PC en la confrontación del movimiento estudiantil me parece secundaria. No creo que todos los militantes del PC hayan estado de acuerdo con las posiciones asumidas en esta ocasión. Personalmente no considero al PC como un partido revolucionario. Pero lo que sí es importante es la posición que tomará frente a los acontecimientos que se producen en estos momentos, acontecimientos significativos que se multiplican constantemente, porque el problema del PC es el problema de la organización de la clase obrera. Por consiguiente, ¿cómo conducirá el PC la lucha obrera por el socialismo? Este es el único problema real.

¿USTEDES RECHAZARÁN O ACEPTARÁN LA TRATATIVA CON EL GOBIERNO?

O.C.: El *Movimiento 22 de marzo* es un movimiento político y se interesa ante una sola comprobación: el poder es débil frente a un encuentro directo en la calle, retrocede ante la decisión de los militantes y de los manifestantes. Las tratativas no nos conciernen, no nos interesan. El frente no está ya a nivel de la universidad y decimos claramente que, en cierta medida, nos desentendemos de la universidad; lo que queremos es que la experiencia de la crisis estudiantil se trasmita al mundo obrero.

J.S.: El problema del futuro es importante, más importante que el de la tratativa. Mientras los estudiantes estén reflexionando o haciendo proposiciones, la tratativa se resolverá por sí sola: un contrato suscripto alrededor de una mesa no representa una oportunidad. Se presentarán propuestas que, al mismo tiempo, serán directivas para la lucha y soluciones a obtener. Propondremos públicamente una plataforma. El gobierno aceptará lo que él quiera. Nosotros continuaremos luchando para obtener aquello que no hayamos obtenido respecto a la selección y a otros puntos.

No hay necesidad de tratativas, de negociaciones. De cualquier modo, el gobierno no es un interlocutor para nosotros.

A.G.: Llevaremos adelante reivindicaciones concernientes a la universidad. Las haremos conocer al gobierno y a la opinión pública ya que no queremos acuerdos secretos dentro de las comisiones. Queremos un debate público. No somos los consejeros técnicos del gobierno, no la ayudaremos a resolver las dificultades. Quizás el debate se lleve a cabo gracias a nuestra mediación, pero se llevará a cabo entre los militantes que han ocupado las facultades, entre los obreros que ocuparon las fábricas y el gobierno, y no entre algunos dirigentes y el gobierno.

Actualmente se habla mucho de amnistía, pero nosotros no queremos volver a la situación anterior. Queremos la solución de los problemas de fondo.

Waldeck-Rochet

Informe al Comité Central del PCF*

Los acontecimientos que signaron la vida de Francia en mayo y junio reclaman el examen detallado y profundo de nuestro Comité central.

El éxito de la gran huelga con sus nueve millones de participantes mostró el enorme potencial que se había acumulado en las masas populares, revelando además la fuerza del movimiento sindical y de la clase obrera. Los trabajadores comprendieron que esa fuerza estaba en su cohesión. La necesidad de la unidad de la clase obrera es sentida hoy más vivamente que nunca. La clase obrera expresó con fuerza su voluntad de obtener la satisfacción de las propias reivindicaciones, el progreso social y la democracia.

Sin embargo, un hecho paradojal se presenta ante nosotros. No obstante el extraordinario movimiento reivindicativo de los trabajadores manuales e intelectuales, las elecciones se caracterizaron por un violento desplazamiento a la derecha. La nueva Asamblea nacional contiene una humillante mayoría de diputados golistas: ella será una mera caja registradora, donde la voz de la oposición sólo podrá hacerse sentir con mucha dificultad. El hecho de que un solo partido, el golista, monopolizará todo el poder constituye un grave peligro para las libertades democráticas, un paso muy inquietante hacia la fascistización del régimen.

Esta es la situación aparentemente contradictoria y desconcertante que debemos hoy analizar. Debemos extraer las enseñanzas de un período particularmente rico de acontecimientos y de elevación de la acción política, a los fines de dar un juicio fun-

* Nanterre, 8-9 de Julio de 1968.

dado sobre la conducta pasada de nuestro partido y de definir correctamente sus objetivos para un futuro próximo.

EL MOVIMIENTO DE LOS ESTUDIANTES Y SU ORIENTACIÓN

Cronológicamente, el movimiento estudiantil abrió el período de intensa actividad política que hemos vivido. Este movimiento debe ser visto en su doble aspecto: por una parte fue expresión y resultado de un descontento profundo y legítimo, al que nuestro partido demostró siempre compresión, simpatía y solidaridad subrayando su natural convergencia con la lucha obrera; por otra parte, el descontento fue aprovechado desde el comienzo por grupos extremistas de izquierda dirigidos por elementos equívocos e irresponsables.

Resulta innecesario detenerse demasiado en las raíces del descontento de los estudiantes y de la crisis de la Universidad. *Es incontestable que el movimiento de los estudiantes ha revelado la gravedad de la crisis de la Universidad francesa y la necesidad de una reforma profunda.*

Hasta ahora nuestro partido ejerció en los ambientes estudiantiles una influencia por cierto no despreciable, pero sin embargo netamente insuficiente, lo que como es natural repercutió de manera negativa en el reciente movimiento.

No obstante, hace mucho tiempo que nuestro partido se viene ocupando de la reforma de la universidad. Veinticinco años antes, en setiembre de 1943, en la noche oscura de la ocupación, presentamos al Consejo Nacional de la Resistencia un texto detallado que se titulaba *Esbozo de una política francesa de la instrucción.* Era una propuesta de reordenación y de modernización de la base de la enseñanza francesa.

Cuando la Liberación, la comisión oficial para la reforma de la instrucción fue presidida —y ésto es para nosotros un motivo de honor— por dos profesores comunistas: Paul Langevin y Henri Wallon. La comisión presentó en 1947 su informe, una verdadera "carta" de renovación radical de la instrucción francesa y de su democratización. Han pasado más de veinte años. Nada de todo ello fue realizado, ni por los ministros de la tercera fuerza de 1947 a 1958, ni por el gobierno golista desde 1958 en

adelante. Por su parte, el PCF continuó su esfuerzo de búsqueda y de creación. Presentó, hace ya algunos meses, un programa completo y detallado sobre la reorganización de la enseñanza en las estructuras y en la selección, en los programas y en los métodos.

En primer lugar, la enseñanza superior no es democrática en lo que respecta a la selección. Mientras los obreros y los campesinos forman la mayoría de la población, constituyen solamente el 12% de toda la población estudiantil. Les es negada a los estudiantes toda participación en la organización y en la gestión de la enseñanza. El golismo directamente los ha excluído de la cogestión de la actividad universitaria. Es natural entonces que los estudiantes reivindiquen el derecho de participar en la gestión de la universidad. Los estudiantes están preocupados por la desocupación y por la falta de perspectivas. Están justamente irritados por lo inadecuado de la enseñanza y por la esclerosis de los métodos pedagógicos, lo que es agravado por la falta de personal y de medios.

Es por esto que el movimiento estudiantil, considerado en sí mismo, marcha en una dirección y obedece a impulsos que coinciden con las luchas de la democracia y con los objetivos de los demócratas.

Los problemas de la renovación de la universidad han sido frecuentemente planteados de manera interesante por los estudiantes: estamos con la masa de los jóvenes estudiantes porque sabemos que se trata de una juventud que quiere comprometerse, de una juventud que revela un auténtico potencial democrático.

Al mismo tiempo, esta juventud estudiantil, que proviene de un ambiente burgués o pequeño burgués, no se adhiere fácilmente a las posiciones de la clase obrera. Aún cuando rechaza las estructuras universitarias reaccionarias y la enseñanza de clase que recibe en la mayor parte de los casos, cede fácilmente a la tentación del oportunismo, especialmente en su variante de izquierda.

Para comprender lo ocurrido, no es posible hacer abstracción de la composición social del ambiente estudiantil o considerar superadas las enseñanzas de los clásicos del socialismo científico a este respecto. Marx y Lenin nos han puesto en guardia muchas veces contra la inclinación de la pequeña burguesía, especialmente de la pequeña burguesía intelectual, a actitudes y a dis-

cursos ultrarrevolucionarios, anarquizantes y pseudorrománticos.

Así se explica cómo algunos grupos, que dicen pertenecer al anarquismo, al maoismo, al trotzkismo y el "guevarismo", aunque sólo cuentan con un número restringido de adherentes, hayan podido arrastrar a millares de estudiantes detrás de sus posiciones demagógicas.

La posición del gobierno fue la de provocar sistemáticamente la exasperación de los estudiantes, haciendo ocupar, por ejemplo, la Sorbona por la policía y reprimiendo las manifestaciones, con el fin de provocar *la violencia, que se esperaba* suscitaría un efecto de terror y de repulsión en amplios estratos de la población. Estos últimos se habrían refugiado entonces en el poder salvador.

Se llegó así a las espectaculares barricadas de automóviles a los que se prendía fuego. Aquellas noches de desórdenes sin resultados para el movimiento estudiantil no podían causar ninguna inquietud al regimen golista. Por el contrario, ponían en movimiento a su favor la "máquina del terror".

Hay un viejo adagio que para encontrar al culpable, aconseja buscar a quien obtiene ventajas de la fechoría. La clase obrera ha aprendido a través de una dolorosa experiencia el papel tan importante que desempeñó la provocación en la historia del movimiento proletario y democrático. Sabemos además en qué medida, por ejemplo, el movimiento anarquista de fines del siglo XIX estaba copado por la policía. En 1933, Hitler se había hecho elegir por un plebiscito incendiando el Reichstag y culpando a los comunistas.

Para presentarse como el restaurador del orden y como un salvalor, *el régimen golista tenía necesidad de barricadas* incendiadas, levantadas y quemadas por jóvenes sin experiencia política, manipulados y dirigidos por elementos equívocos!

De todos modos, el movimiento obrero francés hizo una experiencia decisiva del izquierdismo y de sus consecuencias. Todos los grupos extremistas, sostenidos durante el último período por el PSU, surgieron con el propósito de dañar al PC y sirven solamente para desviar al movimiento obrero y democrático.

Nuestro partido ha recordado y recodará tanto a los estudiantes como a los trabajadores que en política, en el movimiento real de las masas, lo que cuenta no son los discursos y las actitudes; es la

orientación real de la acción, es saber a quién sirve en definitiva esta o aquella acción, esta o aquella línea: a la oligarquía y al gobierno reaccionario, o bien a la causa del mundo del trabajo y de la democracia.

La lucha por una reforma democrática de la universidad, por la obtención de un cuarto del presupuesto del Estado para la instrucción nacional, por una organización de los estudios que permita a los estudiantes necesitados estudiar todo el tiempo mediante préstamos garantizados a la salida de la universidad y de las escuelas, esta lucha debe proseguir con la participación del mayor número de estudiantes y de profesores.

Nuestro partido dará a esta lucha todo su apoyo y prestará, además, toda su ayuda a la Unión de los estudiantes comunistas.

LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO DE HUELGA

Se ha dicho que el movimiento estudiantil fue el detonador del gran movimiento de huelga de los obreros, de los técnicos, de los empleados y de los funcionarios. Hacemos notar que hablar de "detonador" significa admitir que se había acumulado materia inflamable en la clase obrera.

Sabemos sin embargo que no es suficiente que un hecho sea anterior a otro para que sea su causa.

La causa de la huelga, sin precedentes por su amplitud, no tiene nada de misterioso: es la política del poder de diez años a esta parte. Es la indiferencia cínica de los cuadros dirigentes hacia las necesidades improrrogables y la apropiación de todos los frutos del progreso científico y técnico por parte de la oligarquía. Y la clase obrera no había esperado los hechos del Barrio latino para mostrar su descontento. ¿Es necesario recordar la huelga de treinta y cinco días de los mineros en 1963? ¿Es preciso evocar las grandes jornadas del año pasado, las del 1º de febrero, del 17 de mayo, de 13 de diciembre, o la fuerza significativa de las manifestaciones del último 1º de mayo? ¿No era quizás una expresión de la voluntad de lucha de las masas la aceptación de la CFDT al acuerdo reivindicativo con la CGT?

¿Es quizás por azar que desde principios de año se han verificado decenas de interrupciones del trabajo y de acciones reivindicativas en las fábricas Renault?

En el plano electoral, el debilitamiento de las posiciones del régimen autoritario ha sido continuo desde 1962. Lo prueba la derrota del general de Gaulle en el primer turno de las elecciones presidenciales de 1965, y la elección de un gran número de diputados comunistas y de otros democráticos en las consultas del año pasado, el descenso del partido golista al 38% de los votos. Las elecciones parciales más recientes habían confirmado la misma tendencia. Como consecuencia surgieron contradicciones y disentimientos en el interior de la mayoría parlamentaria. En el pueblo, por el contrario, la voluntad de cambio crecía y a pesar de las maniobras antiunitarias, a pesar de los obstáculos, el acercamiento entre las fuerzas de izquierda había logrado algún éxito, reforzando así las esperanzas de las masas populares.

En verdad, los síntomas que preanunciaban la explosión se estaban acumulando. Y *nadie puede ser reconocido* culpable de ello, excepto los gobernantes que, desde hace diez años, han sacrificado los intereses y las aspiraciones de las masas trabajadoras a las exigencias y la rapacidad de la obligarquía capitalista. Precisamente antes de huelga, en abril, se anunciaba oficialmente que la producción industrial había aumentado en un 63% en diez años. Así, la riqueza nacional se había acrecentado enormemente. Y sin embargo, los trabajadores veían crecer solamente las dificultades para ellos y para sus familias. El aumento de la producción no les correspondía.

El mecanismo que mantiene unidos a los monopolios y al aparato estatal trabajaba para el enriquecimiento de la burguesía y la expoliación de las masas trabajadoras. El pretendido saneamiento de la economía, la acrecentada capacidad competitiva de la industria francesa, considerados como necesarios frente al Mercado común y a la apertura de las fronteras, eran realizados sólo mediante medidas que intensifican los ritmos de acumulación del capital y arrancaban sacrificios de los trabajadores. La expansión era concebida sólo a condición de una lucha contra los intereses vitales de las masas populares.

Vivimos en la época de las posibilidades técnicas prácticamente infinitas. El gobierno tiene medios para vencer la pobreza, para dar a cada uno la posibilidad de satisfacer sus propias necesidades, y sin embargo las estadísticas indican que doce millones de franceses, uno sobre cinco, viven en la miseria. El 10% más rico de la

población goza de un ingreso 74 veces mayor que el del 10% más pobre. El gobierno posee los medios para ofrecer a todos una instrucción útil y una utilización inteligente de sus capacidades, y sin embargo en los hechos no ofrece otra cosa que una instrucción mutilada y la desocupación para centenares de millares de jóvenes.

Un millón de personas sufren la desocupación parcial. El número total de desocupados, sin contar los jóvenes que nunca trabajaron, alcanza el medio millón. Y he aquí que la prensa económica da como inminente el paso a 700.000 desocupados. La concentración capitalista, prevista en escala tal que el 15% de las empresas industriales deberá desaparecer en el plazo de diez años, arroja a los obreros a la calle. Sectores íntegros de la economía nacional, regiones enteras están aquejadas de una inmovilidad insostenible.

Simultáneamente, los salarios eran gravados por el aumento de los precios, el peso creciente de los impuestos, el encarecimiento de los alquileres. Cuatro millones de asalariados que ganaban menos de 600 francos al mes estaban absolutamente imposibilitados de hacer frente a sus necesidades. La jornada semanal del trabajo era la más elevada de todos los países desarrollados.

La seguridad social, que desde hacía diez años había sido objeto de los primeros ataques del poder golista, era desmantelada en 1967.

El problema de los alquileres y de las estructuras sociales, de la instrucción y de la salud pública permanecían sin soluciones satisfactorias.

En los campos, cada año de poder golista estaba signado por la desaparición de 50.000 pequeñas explotaciones agrícolas y por el éxodo de 160.000 trabajadores agrícolas, obligados a convertirse en peones en la construcción y en la metalurgia, si no desocupados.

En todos los sectores, los métodos antidemocráticos del gobierno y de la administración se iban agudizando. Poderes públicos y patronal eran refractarios a cualquier diálogo auténtico, a cualquier participación real. En el Estado y en la industria, la autoridad imperaba y no aceptaba discusiones. En el sistema golista no existían interlocutores reales, intermediarios reconocidos, representantes políticos o sindicales admitidos en el diálogo. Las prédicas sobre

la asociación capital-trabajo en estas condiciones aparecen todavía *más ilusorias e hipócritas.*

EL DESARROLLO Y LA VICTORIA DEL MOVIMIENTO DE HUELGA

Estos son, por consiguiente, los orígenes del descontento acumulado, que no tiene nada que ver con el movimiento estudiantil en cuanto tal.

Lo cierto, en cambio, es que la gran huelga de solidaridad con los estudiantes víctimas de la represión, realizada el 13 de mayo a iniciativa de la CGT y las grandes demostraciones populares que la acompañaron, dieron a los trabajadores la neta conciencia de sus fuerzas y de sus posibilidades de lucha. Así se explica cómo, en los días que siguieron, los trabajadores de las empresas hayan definido sus propias reivindicaciones a instancias de la CGT, y cómo las interrupciones del trabajo con ocupaciones de fábricas comenzaron y se generalizaron rápidamente adquiriendo una amplitud nacional. Estos movimientos fueron decididos en todas partes mediante consultas democráticas a los trabajadores. Rápidamente, reunieron de ocho a nueve millones de obreros, empleados, técnicos y funcionarios.

Los huelguistas exigían la solución de los problemas económicos y sociales más urgentes: el mejoramiento de los salarios y de las relaciones, la estabilidad del empleo y de las retribuciones, la reducción de la jornada de trabajo sin quitas salariales, la disminución de la edad útil para la jubilación, la abolición de los decretos contra la seguridad social, el pleno ejercicio de las libertades sindicales en la empresa. La clase obrera expresaba simultáneamente su solidaridad con los profesores y los estudiantes en lucha por una reforma democrática de la universidad. Manifestaba su simpatía a los campesinos que exigían el cambio de una política agraria que expone a los trabajadores agrícolas a los golpes de la gran propiedad, de la banca y de los grandes monopolios.

La decidida acción de la CGT, la amplitud y la disciplina del movimiento de huelga, el apoyo activo acordado por nuestro partido a las organizaciones sindicales, obligaron a la gran patronal y al gobierno a conceder aumentos salariales y otras mejoras sustanciales para millones de trabajadores. La unidad y la fuerza del mo-

vimiento obrero impusieron al gobierno y a la patronal las negociaciones colectivas que ellos habían rechazado obstinadamente desde hace veinte años y que se han hecho célebres con el nombre de "Acuerdos de Grenelle".

Algunos éxitos iniciales fueron sancionados en el "Protocolo de Grenelle". Mientras el gobierno, desde hace muchos años, aumentaba con cuenta-gotas un salario mínimo interprofesional garantizado, que había quedado reducido a una suma irrisoria el SMIG ha sido aumentado de una sola vez en un 35%. En la agricultura, el salario mínimo fue aumentado en un 56% y aún más. Tan importantes mejoras fueron garantizadas a los trabajadores peor pagados: algunos empleados de comercio, pagados por debajo del SMIG vieron aumentar sus salarios en un 72%.

La supresión de las quitas zonales, el compromiso a reducir progresivamente la duración del trabajo hasta llegar a la semana de cuarenta horas, la perspectiva de una revisión radical de los contratos colectivos y del reconocimiento de los derechos y de la actividad de la sección sindical en la empresa, todo esto ha correspondido igualmente a reivindicaciones específicas.

En muchos sectores y empresas, la amplitud de las concesiones arrancadas a la patronal por la lucha obrera sobrepasa lo que había sido anunciado en el período 25-27 de mayo. Basta recordar, por ejemplo, que para los ferroviarios, el aumento de los salarios va del 10 al 16% y que el balance de tres semanas de huelga es superior a lo que el procedimiento Toutée había concedido en cinco años. En la electricidad, los salarios aumentaron del 11,5 al 20%. En la banca, el aumento medio es del 12,5% y pasa al 13,7 % en los empleados públicos.

Los sectores industriales no obtuvieron menos. El mejoramiento de los salarios va del 13 al 18%. La resistencia gubernativa y patronal se concentra contra los metalúrgicos, que son el corazón de la clase obrera, y especialmente contra los trabajadores del automóvil. Sin embargo, después de una encarnizada batalla, el personal de la Renault obtuvo mejoras considerables, obteniendo para algunos de los salarios más bajos un aumento de 62 viejos francos por hora. Finalmente, los trabajadores doblegaron la resistencia de la patronal más reaccionaria, la de la industria Citroen.

En lo que respecta a los horarios de trabajo, además de la re-

ducción de la jornada semanal de trabajo se lograron en muchos acuerdos, mejoras referidas a los subsidios anuales o a los subsidios por maternidad (Seguridad social). Una quinta semana de vacaciones fue acordada a los jóvenes asalariados en algunos sectores tales como las industrias alimenticias, papeleras y en el comercio.

En el sector público y nacionalizado fue concedida la indemnización de los días de huelga. En algunas administraciones y empresas la forma de recuperación no quedó precisada. En sectores como el comercio, donde no se respetaban las libertades sindicales, en general se obtuvo una extensión de estos derechos, aún antes del proyecto gubernamental previsto por los acuerdos de Grenelle.

Estas son las condiciones victoriosas bajo las cuales los trabajadores decidieron retomar el trabajo después de haber sido consultados democráticamente e informados en todos los casos por la CGT, cuya posición fue sostenida en toda ocasión con claridad y firmeza. No obstante la lucha prosigue en aquellas empresas donde la patronal, sostenida por el poder, no quiso aceptar soluciones justas y razonables.

Es necesario considerar como un gran éxito de la clase obrera el resultado de estas semanas de lucha de la que los trabajadores salieron con la cabeza en alto.

Las coincidentes propagandas del poder golista y de los extremistas de izquierda no ahorran esfuerzos para disminuir la importancia de las ventajas conquistadas. Ellos quisieran hacer dudar a los trabajadores de la importancia y de la eficacia de las luchas cotidianas de las masas contra la explotación capitalista. Pero los trabajadores conocen las advertencias de Marx: si ceden en el combate cotidiano contra el capital, se transformarían en una masa pasiva para la que no habría ya solución. Las frases revolucionarias más bellas, las declamaciones más enfáticas, nada podrían hacer.

Tal vez algunos trabajadores hayan sido turbados momentáneamente por la propaganda del enemigo. Tal vez algunos pensaron que la huelga les saldría cara, y otros posiblemente creyeron que en determinado momento "todo era posible". Pero tanto unos como otros se convencerán de lo contrario al analizar los dos grandes resultados del movimiento de mayo y junio. Por una parte, valorizarán los éxitos obtenidos en el plano material y se darán cuenta

que ningún progreso comparable a éste ha sido obtenido desde la Liberación en adelante. Por otra parte, juzgarán acertadamente las ventajas obtenidas por la organización sindical en el plano de la fuerza material y de la autoridad moral, en el fortalecimiento de la cohesión y de la combatividad obrera. Durante el desarrollo de este gran movimiento, la CGT, que tuvo un rol decisivo, ha recibido 400.000 adhesiones y miles de nuevos inscriptos.

HEMOS EVITADO LA AVENTURA SANGRIENTA Y SIN ESPERANZAS

El gran éxito arrancado en condiciones difíciles a un poder y a una patronal estrechamente asociados se debió a la capacidad de organización de los trabajadores, a su sangre fría y a su disciplina.

Su posición meditada y responsable en las fábricas, negocios y oficinas ocupadas, el cuidado en la vigilancia de las máquinas y en evitar todo exceso, y también el celo puesto en la marginación de consejeros venidos de afuera que luego no serían quienes pagaran los platos rotos, constituyó una considerable ventaja para el éxito final. Los obreros ocuparon las fábricas, pero también las protegieron. Hasta la prensa enemiga lo ha reconocido.

Por su parte, nuestro partido dio su apoyo total y activo a las luchas reivindicativas de los obreros, de los técnicos, de los empleados y funcionarios, lo mismo que a la batalla de la universidad por una instrucción moderna y democrática.

Pero el significado y el resultado de este gran movimiento obrero y democrático no se detienen aquí. Si este movimiento tenía como objetivo central obtener mejores condiciones de vida y de trabajo, revestía también —en cuanto se enfrentaba al poder golista, tutor y ejecutor de los intereses de los monopolios— un valor político.

Esto permitió a las grandes masas de nuestro pueblo expresar con fuerza su aspiración a un cambio total de la política seg en los últimos diez años. Propuso, con una energía sin igual d 1958, el problema de la sustitución del poder golista por un bierno democrático.

Y esta voluntad de cambios democráticos es la que los traba) dores expresaban cuando reclamaban, en oposición al poder per

sonal, un gobierno popular y de unión democrática, con una participación comunista.

Sobre este particular, *nuestro partido* estuvo guiado constantemente por dos preocupaciones esenciales, conforme a una línea definida por sus congresos:

1. Prestar un apoyo activo a la lucha de los trabajadores por sus reivindicaciones para que obtengan las soluciones a las que tienen derecho.

2. Realizar la unión, sobre una base clara, o sea sobre un programa común de todas las fuerzas comprometidas en la lucha, para lograr así, en el marco de la legalidad republicana, la sustitución del régimen golista por un gobierno realmente democrático, por un gobierno de unión democrática.

Nos hemos atenido a esta línea y hemos conservado la sangre fría. Hicimos todos los esfuerzos posibles para llegar a un acuerdo sobre un programa común de contenido social avanzado entre los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales, programa que ofreciera una alternativa democrática al poder golista, y que abriera una perspectiva a los millones de franceses que desean el cambio, pero que quieren saber hacia donde se dirigen.

No hemos dejado de subrayar la urgencia de tal programa, pero desafortunadamente hemos encontrado algunas resistencias.

Los dirigentes de la Federación de la izquierda no estaban convencidos de la idea de un programa común entre los partidos de izquierda, y los de la CFDT todavía menos. De allí que rechazaran participar en cualquier reunión donde se discutiera un programa común entre los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales.

Y, en ausencia de un acuerdo entre los partidos de izquierda sobre la base de un programa claro, hemos visto en cierto momento producirse una especie de conjunción entre algunos hombres de la izquierda no comunista y los grupos extremistas de izquierda. Esto se evidenció claramente en la manifestación en el estadio Charléty.

En distintos ambientes se elaboraban planes basados en la ilusión de que el poder quedaría vacante, que de Gaulle dejaría pronto su puesto.

Todavía hoy, el secretario del PSU, Rocard, sigue sosteniendo que en mayo pasado el poder estaba vacante, pero que el PC no se atrevió o no quiso tomarlo.

En realidad, y no obstante todas las divagaciones del secretario del PSU sobre las distintas maneras de tomar el poder, no es verdad que en mayo el poder estaba vacante, que bastaba una presión popular pacífica realizada a través de la huelga para asegurar la caída del régimen y el advenimiento de un gobierno de izquierda.

No sólo de Gaulle y su gobierno no manifestaron nunca su decisión de retirarse y de abandonar su puesto, sino que el 30 de mayo de Gaulle reafirmó su decisión de permanecer en pie por todos los medios, vale decir, hasta llamando al ejército de Massu.

Por otra parte, mucho antes del 30 de mayo, todo un dispositivo militar que comprendía numerosos medios blindados estaba preparado en las proximidades de la capital, y listo para intervenir.

Esto significa que las posiciones de hombres como Sauvageot, Rocard y también Barjonet, sobre la posibilidad de tomar el poder en mayo pasado son posiciones de irresponsables, si no directamente de provocadores.

En realidad, en mayo se debía optar por:

—Obrar de modo que la huelga permitiese satisfacer las reivindicaciones de los trabajadores y continuar, al mismo tiempo, en el plano político, la acción por los cambios democráticos necesarios en el marco de la legalidad, conforme a la posición de nuestro partido;

—o lanzarse a una lucha frontal, o sea insurreccional, recurriendo a la lucha armada para derrotar al poder mediante la fuerza, tal como sostenía la posición aventurera de algunos grupos extremistas de izquierda.

Pero, dado que las fuerzas militares y represivas se encontraban de parte del poder establecido, y que la inmensa mayoría del pueblo era absolutamente hostil o semejante aventura, es evidente que comprometerse en este camino significaba llevar los trabajadores a la masacre y buscar el aniquilamiento de la clase obrera y de su vanguardia: el Partido comunista.

¡Y bien! no, no hemos caído en la trampa, porque ese era el verdadero propósito del poder golista.

En efecto, el cálculo del poder era simple: frente a una crisis que él mismo había provocado con su política antisocial y antidemocrática, resuelve utilizar a la misma crisis para asestar un golpe

decisivo y duradero a la clase obrera, a *nuestro* partido y a todo el movimiento democrático.

Ese plan consistía en provocar a los trabajadores en huelga, estimulándolos a reaccionar violentamente contra las provocaciones y arrastrar así al movimiento obrero, y por lo tanto a nuestro partido, a un encuentro violento y sangriento con la policía y el ejército.

De ese modo la gran burguesía hubiera podido desbaratar por largo tiempo la lucha de la clase obrera, liquidar lo que queda de las libertades democráticas e instaurar en el país una dictadura militar.

Tenemos todas las razones para creer que a una operación de este tipo —más aún que a la simple preparación de volantes de propaganda anticomunista— se dedicaron los promotores de la campaña anticomunista decidida por la UNR en el congreso de Lille, a fines del año pasado.

Creyeron que los hechos de mayo les suministraban la ocasión tan soñada para llevar adelante sus planes. Pero nuestro partido hizo fracasar el cálculo criminal con la justeza de su política, con su sentido de la realidad y de la responsabilidad frente a la clase obrera y al pueblo.

Este es, sin lugar a dudas, *el mayor mérito* del partido y de su dirección durante la dura batalla de *mayo y junio*.

DE QUE MANERA LOS EXTREMISTAS DE IZQUIERDA HICIERON EL JUEGO AL PODER GOLISTA

Algunos políticos de corto alcance confundieron la realidad con sus propios deseos al abusar peligrosamente del estado concreto de la relación de fuerzas y al confiar en la vacancia del poder.

Los comunistas no hemos caído en ese estúpido error porque nuestro análisis de la situación era muy distinto. Recuerdo que en el número de *Cahiers du Communisme* que precedió a los acontecimientos de mayo hicimos el siguiente análisis. Luego de recordar el continuo debilitamiento del poder golista en los últimos diez años, la reducción progresiva de su base, su retroceso en las elecciones presidenciales de diciembre de 1965 y en las elecciones políticas de marzo de 1967, agregábamos:

"Sería un grave error creer que el poder caerá por sí mismo

o que está tan deteriorado y desacreditado que ya no dispone de recursos para sostenerse.

Es necesario no perder de vista su naturaleza de clase. Es el sistema deseado, querido, preparado desde mucho antes por el capital francés para descargar la responsabilidad de su política en Francia y en el mundo. No se puede decir que desde este punto de vista el poder golista no haya agotado tales deseos.

La gran burguesía desea que un régimen semejante se perpetúe más allá del mismo de Gaulle. Es así que desde hace algunos años adopta las medidas necesarias para que, de un modo u otro, el actual sistema reaccionario se mantenga en pie y continúe trabajando al servicio de sus intereses. Lo que teme fundamentalmente es una apertura democrática, un cambio en la orientación política que ponga en peligro todo el edificio del capitalismo monopolista de Estado en nuestro país.

Por esto es lícito considerar que el gran capital realiza encarnizados esfuerzos para dividir a la izquierda, por impedir que devenga mayoría en el país y se apropie democráticamente del poder en favor de las masas y de nuestro pueblo.

Debemos esperar muchas maniobras y llegado el caso, también el ejercicio de la violencia. Desde este punto de vista las lecciones de las conspiraciones que desembocaron en el 13 de mayo de 1958 enseñan que los instigadores y los beneficiarios ellas están prontos para cualquier cosa. Estas lecciones no deben ser olvidadas por la izquierda".

Este análisis exacto nos ayudó a desenmascarar el cálculo criminal del poder golista que quería arrastrarnos a un encuentro sangriento.

Entre el 25 y el 30 de mayo hemos asistido a una verdadera campaña de intoxicación destinada a hacer creer que el estado golista estaba prácticamente disuelto y que era suficiente inclinarse para recoger la sucesión. Esta campaña orquestada desde el poder mismo intentaba llevar a sus adversarios a asumir posiciones que les hubiese permitido hablar de ilegalidad, apelar al país y al ejército para hacer respetar su "legitimidad".

No obstante las presiones y las exigencias de que fue objeto nuestro partido por parte de los extremistas de izquierda de toda especie, hemos conservado nuestra sangre fría. No hemos olvida-

do que de Gaulle hizo siempre de la "astucia" un medio para gobernar, y que sabe combinarla con los procedimientos de fuerza. No hemos querido que la clase obrera francesa sufriera de nuevo la trágica suerte que le tocó en las jornadas de junio de 1848, ni que su canto de lucha se transformara en "una sonata fúnebre", como decía Marx para recordar la derrota de la Comuna de París.

Hicimos el máximo esfuerzo para permitir que la clase obrera en lucha hiciera oir sus reivindicaciones, evitando siempre caer en el encuentro sangriento que trataba de provocar el poder. Tuvimos en cuenta la situación real y estamos en condiciones de asegurar a los trabajadores una cantidad extraordinaria de mejoras económicas y sociales. Salvaguardamos y consolidamos las condiciones para proseguir la batalla por el *progreso social* y la *democracia* y, al *mismo tiempo*, evitamos la aventura que habría conducido a una derrota grave y duradera para el movimiento obrero y democrático.

Es por esto que desde el comienzo hemos denunciado con energía las palabras de naturaleza aventurera de los grupos extremistas de izquierda que, en su intento por arrastrar a los trabajadores y al movimiento democrático hacia un enfrentamiento violento con el poder, le hacían precisamente el juego al poder.

Por otra parte, es sabido que los grandes diarios burgueses, como *Le Monde* y *Le Figaro*, para no hablar de la radio, acordaron benévolamente un amplio espacio a las actividades y a las declaraciones del anarquista Conh-Bendit y demás extremistas de izquierda.

"¡Todo es posible!", decía Barjonet, retomando la expresión del trotzkista Marceau Pivert en 1936. "¡La situación es revolucionaria!" afirmaban los estudiantes de izquierda de toda especie difundiendo llamados a una "huelga *insurreccional*". El PSU y algunos dirigentes de la CFDT no se quedaron atrás al asumir estas posiciones extremistas, incitando a los trabajadores a no retornar *al trabajo, aún cuando ya habían* obtenido satisfacciones sustanciales.

Esto significaba al mismo tiempo tomar los propios deseos por realidad y caer en la trampa de la gran burguesía reaccionaria.

Es cierto que el movimiento de huelga, por su extensión y su contenido, constituía un importante cambio en las relaciones de fuerza en favor de los trabajadores en su lucha contra la gran

patronal y el régimen de los monopolios. Pero no se puede olvidar que los trabajadores entraron masivamente en lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo y no para imponer un poder político mediante la fuerza insurreccional.

Como decía Lenin frente a los charlatanes extremistas, "Decir que cada huelga es un paso hacia la revolución socialista es una frase absolutamente en el aire. Esto lo hemos escuchado y vuelto a escuchar hasta el cansancio todos los días que nos hizo el buen Dios, al punto que los obreros han rechazado estas frases anarquistas. Porque si es indiscutible que detrás de toda huelga existe en potencia la 'hidra de la revolución socialista', también es cierto que es absurdo sostener que toda huelga puede desembocar en la revolución".

Algunos hubieran querido que fuésemos "más lejos", es decir *más allá* de los objetivos por los cuales la clase obrera había luchado. Inspirándose en viejas teorías anarquistas sobre el pretendido papel decisivo de las "minorías activas", hubieran querido que nosotros "empujásemos" a la clase obrera, como si se pudiese pasar al socialismo "empujando" a la fuerza central de toda transformación socialista!

Y bien, apoyándose en esta idea aventurera, según la cual se debe "empujar" a los trabajadores, algunos pretenden justificar los espectaculares actos de violencia provocados por los *comandos* extremistas.

Deseo recordar que fue *justamente* la conciencia de lo perjudicial de estas concepciones y de estos métodos lo que llevó a Lenin a fines del siglo pasado a combatir a los "socialistas revolucionarios" rusos que habían recurrido a tales métodos. Hemos tenido en cuenta las enseñanzas de Lenin para combatir estas posiciones aventureras y en realidad antiobreras.

Los extremistas de izquierda proclamaban la existencia de una "situación revolucionaria" que hacía posible la derrota del capitalismo y la instauración de un poder obrero al tiempo que el poder golista, si bien debilitado, tenía aún la posibilidad de destrozar con la fuerza al movimiento obrero, y mientras que, por otro lado, no estaban dadas las condiciones para un acuerdo sólido y programático de los partidos de izquierda y de las organizaciones sindicales.

Entonces, con nuestra lucha en favor de las reivindicaciones de

los trabajadores y de nuestros objetivos de recambio democrático del poder golista, en el marco de la legalidad republicana, hemos desenmascarado el plan golista que intentaba destrozar el movimiento obrero y democrático.

Hemos sostenido y lo seguiremos haciendo, la idea de que se debe sustituir el poder golista de los monopolios por un gobierno de unión democrática surgido de la voluntad popular clara y democráticamente expresada, y no de la subversión. Porque en la fase actual, ésta es la única perspectiva que responde a los intereses de los trabajadores, de todo el pueblo y de la nación misma.

Y para lograr el triunfo de esta perspectiva no confiamos en la aventura sino en la lucha política, en la lucha pacífica de las más amplias masas populares.

Esta concepción de la lucha, en nuestra opinión, se atiene a cuestiones de principio que nuestro partido ha explicitado a menudo y que Engels expresa en términos de una actualidad sorprendente: "¿Comprende el lector —decía Engels— por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sabes? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía porque no nos lanzamos sin más a la calle, donde de antemano sabemos que nos aguarda la derrota? ¿Por qué nos suplican tan encarecidamente que juguemos, al fin, una vez, a ser carne de cañón? /.../ No somos tan necios /.../ Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida". Pero "para que las masas comprendan lo que hay que hacer, —agregaba Engels— hace falta una labor larga y perseverante".

Y bien, este es el trabajo que nuestro partido ha realizado con cierto éxito en el último período. Pero esta acción preocupa seriamente a los hombres del poder golista, a los hombres de la gran burguesía francesa. Es por eso que quisieron detener el ascenso del movimiento democrático intentando, con la colaboración de los grupos extremistas, hacerlo caer en la trampa de la ilegalidad, de la

violencia y de la aventura. Afortunadamente, nuestro partido ha desenmascarado ese plan.

LAS ELECCIONES Y SU RESULTADO

Debido a que nuestro partido evitó la prueba de fuerza que el poder buscaba, de Gaulle decidió explotar la situación de otro modo anunciando, el 30 de mayo, la disolución de la Asamblea nacional y fijando precipitadamente las elecciones para el 23 y el 30 de junio.

De Gaulle pensó, no sin razón, que el hábil y rápido aprovechamiento de la violencia desatada por los grupos extremistas efectuado por la propaganda oficial, la confusión, sabiamente alimentada por la misma propaganda, entre los grupos extremistas irresponsables y el PCF, el clima de miedo que hizo presa de una parte de la población, serían perjudiciales para la democracia y le harían el juego al poder.

Los resultados de las elecciones demostraron que el cálculo golista no era errado. En efecto, las cifras testimonian una clara victoria de la derecha. El partido golista, el partido del régimen autoritario, alcanzó en la primera vuelta alrededor del 44% de los votos, lo que significa un aumento del 5%. Disponen ahora en la Asamblea de una aplastante mayoría con 358 escaños.

Los reaccionarios del llamado "centro", que habían adoptado también ellos la técnica del miedo y elegido el anticomunismo como caballito de batalla, no consiguieron ventaja alguna ya que perdieron un sexto de sus votos. Se acabó para ellos cualquier perspectiva de incidencia política.

En conjunto, la derecha perdió terreno. La FGDS está en franco retroceso, particularmente en las grandes ciudades: en el primer turno pasa del 18,7% al 16,5%. El número de sus diputados desciende de 118 a 57.

El PSU, que presentó 315 candidatos sobre los 110 de 1967, aumentó considerablemente el número total de sus votos en el plano nacional, pero eso no autoriza a decir que su influencia ha crecido, porque los votos obtenidos en las circunscripciones donde ya había presentado candidatos en 1967 disminuyeron, tanto en valor absoluto como porcentual, perdiendo algunos de sus diputados.

El PC obtiene en la primera vuelta el 20,2% de los sufragios,

contra el 22,4% de 1967. Un francés de cada cinco dio su confianza a nuestro partido. A causa de la extrema injusticia de las leyes electorales tiene solamente 34 escaños, cuando proporcionalmente le corresponderían 94. De todos modos, con sus cuatro millones y medio de votos es de lejos la fuerza más sólida e importante de la oposición.

El grueso de la influencia comunista, aún en el campo y en las pequeñas ciudades, no ha sido mellado a pesar de haberse desatado en forma inaudita la propaganda anticomunista. La mitad de los electores ganados en 1967 permanecieron fieles.

Al gran problema de por qué el movimiento reivindicativo y democrático de mayo tuvo luego, en junio, un resultado electoral favorable al poder golista, nuestro Buró político dio una primera respuesta el 24 de junio, destacando que la causa esencial del avance golista se debió al temor a la guerra civil explotado sistemáticamente por el poder golista.

Ya en el referéndum de 1958, que otorgó el 80% de los votos a de Gaulle, la amenaza de una guerra civil, planteada en aquella época por los autores o beneficiarios del golpe de fuerza en Argelia, desempeñó un papel importante.

Analizando las causas principales que dieron el voto a de Gaulle, Maurice Thorez dijo:

> "Tal vez no se valora suficientemente lo que la simple evocación de esta idea: 'la guerra civil' puede provocar entre las masas campesinas y también entre los obreros urbanos menos avanzados.
>
> No es casual que Luis Bonaparte recordara la gran Jacquerie, el espectro rojo, con el objeto de infundir terror. Lenin decía, a propósito de los reaccionarios, en mayo de 1917: su táctica es infundir el terror".

Pero en las últimas elecciones, la amenaza de una guerra civil se presentaba con más fuerza dado que los acontecimientos que tendían a acrecentar la idea *de un peligro* de guerra civil se desarrollaban no ya en Argelia sino en Francia, directamente en París.

Como se sabe, la campaña electoral de los dirigentes golistas consistió en explotar el ambiente de inquietud provocado en gran parte de la población por la violencia ciega, por las barricadas, por los incendios organizados por los grupos extremistas de izquierda

que hacían un llamado a la "anarquía", al "maoismo", al "trotzkismo" y al "guevarismo".

Estos sedicentes grupos revolucionarios —frecuentemente manipulados por los hombres del poder— prestaron un inmenso servicio al poder golista dando pábulo a la amenaza de guerra civil agitada por la propaganda golista. Y esto lo reconocieron abiertamente los mismos golistas. En el periódico *Notre République* del 28 de junio, Charles d'Aragon escribió:

> "Sauvageot y Cohn-Bendit fueron para la mayoría saliente agentes electorales tan eficaces que llama la atención el hecho de que Wilson no haya insistido para que Nanterre ejerza una mayor influencia en Gran Bretaña".

Los candidatos golistas proyectaron, durante sus reuniones electorales, un film donde se mostraban las escenas más violentas de los enfrentamientos en el Barrio latino. La revista *Paris-Match*, que edita un millón de ejemplares, presentó como reportaje de los sucesos de mayo una colección completa de fotografías de barricadas, incendios, choques.

Esta actividad de los grupos provocadores permitió al poder golista, a través de su identificación con nuestro partido, dar consistencia en la opinión de una parte de la población a la acusación de "subversión" que ellos se preocuparon de endilgarnos.

Los golistas desplegaron un anticomunismo desenfrenado, que exhumó todas las viejas tesis del "totalitarismo" comunista, de la propiedad y de las libertades personales. En algunas comunas de Maine-et-Loire llegaron hasta hacer correr la voz de que si allí se producía un cambio de mayoría, probablemente la iglesia sería cerrada.

Es necesario subrayar el papel particularmente nocivo del PSU en esta empresa mistificadora realizada por los golistas. Después de haber apoyado las acciones de los grupos de izquierda, después de haber calumniado a la CGT y a nuestro partido, el PSU hizo todo lo posible por impedir la vuelta al trabajo, incluso en las empresas donde ya se habían obtenido mejoras. Y esto lo hacían sabiendo perfectamente que prolongar inútilmente una huelga no puede sino provocar descontento.

Ellos fueron los que lanzaron la consigna provocadora de "elección traición", lo que no les impidió presentar candidatos en más de 300 circunscripciones con la sola esperanza de quitar votos a

nuestro partido y con el único resultado de haber favorecido el triunfo a los candidatos golistas.

El secretario general del PSU transformó sus declaraciones por televisión en diatribas llenas de odio contra el PC, al punto que un periodista de *Le Monde* lo definió, por su anticomunismo, como un "aliado *objetivo*" del primer ministro.

El PSU, que al principio se presentaba como un factor de unidad entre las izquierdas, hoy está en manos de elementos de extrema izquierda, aventureros y renegados. Presentan un programa que de socialista tiene sólo el nombre, y toda su actividad está orientada a dividir las fuerzas democráticas.

No debemos ocultar el hecho de que el progreso golista en las últimas elecciones constituye un grave peligro para las conquistas sociales, para la democracia y la libertad, para el mismo futuro de Francia.

Dicho esto, pensamos sin embargo que la ratificación del poder golista no significa un fortalecimiento perdurable del golismo.

Hace unos instantes recordábamos el referéndum de 1958, pero no por eso debe pensarse que hoy nos encontramos en la misma situación. De Gaulle, que en 1958 llegó al poder después de una derrota de las fuerzas democráticas, obtuvo el 80% de los sufragios, mientras que en las últimas elecciones los candidatos golistas, junto con los giscardianos, que se unieron a ellos, obtuvieron el 43,6% de los votos. Ya no estamos en 1958 y el modo como el partido autoritario obtuvo su victoria en 1968 torna frágil la victoria misma. La agitación anticomunista no resolverá los problemas económicos y sociales, no resolverá el problema universitario, no resolverá la cuestión campesina.

Estos problemas, que fueron el origen de las grandes luchas recientes, permanecen sin resolver. El poder de los monopolios es sin duda capaz de tomar algunas medidas parciales, o de mostrar algunas intenciones demagógicas, pero su misma naturaleza le impide aplicar soluciones realmente válidas.

Los trabajadores que votaron a de Gaulle porque estaban equivocados, inevitablemente se unirán a sus hermanos de clase y de miseria en la batalla contra un régimen político al servicio exclusivo de un feudalismo económico. Otro tanto ocurrirá con los hombres de la clase media.

Estos trabajadores creyeron que se pronunciaban por el orden

y en contra de la guerra civil. Sus votos del 23 y del 30 de junio fueron más un acto de condena a las barricadas y a los desórdenes que una muestra de apoyo al golismo.

Pero los resultados de la consulta electoral no pueden invalidar las lecciones de los sucesos de mayo. Será cada vez más difícil para el golismo gobernar a Francia de la manera en que lo hizo en los últimos diez años. La mayor parte de los hombres y mujeres que esta vez dieron sus votos a los candidatos golistas no quisieron dar su aprobación total a la política antisocial y antidemocrática que el poder persigue y que se prepara a seguir.

Su protesta contra esta política no dejará de expresarse nuevamente. Ellos retomarán el camino del combate por el progreso social y la democracia; nuestro partido los ayudará.

LOS OBJETIVOS POLÍTICOS DEL PARTIDO

En la nueva situación creada, los objetivos políticos del partido son claros. *Se trata en primer lugar de defender y consolidar las conquistas sociales y las reivindicaciones de mayo-junio, de luchar para que el gobierno y la gran patronal no recuperen de uno u otro modo lo que los trabajadores obtuvieron.*

El gobierno y la patronal ya comenzaron a presentar las cosas como si los aumentos de salarios obtenidos por los trabajadores acarrearan inevitablemente el aumento de los precios, de las tarifas e impuestos.

Esto significa que el poder golista recurrirá efectivamente al aumento de los precios y a la inflación antes de renunciar a sus gastos alocados, de los que la *force de frappe*/ fuerza disuasiva/ es un símbolo.

Nuevamente se invoca la llamada espiral infernal de los precios y de los salarios. No nos detendremos aquí a explicar que el gobierno puede y debe evitar la inflación y el aumento de los precios. Hoy, debido a la productividad creciente derivada de los progresos técnicos acelerados, los salarios sólo entran en mínima parte en los costos de producción de la industria moderna. Lo que más contribuye al aumento de los precios en el mercado son los enormes beneficios de los grandes patrones y las exorbitantes tasas fiscales establecidas por el Estado.

La gran patronal y el Estado golista son los que deben "pagar"

los aumentos salariales, y no los trabajadores ni sus familias!

Pero como es imposible esperar que el golismo disminuya las ganancias de la patronal, prepara la revancha del capital sobre los huelguistas de mayo legalizando la suba de precios y aumentando los impuestos.

Por eso una reivindicación como la escala móvil de los salarios no es sólo una garantía necesaria para la clase obrera, sino que es la mejor barrera contra el aumento de los precios y contra la desvalorización de la moneda nacional.

La garantía del poder adquisitivo de los nuevos salarios, la garantía del empleo y la lucha contra la desocupación, la supresión de los decretos contra la seguridad social, la reforma democrática del fisco, la consolidación de los derechos sindicales conquistados durante las huelgas de mayo-junio, deben ser nuestras preocupaciones esenciales en el campo económico y social.

En el período que se abre deberá prestarse una atención especial a la defensa de las reivindicaciones de la juventud obrera, intelectual y campesina. Los jóvenes desempeñaron un papel magnífico en los recientes acontecimientos. Tuvieron una parte central en las grandes luchas. La nueva generación se ha colocado en la primera fila de la batalla contra el gobierno y el capitalismo, por las reivindicaciones y el progreso social.

Frente al golismo, que no quiere a los jóvenes, debemos defender el derecho de éstos al empleo y al bienestar, su derecho a la educación y a la formación profesional, su derecho al deporte y a la vivienda, en fin, y como cuestión no menos importante, su derecho a la palabra y al voto. Tampoco olvidaremos las reivindicaciones de los soldados.

La demagogia golista en lo que respecta a las mujeres nos recuerda nuestro deber de mostrarnos siempre a la altura de este importante compromiso: la defensa de los derechos y del bienestar de la mujer. Es una responsabilidad fundamental para nosotros los comunistas, sostenedores por principio de la emancipación femenina y de la igualdad real, práctica, de los derechos y de las condiciones de vida y de trabajo entre ambos sexos.

El segundo de nuestros objetivos es la defensa de las libertades democráticas frente a las tendencias autoritarias y fascistas que se están reforzando.

El golismo se esforzó por usar guantes de seda en el momento

de las elecciones, habló de ampliación de la mayoría y de "participación"; trataba de adoptar un tono menos reaccionario. El general de Gaulle, en su discurso del 29 de junio, llamó dulcemente a los franceses a "reencontrarse", a "respetarse recíprocamente" y "acercarse unos a otros". Pero no era más que una maniobra electoral, porque el golismo, que ya no tiene adversarios a la derecha, es aún más reaccionario que en el pasado.

Por otra parte, los métodos utilizados en la campaña electoral por los *comandos* golistas "de acción cívica" desembocaron en actos de violencia contra demócratas y, en Arras, en el asesinato a sangre fría de nuestro joven compañero Marc Lanvin.

Ya no hay fuerza política alguna que esté a la derecha del golismo. Tixier-Vignancour y los jefes de la OAS ya olvidaron totalmente sus rencores con de Gaulle. Los grupos de asalto del movimiento *Occident*, que se cuidaron muy bien de disolver, ocuparon su puesto en las filas de lo que descaradamente se ha dado en llamar "Défense de la République".

Asistiremos al surgimiento de un poder personal más duro, robustecido por sus vínculos con la OAS, que sueña con la dictadura militar Es por esto que la lucha en defensa de las libertades democráticas, a cualquier nivel, tanto en el plano de las comunas y de los departamentos como en el parlamentario y en todos los sectores, desde la información a la universidad, es cada vez más importante.

Paralelamente, los problemas que hacen a los derechos de las secciones sindicales de empresa, de los sindicatos, de los comités de empresa tendrán toda la atención de nuestro militantes. Ellos lucharán, conforme a las directivas de la CGT, para que la sección sindical tenga un local en la empresa, para que los derechos de los delegados sindicales sean respetados, para que las actividades sindicales, la difusión de la prensa, puedan desarrollarse sin impedimentos. Lucharán por la dignidad obrera y el pleno reconocimiento de la autoridad moral del sindicato en el puesto de trabajo.

La lucha por la paz sigue constituyendo un deber esencial para nuestro partido: desarrollaremos nuestra solidaridad particularmente con el heroico pueblo de Vietnam, a quien saludamos por sus gloriosos triunfos en la lucha contra la agresión norteamericana, por la libertad y la independencia.

Pero la lucha contra el régimen autoritario, por el progreso social, por la libertad y por la paz, debe confluir en una prespectiva política general.

Es por eso que nuestro Buró Político considera que el Comité central debe reafirmar la voluntad de los comunistas de trabajar de acuerdo con todas las fuerzas democráticas y obreras sobre la base de un programa común de vanguardia y susceptible de ser apoyado por la mayoría del pueblo francés y de abrir la perspectiva de un cambio.

La ausencia de un programa común de los partidos de izquierda, que contara con el apoyo de las grandes organizaciones sindicales, ha significado una ventaja importante para el régimen autoritario en las recientes elecciones. Las tentativas de dividir a las fuerzas de izquierda y de constituir una pretendida tercera fuerza favorecieron también al golismo. El país no quiere retornar a la impotencia que mostraron algunos partidos después de 1947, cuando los políticos de izquierda se aliaban a la derecha para hacer su política.

La opinión pública sólo puede ser conquistada por el proyecto de una democracia auténtica y renovadora, fortalecida por el apoyo y el acuerdo de todos los partidos de izquierda unidos alrededor de un programa. Lucharemos para que los dirigentes de la izquierda no comunista respondan favorablemente a las renovadas propuestas de nuestro partido en pro de la elaboración de una verdadera política común en todas las cuestiones esenciales.

EL CAMINO AL SOCIALISMO Y LOS INTERESES DE LA NACIÓN

Los acontecimientos de mayo y junio demostraron la necesidad de exponer en forma cada vez más amplia frente a las masas populares los objetivos de nuestro partido, su programa para una verdadera democracia y también sus planteos y su perspectiva sobre la lucha por el socialismo en Francia. Este propóstio es tanto más necesario por cuanto los golistas y la reacción llevan adelante una campaña de mentiras y calumnias con el objeto de desnaturalizar la política y los fines de nuestro partido.

Es sabido que nuestro objetivo principal, en la fase actual, es y seguirá siendo la sustitución del poder golista en tanto que po-

der de los monopolios por una verdadera democracia política y económica avanzada que abra el camino hacia el socialismo.

Acerca del paso al socialismo, nuestro *XVIII* Congreso aprobó nuevas tesis que, al tener en cuenta las experiencias del movimiento obrero internacional, permiten prever un camino original, un camino francés al socialismo dentro del pluralismo de los partidos y de la democracia socialista. Creo que esas tesis, tales como fueron definidas por nuestro Congreso, mantienen plenamente su validez.

Es verdad que nadie puede decir hoy de qué manera se realizará el socialismo en Francia, pero, y eso es lo que importa, nuestras tesis subrayan con fuerza que la voluntad del PCF es orientar toda su actividad hacia la creación de condiciones favorables para un tránsito pacífico al socialismo, hacia la realización de los ideales socialistas como resultado de un movimiento democrático de toda la nación trabajadora. La condición del éxito depende principalmente de la concreción de la unidad de lucha de la clase obrera y de la unión en torno a ella de los sectores medios de la ciudad y del campo. Otra condición para el triunfo de la vía pacífica es que la clase obrera, mediante una justa política de alianzas logre organizar en la lucha por el socialismo a fuerzas de tal superioridad que la gran burguesía, aislada, no esté ya en condiciones de recurrir a la guerra civil contra el pueblo.

En tal sentido, está claro que no es por medio de la violencia desordenada y anarcoide, como las organizadas en Francia, ni tampoco con las guerrillas que auspician algunos, que podremos avanzar hacia el socialismo. Los métodos que aislan a la vanguardia, si ésta los adoptara, son métodos funestos que pueden conducir solamente a la derrota y hacer el juego a las fuerzas reaccionarias.

El rechazo de la aventura ciega, de la violencia aberrante, evidentemente no nos lleva a admitir que la acción parlamentaria constituya la única forma de acción, o a mitificar el Parlamento. Desde Marx a Lenin, todos aquellos que sostuvieron el socialismo científico combatieron siempre a las corrientes anarquistas y al izquierdismo infantil que rechazan, por motivos de principio, la utilización de la tribuna parlamentaria y los métodos parlamentarios. Nosotros hemos utilizado siempre —en la medida que pudimos hacerlo— la tribuna del parlamento para hacer oir las exi-

gencias populares, para defender y hacer aprobar en la medida de lo posible reformas útiles para la clase obrera, sin haber perdido nunca de vista nuestro objetivo revolucionario y la necesidad de recurrir a otras formas de lucha.

En efecto, aunque en ciertos momentos, en países como el nuestro la lucha parlamentaria asumió notable importancia, siempre hemos considerado que la relación de fuerzas sociales y políticas puede ser modificada a favor de la democracia y del socialismo principalmente mediante múltiples acciones de masa de la clase obrera y de los más amplios sectores populares.

Por eso la acción parlamentaria, aún si el Parlamento estuviera compuesto de la mejor manera (que no es por cierto la situación de la Asamblea actual), nunca podrá sustituir a la acción popular en sus distintas formas. Olvidar esto significaría caer en el "cretinismo parlamentario".

En primer lugar, conviene entonces organizar a la clase obrera y a los más amplios sectores populares en acciones múltiples. La experiencia de las últimas semanas ha confirmado la extraordinaria capacidad de iniciativa de las masas obreras. El partido atribuirá una importancia creciente a las luchas económicas y sociales de todos los sectores de la población trabajadora así como de los sectores medios, urbanos y rurales. Los grandes problemas de la renovación de las instalaciones sociales, trátese de la vivienda o de la escuela, serán objeto de toda nuestra atención. De la petición a la reunión pública, de la reunión a los distintos tipos de manifestación, todos los medios de acción deben ser utilizados, en el marco de la legalidad, según las circunstancias y las posibilidades.

De esto deriva la necesidad para las organizaciones del partido de realizar un gran esfuerzo por el esclarecimiento político y por el planeamiento de las actividades en el seno de la clase obrera, que es más que nunca nuestra base fundamental, entre los intelectuales, los sectores rurales y entre todos los que son víctimas de la política de los monopolios, con el fin de conseguir la aprobación de nuestro programa, nuestras soluciones, nuestras directivas e iniciativas por parte de los obreros y técnicos, los empleados, campesinos, funcionarios e intelectuales, y, en primer lugar, por los jóvenes.

La victoria del socialismo, dice el *Manifiesto del partido comu-*

nista, puede provenir solamente del movimiento de la inmensa mayoría en favor de la inmensa mayoría.

Los sucesos de mayo-junio demostraron también el acierto de nuestro partido al expresar en su actividad general su fidelidad a los intereses nacionales y a la independencia nacional.

En las últimas semanas hemos visto cómo los golistas hicieron de la bandera tricolor un instrumento electoral. Hicieron un buen juego al oponerla a la bandera negra de la anarquía. Pero la clase obrera no puede ni debe abandonar la tricolor en manos de sus enemigos. Nacida en 1789, lleva los tres colores de las masas populares rebeladas contra los aristócratas. En aquel entonces, era la bandera de la libertad levantándose contra los órdenes privilegiados, contra aquel rey que, como de Gaulle hoy, identificaba a Francia con su persona.

También en este terreno es necesario comprometer y desarrollar una gran batalla ideológica, puesto que para nosotros no se trata de una táctica momentánea. Desde hace casi medio siglo nuestro partido, que es el partido de la clase obrera, ha expresado siempre los intereses de la nación francesa. En todas las grandes pruebas afrontadas por Francia el PCF ha demostrado su clara visión de lo nacional y se manifestó como ardiente defensor de los auténticos intereses del país.

Nosotros nos hemos batido siempre, y continuamos haciéndolo, contra el "nihilismo" nacional, en donde se inscriben algunos grupos llamados revolucionarios. Estamos orgullosos de haber restituído a la clase obrera los "colores de Francia", como dice la bella expresión de Aragón. La Marsellesa no es un himno golista sino un canto nacional, del pueblo francés, y la bandera tricolor pertenece a todo el pueblo. Por eso nosotros unimos en forma indisoluble los acentos de la *Marsellesa* a los de la *Internacional* y la bandera tricolor de la nación a la roja de las luchas obreras. Porque amamos a nuestro país luchamos por que Francia deje de ser explotada por los monopolios y las altas finanzas.

LA ALIANZA DE LA CLASE OBRERA Y LOS INTELECTUALES, CUESTIÓN DE IMPORTANCIA FUNDAMENTAL

La lección a extraer de los últimos acontecimientos es ante todo la que nos indica la necesidad imperiosa de desarrollar una bata-

lla ideológica de gran amplitud y llevarla adelante sistemáticamente.

Ya en el informe del CC al XVIII Congreso insistíamos en la importancia de la lucha ideológica. Preciso aún más: lucha ideológica y no simple enfrentamiento de ideas. La justa política del partido fue atacada y deformada como muy pocas veces sucedió; por eso tenemos necesidad de un trabajo ideológico más activo, vivo y dinámico. Debemos concentrar nuestras fuerzas para esclarecer los problemas esenciales de nuestro tiempo, y sobre todo la función de las distintas clases y de los distintos grupos sociales a la luz de los últimos acontecimientos.

La potencia del movimiento de huelga ha demostrado una vez más la función decisiva que corresponde a la clase obrera. Sin embargo, toneladas de papel fueron lanzadas por los ideólogos de la burguesía y por los oportunistas de todo tipo, en primer lugar por los extremistas de izquierda, para "demostrar" la existencia de una pretendida apatía, de un cierto aburguesamiento de la clase obrera, de su integración en el "neocapitalismo". Todos ellos fueron desmentidos en forma clamorosa.

Sólo cuando los obreros irrumpieron masivamente y se organizaron en la acción, solamente entonces el gran movimiento de protesta contra el golismo y por el progreso social y la democracia adquirió toda su fuerza. La potencia y la amplitud de las luchas obreras en esta última fase demuestran que la clase obrera es la fuerza revolucionaria de nuestro tiempo.

Eso no es un "dogma"; ocurre así porque la clase obrera sufre de manera más directa la explotación capitalista y está privada de cualquier forma de propiedad sobre los medios de producción. Es la última clase explotada de la historia y que no explota ni aspira a explotar a ninguna otra clase. La clase obrera, como declara el *Manifiesto*, es la clase revolucionaria por excelencia porque sólo puede perder sus cadenas, en tanto tiene, en cambio, un mundo por ganar.

Otro motivo que acrecienta la función de la clase obrera es que su posibilidad de alianza con los demás sectores de la población trabajadora es cada vez más real. En ese sentido es importante consignar que una parte de los ingenieros y de los técnicos, mucho más numerosa que las veces anteriores, participó activamente en la lucha, al lado de los obreros y de los empleados. Es el sig-

no de que cada vez más toman conciencia del hecho de que sus intereses de asalariados y su función creativa los vuelven solidarios con la clase obrera. Esto nos plantea algunos problemas nuevos.

Lenin decía que lo esencial en la doctrina de Marx es que puso en descubierto la función histórica de la clase obrera. No es por azar que los ataques de los antimarxistas cuestionen precisamente esta conclusión. Son conocidas las afirmaciones que dicen: "El obrero rechaza su misión", la teoría marxista no es más "aplicable" al respecto, etc.

Es necesario entonces que nuestro propagandistas, que todos aquellos que hablan o escriben en nombre del partido, intervengan contra todo empobrecimiento teórico y contra toda deformación de la función dirigente de la clase obrera, que se manifiesta capaz de tanto arrojo y de tal espíritu de iniciativa. Es necesario refutar con hechos reales las "teorías" de los ideológos de la pequeña burguesía que pretenden que la función dirigente del movimiento social no pertenece ya a la clase obrera, sino a la juventud intelectual y a los pueblos del "tercer mundo". Son incontables los artículos de los sociólogos burgueses o revisionistas influenciados por las corrientes de moda dedicados a "demostrar" que "la vanguardia estudiantil se transforma en vanguardia revolucionaria de toda la sociedad" e insisten en proclamar que la "revolución juvenil" ha sustituído a la "revolución proletaria".

Semejantes teorías pseudorrevolucionarias fueron difundidas en Francia por la propaganda generosamente subvencionada por el grupo de Mao Tse-Tung, por los trotzkistas y otros grupos también extraños al verdadero marxismo. Para restablecer la verdad marxista sobre la función y la interacción de las principales fuerzas progresistas de nuestra época es necesario reforzar nuestra lucha contra las concepciones equivocadas que difunden estos grupos extremistas.

Hemos subrayado la función de la clase obrera, pero la afirmación de una verdad fundamental sobre su misión histórica no debe conducirnos bajo ningún aspecto a negar la importante función de los intelectuales y de los estudiantes en el movimiento social.

Por un lado, los progresos del conocimiento, el desarrollo de la ciencia y de la tecnica, la revolución científica y técnica moder-

na —aunque frenada y deformada por los monopolios—, confieren una importancia sin precedentes a los problemas de la cultura y de los intelectuales. Por otro lado, esa evolución aumenta el número de los intelectuales, sobre todo de profesores e investigadores, ingenieros y técnicos y, en consecuencia, el número de estudiantes.

Como afirmaba ya en el XVIII Congreso, este hecho nuevo convierte a la alianza entre la clase obrera y los intelectuales en una cuestión fundamental.

Francia cuenta hoy con más de 600.000 estudiantes. Debería tener entre 800 y 900.000 para elevar a nuestro país al nivel de los otros, para darle los científicos, ingenieros, médicos, profesores que necesita. Además, el censo de 1962 indica que en relación a 1954 hubo un aumento de intelectuales del 40%. Sumados a los estudiantes representan alrededor de 3 millones de personas. Su función, según sus categorías, se ha modificado paralelamente. Junto a los intelectuales "clásicos", un número creciente de ellos está directamente vinculado a la producción. Existen nuevas relaciones entre la investigación y la producción. Puede decirse que en gran medida la ciencia se ha transformado en una fuerza productiva directa. Por tal motivo, hoy los intelectuales son en su mayoría trabajadores asalariados que solamente disponen de su conocimiento, de su inteligencia, de su talento. Ellos también son explotados, y su número es tan grande que los monopolios, si no quieren ver disminuídas sus ganancias, deben ejercer un constante control sobre sus salarios y sus condiciones de trabajo.

No será por cierto nuestro partido quien se lamente por el hecho de que muchos intelectuales y estudiantes se hayan rebelado contra esta situación. Por el contrario, pensamos que se crea la base objetiva para una estrecha solidaridad entre los intelectuales y la clase obrera. Además, el capitalismo monopolista, que somete todo a la ley de la ganancia, frena el desarrollo de las fuerzas productivas materiales y humanas; y los intelectuales advierten cada vez más la contradicción entre sus aspiraciones concretas y la política de los monopolios.

Tal como observamos en el llamamiento de nuestro Buró político a los intelectuales del 12 de marzo, basándonos en estos datos de nuestro análisis, pusimos en evidencia "lo *que puede unir a los trabajadores por el brazo y la mente contra un régimen que*

les niega toda participación en la economía, en la elaboración de la política, en la creación de una cultura viva". Basándose en la justa línea del partido, los militantes y las organizaciones del PCF, los militantes de la Unión de estudiantes comunistas se batieron en condiciones difíciles. En efecto, ni los intelectuales ni los estudiantes constituyen una clase social homogénea; ellos no tienen espontáneamente una conciencia clara de los fines y de los métodos del movimiento revolucionario. Ni el origen social, ni el ambiente, ni su formación los predisponen para reconocer la función decisiva de la clase obrera. Más aún, en la época de la revolución científica y técnica, son sensibles a las fantasías de aquellos que tratan de apartarlos de la alianza con la clase obrera, diciéndoles que les corresponde a ellos, estudiantes e intelectuales, ejercer la función dirigente en el movimiento social.

De allí que la efectivización de la alianza entre la clase obrera y los amplios estratos de intelectuales sea una lucha difícil, aunque necesaria. Los trabajos, las investigaciones, las luchas de los intelectuales son absolutamente indispensables para que la clase obrera y su partido puedan realizar su misión histórica.

La tesis recíproca es igualmente cierta: el avance de la cultura, el pleno desarrollo de las facultades creadoras de los individuos sólo son posibles al precio de una transformación de la sociedad, que no puede darse sin la clase obrera, fuerza decisiva de esta transformación.

Para que tal acción pueda realizarse es necesario un gran trabajo político y organizativo. Es preciso que nuestro partido se dirija abiertamente a cada categoría de intelectuales, que incorpore a sus filas a numerosos intelectuales decididos a combatir por los ideales comunistas. Y dado que esta alianza de la clase obrera y de los intelectuales es una de las cuestiones decisivas para el porvenir del país, pensamos dedicar a los problemas que ella plantea una de las próximas sesiones de nuestro Comité central.

LA POSICIÓN DEL PARTIDO EN LA BATALLA

Quisiera ahora afrontar los problemas del partido.

Es indudable que una de las grandes lecciones que nos proporcionan los últimos acontecimientos es la necesidad de un verdade-

ro partido revolucionario, es la función insustituíble del PCF en la batalla, no solamente dura, sino complicada y rica en maniobras de todo tipo, realizadas por el poder golista y por todos los enemigos de la clase obrera.

El Buró político, que durante este período se reunió todos los días, procedió a un examen objetivo sin buscar motivos de autosatisfacción.

Creemos que en la gran y difícil batalla realizada en estos días nuestro partido se comportó bien. Hemos aplicado resueltamente la justa línea política definida por el XVIII Congreso.

La aplicación de esta línea permitió a los trabajadores arrancar importantes concesiones a la patronal y al gobierno y, al mismo tiempo, evitar que el movimiento obrero y democrático cayese en la trampa tendida por el poder, que era la de una aventura sangrienta. Los miembros de nuestro partido se batieron con coraje. Estuvieron en primera fila en el movimiento de huelga; se extenuaron, sin retacear sus fuerzas, durante la difícil campaña electoral.

Evidentemente, los resultados de las elecciones han provocado cierta desilusión entre los militantes. ¿Cómo podían no desilusionarse los comunistas que tenían la impresión de haber luchado con coraje, sin retaceos, de haber estado siempre en la brecha? Pero si una cierta desilusión es comprensible y si es normal que se nos planteen algunos interrogantes, nuestra tarea es la de ayudar a cada miembro del partido a ver claro, a comprender la situación y sobre todo a examinar las condiciones en la que nos encontramos y lo que es conveniente hacer.

Al respecto, formulamos anteriormente un cierto número de respuestas esenciales. Sin embargo, cada vez que el partido sufre un fracaso, algunos tienen la tendencia a sostener que el partido está equivocado, que ha cometido errores.

En 1958, después del referéndum que dio el 80% de los votos a de Gaulle, Maurice Thorez rechazaba tales posiciones unilaterales en los siguientes términos:

> "Es inadmisible olvidar al adversario. Es un estratega muy particular aquél que imagina que basta haber preparado óptimos planes para que todo sea definido y se pase de una victoria a otra. Estamos en una guerra de clase, esto no debe ser olvidado. En esta guerra de clase no se logran sola-

mente éxitos. En ninguna parte está escrito o demostrado que la lucha de la clase obrera debe seguir un ascenso regular. Aquellos que no tienen firmeza, y que son llorones dirán: es la línea, es la dirección lo que debe ser discutido. Y propondrán seguir otra política. Pero lo esencial de las argumentaciones oportunistas, su característica, es precisamente el olvido de las condiciones objetivas. Las cosas van mal; hemos sufrido una derrota: entonces la culpa es del partido, ni más ni menos. Debo repetir —agregaba Maurice Thorez— que nuestra política es justa y que una fracción de nuestros electores ha podido abandonarnos sin que esto represente una prueba contra el partido y su línea".

Y bien, consideramos que estas observaciones conservan su validez teniendo en cuenta, claro está, que la situación moderna es netamente mejor que la de 1958.

En realidad en mayo-junio las condiciones de la lucha eran muy favorables al desarrollo del movimiento obrero y democrático. Pero desde el momento que el poder golista pudo explotar, al mismo tiempo, la falta de unión de las fuerzas de izquierda con un programa claro y las violencias y sediciones, para acreditar en el seno de la opinión pública que existía un riesgo de guerra civil, las condiciones se tornaron menos favorables en la masa de la población francesa; y esto se expresó en las elecciones.

He recibido una carta en la que el autor sostiene que el partido comunista se equivocó al criticar a los grupos extremistas y que, en cambio, debería haberse asociado a ellos. Respondo que si nuestro partido no se hubiese distinguido de los métodos de los grupos extremistas y no hubiera condenado clara y públicamente su violencia ciega e inútil, habría perdido iguales sufragios o más, sin contar con el riesgo de una cruenta aventura.

Durante los acontecimientos de mayo, algunos intelectuales comunistas —en una carta publicada en el periódico *Le Monde*— expresaron su desacuerdo con la línea del partido. Entre las críticas contenidas en aquella carta, se destacaba, en particular, el reproche dirigido al partido por no haber participado en la manifestación organizada en la Gare de Lyon el 27 de mayo en favor de Cohn-Bendit.

También sobre este particular pensamos que los acontecimientos dieron la razón al partido, porque —como ya lo demostra-

mos— han confirmado que tales manifestaciones, seguidas de barricadas y de incendios, no prestaron ningún servicio al movimiento estudiantil y al movimiento obrero y democrático, sino que simplemente hicieron el juego al poder golista.

Algunos compañeros —aunque sin poner en discusión la línea del partido— indican que ciertos defectos y también ciertos errores secundarios se manifestaron a veces en la actividad del partido. Esto es cierto. Y es preciso tener en cuenta la opinión de estos compañeros para mejorar continuamente nuestro trabajo. Sin embargo, no hay que exagerar la incidencia de tales defectos sobre el resultado de las elecciones, ya que no pudieron y no podían modificar la marcha general del movimiento, la relación de fuerzas de clase y la dialéctica interna de su desarrollo.

En el periódico *Le Nouvel Observateur*, convertido abiertamente en portavoz de los grupos extremistas, se exige la autocrítica del partido comunista, no ya para que pueda realizar un mejor trabajo, sino para tratar de sembrar el desconcierto en sus filas en favor única y exclusivamente de la burguesía.

Los comunistas, que saben extraer las lecciones de sus luchas, no caerán en la trampa tendida por el adversario. Estudiaremos, sobre la base de los trabajos del CC, las enseñanzas de los acontecimientos de mayo-junio con la voluntad de luchar, junto con todo el partido, para realizar las tareas a cualquier precio.

Hemos observado que entre aquellos, por cierto poco numerosos, que expresaron su desacuerdo con respecto a la línea del partido, se encuentran algunos compañeros recalcitrantes que, prácticamente, afirman su disentimiento cada vez que la lucha se torna más aguda y hay que enfrentar el ataque de la burguesía. Sin duda nos veremos obligados a recordar a algunos compañeros que el partido es una asociación a la que se adhiere libremente, y a la que nadie está obligado a adherir o a permanecer como miembro si está en sistemático desacuerdo con la política y los principios del partido mismo.

De todos modos defenderemos firmemente la justa línea del partido y, fuertes en su unidad, continuaremos progresando sin dejarnos impresionar por los gritos del adversario. Nuestro partido sale de la batalla profundamente unido, resuelto a continuar la lucha, confiado en el porvenir. Desde el 13 de mayo ha lo-

grado 23.000 adhesiones y desde comienzos de año 48.000.

La única posibilidad de realizar en nuestro país una verdadera democracia y luego el socialismo reside en el hecho de que entre los partidos de izquierda existe uno que es un gran partido revolucionario que goza de la confianza de la clase obrera avanzada. Este partido es el Partido comunista francés.

A PROPÓSITO DEL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO

En el curso de los recientes acontecimientos, hemos visto a distintos demagogos y aventureros realizar su sucio trabajo usando y abusando de dos hermosas palabras: revolución y socialismo. Pero porque nuestro partido es un partido revolucionario en el verdadero sentido de la palabra nosotros no somos ni seremos nunca aventureros o enloquecidos. El nuestro es un partido revolucionario porque propone a las masas populares —a la cabeza de las cuales lucha día a día— sustituir el régimen capitalista, fundado en la explotación del hombre por el hombre, por una sociedad socialista liberada de toda explotación y que implica la participación activa de los trabajadores en la dirección y en la gestión de los asuntos públicos.

Uniéndose en esto a las campañas anticomunistas de la reacción, los extremistas de izquierda querrían que cambiásemos de doctrina, métodos y organización.

Nuestra doctrina se enriquece y se enriquecerá continuamente sobre la base de los hechos nuevos del mundo moderno y de las lecciones extraídas de la experiencia; pero ella permanece fiel a los principios del marxismo y no la abandonaremos ciertamente a favor de las elucubraciones aventureras de los grupos maoistas, troszkistas o anarquistas.

Nuestros métodos de lucha son métodos aceptados sin ser por ello inmutables. Los mejoraremos aún más, en función de las posibilidades y de las necesidades del momento y del ambiente social, pero no los cambiaremos en favor de los métodos del tipo de los de Cohn-Bendit, vale decir en favor de las bajas provocaciones policiales.

La organización de nuestro partido está regida por el centralismo democrático que asegura la más amplia democracia al mismo tiempo que garantiza las condiciones para la unidad y la efi-

cacia del partido. Es sabido que el centralismo democrático implica, por un lado, la libre discusión y una vida democrática intensa de todas las organizaciones del partido, desde la célula hasta el Comité central, y por otro lado, la aplicación disciplinada de las decisiones tomadas por la mayoría del partido, después que la discusión ha tenido lugar.

Subrayo que nuestro partido no ha cesado ni cesará jamás de vigilar a fin de que la democracia en el partido pueda afirmarse ampliamente en el ámbito de los principios.

Sin embargo, en este último período —en el que está de moda el anarquismo— hemos visto concentrarse los ataques contra el centralismo democrático. En estas semanas hemos visto florecer toda una literatura contra los "aparatos", contra la "burocracia" y contra las "estructuras".

La mayoría de las veces se tomaba como objeto de las críticas nuestro partido y su organización.

En síntesis, nos reprochan ser demasiado organizados; querrían vernos divididos, lacerados en una media docena de tendencias, tal como ocurre en el PSU, y nos presentan esta situación como una novedad, como una exigencia de nuestra época.

En realidad, se trata de viejas tesis que estaban de moda a comienzos de siglo y que el movimiento obrero revolucionario, desde hace tiempo, ha combatido y derrotado. La hostilidad frente a la organización y a la existencia de organismos de dirección —decía Lenin— constituye un aspecto de las concepciones anarquistas de "gran señor".

Y bien, aunque desagrade a los extremistas de izquierda y a los oportunistas de derecha —que se unen en este punto como en muchos otros— no tenemos la intención de renunciar al centralismo democrático. Está demostrado que en un partido, aunque se diga obrero, donde no exista unidad de miras y unidad de acción y donde cada uno tire la barca por cuenta suya y pretenda hacer lo que le plazca, no puede dirigir la clase obrera y las masas populares y guiarlas a la victoria.

LA LUCHA CONTRA LA EXTREMISMO DE IZQUIERDA

Nuestro partido continuará desarrollándose, sosteniendo una lucha en dos frentes: contra el oportunismo de derecha y contra el

oportunismo llamado de izquierda, y rechazará toda distorsión del marxismo.

Los extremistas pretenden que la defensa de las necesidades cotidianas y de las reivindicaciones parciales de la clase obrera no serían ya actuales. Y difunden un desprecio sectario por las luchas que reivindican aumentos salariales, haciéndose portavoz de las peores teorías de derecha que propagan la fábula del llamado "ciclo infernal" de los salarios y de los precios. En cambio, la experiencia enseña que las luchas por las reivindicaciones parciales, y los éxitos que se obtienen gracias a ellas, logran aumentar la confianza de las masas en sus fuerzas y la autoridad de las organizaciones obreras. Tales luchas constituyen el medio mejor para encontrar un lenguaje común con los trabajadores de la ciudad y del campo, con las capas todavía influenciadas por el golismo, pero desilusionadas y descontentas con su política económica y social.

Lenin afirmaba en 1916: "Sería completamente erróneo pensar que para luchar en favor de la revolución socialista se pueda o se deba abandonar la lucha por las reformas. De ningún modo. Nosotros no podemos saber dentro de cuánto tiempo llegaremos al triunfo, en qué momento las condiciones objetivas permitirán el advenimiento de la revolución, y debemos sostener todo mejoramiento real de la situación económica y política de las masas" (*Obras*, XXIII, p. 174).

Los extremistas propugnan el uso exclusivo de los métodos violentos y no ahorran fraseología revolucionaria. Ellos no tienen en cuenta las condiciones objetivas y de las etapas del movimiento, no hacen un análisis de la situación real. Están listos para cualquier aventura, aunque éstas puedan terminar trágicamente, como le ocurrió hace poco tiempo al Partido comunista indonesio, a causa de haber cedido a una provocación.

"Frase vacía", "rostro feroz en lugar de espíritu revolucionaria", "caricatura del comunismo", he aquí los términos empleados por Lenin para caracterizar los extremismos pequeño burgueses que, después de 1905, querían renunciar al trabajo parlamentario y a toda posibilidad de utilizar las vías legales en Rusia.

Aún la "teoría de la ofensiva" no es una novedad para nosotros. Ella fue discutida y refutada en el III Congreso de la Internacional comunista, en 1921, cuando algunos comunistas, sobre

todo alemanes, pretendían que el partido comunista caería en el oportunismo si renunciaba a practicar la *ofensiva* en cualquier condición. Lenin respondía que los bolcheviques sólo tomaron la ofensiva cuando tuvieron con ellos a la mayoría de los soviets en todo el país y la mitad del ejército.

Cuatro años despues de la revolución de Octubre, Lenin pone n guardia contra toda impaciencia y precipitación: "El mayor eligro —quizás el único— para el verdadero revolucionario es xagerar el impulso revolucionario, olvidar cuáles son los límites y en qué condiciones son adecuados y eficaces los métodos revolucionarios. Con este problema se enfrentaban los revolucionarios auténticos cuando comenzaban a escribir la palabra 'revolución' con mayúscula, cuando ponían la 'revolución' a una altura casi divina, cuando perdían la cabeza y la capacidad de pensar, analizar y comprobar con la mayor sensatez y calma en qué momento, circunstancias y terrenos se debe actuar a la manera revolucionaria y en qué momento, bajo qué circunstancias y en qué plano es preciso pasar a la acción reformista. Los verdaderos revolucionarios se hundirán (no en el sentido de su derrota exterior, sino del fracaso interior de su causa) sólo —pero irremisiblemente— en caso de que pierdan la serenidad y crean que la revolución, 'grande, victoriosa y mundial', puede y debe resolver por vía revolucionaria todos y cualquier clase de problemas, bajo cualesquiera circunstancias y en todos los terrenos". Y Lenin agregaba: "De dónde se deduce que la revolución 'grande, victoriosa y mundial' puede y debe emplear sólo métodos revolucionarios? De parte alguna. Esto es directa y absolutamente inexacto" (*Obras*, XXXIII, p. 96).

La extensión de la cita debe ser perdonada. Ella nos ahorra razonamientos más amplios para demostrar la inconsistencia de las posiciones de los oportunistas de izquierda, por ejemplo, de aquellos que escribían en el periódico *Combat* que había llegado la hora de las "minorías activas".

En realidad, se trata de la opción entre socialismo científico y utopismo anarquizante. En la *Croix* del 11 de junio, el autor de un artículo ultra demagógicamente anticomunista revelaba el significado de estas posiciones saludando al "revancha de Proudhon y de Bakunin sobre Marx y Lenin, del anarco-sindicalismo sobre el guesdismo" (es decir, el socialismo científico). Estos sectarios

autores de teorías arcaicas querrían hacernos renunciar a toda la política definida por nuestros congresos y confirmada por la vida misma. No quieren oir hablar de nuestra línea, tendiente a instaurar una democracia auténtica y a realizar, aún en una sociedad todavía capitalista, profundas transformaciones sociales correspondientes al interés de la clase obrera, transformaciones que precisamente abrirán la vía hacia el socialismo. Ellos niegan un hecho evidente: que en nuestro país, altamente desarrollado, los objetivos democráticos y los objetivos socialistas se entrelazan y se vinculan. No ven cuál es la situación histórica concreta de la Francia de 1968 y los grandes objetivos que no han sido inventados por nosotros sino que derivan de las circunstancias objetivas y de las relaciones de fuerza actuales.

Sólo la lucha por una verdadera democracia —vale decir por la realización de transformaciones sociales profundas, ya antes del advenimiento al poder de la clase obrera— permite utilizar todo el potencial revolucionario antimonopolista de todas las fuerzas de la democracia, de movilizar la energía, no sólo de los obreros y de los campesinos trabajadores, sino de amplios estratos de intelectuales que advierten la necesidad de cambiar la vida social. Sólo esta lucha abre una perspectiva, al mismo tiempo, positiva y realista.

Por ello seguiremos adelante por el camino trazado por nuestro XVIII Congreso, impulsando iniciativas cada vez más vastas y desplegando una actividad mayor en todos los campos. Sólo la actividad creciente, audaz, confiada, de toda organización y de todo miembro de nuestro partido podrá asegurar la extensión de la influencia del PCF entre las masas, en todos los estratos antimonopolistas de la población, es decir concretamente en cada fábrica, en cada localidad, en cada universidad, en cada escuela, en cada barrio de nuestras ciudades.

Los extremistas calumnian nuestro partido hablando de su actitud pasiva. Pero la actividad no se confunde con la violencia ciega o con la agitación cofusionista. Actividad significa trabajo cotidiano en todas sus formas, desde las más humildes hasta las más enérgicas, para movilizar las masas contra el poder personal, por la democracia y el progreso social.

Para combatir con eficacia al extremismo, es evidente que debemos luchar con igual vigor contra las deformaciones oportunis-

tas de derecha de nuestros principios y de nuestra política.

Una de las manifestaciones del oportunismo es la tendencia a concentrar toda la atención sobre las cuestiones corrientes sin tener presente que nuestro objetivo final es el socialismo.

Es preciso que los trabajadores vean siempre claramente el rostro de nuestro partido, que adviertan netamente qué es lo que distingue al partido comunista. Cualesquiera sean las cuestiones concretas sobre las que en cada oportunidad centra su atención el PCF, su línea es la de hacer que la defensa de las reivindicaciones inmediatas no atenúe la perspectiva socialista sino que contribuya, en cambio, al avance hacia la nueva sociedad, que indique aún mejor las posibilidades de alcanzarlo, que convenza a las masas de la superioridad del socialismo.

Los comunistas no olvidan que las clases dominantes nunca renunciarán al poder de buen grado. Sólo la conquista del poder político por parte de la clase obrera y de sus aliados, la destrucción de las relaciones de explotación, pueden abrir la vía a relaciones sociales superiores. Por ello los comunistas se plantean la tarea de organizar a las masas para la lucha revolucionaria, para facilitar el nacimiento de la nueva sociedad. Ellos siguen siendo lo que siempre fueron: revolucionarios.

El fin último del frente único, de la unión de las fuerzas democráticas es el de conducir a masas cada vez más amplias, comprendidos los estratos sociales que aparecen temporariamente como menos avanzados, a la lucha contra los monopolios y su régimen. La ductilidad necesaria de la política del partido, que —para llegar al socialismo— busca las vías más seguras y más aptas para las condiciones de nuestra época, no contradice el respeto absoluto de los principios, la fidelidad inquebrantable a los objetivos finales del movimiento obrero revolucionario. El marxismo-leninismo necesita de la unidad entre el espíritu de principio y la ductilidad táctica, unidad que nos salvaguarda tanto del doctrinarismo de izquierda como del revisionismo de derecha.

Esta lucha en dos frentes no excluye, sino que por el contrario presupone, la orientación del esfuerzo principal contra el peligro más amenazador que, en la actualidad, está representado por el extremismo.

Es necesario dirigir nuestra acción contra la fraseología ultra-

revolucionaria y la demagogia pequeño-burguesa, contra el esquematismo y el pedantismo, contra el espíritu doctrinario que pretende aplicar a la situación francesa original, procedimientos y palabras de carácter intempestivo e irracional.

Perturbando la unidad de la clase obrera y su alianza con las capas medias, el extremismo de izquierda resulta ser una política de provocación que comporta para la clase obrera un mayor número de enemigos y un escaso número de amigos.

UN PARTIDO UNIDO Y CONFIADO EN EL PORVENIR

De la necesidad de reforzar nuestro trabajo ideológico resultan compromisos bien precisos con respecto al fortalecimiento de nuestros métodos de educación y de expresión: debemos intensificar fuertemente el trabajo de educación en la red de escuelas del partido, incentivar la difusión de la propaganda del partido, incluyendo los diarios de fábricas, intensificar el diálogo, aunque modesto, de las conferencias y jornadas de estudio, estimular el estudio y la lectura individual entre todos los miembros del partido.

Aunque la unidad del partido en los días de crisis y de lucha se haya mostrado fuerte, no se puede afirmar que, en el último período y en el curso mismo de la campaña electoral, todos los miembros del partido y todos sus simpatizantes se hayan mostrado suficientemente orientados. No se puede decir que, por ejemplo, todos hayan concentrado el fuego con la máxima energía contra el peligro del sectarismo y del extremismo.

Luchando por salvaguardar la pureza de la línea del partido, todos los comunistas deberán multiplicar sus esfuerzos, en el curso del próximo período, para reforzar la oposición contra el sistema golista y para unir cuanto antes la mayoría del pueblo contra el poder personal y contra su política antisocial y antidemocrática.

Ellos defenderán palmo a palmo las reivindicaciones y los derechos de todos los trabajadores, de todas las víctimas de los monopolios, oponiendo así el mejor dique contra el anticomunismo predicado por el gobierno golista.

Dimitrov decía que los comunistas son "la fuerza motriz de la

actividad militante del proletariado". En la Francia de 1968, ellos deben ser la fuerza motriz de las más amplias masas, de todas las capas antimonopolistas de la población.

Para ser dignos de sus responsabilidades, nuestro partido enriquecerá sin tregua las formas y los métodos de su acción, reforzará aún más sus vínculos con las masas, elevará cada vez más su nivel ideológico. Su sólida unidad, de la que dio pruebas en el curso de la dura batalla que sostuvo, constituye la garantía del éxito en nuestra lucha por una Francia democrática, próspera, abierta a las perspectivas del socialismo emancipador.

Estas son las ideas y las propuestas que tenía el propósito de someter en nombre del Buró Político a la discusión y las deliberaciones del Comité central.

LÍMITES Y POTENCIALIDADES DEL MOVIMIENTO DE MAYO

1. En la medida en que este caso pueda presentarse en un país capitalista avanzado, sin una crisis político-militar aguda.
2. Cf. Fidel Castro, discurso del 9 de abril de 1968.
3. De allí la tendencia a justificar indistintamente todos los aspectos de la revolución extranjera que se toma como modelo y, como ha ocurrido en Europa, a emplear mayor energía en defender los méritos del "paraíso soviético" que en crear las condiciones para un proceso revolucionario autónomo.
4. ¿Era imprecisa y ambigua? ¡Qué problema!: hubiera bastado que se la precisara. Correspondía perfectamente al estado de ánimo de la base obrera. Constituye por excelencia el tipo de conquista dinámica para la defensa y ampliación de la cual es posible reclamar la iniciativa y la imaginación de la base. Es ese tipo de conquista que el capitalismo muestra las mayores dificultades para absorber y respecto del cual el antagonismo de las clases está llamado a agudizarse.

Pero todo ello a condición, claro está, de concebir al poder obrero como un poder que se ejerce sobre el lugar de trabajo y sobre la organización del trabajo (autogestión técnica y dominio al menos parcial del instrumento), y no como un poder de gestión capaz de aceptar los límites y los criterios de rendimiento capitalistas. Cuando el órgano de las JCR afirmaba —según una tesis corregida luego, en el mismo órgano, especialmente por Henri Weber— que "el único poder que los trabajadores o los estudiantes pueden conquistar a nivel de su sector, es el de participar en la gestión capitalista del sector en cuestión", porque "el problema del poder es un problema global", recaía simplemente en la teoría del todo o nada (*L'Avant-Garde*, 27 de mayo 1968): es preciso tomar el poder de un modo total, de golpe, o ser vencidos de manera total; pero esto excluye cualquier idea de proceso revolucionario, de estrategia, de doble poder.

Daniel Cohn-Bendit, en cambio, señala con razón: "No creo que la revolución sea posible de hoy a mañana. Creo que se pueden

obtener sólo ordenaciones sucesivas, más o menos importantes, pero que tales ordenaciones podrán ser impuestas sólo por acciones revolucionarias... Es preciso luchar paso a paso, a partir de un rechazo global". (Conversación con Jean-Paul Sartre, *Nouvel Observateur*, 20 de mayo de 1968).

El poder obrero no podía ser de entrada global, pero podía concretizar el rechazo global del sistema que él implica y encadenar, mediante las exigencias inherentes a su ejercicio, un proceso de lucha que afectara todos los aspectos de las relaciones capitalistas de producción.

5. Luego de la sublevación de los obreros de Alemania oriental, el 17 de junio de 1953, Bertolt Brecht escribía:

> "Después de la sublevación del 17 de junio
> el secretario de la Asociación de escritores
> hizo distribuir volantes por la avenida Stalin
> en los que podía leerse que el pueblo
> había perdido la confianza del gobierno
> y que podía reganarla
> sólo con un trabajo redoblado. ¿No habría
> sido más simple que el gobierno
> disolviera al pueblo
> y eligiera otro?"

6. Ver también en este volumen "Un comienzo", pág. 9.

7. La derecha del PCI había exigido que el partido se disociara claramente del movimiento estudiantil (de otro modo, según Améndola, arriesgaba perder un millón de votos) y dejara la puerta abierta a una colaboración con los socialdemócratas (PSU). El objetivo era conquistar para la izquierda el 51% de los votos. Antes de decidir, el secretario general del PCI, Luigi Longo, tuvo una extensa conversación con los líderes del movimiento estudiantil. Vivamente impresionado por su madurez política y por las críticas que ellos le dirigieron, publicó en *Rinascita* (3 de mayo de 1968) un extenso artículo, en parte autocrítico, en el que subrayaba la importancia del movimiento estudiantil, la gravedad de la incompresión anterior del PCI, se comprometía a sostenerlo en el respeto más estricto de su autonomía y se declaraba favorable a una intensificación de los contactos estudiantes-obreros con vista a objetivos y acciones comunes.

Después de una campaña electoral orientada netamente "hacia la izquierda" con el PSIUP como aliado privilegiado, el escrutinio mostró un aumento de 800.000 votos para el PCI y un mejoramiento sustancial para el PSIUP, sobre todo en las concentraciones obreras, entre los jóvenes y los estudiantes. El PSU fue batido tan severamente que renunció a retomar, al menos por el momento, la experiencia de "centro-izquierda", y su ala izquierda (tenden-

cia Lombardi) se preparaba a escindirse en el Congreso de octubre de 1968.

8. La expresión es de Nicos Poulantzas, *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, Maspero, 1968, en particular pp. 286-298.

9. Lo cual presupondría, claro está, la facultad de análisis, arriba indicada, y el conocimiento del contenido y del sentido potencial de las reivindicaciones a las que el programa debe estar vinculado. La dureza de las huelgas en Peugeot, Rhodiaceta, Saviem, etc., desde 1966 en adelante, por objetivos esencialmente cualitativos, denotaba ya la abstracción y el retraso de la línea del PCF y de la CGT en relación a la conciencia potencial de importantes sectores de la clase obrera. La manera en que fueron desaprovechadas esas huelgas o directamente fueron frenadas y desviadas por la CGT, en la medida en que amenazaban perjudicar la "estrategia" electoral del PCF, aparece, retrospectivamente, como un ensayo general de la actitud asumida por el PCF en mayo de 1968.

10. Diferencia tanto más acentuada y consciente por cuanto se verifica un rejuvenecimiento demográfico y una tendencia a la dilatación del marco social a consecuencia del efecto retardatario de la fuerte tasa de natalidad del período post-bélico.

11. Es lo que planteaba ya Togliatti en su *Testamento* y es lo que intentan hacer en el plano nacional, y reclaman en el plano internacional, los partidos comunistas italiano y sueco.

LAS ENSEÑANZAS DE MAYO 1968

1. Toda lista de los artículos y obras que se refieren a esta discusión forzosamente sería incompleta. Recordemos, citando de memoria, los artículos aparecidos en *Les Temps Modernes* de agosto-setiembre de 1964 (Mandel, Santi, Poulantzas, Declerq-Guiheneuf, Tutino, Ingrao, Trentin, Anderson, Topham, Liebman); en la *Revue Internationale du Socialisme*, números 7, 8, 9 y 10 (1965) (Prager, Basso, Herkommer, Therborn, Marchal, J. M. Vincent, Marcuse, Mallet, Mandel, Gorz, Topham); los libros de André Gorz, Serge Mallet, Pierre Naville, Ken-Coates, Livio Maitan, Jean Dru, el Coloquio del Instituto Gramsci y del CES, etc.

2. Los elementos "históricos" incorporados en el valor de la fuerza de trabajo —para emplear el vocabulario de Marx— más allá de los elementos puramente fisiológicos, tienden a crecer y, por lo mismo, los salarios reales, aún cuando están en alza, pueden descender por debajo de este valor.

3. Se menciona con frecuencia la supresión de las mediaciones entre el poder y el pueblo, provocada por el advenimiento del golismo, como una de las causas mediatas de la explosión de mayo. Más allá de ese fenómeno particular en Francia, se trata simplemente de encontrar rasgos generales propios al neocapitalismo.

4. Este hecho se verificó también en Alemania occidental en 1967, año caracterizado por un impulso excepcional de huelgas "salvajes". La más importante de las huelgas "oficiales" de ese año, la de los obreros del caucho de la región de Hesse, comenzó como una huelga salvaje.

5. Ernest Mandel: "Une estratégie socialiste pour l'Europa occidentale", en *Revue Internationale du Socialisme*, n. 9, pp. 286-287.

6. Waldeck-Rochet afirma en su informe ante el Comité Central del PCF del 8-9 de julio de 1968, que "la segunda de nuestras tareas es la defensa de las libertades democráticas contra las tendencias autoritarias y fascistas que tratan de fortalecerse". ¿Por qué entonces el PCF no protestó contra la prohibición de las organizaciones de extrema izquierda y aún brindó al gobierno el pretexto de esta prohibición hablando antes que nadie, de las "milicias armadas de Geismar"? La historia del movimiento obrero y democrático confirma sin embargo que una represión tolerada contra la extrema izquierda se extiende progresivamente a toda la izquierda. Los dirigentes socialdemócratas pudieron meditar, en los campos de concentración nazis, la sabiduría política que consistía en aceptar las medidas anticomunistas bajo pretexto de que la "violencia comunista" provocaría "objetivamente" la represión fascista.

7. V.I. Lenin, "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú", en *Obras*, XI, Buenos Aires, Edit, Cartago, 1960, p. 165: "Las formas principales del movimiento de diciembre en Moscú fueron la huelga política y las manifestaciones. La inmensa mayoría de los obreros sólo participó activamente en estas formas de lucha. Pero precisamente la acción de diciembre en Moscú ha demostrado palpablemente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha caducado; que el movimiento, con fuerza espontánea e irresistible, desborda este marco estrecho y engendra la forma más alta de lucha: la insurrección".

8. Desde el comienzo de las ocupaciones de las empresas, las fuerzas de represión trataron de recuperar algunos puntos estratégicos ocupados por los huelguistas, tales como los centros de telecomunicaciones. Un movimiento obrero que no haya sido sorprendido por los acontecimientos habría podido defender esas posiciones claves adquiridas sin lucha, y partir de las provocaciones del poder para hacer aceptar progresivamente a las masas la idea de un armamento defensivo de los piquetes de huelga. El "miedo a la guerra civil" habría sido remplazado por la voluntad de autodefensa.

9. No puede dejar de sorprender el valor de este argumento. Sin duda, el tipo de "revolución pacífica" que espera la dirección del PCF es una revolución en la que desde el comienzo "las fuerzas militares y represivas" se habrían evaporado como por encanto, o... se habrían encontrado del lado del pueblo. Uno

espera con impaciencia la revelación de Waldeck-Rochet de esta transustanciación milagrosa de un ejército burgués y de una fuerza de represión en la nada o en "ejército del pueblo", sin necesidad de luchas previas, a través de medios necesariamente revolucionarios, para la desintegración de este ejército. Cf. Lenin: "Es imposible, se dice, luchar contra un ejército moderno; es preciso que éste se haga revolucionario. Es evidente que si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo, no puede hablarse de una lucha seria. Es evidente la necesidad de un trabajo en el ejército. Pero no podemos figurarnos este cambio de frente en las tropas como un acto simple, único, resultante del convencimiento de una de las partes y del grado de conciencia de la otra. La insurrección de Moscú demuestra hasta la evidencia lo que hay de rutinario e inerte en esta concepción. La vacilación de las tropas, que en realidad es un hecho inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, al agudizarse la lucha revolucionaria, a una verdadera *lucha por ganarse el ejército*. La insurrección de Moscú nos revela precisamente la lucha más implacable, más furiosa, entre la reacción y la revolución por conquistar el ejército" (*op. cit.*, p. 167).

10. Cf. en este volumen, pg. 195.

11. Es significativo al respecto que la dirección de la CGT no haya jamás proclamado la huelga general, limitándose a afirmar que ésta "era un hecho". En realidad, la proclamación de la huelga general implicaba la formulación de objetivos que desbordaban los de una lucha reivindicativa e implicaba (en la tradición leninista) el reconocimiento de que la cuestión del poder estaba planteada. En 1960-61, en Bélgica, frente a una huelga mucho menos dura que en Francia en mayo de 1968, y sin ocupación de fábricas, el PC criticaba a la dirección sindical social-demócrata por no haber proclamado la huelga general. Pero en Bélgica, el PC es sólo una minoría bastante reducida en el seno del movimiento sindical.

12. Waldeck-Rochet afirma además que "la condición del éxito del camino pacífico reside en que la clase obrera, gracias a una justa política de alianzas, logra reunir, en la lucha por el socialismo, una superioridad de fuerzas tal que la gran burguesía, aislada, no está ya en condiciones de recurrir a la guerra civil contra el pueblo". Todo el cretinismo reformista estalla en estas palabras: la "superioridad de las fuerzas" no se mide por la amplitud de la movilización, la iniciativa, la audacia, la energía del proletariado, sino exclusivamente por la desaparición de la voluntad de resistencia del adversario. ¡Así que mientras la burguesía sea capaz de "recurrir a la guerra civil" lo mejor es desaparecer! Con este espíritu ni la revolución rusa, ni la revolución yugoeslava, ni la china, sin hablar de la revolución cubana o de la vietnamita, podrían nunca haber sido emprendidas. Dicho al pasar, una timidez tal es el mejor estímulo a la burguesía para que

desate ella la guerra civil. La socialdemocracia se esfuma ante Hitler con argumentos del mismo tipo; en Grecia, la misma mentalidad permitió a los coroneles tomar el poder sin enfrentarse con una resistencia seria.

13. Cuando de Gaulle invierte la situación el 30 de mayo, porque los dirigentes del movimiento obrero aceptaron el repliegue hacia las "vías parlamentarias", pudo evidentemente intensificar la presión de las fuerzas represivas. Pero también en ese momento lo ocurrido en Flins y en Sochaux demostró que existían posibilidades de respuestas obreras. El "espectro de la guerra civil" es utilizado por el régimen, al igual que por la dirección del PCF, para ocultar la situación real y sus posibilidades; el de la dinámica de una política de autodefensa popular. Las fuerzas de represión extenuadas por los incesantes combates contra los estudiantes, que comenzaron a extenderse a un número creciente de ciudades; las vacilaciones del régimen en movilizar el ejército estacionado en Francia (acuartelado durante las semanas decisivas); la posibilidad de transformar centenares de empresas en bastiones de resistencia a los CRS y en protectoras de los manifestantes, he aquí los datos del problema. ¿Cuáles habrían podido ser, en estas condiciones concretas, las posibilidades y los objetivos de una intervención de los paracaidistas en plena huelga general y ante un proletariado que tenía en sus manos el bien supremo: todo el aparato productivo del país? La experiencia de julio de 1936 en España, cuando una intervención del ejército fue desbaratada en el espacio de algunos días, en prácticamente todos los centros proletarios, por trabajadores decididos, es rica en enseñanzas. La Francia de 1968 está muy lejos de ser una de las regiones atrasadas, bases de sustentación del fascismo, como lo era la España de 1936. La Europa de 1968 no tiene nada que ver con la de 1936. Las clases medias francesas no están dispuestas a aceptar una dictadura sangrienta. ¿Puede creerse que de Gaulle no calculó todo esto y que osó formular sus amenazas sin estar convencido de que sus adversarios retrocederían en lugar de responderle?

14. [Kautsky] "ni por asomo comprende una verdad: lo que distingue al marxista revolucionario del pequeño-burgués y del filisteo es el saber *predicar* a las masas ignorantes la necesidad de la revolución que madura, *demostrar* su inevitabilidad, *explicar* su utilidad para el pueblo, *preparar* para ella al proletariado y a todas las masas trabajadoras y explotadas" (V.I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* en *Obras escogidas*, t. 3, Moscú 1961, Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 122).

15. Lenin, *ibidem*, p. 94, citando a Kaustky que escribía: "En todas partes se observa que contra las gigantescas fuerzas de que dispone el capital financiero en sentido económico y político, son insuficientes los antiguos métodos del proletariado en su lucha política y económica, ...la organización soviética es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir

una importancia decisiva en los grandes combates decisivos que se avecinan entre el capital y el trabajo".

16. Citemos una vez más a Lenin: "Y qué vergüenza seguirá siendo para la socialdemocracia su discurso sobre la conspiración (cf. "la aventura izquierdista", E.M.) con motivo de un movimiento *popular* de la amplitud de la insurrección de diciembre en Moscú!" (Lenin, "Informe sobre el Congreso de unificación del P.S.O.D.R." junio de 1906, en *Obras*, X).

17. Señalemos que los mismos obreros tomaron espontáneamente contacto con las distintas empresas químicas de Europa occidental, dando muestras de más espíritu de iniciativa y de más "conciencia europea" que todas las direcciones sindicales europeas reunidas. La FIOM - CISL (Federación internacional de los obreros metalúrgicos, miembros de la Confederación internacional de sindicatos libres, a la que están adheridos la DGB alemana, la FGTB Belga, los Trade Unions británicos, entre otros), que realizaba un congreso en momentos de los acontecimientos de mayo, no prestó una solidaridad mayor que la de acordar una ayuda de ...10.000 dólares a los huelguistas (0,1 centavo por huelguista).

18. Para una fuente de estas informaciones, ver especialmente *Le Monde*, 29 de mayo 1968; *Le Figaro*, 30 de mayo; *La Nouvelle Avant-Garde*, junio de 1968; *Le Nouvel Observateur*, 19 de junio y 15 de julio de 1968; "Mai 1968, premiére phase de la révolution socialiste francaise", número especial de la revista *Quatrieme Internationale*, mayo-junio de 1968; etc.

19. Waldeck-Rochet cita a Lenin: "Decir que *toda* huelga es un paso hacia la revolución socialista es una frase absolutamente en el aire". No podemos menos de quedar estupefactos ante la enormidad del sofisma. ¿Waldeck-Rochet quiere insinuar que Lenin escribió: "Decir que una huelga de diez millones de trabajadores con ocupación de fábricas es un paso hacia la revolución socialista es una frase absolutamente en el aire"? El mismo Lenin, ¿no escribió que una huelga general plantea la cuestión del poder, la cuestión de la insurrección?

20. "Ellos /los representantes de la II Internacional y los socialdemócratas independientes. E.M./ olvidan que la dominación de los partidos burgueses se funda en gran medida en el engaño, con el que inducen a error a grandes sectores de la población, acerca de la presión del capital. En otras palabras, se engañan a sí mismos sobre la naturaleza del capitalismo... "La mayoría del pueblo puede pronunciarse en favor del partido del proletariado, en condiciones de mantenimiento de la propiedad privada, es decir en la conservación del dominio y la presión del capital — sólo entonces ese partido puede y debe tomar el poder": he aquí el lenguaje de los demócratas pequeño-burgueses, verdaderos lacayos de la burguesía que se autotitulan "socialistas".

"El proletariado puede derribar en principio a la burguesía, romper la presión del capital, destruir el aparato del Estado bur-

gués, entonces el proletariado victorioso se asegurará rápidamente la simpatía y el apoyo de la mayoría de las masas laboriosas no proletarias, satisfaciéndolas a expensas de los explotadores": ésa es nuestra respuesta". (Lenin, "Las elecciones para la Constituyente y la dictadura del proletariado", 16 de diciembre de 1919, en *Die Kommunistische Internationale*, nº 7-8, noviembre-diciembre 1919, pp. 21-22).

21. No podemos analizar aquí las raíces materiales y sociales del conservadorismo de los PC de masa en Francia e Italia. Esas raíces son parcialmente idénticas a las de la socialdemocracia reformista clásica, parcialmente diferentes. Bastará sin embargo con una observación en el plano "ideológico": no se puede impunemente educar a un aparato durante más de dos decenios en el espíritu de la "democracia nueva" y de las "vías pacíficas y parlamentarias hacia el socialismo" sin que ese aparato no quede totalmente confundido y desarmado ante la confrontación con un impulso revolucionario de grandes masas, que quiebra el mito de la "legalidad" y del parlamentarismo burgués.

22. No insistamos en el carácter falaz de la "participación en los beneficios", variante golista del "capitalismo popular" caro a los capitalistas americanos y alemanes del oeste. Dicha variante sólo suprimirá la condición proletaria si libera al trabajador de la obligación económica que tiene de vender su fuerza de trabajo, es decir si le permite hacer una fortuna que asegure su subsistencia. Un "capitalismo" que arribe a este resultado se negará a sí mismo, pues no encontrará más mano de obra para explotar en sus empresas.

23. El ejemplo yugoeslavo demuestra que una autogestión limitada al nivel de la empresa y acompañada de un desarrollo excesivo de la economía de mercado, con el pretexto de proteger al trabajador contra la "centralización" (como si la autoridad de un congreso nacional de consejos obreros —de soviets— deliberando permanentemente y respetando escrupulosamente la democracia obrera, no pudiese servir le instrumento de combate eficaz contra la burocracia) corre el riesgo de acrecentar a la vez la desigualdad social, la fuerza de la burocracia y los pesares de los trabajadores, incluídos los despidos y la desocupación masiva.

24. Muchos comités de huelga —sobre todo los de las Galeries Lafayette y de las fábricas Rhone-Poulene, en la región parisiense— fueron elegidos por el sistema de la revocabilidad de los miembros según la voluntad de los electores.

25. El economista americano Galbraith, que no tiene nada de marxista, recuerda que los trusts americanos de la siderurgia tienen la costumbre de diferir, hasta después de la huelga, los aumentos de precios decididos, con el objeto de poder hacer responsables de ese hecho a los "aumentos excesivos de salarios".

26. Nos falta el espacio para tratar aquí las implicaciones y consecuencias de la explosión de mayo de 1968 en el plano inter-

nacional, europeo y extra-europeo. Destaquemos, sin embargo, la unanimidad con la cual el capital internacional corrió en auxilio de de Gaulle, durante las jornadas decisivas, a pesar de todas sus diferencias con los anglo-sajones; y, en contrapartida, el espectáculo lamentable de la impotencia total del movimiento sindical y obrero oficial en organizar una sola acción de solidaridad con la huelga general más grande que haya conocido Occidente desde hace decenios.